EMILIO LARA
VENUS EN EL ESPEJO
NARRATIVAS HISTÓRICAS
edhasa

VENUS EN EL ESPEJO

EMILIO LARA

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *War Lord*

Diseño de la sobrecubierta:

Primera edición impresa: abril de 2023
Primera edición en e-book: abril de 2023

© Emilio Lara, 2023
Autor representado por Silvia Bastos S.L. Agencia Literaria
© de la presente edición: Edhasa, 2023
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4916-0

Producido en España

A Juan Eslava Galán.

«Hay libros a los que tarda mucho en llegar
la persona destinada a escribirlos».

Antonio Muñoz Molina, *Volver a dónde*

«Nada es parecido al impulso de inocencia
original, el principio, la génesis primera
de una novela cuando el escritor se acerca
a la historia por contar como a alguien de
quien acaba de enamorarse».

Arturo Pérez-Reverte, *Hombres buenos*

VENUS EN EL ESPEJO

Capítulo 1

Roma, 7 de enero de 1655

El aire y el cielo eran de color hojalata. Al amanecer un viento frío trajo gotas de agua, como si el mar fuera una presencia cercana. Las marciales pisadas de dos guardias suizos resonaban en los largos corredores del palacio del Quirinal. Los seguían tres cardenales con andares silenciosos, serios. Los jóvenes guardias mantenían un gesto imperturbable bajo los relucientes morriones, y los purpurados exhibían severidad ante lo que, sospechaban, iban a encontrarse.

Comenzó a llover y a tronar con fuerza.

–¿Habrá muerto ya? –preguntó uno de los cardenales, con más curiosidad que preocupación.

El secretario de Estado, Fabio Chigi, enarcó las cejas antes de responder:

–Su alma se le ha ido escapando poco a poco. Ayer le quedaba apenas un suspiro de espíritu dentro del cuerpo. Son muchos días de agonía.

Los mármoles despedían el frío acumulado durante la noche, y las hermosas pinturas al fresco aparecían apagadas en aquella mañana invernal. Los suizos, alabarda al hombro, miraban al frente, mientras que los príncipes de la Iglesia, cabizbajos, dirigían la vista a las losas de tablero de ajedrez del suelo. Gruesas gotas de agua acribillaban los ventanales. Tras los

cristales, el viento azotaba los pinos y cedros del Líbano de los jardines. Hubo un zigzag luminoso de un relámpago. Pronto, la hierba y los árboles estarían ensopados.

Al llegar a una puerta se detuvieron en seco.

–Si está dentro donna Olimpia –se dirigió a los soldados el secretario de Estado, sin alzar la voz, pero con la determinación de quien está acostumbrado a mandar–, prendedla, registradla sin miramientos y llevadla al cuartel. Luego la interrogaré personalmente.

Los otros dos cardenales cruzaron miradas de incrédula satisfacción. Nadie se había atrevido a obrar así con aquella mujer. Ya era hora.

Fabio Chigi giró el picaporte. La puerta estaba cerrada. No llamó con los nudillos. Metió la mano derecha en la abertura lateral de su sotana roja, extrajo una llave, la introdujo en la cerradura y abrió. Allí olía a enfermedad y a aire estancado.

El santo padre estaba inmóvil. En la cama. No había nadie más en el dormitorio.

Permanecía tapado con una manta, vestido con una camisa de dormir.

Entraron los purpurados y el secretario de Estado se acercó al lecho. El Papa, con la nariz afilada, mantenía abiertos los ojos y la boca, en una muesca de pasmo de quien no acaba de creerse que la vida ha caducado. Los tres al unísono se santiguaron, veloces, y Fabio Chigi, impostando una voz solemne, demandó el martillo de plata para semejante ocasión.

Al cabo de unos minutos, varios miembros de la curia irrumpieron en la estancia, acompañando al cardenal que, agobiado por la prisa y la situación, entregó al secretario una cajita de nogal. El ritual debía comenzar. Los religiosos, expectantes y con un punto de emoción, se persignaban maquinalmente, las miradas clavadas en la tez cerúlea del muerto.

Fabio Chigi abrió la caja de madera, deslió un paño de terciopelo rojo y tomó un pequeño martillo de plata. Con la tela de terciopelo frotó vigorosamente el metal hasta dejarlo reluciente. Empuñó entonces el martillito, dio un suave golpe en la frente del pontífice y, a sabiendas de que la respuesta sería el silencio, preguntó en voz alta:

–¡Giambattista Pamphili, santidad Inocencio X!

Tras repetir dos veces más el ceremonial del golpe en la cabeza y la llamada de viva voz, acercó el oído a la boca del Papa y comprobó que no expulsaba aliento alguno.

–El santo padre ha muerto –dijo finalmente.

Una sucesión de truenos hizo retemblar los cristales. El latín de una oración tuvo como sonido de fondo el ruido de la lluvia.

Fuera de la habitación se agolpaban los miembros de la curia, alertados por la noticia. Tomaban conciencia del dramático momento mientras sus pensamientos corrían veloces en pos de la gloria personal que podían conseguir según quién saliese vestido de blanco en el próximo cónclave. Ponían caras beatíficas y entrelazaban las manos. Uno de ellos era un joven monseñor que aún desconocía que, días después, sería el primero en entrar en el lóbrego almacén de carpintería donde habrían depositado de cualquier manera el cadáver del sumo pontífice, porque nadie quería pagar el entierro, y descubriría, entre asqueado y alarmado, que las ratas roían el cuerpo.

Cuando Fabio Chigi salió, a su alrededor se apiñaron sotanas y caras expectantes. Todos lo miraban con renovado respeto. Cayó en la cuenta de que había entrado en aquella habitación como secretario de Estado y salido también como camarlengo. Ahora era el hombre todopoderoso en los Estados Pontificios hasta la elección del nuevo pontífice, la persona que regiría la organización del Vaticano en el periodo de sede vacante. Pensativo, se mesó la perilla de chivo.

–Decidle al capitán que traiga un piquete –ordenó a los soldados–. La Guardia Suiza escoltará mi carruaje hasta la Piazza Navona. Al palacio Pamphili. ¡Rápido!

Los guardias se cuadraron con un resonar de metales y marcharon con presteza para dar novedades a su superior.

Un grito de alegría mal contenida se escapó de muchos de los allí reunidos. El tiempo de la todopoderosa donna Olimpia, la cuñada de Inocencio X, la papisa en la sombra, por fin había concluido.

La Guardia Suiza se dirigía a detenerla.

Capítulo 2

Viterbo, 1596 - 1600

Era una niña rubia, de piel clara y alegre. No destacaba por su hermosura, sino por su inteligencia y capacidad para disfrutar con las maravillas de la vida: el arcoíris tras la tormenta, las canciones de los días de fiesta o el sabor de las tortas de manteca con ajonjolí y azúcar.

Le gustaba jugar con sus hermanas pequeñas, pero se divertía más junto a su padre, quien, en los paseos por las plazoletas y calles empinadas de Viterbo, le mostraba las casonas y palacios y le contaba historias de sus antiguos moradores, con tanta fantasía y emoción que parecían cuentos de hadas. El hombre, de origen humilde y sueños ampulosos, ponía énfasis al relatarle la gloria pasada del palacio en el que fueron elegidos varios pontífices y donde éstos solían refugiarse en verano para huir de los calores de Roma y de las epidemias. Él la subía a hombros para que divisase mejor el paisaje, y ella, desde aquella altura en la que imaginaba ir a horcajadas de un san Cristóbal, reía y se sentía protegida y colmada de felicidad, porque, al contrario que sus hermanas, no era una niña enmadrada.

Cuando los nublos cubrían el cielo y llovía, le fascinaba el espectáculo de las gárgolas góticas vomitando agua por bocas y picos. Le habían contado que se trataba de crías de dragón convertidas en piedra por santos milagrosos, y en plena tormenta

salía corriendo de la casa, cruzaba la calle, se paraba bajo el alero de un palacio medieval y colocaba las manos bajo el chorro de agua de lluvia que expulsaban aquellos monstruos. No le daban miedo.

–Nunca salgas de casa sola cuando se haga de noche. Y ten cuidado cuando las campanas den la medianoche, pues es la hora de las brujas y los traganiños.

Pero ella tampoco tenía miedo de las historias de brujas, aparecidos y tragaldabas de tierna carne humana.

Los días más calurosos su padre la llevaba a la Fuente de la Peña, un vergel de pinadas, olivares y huertos en las afueras de la ciudad. Allí crecían los zumaques, plantas que los curtidores cortaban para obtener el tinte con el que teñían las pieles. Y en aquel edén padre e hija caminaban agarrados de la mano, y, cuando llovía en abundancia, iban a ver cómo el agua manaba brava por el Ojo del Buey para luego caer ruidosa entre los riscos.

Su hermano mayor le llevaba diez años. Era fruto del primer matrimonio de su padre con una mujer pobre que había muerto de fiebre puerperal al dar a luz. Era un muchacho de pocas luces y nulo interés por labrarse un porvenir, y sólo se desvivía por hacer la ronda nocturna por las tabernas.

Como el padre tenía buen oído, al volver del trabajo se colgaba al cuello un tambor, se ponía en los labios una flauta, se colocaba delante de la jaula del canario y comenzaba a tocar una tonada y a repicar, y el pájaro, enloquecido, comenzaba a silbar. Mientras, la niña, divertida, batía palmas, lo que animaba al canario a encadenar escalas de silbidos. Los tres componían una música de juguetes ideal para que empezasen a bailar por sí mismas aquellas muñecas que la pequeña rechazaba y sus hermanas acunaban, amorosas.

Una tarde de primavera llegó a la ciudad un mercader veneciano que exhibía un surtido muestrario de telas adamascadas, vajillas de cristal de Murano y aves exóticas. La niña, boquiabierta, miraba los plumajes de colorines de aquellos pájaros de ensueño nacidos en países lejanos, y recibió alborozada el regalo de su padre: un loro que pronto aprendió a cantar canciones de amor, a recitar de seguido los nombres de los

arcángeles y a decir la tabla del cinco hacia delante y hacia atrás, sin equivocarse. Ella era quien, con paciencia, enseñaba al animal a multiplicar, y lo recompensaba con puñados de pipas de calabaza, que el pájaro parlanchín pelaba con maña y velocidad con el pico, y se las comía, goloso.

Al cabo del tiempo, el padre decidió que sus hijas debían recibir una educación adecuada y, sin pensárselo mucho, las llevó a la escuela del cercano convento de Santo Domingo, porque la abadesa, Giulia Gualtieri, era cuñada suya. Ésta, de carácter apacible, decidió no ejercer de superiora, sino de tía, y eligió para sus sobrinas unas monjas de buen carácter que les enseñasen a leer y escribir sin recurrir a castigos corporales ni vejaciones, como era norma, sobre todo con las alumnas de familia humilde, así fuesen inteligentes o cortas de entendederas.

Las dos pequeñas estudiaban a trompicones, pues además de no mostrar excesivo interés por el estudio –salvo por la historia sagrada–, se conformaban con poco. La mayor, en cambio, era tan espabilada que sorprendía a sus maestras: aprendía a una velocidad vertiginosa, escribía con letra bonita, memorizaba las cosas con prontitud y tenía tal facilidad para las matemáticas que hacía los cálculos en el aire, sin necesidad de pizarrín.

Pero lo que más le gustaba era que el padre la dejara acompañarlo a su oficina de recaudador de impuestos. Allí le mostraba los libros de contabilidad, y la niña, a pesar de su corta edad, indicaba fallos en algunas sumas y pequeños errores en el montante de ingresos, lo que Sforza Maidalchini celebraba, alabando la mente analítica de la chiquilla y haciéndose en voz alta la pregunta retórica: «¿Pero a quién habrá salido esta pequeñaja?». Entonces, su hija, entre carcajadas, lo señalaba orgullosa con el dedo: «¡A ti! ¡He salido a ti!».

Y así pasaron las estaciones. Los agricultores vendimiaban, los mercaderes hacían negocios y las autoridades, contentas con el puntilloso trabajo de Maidalchini y su creciente recaudación tributaria, le concedían más atribuciones y extendían su jurisdicción fiscal. Y él, satisfecho con su promoción profesional y vanagloriado por el saludable crecimiento de sus hijas, se sentía henchido de felicidad. Y su mayor gloria era cuando la mayor, su ojito derecho, le escuchaba contar viejas historias de

gentilhombres y papas que vivieron en Viterbo, aplaudía sus conciertos de flauta y tambor, y repasaban juntos la intrincada contabilidad de los gruesos libros de impuestos para detectar anomalías.

«Olimpia», pensaba, «es una muchacha especial».

Nadie sospechaba que aquel cuento de hadas, tiempo después, se transformaría en un cuento de terror.

Capítulo 3

Viterbo, otoño de 1607

Los años truncaron los planes de Sforza Maidalchini. Cuando se vio forzado a elegir entre sus hijas o su hijo, tuvo clara su preferencia.

Sucedió en otoño. Sus ingresos mermaban. La racha de malas cosechas y el continuado descenso de la actividad mercantil habían desinflado la recaudación. La economía familiar se resentía, y el porvenir esplendoroso pergeñado años atrás devenía ahora en un espejismo. Ya no era posible componer buenos casamientos para sus hijas; encontrarles un buen marido exigía entregar a cambio una generosa dote, y su orgullo le impedía buscar matrimonios con hombres de humilde condición, aunque los propiciase el enamoramiento. El amor, en su opinión, nunca era una ganancia, sino una pesada deuda en el negocio de la vida.

Concluyó que la única solución sensata era concentrar el patrimonio familiar en su hijo, conseguirle una esposa de familia rica. El varón, se dijo, tenía preeminencia sobre las hembras. No sólo era ley vigente, sino ley de vida. Su hijo daría continuidad al apellido. Las hijas deberían meterse a monjas.

Caía un atardecer de noviembre cuando les comunicó su decisión. El primogénito, enterado de la noticia horas antes, no se dignó a presenciar la reacción de sus hermanas, sino que,

acuciado por la sed de vino, se largó con sus amigachos a su diario vía crucis, como él llamaba jocosamente a sus juergas tabernarias.

Desprovisto de todo sentimentalismo, de pie y con el codo apoyado en la repisa de la chimenea, Sforza Maidalchini expuso su resolución con la frialdad propia de su oficio, como si todo fuese producto de la aritmética.

La habitación, caldeada por el tronco que ardía en el hogar, se tornó fría. La esposa, sentada en un sillón frailuno, con las manos en el regazo y nerviosa, recorría la estancia con la mirada; parecía inventariar con sus pupilas todos los objetos: el aparador toscano con vajilla de loza, la mesa de comedor con un candelabro de bronce dorado, las sillas de pino con respaldo de cuero repujado, la alfombra de nudos…

Las jóvenes reaccionaron de manera desigual. Hortensia, de trece años, y Vittoria, de doce, aceptaron de buen grado la decisión paterna. Siempre les habían gustado el catecismo y las tremendas hagiografías que les enseñaron las monjas de Santo Domingo cuando, de pequeñas, aprendieron a leer y escribir y las cuatro reglas. Ingresar allí como novicias, en un lugar tan familiar –a fin de cuentas su tía era la abadesa–, les parecía bien, y, como aún no habían sentido el aguijonazo del amor, no echaban de menos lo desconocido.

Olimpia, en cambio, escuchó aquellas palabras sin reconocer el tono de témpano de un padre que siempre la había tratado con ternura. Luego, se revolvió furiosa contra lo que significaba cancelar su porvenir, desconcertada, tratando de encontrar alguna lógica a la pretensión de recluirla en una celda conventual.

–No puedo creerlo… ¡Yo no tengo vocación de monja!

–Eso no importa –respondió el padre, impertérrito–. El convento os garantiza el futuro. Nos os faltará de nada. El roce hace el cariño. Ya te sobrevendrá la vocación y estarás a gusto entre las monjas.

–¡Siempre he confiado en usted, padre! ¡He sido estudiosa, aplicada, nunca le he faltado al respeto! –protestó, airada–. ¡No me lo merezco!

–Ahora rezarás por mí, y por tu madre. Las oraciones de las tres hermanas serán más fácilmente escuchadas por Dios. La

familia tendrá comunicación directa con Nuestro Señor. Yo lo veo como una bendición del cielo –expuso, sin asomo de ironía.

–Pues yo lo veo como una imposición y una injusticia.

–¡No seas descarada! –Sus ojos echaban chispas, como las que saltaban de la chimenea al arder los troncos.

–¡No quiero vivir encarcelada tras unas rejas y cuatro paredes!

–Santo Domingo tiene huertas. Podrás pasear en plena naturaleza. Te sentirás libre. Podrás respirar aire puro.

–¿Es que acaso no cuenta nada lo que yo quiera?

–No, no cuenta. Es mi voluntad. Has de acatarla por el bien de la familia. No deseo más que el beneficio para todos –concluyó, como un juez que endulza su sentencia con palabras amables.

–¿Y usted, madre, no tiene nada que decir? ¿Está conforme? ¡Ayúdenos! –Olimpia se dirigió a ella suplicando, esperando comprensión.

–Yo… Tu padre sabe lo que más os conviene. –La mujer humilló la mirada.

–¡Pero nosotras somos sangre de su sangre, madre! ¡Reaccione, diga algo!

Vittoria Gualterio no levantó la vista del enlosado ni despegó los labios.

–Vuestra madre está de acuerdo conmigo. Cuanto antes os desposéis con Dios, mejor. Mañana ingresaréis en el convento –apostilló, zanjando el asunto.

El cielo se ennegreció, y comenzaron a parpadear los luceros. Se hizo un silencio opresivo en la habitación.

* * *

Olimpia pasó la noche en vela, rumiando su rabia; con los ojos humedecidos no por la tristeza, sino por el desengaño.

No le parecía justo que todo el capital familiar se concentrase en buscar una esposa adinerada a su hermano que a sus veintiséis años no había mostrado capacidad para ningún oficio, salvo para el de borracho.

A la luz de una vela, rodeada de sombras, semejaba un cuadro tenebrista. El hervor de la sangre le aceleraba el corazón y le ofuscaba la cabeza. Nada había llegado a sospechar de tan cegada como había estado por el amor y la admiración hacia su padre. Ensimismada, dejó transcurrir las horas mientras se consumía la cera. Quieta como una estatua, sentada en el borde de la cama, sus ojos no miraban el pabilo amarillo, sino hacia dentro, hacia su alma, y al igual que los labradores quitaban las malas hierbas, se afanó en arrancar los recuerdos tiernos hacia su padre. Al amanecer, cuando en la palmatoria sólo quedaba un churrete de cera y la luz gris se adivinaba tras la ventana, respiró hondo y se puso en pie. El rencor había enraizado en su corazón.

Ojerosa por la noche de imaginaria, se hizo el firme propósito de no confiar más que en sí misma el resto de su vida.

Capítulo 4

Viterbo, otoño de 1607 - primavera de 1608

El tiempo en el convento transcurría con la lentitud de los bueyes arando. Las monjas troceaban los días en función de los rezos y cánticos, marcados por el repique de campanas, el toque de las esquilas desde que rompía el alba hasta el ocaso. El aroma a incienso, a cera derretida y a madera antigua de los retablos eran los olores cotidianos.

Las dos menores se aclimataron pronto a los pautados ritmos, a las reglas de la clausura y a la estrecha convivencia con las monjas, sobre todo con quienes todavía retenían el vigor y la alegría de la juventud. Hortensia y Vittoria, que se veían guapas con sus hábitos blancos, asistían con emoción a las ceremonias de consagración donde las novicias, tendidas de bruces en el frío suelo de la capilla como fantasmas buenos, hacían la promesa de votos perpetuos de castidad. Y, como rezaban con rosarios de cuentas de rosal, se les quedaba en las manos un vago perfume a flores marchitas.

No así Olimpia, desorientada las primeras semanas, perdida en un laberinto emocional, incapaz de zafarse del trauma. Para ella los días transcurrían con desesperante lentitud, y aquella monotonía de cánticos, rezos y silencios le producía la sensación de que jamás habría novedad alguna en su vida. El agobio la azotaba; pensaba que la reclusión en el convento era una cárcel

del tiempo.

–Debemos aceptar lo que ha dispuesto padre para nosotras –decía una de las hermanas.

–¿Por qué? Él no es el amo y señor de nuestras vidas –respondía Olimpia.

–Somos mujeres. Hemos de ser dóciles.

–Querrás decir esclavas. Eso es lo que padre ha querido que seamos. ¡Esclavas de su voluntad! –contestaba Olimpia, iracunda.

Algunas otras novicias también recluidas contra su voluntad se mostraban tristes, lo que causaba placer entre algunas monjas de mediana edad que, marchitadas en vida, descargaban su resentimiento contra las más jóvenes con comentarios hirientes, indiferencia de trato y miradas atravesadas.

Una de ellas, sor Margherita, caballuna de cuerpo y endurecida de corazón, sobresalía en proyectar su rencor sobre las novicias. Tenía la mirada adiestrada en captar su miedo y su debilidad. Debía haber sido muy agraciada en la lejana juventud, y perder la belleza y la mocedad en el convento la habían convertido en una mujer amargada. Instruía a las niñas en la escuela, y con sus manazas abofeteaba del derecho y del revés a las más torpes. Desde el primer momento en que la vio, la tomó con Olimpia, desesperada por la infrecuente fortaleza de carácter y rebeldía que intuía en la joven. Cuando se topaba con ella en los pasillos la mortificaba diciéndole en voz baja: «Abandona toda esperanza, despídete de tu juventud»; si la veía bajo los arcos apuntados del claustro le espetaba: «Te transformarás en una vieja avinagrada», y a veces se sentaba adrede junto a ella en el refectorio y le musitaba al oído: «No conocerás varón ni tendrás hijos», para que la sopa le supiese a hiel. Y Olimpia, si bien no hacía por evitarla, no le respondía y se limitaba a sostenerle la mirada, aunque su corazón sufría con tan venenosas palabras.

Sforza Maidalchini, enterado de la casual presencia de un pintor español especializado en retratos de religiosas, le encargó pintar a sus hijas una vez que se consagrasen como religiosas. El pintor, recién llegado de las Indias Occidentales, había residido varios años en el virreinato de Nueva España y recorrido los

monasterios pintando óleos al gusto de la tierra americana, donde las monjitas aparecían coronadas como reinas en un carnaval místico.

Tras realizar dos bocetos al carboncillo de los rostros de Hortensia y Vittoria, les preguntó cómo anhelaban ser retratadas.

Una escogió aparecer con una corona de rosas blancas, emblema de pureza; la otra, rodeada de mariposas revoloteando, símbolo de la resurrección de Cristo, y ambas concordaron en sostener una imagen del Niño de la Pasión, aquella escultura de madera de gran realismo donde el niño Jesús anticipaba su muerte y, coronado de espinas, abrazaba una cruz y, mostrando en sus manitas las llagas de los clavos, lloraba a lágrima viva al presentir el Viernes Santo. Las monjas que aún albergaban cierto instinto de maternidad se emocionaban al contemplar tal imagen y, apenadas, se enjugaban las lágrimas al ver sufrir con desconsuelo al Niño Dios, en lugar de estar jugando con caballitos de madera en la carpintería de san José.

Olimpia se negó a posar.

–Soy como soy. No envidio la guapura ni de mis hermanas ni de otras mujeres. Sencillamente, no deseo verme dibujada como una monja cubierta de flores y estúpidos colibríes flotando alrededor.

Por el contrario, necesitaba sentirse útil y mantener un cordón umbilical con el mundo exterior, y propuso a su tía la abadesa repasar la contabilidad del convento. Santo Domingo poseía huertos, viñedos, olivares y tierras que producían abundante trigo, y, en opinión de la muchacha, los arrendatarios –por inclinación natural– seguro que trampearían para entregar menos cosecha de lo pactado y cabía suponer que las cuentas conventuales no estarían bien llevadas.

La abadesa sonrió con beatitud, meneó la cabeza y respondió con una cordial negativa a la racional propuesta de su sobrina:

–Los libros de cuentas, la economía, no son cosa de mujeres, y menos de una novicia. Deja esos asuntos en manos de los administradores, de los hombres. Tú, querida niña –dulcificó la voz–, dedícate a rezar y a disfrutar de la espera hasta que te desposes con Nuestro Señor Jesucristo. ¿No ves cómo tus

hermanas obedecen en todo y no rechistan nada?

–Yo no soy como ellas.

–Aquí todas somos iguales a ojos de Dios.

–No pedí profesar como monja. Fue mi padre quien decidió por mí.

–Tu padre sabe lo que te conviene. Incluso mejor que tú misma. Has de aprender a aceptar los designios del Señor.

Pero el pasar del tiempo acrecentaba la sensación de destierro, de haber sido expulsada del paraíso en el que creyó vivir y arrojada a un lugar de muros altos, capillas enrejadas y mujeres de tez lechosa vestidas con hábito. Paradójicamente, el convento estaba a un tiro de piedra de su casa, y el sentimiento de ser una exiliada de sí misma no cejaba: ni quería seguir allí ni deseaba retornar a una vida anterior que ya no existía.

–Aquí pasan los días, pero no pasa el tiempo –les decía a sus hermanas.

–¿Qué quieres decir? No te entendemos –le respondían ambas.

Por la noche, al meterse en el camastro, lloraba en silencio, empapando la manta de lana basta, hasta que se quedaba dormida. Uno a uno, enlazaba pensamientos de odio hacia sus padres: a su progenitor, por haberla metido en la clausura; a su madre, por no mover un dedo para evitarlo. Soñaba vivir libre, sin depender de nadie, sin que le dictasen las normas.

La vida tan estrictamente reglamentada del convento la ayudó a robustecer su fuerza de voluntad. Permanecía enclaustrada en sus pensamientos desde el rezo de maitines hasta el oficio de vísperas, y en el refectorio, durante la comida y la cena, aprovechaba el silencio reinante no para meditar acerca de las lecturas piadosas que le llegaban como un eco, sino para pergeñar un plan de fuga.

Lo único que no le desagradaba era el trabajo en el huerto, sobre todo en el plantío donde crecían las hierbas medicinales para la farmacia del convento. El herbolario estaba bien surtido de plantas para tratar los ataques de nerviosismo y las crisis de histeria, y se cultivaban en abundancia el espino blanco, la pasiflora, la valeriana, la melisa y la tila. También mientras escarbaba la tierra con el escardillo maquinaba cómo escapar.

Al fin llegó la primavera, los almendros reventaron de flores, los paños morados recubrieron las imágenes durante la Cuaresma y, tras la imposición de la ceniza, con la frente manchada del polvo en el que habría de convertirse, Olimpia supo cómo abandonar la clausura, cómo escapar de aquel lugar donde pasaban los días pero no el tiempo.

Y se puso a ello.

Capítulo 5

Viterbo, Cuaresma de 1608

El capellán del convento era un hombre locuaz cuya juventud se batía en retirada. Había echado tripa por exceso de bizcochos y fruta confitada, hablaba con la cabeza ladeada y aflautaba la voz en las misas conventuales. En los días de Cuaresma las capillas no olían a flores; el ayuno y abstinencia se redoblaban los viernes y la cocina olía siempre a pescado.

Un día, Olimpia solicitó confesarse de inmediato: tenía graves dudas de fe. Ante la urgencia y gravedad de la petición, el capellán se retiró con la novicia al confesionario, situado en una zona en penumbra de la capilla, fuera del alcance de oídos indiscretos.

A la anochecida, tras el oficio de completas, Olimpia se encerró en su celda. Para dejar por escrito sus pensamientos, las novicias disponían de papel, pluma y tinta. De modo que, a la luz de una vela, escribió una pormenorizada carta dirigida al obispo de la diócesis. No necesitó pensar las palabras, porque las había amasado una y otra vez en su mente desde el miércoles de Ceniza. Las frases le salieron de corrido, sin un borrón, con su bella caligrafía de pendolista. Esa noche durmió plácidamente, sin pesadillas que la despertasen sobresaltada. En paz consigo misma y convencida de lo que iba a hacer.

Después de maitines y de la primera colación del día,

mientras algunas monjas marchaban al huerto para las labores agrícolas, Olimpia acompañó a otras a la cocina, que apestaba a tripas de pescado. Como le asqueaban los guisotes de trucha y barbo, se puso a ayudar en la elaboración de pestiños, y comenzó a pasar el rodillo por la fragante masa de harina con aceite de oliva, ralladura de limón, vino blanco y matalahúva. Cuando el aceite ya hervía en la sartén, a punto para recibir los pegotes de la masa dulce, entró en la cocina una de las criadas, encargada unas veces de la portería y otras de variopintos trabajos manuales. Rápidamente, Olimpia la condujo a la despensa, junto a los sacos de legumbres, y le habló en voz baja:

–Has de entregar algo al obispo.

–¿Manda este recado la madre superiora? –Se limpió las manos mecánicamente en el delantal con lamparones.

–Lo mando yo.

Con disimulo, le entregó la carta y una moneda de plata sisada de la limosna que su padre había dado al convento al entrar las tres hijas. La criada, abrumada, ocultó la misiva y el dinero bajo el ropón.

–¿Cómo lo haré? –preguntó, alzando un tanto la voz, nerviosa.

Olimpia se llevó un dedo a los labios, demandando silencio.

–Es fácil. Ve al palacio episcopal y pide ser recibida por su ilustrísima. Di que es un asunto de vida o muerte para una novicia de Santo Domingo –explicó, en un susurro.

–¿Y qué le digo a su excelencia? –preguntó, insegura de ser capaz de cumplir el encargo.

–Nada. Limítate a entregarle la carta. Y no has de llamarlo «su excelencia», sino «su ilustrísima». Y bésale el anillo. No lo olvides. Ah, otra cosa… –Alzó a la vez un dedo y una ceja–. Cuando regreses, te recompensaré con otra moneda.

–¿De plata? –La codicia le iluminó la mirada.

–Por supuesto. De plata de ley.

Los siguientes días hubo revolución en el convento. Un frenético ir y venir de hábitos dislocó la paz interior. Pronto se personaron en Santo Domingo el vicario y el notario apostólico, serios y circunspectos, para investigar los hechos denunciados, interrogar a los afectados y levantar acta. Llegaron con un frufrú

de sotanas olorosas a tabaco, cuyo exótico aroma flotaba en el aire como un pecado varonil. La abadesa, atónita y abochornada ante la gravedad de las acusaciones, sólo atinaba a balbucear, y la comunidad, escandalizada, se dividió entre quienes creían a Olimpia y quienes recelaban de ella. No se hablaba de otra cosa en la clausura.

Sor Margherita, recocida de rencor, redobló las invectivas contra Olimpia:

–No te saldrás con la tuya. Tu destino es una celda: o la del convento o la de presidio.

El vicario llevó a cabo sus pesquisas en una habitación de paredes encaladas donde había por todo mobiliario una mesa, tres sillas y un crucifijo de latón. Allí, el notario de la diócesis desplegó ante sí los folios timbrados y la escribanía portátil; se caló los anteojos de cerca y, con su rápida letra enmarañada, anotó las preguntas del vicario y cada palabra proferida por los interfectos.

El capellán, tembloroso como las gelatinas que engullía de postre, sudaba mientras el vicario, con la frialdad de un fiscal, lo interpelaba. Pero el sacerdote no se desdijo:

–Yo no he abusado de la novicia. No la he ofendido ni de palabra ni de obra.

La carta resultó ser un pormenorizado catálogo de las lujuriosas frases y los gestos procaces que el capellán, valiéndose de la intimidad del confesionario, había dirigido hacia Olimpia. Y finalizaba con un intento de violación malogrado por la huida de la joven.

Pero las presiones del vicario para que el atribulado capellán confesase su culpa no obtuvieron resultado; en sus balbucientes respuestas mantuvo su inocencia. El vicario encendía un cigarro y expulsaba el humo por la boca y la nariz, como un dragón amaestrado, y el notario, que mascaba tabaco con lentitud de rumiante, expresaba su opinión respecto a la contumacia del capellán escupiendo al suelo, dejándolo perdido de salivajos marrones.

Pronto le llegó el turno a la novicia, que no sólo sostuvo la veracidad de sus acusaciones sin acompañar su declaración con gestos teatrales o llantinas, sino que aprovechó para relatar el

modo en el que su padre las había metido en el convento a ella y a sus hermanas. E incidió en su relato.

–¿Corroboras las acusaciones que hiciste por escrito o te retractas? –preguntó de nuevo el vicario.

–Las confirmo y aún he de añadir otras –respondió la joven sin titubear.

–¿Otras? ¿De idéntica naturaleza?

–De idéntica naturaleza.

–¿Y por qué no las pusiste por escrito?

–Porque me daba vergüenza.

–¿Tan graves son? –El vicario juntó los dedos de ambas manos delante de la boca.

–Tan pecaminosas son –matizó.

El vicario y el notario intercambiaron una mirada, y este último –con malsana curiosidad– mojó la pluma en el tintero, dispuesto a tomar nota de todo.

–Haz un ejercicio de memoria, hija mía. Es muy importante que recuerdes todo, aunque te sonrojes –dijo el sacerdote, en voz baja y con la respiración agitada, deseoso de huronear en conciencia ajena.

La joven comenzó a recitar unas acusaciones tan libidinosas que el vicario comenzó a retorcerse en el asiento y el escribano, por su parte, desorbitaba los ojos conforme tomaba nota con rapidez.

Fuera, las monjas continuaban a la gresca. Las que desde el primer momento se habían decantado en contra de Olimpia mostraban una creciente indignación, alegando que, por su grandísima culpa, se había conturbado la paz del convento. Y en la capilla y el refectorio desenvainaban sus miradas para clavárselas a la joven.

Finalizadas las averiguaciones, el vicario dictaminó otorgar credibilidad a la denuncia de la novicia, recordando, además, que el Concilio de Trento, para frenar los escándalos, había sido tajante al prohibir que profesasen monjas contra su voluntad. No en balde en los últimos tiempos se habían dado casos en que algunas novicias, mortificadas, se habían ahorcado con sus propios cíngulos, atados a las vigas. Su ilustrísima, alarmado por las repercusiones que podían alcanzar tales noticias en su

apacible diócesis, confirmó su doble decisión: conceder una dispensa a la muchacha para abandonar la clausura y remitir el caso del capellán al Santo Oficio.

El tribunal inquisitorial se mostró implacable. Retiró al sacerdote la capellanía y lo condenó a seis meses de prisión. En la húmeda celda tuvo tiempo de adelgazar, pues sus lagrimones reblandecían los mendrugos de su ración de presidiario mientras recordaba los deliciosos pestiños espolvoreados con azúcar que cada domingo, después del *Ite missa est*, le ofrecían las dominicas. Y cada día, aferrado a los barrotes y respirando un aire que olía a moho y a meados, seguía proclamando su inocencia.

Una vez que la abadesa recibió notificación por escrito de la resolución episcopal, Olimpia colgó los hábitos y se despidió de sus dos hermanas, que vertieron lágrimas de desconsuelo por verse separadas de ella. Olimpia, en cambio, no lloró. Acto seguido, buscó a sor Margherita.

–Al contrario que tú –le espetó con frialdad–, no perderé mi juventud entre cuatro paredes. Espero que mueras tan amargada como has vivido.

Al salir del convento, la deslumbró la luz del sol. Sonrió. Había sorteado su destino. Tenía plena conciencia de que su vida no continuaba, sino que empezaba.

Capítulo 6

Viterbo, primavera de 1608 - verano de 1611

A pesar de la primavera, el corazón de Olimpia arrastraba el invierno. Obligada por las circunstancias a regresar a casa de sus padres, se había transformado en un trozo de hielo; no les dirigía la palabra, sino que se comportaba como si éstos fuesen invisibles. Pero, lejos de violentarse, la muchacha sentía un cosquilleo de satisfacción y no rehuía su presencia. La madre, dolida, intentaba conversar, pero, al fin, tras obtener como respuesta un silencio embarazoso, se limitó a gimotear por los rincones. El padre, desconcertado, no hallaba la manera de salir del atolladero, y palidecía cuando su hijo, sobrio o bebido, protestaba con ademanes tabernarios dando voces y coces, pues aún no había encontrado con quien casarse y veía peligrar el patrimonio reservado en exclusiva para él. El mozo lloraba de rabia, y las lágrimas resbalaban por su cara abotargada de párpados hinchados.

Olimpia era consciente de que para emanciparse necesitaba un marido. El tiempo de reclusión conventual le había servido para meditar largamente y planear su porvenir. Sabía qué pasos dar, cómo actuar. Y sin la desesperación que nublaba a quienes se sentían apremiados, cada tarde, para demostrar su carencia de remordimientos, atravesaba las principales calles de la ciudad vestida con sus mejores ropas. Ahora, tras la soledad interior

sufrida en el convento, se sentía dotada de una dignidad nueva. Era otra persona, mucho más fuerte, y completamente desarraigada en su propia casa.

Su efímera aventura como novicia y el escándalo sobrevenido municionaron las lenguas, mas ella, impávida, paseaba por Viterbo sosteniendo con insolencia las miradas que la repasaban desde las ventanas o desde un recodo de la calle.

Muchas vecinas la despellejaban con sus críticas; la motejaban de feúcha, de ser una muchacha carente de encanto físico que buscaba un marido con descaro. Pero ella, imperturbable ante el chaparrón de maledicencias, seguía recorriendo las calles.

Su coraje llamó pronto la atención de algunos hombres, que comenzaron a rondarla y comunicaron a Sforza Maidalchini sus intenciones matrimoniales.

El padre, para no contrariar a la hija, temeroso de su posible reacción de fiera sin domar, no osaba aconsejarla en la elección, y se limitaba a ejercer de contable –cuánto dinero y propiedades atesoraban respectivamente los pretendientes–, y elaboraba un listado ordenado de mayor a menor riqueza. Ella, tras examinar los fríos números, lo tuvo claro. No valoró otras cualidades ni analizó supuestos defectos.

El más acaudalado resultó ser Paolo Nini. Y también el más viejo, pues frisaba los sesenta años. Calvo y desdentado, con más pellejo que carne y unos ojillos achinados que le brillaban al frotarse las manos en cuanto iniciaba cualquier conversación, él fue el elegido. Cuando floreció mayo, Paolo Nini negoció la dote, momento que ella disfrutó, pues Sforza Maidalchini se comprometió a aportar cinco mil escudos para la boda de su hija.

Por capricho de Olimpia, la ceremonia nupcial se dispuso para el día de San Miguel, mas no por la simbología del arcángel alanceador de demonios, sino por coincidir con la vendimia. A ella le gustaba el vino de calidad. Las familias más pudientes, al finalizar septiembre, aportaron tapices para decorar el ábside de la iglesia de San Sixto y así revestir lujosamente la piedra desnuda. El banquete fue opíparo; el vino, espléndido, «mejor aún que el del milagro de las bodas de Caná», proclamaban con voz pastosa quienes vaciaban vasos y se llenaban el buche de comida.

En cuanto se despidieron los últimos invitados, Olimpia, con la diadema de flores nupcial aún ciñéndole el cabello, se acercó a sus padres.

–Adiós. No quiero que me visitéis jamás. No volveré a quereros –dijo.

Fue la última vez que les dirigió la palabra.

La pareja de recién casados se trasladó a vivir al palacio de la Via Annio, residencia de la familia Nini desde hacía más de medio siglo. La servidumbre se habituó pronto a recibir instrucciones de un ama que, a pesar de su extrema juventud, se comportaba con una madurez impropia: no gritaba, no trataba mal a los criados ni poseía un carácter veleidoso. Y ella, satisfecha, se acostumbró de inmediato a la campanilla de plata para llamar a un servicio compuesto de criadas, cocineras y mayordomos que vestían librea de terciopelo y sombreros emplumados. El abismo entre los sentimientos y la forma de ver la vida se agrandaba día a día entre los cónyuges por la diferencia de edad, pero a la muchacha le daba igual.

La riqueza y el súbito cambio de vida no la habían apartado de su siguiente objetivo: ansiaba un hijo, y no rechazaba las exigencias carnales del marido, antes bien, las propiciaba con zalamerías. Y, a poco de comenzar el nuevo año, se quedó encinta.

Su esposo mostró alegría, pero no podía compararse al júbilo de ella, convencida de que, en adelante, sólo podría confiar en los hijos que diese a luz, criados por ella, educados según su gusto, incapaces de traicionarla.

Al correr de los meses, el progresivo abultamiento de su vientre la tenía maravillada. Aquel milagro de la naturaleza le parecía algo insólito. Apoyaba las manos en la barriga, y allí las dejaba reposar hasta que sentía las pataditas del bebé que crecía dentro de su ser, rebulléndose, y entonces se acariciaba la piel atirantada con la esperanza de que la carne de su carne notara la delicadeza de las lentas caricias, la transmisión de sus dulces pensamientos a través de la yema de los dedos.

Por aquel entonces, el matrimonio adquirió una hermosa tabla de una *madonna* de la leche. La Virgen, con unos pechicos casi del color de la nieve, amamantaba al niño Jesús, que miraba a

su madre con seriedad, consciente de su misión en el mundo. Y Olimpia contemplaba unos instantes el óleo a diario, esperanzada de dar de mamar al fruto de su vientre.

Al aproximarse el momento del alumbramiento, la joven, por prescripción facultativa, consintió la compra de una silla de partos, pero se mostró tajante en una decisión: no quería ser asistida por un médico, sino por una matrona.

Por insistencia de su esposo, el galeno de confianza de la familia Nini, el doctor Andrea Buono, había estado vigilando el estado de la gestante. Orgulloso de sus conocimientos científicos, en sus rutinarias revisiones extraía de su maletín de piel de vaca los fórceps y el instrumental diseñado por el afamado físico francés Levret para facilitar los partos, y, ante la aterradora visión de aquellas herramientas de metal con restos de sangre seca, Olimpia contraía los músculos. De ningún modo un hombre trajinaría en sus entrañas al dar a luz; debía hacerlo una mujer.

–Tengo sobrada experiencia en atender a parturientas, señora –alegó el médico, extrañado de tan caprichosa decisión.

–No lo pongo en duda, doctor Buono, pero es mi deseo que una matrona supervise el nacimiento.

Era finales del verano, con el calor aún espesando el aire, cuando los criados instalaron en la alcoba la silla de partos. Rompió aguas un anochecer, y, mientras por los muslos le chorreaba un líquido viscoso y caliente, la estancia se llenó de un olor dulzón. Comenzaron luego las contracciones, que sentía como olas del mar dentro de su cuerpo, con una intensidad que crecía y decrecía conforme el vientre se endurecía.

Con los luceros en el cielo llegaron dos comadronas. Éstas, muy dispuestas, pidieron una jofaina con agua y unas toallas, comprobaron las contracciones, hicieron una somera exploración física a la parturienta, le dieron de beber un vaso de agua de artemisa, le quitaron la falda acampanada para vestirla con la ropa de dormir y, tras arremangarse, sentaron a la sudorosa embarazada en aquella silla que parecía un instrumento de tortura, con abrazaderas de hierro y correas de cuero para inmovilizar piernas y brazos.

La más robusta se situó detrás del artilugio y rodeó con sus

brazos la enorme barriga, para presionarla y ayudar a la criatura a salir. La otra matrona, menuda de cuerpo pero con dedos habilidosos, se arrodilló y palpó allí abajo, hasta que la dilatación fue suficiente. Olimpia, amarrada a la silla, empujaba una y otra vez, con la sensación de que una fuerza interior hacía palanca y los huesos de su pelvis se abrían. Hasta que, al fin, en un indeterminado momento apareció una cabeza pelona, resbaladiza de sangre y líquido amniótico. Los espesos fluidos corporales caían por el gran agujero del asiento y se recogían en una palangana puesta en el suelo.

–¡Empuje, señora! ¡Con todas sus fuerzas!

Tenía la camisola empapada de sudor, respiraba de manera entrecortada, gemía quedo pese al dolor inconcebible, burbujeante; apretaba los puños y tensaba el cuerpo, concentrándose en terminar con aquel suplicio que le desgarraba las tripas. La alcoba, iluminada por varios candelabros, olía a sangre y a cera derretida, y las ventanas abiertas no disipaban el calor acumulado.

–¡Siga, señora! ¡Apriete, que ya casi está fuera!

La comadrona, como quien extrae un pasajero que ha viajado en otra persona, tironeó con decisión. Sacó así al mundo a una criatura de piel enrojecida y pringosa. Sin dudarlo, empuñó un cuchillo de cocina, cortó el cordón umbilical de un tajo –como si cortase una salchicha–, y, agarrando al bebé por los pies, le propinó unos suaves cachetes en el culo hasta que rompió a llorar con el desconsuelo de quien es expulsado del paraíso.

–Es una hembra, señora.

Olimpia suspiró, sintiendo una súbita relajación muscular. Le desabrocharon las correas de brazos y pies. Tenía mucha sed y se chupó los labios. Intentó preguntar si su hija estaba sana, pero la boca reseca no respondía a lo que le dictaba la cabeza y, con los ojos entrecerrados, se limitó a inspirar profundamente y a mirar a su niña.

La llamaría Constanza.

* * *

Insistió en darle de mamar ella misma; rechazó que la amamantase ninguna nodriza. Los calostros acudían abundantes a su pecho, señal de vigor y buena salud. Quería alimentar con su propia leche a su hijita, cuyos ojos azules se cerraban y abrían mientras chupaba. Ella la sostenía en brazos con cuidado, le hablaba ternuras en voz baja y le cantaba las canciones que aprendió de pequeña, transformándolas en nanas de dulce cadencia.

La niña era su prioridad, su obsesión, y el marido pasó a convertirse en una huidiza sombra que entraba y salía de la casa.

Constanza, un bebé rollizo con pelusa rubia en la coronilla, ganaba peso cada semana, dormía profundamente y comía con ansia. Antes de cumplir su primer año, repentinamente comenzó a llorar sin descanso, algo inusual en ella. El doctor Andrea Buono la reconoció: tocó la frente y apreció calentura alta; colocó la oreja en el pecho y verificó arritmia; le tomó el pulso y comprobó que era débil, así que, muy profesional, meneó la cabeza en elocuente gesto, certificó que no se trataba de un simple cólico, diagnosticó fiebres pútridas y recetó un ungüento para el pecho y diez gotas diarias de jarabe de ruibarbo y almendras.

Las calenturas no remitieron, y la niña murió. La enterraron una mañana de lluvia copiosa y cielos grises, un día apropiado para los difuntos. Olimpia la lloró encerrada en su enorme casa, recordando los amaneceres que se despertaba de sopetón para comprobar que la niña dormía en su cuna, que estaba bien y ningún mal la acechaba. Cuando salía a pasear, la visión de niños sin destetar le producía una pena honda y negra, y la mirada se le iba de una madre a otra, como si la maternidad se multiplicara como una plaga bíblica en su contra, sumiéndola en la melancolía.

Supo que la pena, al igual que la lluvia, podía calar hasta los huesos.

Azuzada por un irrefrenable impulso de volver a experimentar el milagro de la gestación, luchó contra sí misma para reponerse del hondo sentimiento de pérdida y dejó hacer a su marido cuando la buscaba en la cama. Pronto supo que volvía a estar encinta.

El doctor Buono le hizo puntuales revisiones para comprobar que el embarazo se desarrollaba con normalidad, y, llegado el momento, Olimpia exigió de nuevo ser atendida por matronas. Esta vez dio a luz a un niño.

Lo llamó Nino.

El reconcomio de que su niñita enfermara y muriera a causa de su leche materna, de mala calidad, no la había abandonado, y decidió que a su hijo lo amamantasen nodrizas. Eligió a tres mujeres, que se turnaban diariamente para alimentar al pequeño. Cada vez que llegaba el turno de una de las nodrizas, el marido se colaba en la habitación con sigilo gatuno y, frotándose las manos como si estuviese ante un manjar, elogiaba el buen apetito del mamoncete sin dejar de mirar unos generosos pechos que a él se le antojaban ubres, y las jóvenes, todas ellas humildes campesinas, callaban y evitaban la mirada salaz del viejo y sus comentarios.

–¡Cómo se agarra al pezón! ¡Con qué glotonería chupa! ¡Qué rica debe de estar esa leche! –se relamía el viejo desdentado.

El mismo año del nacimiento de Nino, cuando ya la primavera se despeñaba hacia el verano y arreciaba el calor, el esposo cayó enfermo. «Le ha dado un tabardillo», dijeron. Le asaltaron unas incontenibles diarreas, fiebre y dolor abdominal, y, aunque el médico al principio se mostró optimista con la evolución de la disentería, la persistencia de los síntomas junto con la ineficacia de los fármacos lo hicieron al fin encogerse de hombros y pronosticar un rápido desenlace. Fabio Nini, que en sus postreros días semejaba una momia desenterrada, falleció en junio de 1611.

Olimpia, dueña de un importante patrimonio económico, no soltó una lágrima por el difunto ni lo recordó un solo día. Para ella, el porvenir junto a su hijo Nino Nini era una promesa de felicidad. Era la heredera de dos palacios, varias posadas, establos y tabernas, una docena de granjas, extensos pastizales y viñedos y una generosa cantidad de dinero en metálico que los banqueros, con lisonjas, se ofrecieron multiplicar como el milagro del pan y los peces si lo ingresaba en sus respectivos bancos.

Pero la aventura devino en desventura. Al arreciar el frío del

invierno, el saludable Nino se encendió de fiebre, y pocos días más tarde cambió la cuna por un ataúd blanco.

Olimpia era una viuda joven a la que la vida le había regalado riqueza, y la muerte, arrebatado dos hijos.

Capítulo 7

Viberbo, Roma, otoño de 1611 - otoño de 1612

La desgracia quebró su ánimo. Intentaba sobreponerse al dolor por la pérdida de sus hijos, no podía evitar el vacío en su corazón y en sus entrañas. Al principio lloró una tormenta de lágrimas, y, conforme pasó el tiempo, el llanto se convirtió en un persistente chispeo.

Para sobrellevar la tristeza se agarró a lo tangible; se aplicó a las finanzas. Incrementó su patrimonio tan rápido que los banqueros, en sus reuniones, comentaban en un tono jocoso no exento de envidia que ella parecía poseer el secreto de la piedra filosofal, la que convertía el plomo en oro. Mejoró los arrendamientos de sus propiedades rústicas y urbanas, renovó sus depósitos bancarios y realizó sagaces inversiones que le depararon buenos dividendos. Su natural facilidad para las matemáticas y su mente analítica le proporcionaban clarividencia para averiguar qué negocios le reportarían mejores ganancias.

Mantener la cabeza ocupada con las cuentas la amarraba a la vida cotidiana, pero no aminoraba el pesar por aquellos pequeños ataúdes. Los ojos destilaban pena, pero lloraba a solas, porque hacerlo en público se le antojaba una flaqueza, y así evitaba el aluvión de consejos que le daban sin pedirlos: que el Señor se había llevado a los niños para convertirlos en ángeles; que no se preocupase demasiado, que esas cosas pasaban, que

tendría más hijos y olvidaría a los sepultados, e incluso los rostros de los fallecidos se desdibujarían en su memoria; también le recomendaban no encariñarse con sus siguientes vástagos mientras fuesen pequeños, por si acaso. Todo el mundo la conminaba a resignarse, a aceptar el destino. Nadie parecía entenderla. O, al menos, no tenía a nadie cercano a quien confiar su aflicción.

En ocasiones se cuestionaba las decisiones que había tomado, y en momentos de flaqueza sentía derrumbarse su ánimo. Entonces, mordida por la depresión, no tenía ganas de salir a la calle, pareciéndole que la vida la había traicionado repetidas veces, que la felicidad no estaba hecha para ella, que Dios la castigaba por empeñarse en ser una mujer poco sumisa y demasiado orgullosa.

De esa forma transcurrió un año de buenas cosechas, cuentas saneadas y lágrimas a escondidas.

No le faltaron pretendientes durante la fase de duelo, pero los rechazó a todos. Unos, por carecer de fortuna o pedigrí, y otros, pese a tener de lo uno y lo otro, venían cargados de descendientes, que, al heredar, trocearían el patrimonio familiar.

Mediado octubre llegó a Viterbo Pamphilio Pamphili, un atractivo aristócrata cercano a la cincuentena. Hasta la cercana Roma había llegado la noticia de que una joven viuda, rica y sin hijos, poseía mejor olfato que los Médici para las finanzas. Pamphilio, con su buena facha, su labia y unos exquisitos modales y mundanidad adquiridos en Florencia, agradó a Olimpia, pero más aún el prestigio de su título nobiliario, sin que a ella le importase la decadencia económica de tan rancio apellido. Él, con su perfil aquilino y sus sienes salpicadas de canas, le pidió la mano, y ella aceptó. Ambos ganaban en el acuerdo matrimonial.

Y todo sucedió con rapidez, sin necesidad de que mediara el amor, sino el sentido común y la recíproca conveniencia.

Para celebrar la inminente boda, en la tradicional cena de Todos los Santos tomaron de postre gachas dulces con picatostes y una copita de vino de pasas.

Días más tarde se casaban en Roma. La iglesia olía a incienso mezclado con trocitos de vainilla, y tras las nubes aromáticas se

adivinaban los tapices de terciopelo encarnado con el escudo de los Pamphili: una paloma blanca con una ramita de olivo en el pico. Como el ave que regresó al arca de Noé cuando escampó el Diluvio Universal.

Después de la ceremonia se trasladaron al decadente palacio que los Pamphili tenían en la Piazza Navona.

Allí, con absoluta sorpresa, Olimpia descubrió que vivirían con alguien más.

Pasado el tiempo, Olimpia no entendería la vida sin esa persona.

Capítulo 8

Roma, diciembre de 1612

Cada miércoles había mercado de verduras en la Piazza Navona. Desde antes del alba los relinchos de los burros, el traqueteo de los carros y la peste a boñiga se expandían por el aire. Los hortelanos y mercaderes se daban prisa en levantar los tenderetes y apilar los productos recién traídos de las huertas que rezumaban un aroma a tierra fértil. A primera hora de la mañana el mercado era un bullebulle de criadas y esclavas negras comprando para sus señoras y amos, de mujeres discutiendo –brazos en jarras– por el precio de las judías verdes y las espinacas, de esposas de mesoneros que elegían acelgas y cardos para los sustanciosos guisos. El runrún de las conversaciones y el constante vocear de la mercancía declinaban a primera hora de la tarde, y, cuando desmontaban los puestos levantados con tablones, cañas y tela, flotaba en el aire el mal olor de los charcos de agua sucia, orines y cagajones de las bestias. Los mendigos se disputaban a golpes las verduras pochas tiradas en el suelo. Era el triste botín que quedaba a los más pobres.

Olimpia renegaba de ese ruidoso y apestoso espectáculo semanal. Mandaba cerrar las ventanas temprano, pero aún así se filtraba la escandalera y el olor de los excrementos de los borricos y mulas. Sin embargo, estaba tan entregada a la contratación del personal de servicio, que apenas tenía tiempo

para refunfuñar por el alboroto.

El pordiosero estado en que quedaba la plaza cada miércoles no desentonaba con el aspecto del palacio en el que vivía. Por fuera, sus cuatro alturas le daban un aire de cierta grandeza, pero el deteriorado revoque de la fachada anunciaba su estado interior. Ejemplo claro de un pasado apolillado, era decrépito, con corredores oscuros y habitaciones angostas en cuyos rincones se acumulaba la cochambre, y un olor a sótano húmedo campeaba por doquier. El salón principal daba a la Via Pasquino, pero lo que más le desagradaba a ella era la deslustrada entrada, que hedía a meados de gato.

Todos los días, por aquellos pasillos y escaleras de esplendor perdido, Olimpia se cruzaba con Giambattista, el hermano menor de su marido, cuyo físico y carácter encajaban con el entorno.

Alto y poco agraciado, vestía la sotana negra propia del sacerdocio y lucía una barba descuidada. Rara vez lo veía sin el ceño fruncido, y su tendencia al aislamiento dificultaba las conversaciones. Se trataba de un hombre taciturno propenso a caminar deprisa por pasillos en penumbra, como si estuviese más hecho a la noche que al día. Como no le gustaba madrugar y trasnochaba trabajando en su umbrío despacho del tercer piso, cada día salía del palacio pasado el mediodía para dirigirse a su oficina vaticana, donde ejercía como abogado canónico del Tribunal de la Rota.

Si bien Pamphilio estaba entusiasmado con los planes de reforma palaciega de su esposa y a la hora de la cena hablaba con emoción del lujo que les aguardaba, Giambattista se limitaba a escucharlo, a sorber la sopa y a masticar despacio los pichones rellenos que preparaba la nueva cocinera contratada por Olimpia. Ésta, entretanto, observaba a su cuñado; lo evaluaba, tasaba su verdadera personalidad, aunque él se mostraba tan celoso de su intimidad que apenas dejaba resquicio para averiguar sus pensamientos. Olimpia miraba de soslayo a su locuaz marido y analizaba a su callado cuñado. Dos hermanos muy distintos, contrapuestos. El mayor, guapo y mundano, se relamía al pensar que en el ocaso de su madurez reviviría la gloria material de tiempos pretéritos, y en sus ojos se reflejaba el brillo

de la cubertería de plata que manejaba con esmero. El menor, silencioso y carente de atractivo, reflejaba en su penetrante mirada el fulgor de la inteligencia. Ella supo enseguida cuál de los dos era el más interesante. Y, al poco, congeniaron. Bastaron unos cuantos días, varias miradas y un intercambio de frases cortas.

Mediado adviento, el palacio Pamphili olía al yeso de paredes revocadas, a goteante pintura fresca y a madera de muebles estrenados. Albañiles, cristaleros, pintores de brocha gorda y carpinteros reparaban humedades, reponían ventanas rotas y ajustaban marcos, colocaban puertas y decoraban con diferentes colores las estancias. Aquella barahúnda excitaba a Pamphilio, ilusionaba a Olimpia y molestaba a Giambattista, a quien no le gustaba cruzarse en su propia casa con extraños que hablaban en voz alta y canturreaban, por lo que apenas salía de su despacho.

Dos días antes de Nochebuena, Olimpia tocó con los nudillos en la puerta del despacho de Giambattista. A su lado, uno de los nuevos criados portaba una bandeja de plata con dos copas y una botella de vino.

–¿Puedo pasar? –preguntó ella con una esplendorosa sonrisa.

–Claro. –Él hizo un gesto abarcador con la mano–. Ya ves cómo está todo. Demasiado desorden.

–Demasiado trabajo. ¿Te has convertido en un covachuelista?

–Algo así.

–Vives en una escribanía, deberías hacerlo en los despachos de los cardenales. Rodeado de mármol.

Él no respondió. Se limitó a encogerse de hombros y a mostrarle los manchurrones de tinta ferrogálica de sus dedos, habituales en los escribanos que, flacos y pálidos, usaban lentes porque habían empeñado la salud y gastado la vista leyendo y escribiendo a la mortecina luz de las velas. La luz del sol y de la luna, pensaba él, eran para la gente industriosa, los holgazanes y los enamorados.

El criado, con librea de terciopelo, depositó la bandeja sobre una mesita, llenó hasta la mitad dos copas y se marchó tras un gesto con la mano de Olimpia.

–Brindemos –propuso ella.

–¿Qué celebramos? ¿El ruido y el desbarajuste en que se ha

convertido vivir aquí? –Al fruncir el ceño se le remarcaron las líneas de la frente.

–Pasado mañana nace Dios. Brindemos por el mundo al que va a venir. Un mundo cruel. Pronto sabrá que lo matarán en una cruz, así que dejemos que viva, al menos durante un tiempo, colmado de felicidad. –Olimpia sonrió.

Entrechocaron las copas de finísimo cristal y tomaron un sorbo del excelente vino de la Toscana. Atardecía. Por la ventana de cortinones descorridos se filtraba una luz moribunda procedente de la Via Pasquino. Unas velas ardían en un candelabro de peltre, y bajo su resplandor amarillento se amontonaban unos papeles de caligrafía enrevesada o clara, según sus respectivos amanuenses. Junto a un tintero reposaban dos plumas y un cortaplumas. Una salvadera de plata maciza y una plegadera de marfil con el escudo de la familia Pamphili grabado en el mango eran los únicos objetos supervivientes de tiempos mejores. Las sombras se agazapaban en los rincones. Hacía frío.

–Cuando arreglen la chimenea de este cuarto podrás trabajar mejor. –Ella sintió un repeluco–. No se te helarán las manos ni te saldrán sabañones.

–No quiero albañiles ni deshollinadores aquí. –Giambattista extendió una mano de enrojecidos nudillos, en un teatral *vade retro*–. Lo pondrían todo perdido de polvo y hollín.

–No temas. Será cuestión de poco tiempo. Trabajarán rápido. Te lo prometo.

Él tenía treinta y ocho años, diecisiete más que ella, pero la diferencia de edad no era obstáculo para entenderse. Un cruce de miradas, y notaban un relampagueo en las pupilas. Habían aprendido a congeniar más a base de silencios que de frases pronunciadas, pues las palabras justas dichas en el momento adecuado son el código con que las personas inteligentes se reconocen entre sí.

–¿Tú crees que el Papa dirá misa con un vino tan delicioso? He pensado comprar la cosecha y llamarlo *Sanguis Christi*.

–¡Por Dios! –exclamó con fingido escándalo mientras daba otro sorbito–. ¡Por Dios!

Ella echó un vistazo a los legajos. Aquellos casos de Derecho

Canónico eran el mundo donde le gustaba recluirse a su cuñado. No tenía inclinación por las francachelas ni frecuentaba círculos de amigos. Pero un anhelo bullía en su mente como un cazo de agua puesto al fuego. Ella creía adivinar de qué se trataba.

–¿Algún caso difícil? –dijo Olimpia, señalando el revoltijo de documentos.

–La mayoría son sencillos, rutinarios. Nulidades matrimoniales solicitadas por maridos engañados o por mujeres despechadas de familias patricias que alegan cosas…

–¿Cosas sensatas?

–Inverosímiles.

–Es cuestión de perspectiva.

–Es cuestión de veracidad.

Él entrecerró los ojos. Apuró la copa, chascó la lengua y compuso una media sonrisa. Jamás sonreía del todo.

–Sin embargo… –sostuvo en el aire unos puntos suspensivos–, debo preparar un informe sobre un caso complejo, enmarañado.

–¿Hay dinero de por medio?

–Sí, mucho. La acusación es sobre un elevado montante de dinero que se ha evaporado.

–¿Desaparecido, robado o mal administrado?

–Eso mismo debo tratar de esclarecer. Y luego, redactar un memorial con fundamentos jurídicos sencillos para que el juez no tenga grandes problemas al dictar sentencia.

–¿El juez es un hombre torpe?

–Es un hombre anciano.

–La judicatura de la Rota debería rejuvenecer. Tienen a hombres valiosos trabajando allí –manifestó, retadora.

Giambattista trató de decir algo. Desvió la mirada. Las palabras no nacieron en su boca.

–Puedo ayudarte –dijo ella con una sonrisa, a sabiendas de que la ordenada mente jurídica de él no estaba dotada para los temas económicos, en los que se perdía como quien se adentraba en un laberinto con una venda en los ojos.

–Me vendría bien.

Intercambiar pensamientos, colaborar lejos de indiscretas miradas y oídos era la fórmula que había encontrado para

compenetrarse con aquel hombre tímido que, en público, basculaba entre el mutismo y la hosquedad.

–Estoy convencida de que el cardenal responsable te promoverá a juez. La Rota necesita mentes como la tuya. Hombres que piensan en derecho con la misma naturalidad con la que respiran.

–No creo que se haya fijado en mí. –Cabizbajo, ordenó varios documentos con las marcas de agua del sello de la Santa Sede.

–Haz que se fije. Escribe un memorándum explicándole tus aportaciones para la resolución de los litigios.

–Quita, quita… –murmuró, con el rostro demudado, pues la falta de autoestima entoldaba sus pensamientos.

Olimpia conocía que la prodigiosa inteligencia de su cuñado estaba frenada por un carácter marcado por la indecisión y la escasa confianza en sí mismo. Él carecía de lo que ella tenía por arrobas. El uno era apocado; la otra, decidida.

Sentados en torno a la mesa, iluminados por la luz cerosa del candelabro, colaboraron en la redacción del informe jurídico y económico para allanar al juez eclesiástico la resolución del caso hasta que, por la ventana, sólo entraba negrura. Entonces, ella se levantó, arrastrando las patas de la silla, dio por concluida la sesión y exclamó, alborozada:

–Vamos a cenar. Tenemos bacalao estilo Biatia, gallina en pepitoria y canutillos de crema.

Al descender el primer tramo de escaleras, trocaron el olor a papel y tinta por el de paredes recién enlucidas y madera tallada por ebanistas. Era el aroma de la opulencia, de unos prometedores nuevos tiempos de prosperidad. Ella tenía la indeclinable voluntad de no tener remordimientos, de no caer en la estéril y paralizante nostalgia de lo que pudo haber sido y no fue. Había sepultado su pasado reciente bajo un futuro de esplendor.

Capítulo 9

Roma, día de Reyes de 1613

La mañana era gélida. Los conventos sacaban a la calle marmitas con una sopa boba algo más sustanciosa de lo habitual para que los desharrapados celebrasen la Epifanía con un sabor a tocino rancio en la boca. Del Tíber ascendía una neblina que empañaba el tañido de las campanas, tan espesa que dificultaba reconocer de qué iglesias procedían los repiques.

Olimpia, abrigada con una capa negra con capucha, subió al coche de caballos e indicó la dirección a su cochero. Tras recorrer un breve trecho, cruzaron un puente sobre el río. Las ruedas botaban en los baches y salpicaban lodo al rodar sobre los charcos.

Al llegar a una casa de arrepentidas en el Trastevere, ordenó al cochero que la esperase. Llamó con decisión a la puerta, sobre cuya aldaba estaba pintado el escudo de la cofradía del Pecado Mortal. Varias personas ya rodeaban con curiosidad y un punto de suspicacia el lujoso carruaje de dos caballos. Se formó un grupo de campesinos y madres que llevaban a los niños de pecho sujetos al costado. Cuchicheaban en un dialecto cerrado. Los trasteverinos, celosos de su barriada con gateras en las puertas, se sentían los verdaderos habitantes de Roma y casi consideraban extranjeros al resto de romanos. Y ahora contemplaban el escudo de los Pamphili pintado en la portezuela del coche. Una mujer

asomó la cabeza por una ventana para llamar a sus hijos dando unas voces que presagiaban regañina.

Olimpia, ajena a las miradas, volvió a golpear con el bronce. Los goznes chirriaron al abrirse la puerta, y una mujeruca con una raída pañoleta sobre la cabeza inquirió, desconfiada:

–¿Qué queréis?

–Ver a la gobernanta.

La portera repasó de arriba abajo a aquella joven tan bien vestida y supuso que iba a tratar algún asunto delicado. Un embarazo secreto, se malició, y se marcó una sonrisa de encías desdentadas.

–¿Puede saberse para qué? –preguntó, cotilla.

–Pretendo hacer un donativo –respondió ella, sin altanería y sin alzar la voz.

La vieja, sorprendida, cambió de actitud, dio dos cabezazos y la invitó a pasar.

–¡Adelante! ¡Adelante!

La portera llamó a gritos al alcaide y a la gobernanta, y ambos, alarmados, acudieron al patinillo, en cuyo centro había un brocal de pozo. La anciana, en un tono untado de miel, les dio la buena nueva. El alcaide, un hombre grueso y bajo, con manos infantiles y barba recortada, ladeó la cabeza y preguntó, con afectada cortesía:

–¿Podéis decirme vuestro nombre?

Su voz era aguda, como de castrato.

–Olimpia Maidalchini. –Se retiró el capuchón.

–Donna Olimpia, es un honor recibiros. –El hombre hizo una tosca reverencia.

–Me gustaría visitar la casa. Conocer la caridad que aquí se practica.

–Por supuesto. Pasad.

Una sala mal ventilada acogía a diez mujeres de diferentes edades que vestían un sayal de tejido basto. Bordaban, hilaban o recitaban de memoria oraciones del catecismo que una maestra escuchaba distraída mientras supervisaba las labores de bordado e hilatura. Todas ellas, salvo la maestra, mostraban un rápido deterioro físico propio de las prostitutas, la devastación de la mala vida. Sus miradas eran balcones a corazones que no

olvidaban agravios, palizas, miedo y sometimiento.

–Procuramos sacarlas del vicio y del pecado para que no vuelvan a vender su cuerpo ni ofender a Dios. Les enseñamos trabajos manuales y la doctrina cristiana –explicó ufana la gobernanta, con las manos entrelazadas bajo su voluminosa pechera–. Cuando estén preparadas, profesarán en un convento.

Olimpia se fijó en aquella mancha violácea que mostraba una mujer en la mejilla izquierda.

–Se les pega lo justo –comentó el alcaide, al percatarse–. Lo necesario para ahormarles el carácter y reprimir comportamientos perniciosos. Algunas de ellas tienen malas contestaciones y se revuelven contra nuestra autoridad. Las corregimos fraternalmente –sonrió, untuoso.

–A veces, para escarmentarlas, les decimos que han sobrevivido porque son malas y agresivas –añadió la gobernanta, con gesto desabrido–. Es sabido que bicho malo nunca muere.

Olimpia asintió en silencio. Sólo contemplaba, escuchaba y callaba, y así entraron en el dormitorio colectivo, lleno de camastros compuestos por tablones de madera, colchones, mantas y cabeceras rellenos de paja. Un crucifijo presidía las descascarilladas paredes, y en un rincón había un orinal de estaño. Una arrepentida de pelo canoso, arrodillada, fregoteaba el suelo con lejía de ceniza; sus abrasadas y encallecidas manos frotaban con brío las baldosas.

Colindante al dormitorio había una puerta cerrada. El alcaide, ceremonioso, extrajo una llave y abrió. La habitación, minúscula y sin ventanas, estaba vacía. En el suelo reposaba un cepo, con tres agujeros de desigual tamaño para introducir las manos y la cabeza. En las paredes había colgados unos grilletes, una disciplina de esparto trenzado y varias mordazas. Era un verdadero cuarto de tortura. Aún podía olerse el olor a miedo transpirado por las mujeres encerradas.

El hombre que parecía una albondiguilla carraspeó antes de hablar:

–Como veis, no hay ninguna interna castigada. Ellas son malas pero no tontas. Saben que las conductas revoltosas reciben su merecido y se cuidan de dar un mal paso, por la cuenta que les trae. Ahora bien, no nos tiembla el pulso si es menester –impostó

una voz grave para conferir virilidad a sus palabras–. A las blasfemas las amordazamos.

–¿Se las trata como reclusas? –preguntó Olimpia.

–Se las trata con justicia –aclaró la gobernanta con su voz aguda y desagradable–. Las conductas indecorosas o respondonas se contagian. Una fruta podrida echa a perder al resto.

–¿Puede saberse quién imparte los castigos?

–Servidora –se jactó la mujer, llevándose la mano al pecho.

Tras recorrer un pasillo con la cómica velocidad que le permitían sus piernas cortas, el alcaide abrió con sigilo otra puerta y, al igual que una imagen procesional de san Juan, señaló con el dedo a dos mujeres de edades dispares que permanecían sentadas en unos taburetes al lado de sendas camas. En lugar de sayal vestían ropas de calidad, bajo las cuales eran evidentes sus avanzados estados de gestación. Turbadas por aquella intromisión, interrumpieron su conversación y bajaron la mirada hacia las baldosas.

–Es la habitación de partos vergonzosos –explicó el hombre–. Las familias recluyen aquí a las embarazadas para evitar escándalos. La ignominia, donna Olimpia, es una mancha que no se quita por mucho que se lave.

–Al dar a luz, los niños son entregados a personas principales. Nos aseguramos de un buen futuro para las criaturas –concluyó la gobernanta con un tono de voz acostumbrado a ejercer la autoridad–. Ahora tenemos a dos inquilinas: una hija ligera de cascos y una dama de moral distraída. –Las señaló con la mirada–. El afligido padre de una y el traicionado marido de otra las trajeron de noche, claro está, para no dar que hablar. La gente es muy chismosa.

–¿El médico las examina con regularidad? –terció Olimpia.

–No es necesario ningún galeno. A veces, alguna preñada tiene bascas y vomita. Todos los cuidados que necesitan se les procuran aquí. No están ellas para melindres, sino para ocultar su deshonra –sentenció la otra.

Por último, le mostraron la cocina y la despensa surtida de lentejas, pan duro y frascas de vino peleón. La cocinera, con los ojos llorosos de picar cebolla, daba vueltas a un guiso con un

cucharón de palo, y las gotas de sudor caían sobre el hirviente perol.

Una vez terminada la ronda por la casa de arrepentidas y regresaron al pequeño patio empedrado de la entrada, Olimpia les comunicó que pretendía hacer un donativo cada trimestre. Dijo la cantidad y los ojos del alcaide echaron chiribitas.

–¡Loado sea Dios! ¡Donna Olimpia, vais a convertiros en nuestro ángel guardián! –exclamó, alegre.

–Sin embargo, es mi deseo poner una serie de condiciones.

–No creo que el gobernador de la cofradía del Pecado Mortal tolere condiciones –adujo el achaparrado hombre, sorprendido por el atrevimiento.

–Ya lo creo que las aceptará. La dadivosa cantidad lo merece. –Hizo una breve pausa para reflexionar y enumerar sus peticiones–. Yo pago y, por tanto, exijo contraprestaciones. Quiero que un médico examine semanalmente a todas las internas, arrepentidas o gestantes.

–¿Que las arrepentidas reciban atención médica? –La gobernanta se escandalizó–. ¡Qué disparate!

–No vuelva a interrumpirme. –Olimpia la miró con severidad–. Usted me resulta doblemente insoportable: por hablar con un tono empalagoso y por hacerlo escuchándose a sí misma. Además, no me gusta que me contradigan cuando soy la que pongo el dinero. ¿Entendido?

La mujer, repentinamente colorada de indignación, inspiró tan hondo que sus desmesurados pechos se inflaron de soberbia.

–Las medicinas que prescriba el facultativo serán compradas en botica. El cepo desaparecerá. Ninguna arrepentida será castigada; ni bofetadas ni palos. La alacena estará bien abastecida, y nadie pasará hambre. Las camas dispondrán de sábanas y de una manta suplementaria si el frío aprieta. Cuando las antiguas prostitutas aprendan un nuevo oficio, serán recomendadas para encontrar trabajo en alguna casa o comercio. Ninguna mujer debería profesar como monja contra su voluntad.

La gobernanta torció la boca hacia abajo e intentó hablar, pero Olimpia la detuvo mostrándole la palma de la mano.

–También instituiré una dote para que las mujeres que quieran casarse puedan hacerlo. La pobreza no debe ser

impedimento para el matrimonio.

–¿También habremos de poner una cuerda al cubo del pozo? –La gobernanta, en tono insolente, giró la cabeza hacia el brocal.

–¿Acaso no tiene?

–Se quitó para evitar que alguna infeliz se ahorcase con ella en algún despiste nuestro –adujo el alcaide, paternal.

–El cubo dispondrá de cuerda. Ninguna mujer sentirá deseos de colgarse si no se la retiene contra su voluntad. Esta casa no deberá ser un presidio. Mañana enviaré a una persona de mi confianza para entregar el dinero. Cada tres meses recibirán idéntica cantidad. Ah, por último, yo misma revisaré cada trimestre el estadillo de cuentas para comprobar si mi dinero se emplea correctamente.

El alcaide no rechistó por temor a que la magnánima señora retirase aquel maná. Ya se encargaría él de convencer a la directiva cofrade de no poner impedimento alguno a las condiciones de la *signora*.

–¿Nos dais permiso para decir el nombre de nuestra nueva bienhechora? –se decidió a hacer una última pregunta.

–Sí. Mi mano derecha puede saber lo que hace la izquierda –contestó, volviendo del revés el principio de la caridad evangélica.

El cielo era del color del plomo fundido. La portera abrió la puerta, que volvió a chirriar como en una pesadilla. Se levantó un viento frío que traía olores a tierra mojada. Olimpia miró hacia arriba. Comenzaban a caer gotas de lluvia sobre su cabeza. Se alzó la capucha. El día de los Magos de Oriente sería pasado por agua.

Capítulo 10

Roma, carnaval de 1613

Para ella, la distancia era el olvido. Abandonar su Viterbo natal y trasladarse a Roma había supuesto una liberación que le permitió arrumbar los malos recuerdos y tabicarlos en su memoria más recóndita. El pasado era un lastre cargado de pena, y el futuro, una metamorfosis, la oportunidad de transformarse en una nueva mujer. El mejor remedio para olvidar, más que el tiempo, era la geografía. La lejanía de su ciudad natal cambió su estado de espíritu.

Había comenzado a dar convites y fiestas en su remozado palacio. El apellido Pamphili, lustrado con el dinero, era una inmejorable tarjeta de invitación para que nobles y magnates aceptasen ir a los banquetes en los que brillaba su anfitriona, que no deslumbraba por su belleza pero sí por una madurez impropia a su edad, por su simpatía y por su aguda conversación. Su marido, al comprobar la veloz preponderancia que alcanzaba su esposa, aceptó resignado su situación de segundón sin dejarse llevar por los celos. Le bastaba con disfrutar de una vida regalada y captar de refilón algún reflejo de la luz que ella irradiaba.

Olimpia descubrió pronto que le fascinaba la novedad del carnaval, el trastoque de costumbres, la dislocación de convencionalismos. Compró una refinada máscara para las parrandas en palacio, y también para salir amparada en un

anonimato que le divertía de una manera pueril. La adquirió el día que sacaban en una parodia de silla gestatoria al Príncipe de los Cagones, un mendigo al que tonsuraban y colocaban una mitra de papel, le daban una garrota pintada de plata a modo de báculo y le colocaban una tela de saco como casulla. Y el hombre, ajumado de vino y aupado en la silla transportada a mano, bendecía con gestos obscenos, se bajaba los calzones y ventoseaba ruidosamente entre la algarabía del público, que presenciaba entre risas la chusca procesión y acompañaba un trecho al mitrado Príncipe, insultándolo con las procacidades más disparatadas.

La tarde anterior se habían celebrado en la Piazza Navona combates navales con barcos sobre ruedas. En un extremo se representó la batalla de Accio, donde Marco Antonio y Cleopatra se enfrentaron a la marina de guerra de Octavio Augusto. En el lado opuesto, se conmemoró Lepanto. Ante miles de personas agolpadas, unos forzudos empujaban los pequeños barcos de un lado a otro mientras los tripulantes, disfrazados, encendían petardos y los arrojaban contra sus enemigos. El jolgorio, el ruido de las explosiones, las serpentinas y las densas y asfixiantes nubes de pólvora convirtieron aquello en un pandemónium. Pasado el rato, las armadas intercambiaron sus emplazamientos originales, y las naves de la reina egipcia lucharon contra don Juan de Austria y las del emperador Augusto contra las turcas, entre el alborozo de un público que aplaudía aquel disloque histórico.

Esa misma mañana se celebraron en algunas plazas carreras con pollinos que no paraban de rebuznar, doloridos por las agujas y dardos que los más graciosos les clavaban en los ijares para azuzarlos. Y, justo después del mediodía, Olimpia salió del palacio acompañada de su cuñado. Ella, con zapatos de tafetán con tacón y máscara veneciana; él, con sotana, a cara descubierta y con un garrote que no necesitaba para caminar, sino para espantar a los enmascarados que se acercaban como moscones. La Piazza Navona se veía cubierta de los restos del papel grueso de los petardos explotados.

–Otra jornada como picapleitos –dijo su cuñada, pinchándolo.

–Otro día de trabajo –la corrigió.

–El Vaticano desaprovecha tu potencial, tu intelecto.

–Yo sirvo al papado donde se me manda –respondió mecánicamente, como buen empleado pontificio.

Un tumulto de personas disfrazadas atravesó la Piazza Navona gastando bromas a los transeúntes. Giambattista las miró con desdén.

–Odio las carnavaladas –dijo entre dientes.

Conforme los disfrazados se aproximaban, agarró con fuerza el garrote y frunció el ceño. Un tipo con la cara pintada de rojo y con cuernos y rabo, al ver al sacerdote, no pudo evitar la tentación de brincar y gritarle con voz de falsete:

–¡No me conoces! ¡No me conoces!

–Como te acerques más, no te va a conocer ni la madre que te parió.

Giambattista enarboló el garrote, dispuesto a deslomar al satanás de pega.

El de la cornamenta dio un respingo y se alejó del iracundo cura.

–¡Qué malas pulgas tienes! –rio Olimpia.

Llegaron a la Piazza Madama. Había barullo. Se trataba de una carrera de jorobados jaleada por un público entusiasta. Una docena de hombres, obligados a correr al trote cochinero, mostraban sus desnudeces y, sofocados por el esfuerzo, soportaban un vapuleo de insultos y las manos que sobaban sus jorobas, en la creencia de que tocarlas propiciaba la buena suerte.

–¡Gibado! ¡Suenas a hueco!

Un muchachote corría parejo a uno de aquellos desgraciados, golpeteando rítmicamente con ambas manos la joroba, como si fuese un tambor. La masa reía y zahería con humillaciones a quienes corrían desnudos, trastabillaban y se caían. Sus deformidades excitaban los bajos instintos de la gente y su ingenio chistoso.

Los cuñados dejaron atrás la bulla y se adentraron por calles que conducían al Panteón. A Giambattista se le hacía raro hablar con alguien escondido bajo una máscara carnavalesca.

–Esta noche doy una fiesta. Espero que vengas.

–Sabes de sobra que las fiestas me aburren. O quizás el

aburrido sea yo y no sepa divertirme…

Su nula propensión a la jarana y su irritabilidad ante los excesos frívolos lo convertían en un alérgico a la alegría, y, durante las veladas festivas, se retiraba pronto de la mesa para refugiarse en su despacho, leer y enfrascarse en el papeleo.

–No te apures. No será de disfraces. Acudirá un embajador. Quiero que lo conozcas.

–¿Un embajador? ¿De dónde?

–Sorpresa.

La máscara ocultó su sonrisa, pero no su tono de voz de intriga.

Era día de carreras bufas. Delante de la fachada de la iglesia de San Luis de los Franceses estallaban risotadas y se amontonaba el vulgo. Esta vez las participantes eran prostitutas que, sin ropa, correteaban animadas por una granizada de palabras injuriosas, mientras algunas jadeaban acusando el esfuerzo y se cubrían el sexo con las manos, gesto de pudor que recrudecía las palabrotas y humoradas bajunas.

Olimpia miró de refilón la carrera de meretrices.

–No encuentro la gracia de hacer correr a esas pobres mujeres. Es humillante –comentó con voz agria.

–¿Humillante? Son mujeres públicas. Les pagan por ello. ¿Qué mas da que sea por comerciar con sus cuerpos que por correr?

Los pechos les subían y bajaban ante la hilaridad de la gente, y los insultos redoblaban hacia aquellas que, desfondadas, se llevaban la mano al abdomen y boqueaban para tomar aire, porque les daba flato.

Ella, molesta por el espectáculo, apretó el paso hasta llegar a la plaza del Panteón. En el suelo de tierra menudeaban malolientes charcos tras las lluvias de días pasados, y el barro, mezclado con desperdicios, gatos y perros muertos, apestaba. Las colosales columnas corintias del templo, malheridas, mostraban las señales del paso del tiempo, que se comía a dentelladas la piedra; en el alero crecían matorrales, y la cúpula recubierta de bronce brillaba bajo un hiriente sol. Los pedigüeños buscaban sitio delante de la iglesia, maldecían si alguno de ellos se situaba demasiado cerca y se enzarzaban en

discusiones que solían terminar a puntapiés. Los vecinos vaciaban los orinales por las ventanas. Los carros de los comerciantes atravesaban la plaza, y de las tabernas salían voces en italiano y español. De los techos de las tabernas y figones colgaban odres de vino, y los parroquianos, con risotadas de borrachos, se propasaban con las taberneras de generoso busto sobándoles el trasero.

Olimpia detuvo el paso. Miró a su cuñado y, como quien suelta una perdigonada, dijo:

–¿El cardenal ha aceptado alguna de las ideas que le presentaste para agilizar la burocracia del Tribunal de la Rota?

–No.

–¿Leyó al menos el memorial que escribiste?

–Lo desconozco. –Se encogió de hombros–. Se limitó a guardarlo en un cajón delante de mí.

–Mereces algo mucho mejor en el Vaticano. Los mediocres envidian tu inteligencia e impiden que prosperes.

Giambattista, aunque acostumbrado a la demoledora sinceridad que la caracterizaba, acusó la andanada y suspiró hondo. Clavó la mirada en la máscara con la que dialogaba –extraño por conversar así–, y respondió, resignado:

–Es mi cruz.

–Deja la cruz para los mártires. No hay que pensar en la santidad, sino en la guerra. Es necesario obrar con estrategia, comportarse como un general.

–No sirvo para eso.

–Pero yo sí. –Olimpia apoyó la mano en el brazo de él–. Sé cómo hay que enfrentarse a los envidiosos. Tú pondrás el intelecto, y yo, el empuje.

Aquellas palabras removieron las entretelas de Giambattista. Cada vez concedía más crédito a la forma de actuar de su cuñada, a su sentido común y habilidad para sortear adversidades y encontrar soluciones prácticas. Además, ella parecía leer sus pensamientos como si descendiera con un farol a lo más hondo de su mente. Con sorprendente facilidad, había adivinado e interpretado sus mecanismos mentales: las termitas que lo carcomían al ver cómo otros sacerdotes más jóvenes y menos capacitados que él ascendían y ocupaban cargos de relumbrón en

la curia, la parálisis de su carácter para demostrar su valía ante sus superiores, la creciente y venenosa frustración que lo empujaba a recluirse en sí mismo y a no querer relacionarse con nadie.

–Déjame hacer. No te preocupes, Giambattista. Todo lo tengo aquí. –Se dio unos golpecitos con los dedos en la cabeza.

–No lo dudo.

–Ese juez, ese cardenal, como todos los resentidos, cree tener una valía excepcional y recela de la inteligencia de los demás. Su retorcida manera de ejercer el poder es anular la brillantez ajena, incluso en los asuntos cotidianos. Éstos no se fían ni de su sombra.

–Te dije que se trataba de un anciano –adujo Giambattista, no tanto para defenderlo sino para tratar de justificar que no era caritativo enfrentarse a la senectud.

–El rencor no es cuestión de edad. El que nace con sombras en el alma muere sin solearlas jamás.

Ella se había dado cuenta tiempo atrás de que la inseguridad de Giambattista lo había convertido en un inadaptado, en un hombre frustrado que no era capaz de desplegar su gran inteligencia, en alguien al que los demás subestimaban.

–Mereces mucho más –apostilló.

Cerca, dos bromistas disfrazados de médicos de la peste andaban a trancos y rociaban a la gente con un agua inmunda. Llevaban túnicas de colores chillones, máscaras de cartón con largos picos de pájaro y sombreros de ala ancha, y sostenían grandes jeringas rellenas de un líquido putrefacto con el que mojaban a los desprevenidos viandantes. En cuanto Giambattista los vio, se dispuso a repeler lo que consideraba una agresión. Levantó el garrote y comenzó a moverlo en el aire, amenazador. Los médicos de la peste de mentira, al advertir la hostilidad del sacerdote, renunciaron a divertirse a su costa con jeringazos y eligieron a otras víctimas para espurrearlas en su ronda pestífera.

–¡Qué violento te pones! Sólo era una broma.

–¿Querrías ir todo el día apestando a basura y meados?

Continuaron camino. Él escuchaba, ella hablaba acerca de las inminentes reformas decorativas que pensaba efectuar en el palacio, en el personal de servicio que iba a contratar para

atender a los invitados que, cada semana, acudían a sus convites, sentándose a la mesa con el aire complaciente de los muy ricos. Tras callejear un rato más llegaron ante la mole del palacio Venecia.

–Quería traerte hasta aquí –explicó ella.

–¿Pretendes cursar alguna petición diplomática? –preguntó él, señalando con el mentón la austera entrada de la residencia del embajador de la Serenísima, la república italiana más próspera.

–Quizás en el futuro. Nunca se sabe. Pero no. Te comenté antes que esta noche debes asistir a la cena. El invitado principal es el embajador veneciano.

–¿Cómo lo has conseguido? –Sorprendido, enarcó las cejas.

–Parece mentira que no me conozcas aún… –Su voz denotaba una aleación de orgullo y misterio–. Es cuestión de amistades.

El palacio, de piedra marrón, almenado y con una maciza torre cuadrada en un ángulo, tenía hechuras de castillo. Las banderas carmesíes con el león alado de san Marcos ondeaban en lo alto. Un grupo de mercaderes ataviados con ropas de calidad y de vistosos colores salía en aquel momento de la embajada. Sonreían con la boca y la mirada. Debían de haber cerrado un ventajoso acuerdo. Venecia era uno de los emporios comerciales de Europa y una potencia muy influyente, no debido al poderío de su armada, sino al de su dinero.

–Labrarme la amistad del embajador nos reportará grandes beneficios. Quiero que te conozca.

–Sabes que me cuesta relacionarme con la gente.

Se había expresado con una sinceridad a quemarropa.

–Habrás de esforzarte. No temas. Te guiaré.

Él echó una mirada más contemplativa que admirativa al palacio de la república de los canales.

–¿La máscara es un símbolo? ¿Te la has puesto para traerme hasta aquí?

Era imposible descifrar si ella sonreía, porque la veneciana mantuvo rígida la boca de cartón. En el tono de quien hace una confidencia largo tiempo oculta en el pensamiento, Olimpia repuso:

–Quienes no gozamos del don de la belleza podemos crearla. Algún día, tú y yo embelleceremos Roma.

Las risotadas de unos disfrazados rasgaron el aire como una bandada de pájaros al levantar el vuelo. Tiempo de carnaval. Esa misma tarde, la muchedumbre enloquecería con el jolgorio de la carrera de los judíos desnudos, a quienes se insultaría por usureros y por haber matado a Cristo, y se les arrojarían huevos podridos. Y, al caer la noche, estallarían fuegos artificiales. Los colores brillantes emularían durante unos segundos a las estrellas, y la gente, extasiada, abriría la boca para pronunciar «¡Oh!» en aquellos días de risión y diversiones que habría de clausurar el rigor de la Cuaresma.

Capítulo 11

Roma, otoño de 1613

En ocasiones, Roma se convertía en Venecia. Cuando las trombas de agua desbordaban el Tíber, las calles se anegaban y las embarcaciones sustituían a los carruajes. Con las crecidas, se inundaban las celdas de la cárcel pontificia, y los presos se ahogaban sin remisión. Para paliar las urgentes necesidades alimenticias, los cardenales, vestidos de rojo de pies a cabeza, navegaban en barcas por las calles repartiendo bendiciones con sus dedos enguantados y enjoyados mientras sus sirvientes remaban, entregaban comida a los damnificados y llenaban de pan las cestas que, desde las ventanas de los pisos altos, bajaban atadas con cuerdas quienes quedaban aislados en sus casas.

La Piazza Navona quedó sumergida en una de aquellas tormentas que desbordaron el río. El agua entró en el piso inferior del palacio Pamphili, y los criados tuvieron que achicarla durante dos días. Quedó flotando en las habitaciones un olor a lodo que tardó en irse, y durante un tiempo hubo que quemar hierbas aromáticas para enmascarar la peste a fango.

Olimpia se desenvolvía con naturalidad en el mundo de las cenas pomposas y el trato con personas de alcurnia. No había fingimiento ni tosquedad en su comportamiento, sino una pasmosa naturalidad, como si hubiese sido destetada en estancias palaciegas. Aprendía rápido, observaba con atención y escuchaba

con interés. Era la anfitriona perfecta. Conversaba con los cardenales y agasajaba a sus respectivos sobrinos, departía con los diplomáticos y hablaba de fruslerías con sus esposas. Se ganaba a todos con su chispeante carisma.

Enterada de la legendaria reputación de un copero, lo contrató sin reparar en gastos. Trottolino Batagglia se encargó de abastecer la bodega con buenos y variados vinos guardados bajo llave, para evitar que los criados y cocineras pimplasen y, ebrios, descuidasen su trabajo y diesen un bochornoso espectáculo ante los selectos invitados. Otra de sus funciones era mantener el aljibe con agua clara y servirla en jarras plateadas en la mesa para que los convidados se lavasen las manos antes de comer. Trottolino era gordo y de talla recortada, y nadie hubiese advertido de primeras que, tras esos rasgos campesinos, hubiese alguien con tanta diligencia profesional.

También contrató a un encargado de la cubertería, cristalería y mantelería de hilo dedicado exclusivamente al mantenimiento del menaje, a limpiarlo con esmero antes de cada comida, para que no hubiese ni una huella en los cuchillos de plata ni en el borde del fino cristal de las copas.

Asimismo seleccionó a diez criados –cinco hombres y otras tantas mujeres–, una doncella, tres cocineras, un portero, un cochero y dos mozos de establo.

El marido la dejaba hacer. No se inmiscuía en unos asuntos domésticos que, por lo demás, costeaba su mujer. Pero tampoco osaba entrometerse en ninguna otra cosa. Asumía que era un convidado en la vida íntima de ella. Su ímpetu la convertía en la mujer de moda de la sociedad romana, a cuyas fastuosas veladas acudían diplomáticos, cardenales, y banqueros. Con la paciencia de una interesada Penélope, tejía una envidiable red de influencias.

Una tarde de diciembre de aire cortante, Olimpia pidió a Giambattista que la acompañase a dar un paseo en carruaje. Roma olía al humo de leña que ascendía por las chimeneas y al aceite –prensado en las almazaras de los alrededores. El otoño daba sus últimas boqueadas.

En algunos tramos, los baches y el barro ralentizaban el trote de los caballos, y el coche circulaba a paso de viandante. Sin

embargo, la mente de ella jamás se atoraba por los obstáculos, y su velocidad era tanta, que en ocasiones le costaba transformar los pensamientos en palabras y debía serenarse para que éstas no se le trabasen en la boca.

Atravesaron la monumental Porta del Popolo y se dirigieron a un otero para contemplar la verde geometría de un olivar, con las filas rectilíneas de olivos cargados de aceituna que recogían las cuadrillas de jornaleros. Allí se apearon. Ella llevaba una capa oscura con capucha; él, como tantos eclesiásticos, se protegía del frío con el manteo, negro como la sotana.

–Me gusta admirar la naturaleza. Me sosiega.

–Creía que nunca te alterabas.

–Por dentro, sí. Aunque no se me note. –La mujer inspiró aire con fuerza–. Son afortunados quienes gozan de jardín en casa. Disponen de un vergel propio –comentó, reflexiva.

Los vareadores, con largas varas de avellano, azotaban con golpes sabios y rápidos las grávidas ramas de los olivos, que temblaban como niños que reciben una paliza. Bajo cada árbol de grueso y retorcido tronco, extendían amplios mantos de lona para recoger las aceitunas desprendidas, verdes y negruzcas y, al terminar, recogían la pesada tela y volcaban el fruto en unos serones de esparto que, una vez llenos, cargaban a lomos de borricos y mulas.

–Quiero confesarte algo.

–Me sorprendes. Espero que no se trate de ningún pecado mortal.

Lo miró como si se tratase de un desconocido que la abordara de improviso.

–No te hablo como sacerdote, Giambattista. Bueno… En realidad, sí…

–Aclárate.

–Desde hace tiempo vengo meditando un plan que nos encumbrará.

–¿Encumbrarnos? –Señaló alternativamente con el índice a ella y a sí mismo.

–A ambos. Ni tú puedes llegar a la cima sin mí ni yo conseguirlo sin ti.

Las jornaleras, con un pañuelo liado en la cabeza y un refajo

de bayeta, arriñonadas y arrodilladas en el frío suelo, con las puntas de los dedos entumecidas, rebuscaban y recogían las aceitunas. Era un trabajo agotador que dejaba baldados los cuerpos. Los sabañones de las manos les sangraban y tenían desolladas las rodillas. Para darse ánimos, cantaban canciones de su mocedad escuchadas a sus madres y abuelas. Parecían letanías por esas estrofas repetidas que hablaban de amores imposibles o desgraciados.

–Los embajadores que conozco serán la llave que abra la cerradura de nuestro futuro. Gracias a su influencia dejarás de ser un vulgar abogado. –Olimpia lo dijo no como desprecio, sino como evidencia–. Y te convertirás en diplomático. Obtendrás una nunciatura. No será la mejor, pero sí una importante.

Giambattista, atónito, dejó de oír de fondo las amorosas coplas de las aceituneras y, un tanto enmudecido por el arrojo de su cuñada –o la clarividencia, pensó–, se limitó a sostenerle la mirada. No era consciente de tener la boca abierta como un pasmarote. Y, sin cerrarla, continuó escuchándola.

–Cuando tomes posesión de tu nunciatura, actuarás con mesura, procurarás no intervenir en luchas intestinas de la curia y, ante todo, solucionarás con diligencia los problemas que realmente preocupen al secretario de Estado. Eso te alfombrará el camino para conseguir la nunciatura más envidiada.

Olimpia hizo un alto en su exposición. No pretendía generar suspense, sí recalcar una obviedad.

–La española –concluyó.

Y, de repente, recordó con admiración que, el pasado 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo, el embajador español, residente en la Piazza Navona, había partido hasta el Vaticano con un espectacular cortejo de trescientos carruajes engalanados que transportaban a toda la legación hispánica en la Ciudad Eterna. Ese anual despliegue de poder imperial impresionaba al resto de embajadores y redoblaba el orgullo de los ya de por sí orgullosos españoles que, por miles, residían en Roma, convirtiéndola, como ellos decían ufanos, en un barrio más de España.

–Ser nuncio te granjeará la amistad del rey español. Favorecerás la causa de su monarquía en el seno de la Iglesia, y

también, en cualquier asunto de Europa en el que puedas mediar. En Madrid harás amistades poderosas que nos encargaremos de que sean conocidas en Roma. Eso te facilitará recibir el capelo cardenalicio.

–¿Yo, cardenal?

Giambattista abrió la boca con la desmesura de un papamoscas.

–Vestirás de rojo, mas no será el último color de tu sotana.

Se levantó un viento frío, desmelenado. Él se arrebujó en el manteo, y a ella se le oscurecieron los rasgos faciales al cubrirse la cabeza con la amplia capucha. Cuando volvió a hablar, la voz parecía emanar de una figura esculpida en piedra.

–Una vez que seas miembro del colegio cardenalicio nos encargaremos de anudar relaciones con los purpurados influyentes, y también, con los no papables, los que nunca tendrán posibilidades de ser elegidos. Unos y otros valorarán tu inteligencia y tu carácter reservado; pensarán que podrás convertirte en una marioneta manejable para sus respectivos intereses. Entonces, en algún momento, habrá un cónclave y saldrás elegido…

Adrede, dejó inconclusa la frase. Rebuznaron las bestias aparejadas con albardas. Las cuadrillas de jornaleros arrastraban los pesados mantos de lienzo rebosantes de aceitunas o vareaban los olivos. Trabajarían hasta la puesta del sol.

-¿Papa? –Al fin, Giambattista se atrevió a decir la palabra.

–Sí. No te sorprendas. Atraeremos al Espíritu Santo con alpiste. Al fin y al cabo, es una paloma, ¿no?

Olimpia pensaba a tal velocidad que en su rostro podía adivinarse la trepidación de su cerebro.

La luz declinaba. Una bandada de grajos los sobrevoló emitiendo graznidos. Las aves se dirigían a pasar la noche posados en las estatuas, aleros y tejados de las iglesias de Roma. De un molino cercano provenía el denso aroma del aceite recién hecho y el olor nauseabundo del alpechín.

–He meditado cómo hacer todo esto. Mi arrojo compensará tu carácter medroso. No debes tener miedo. Estaré a tu lado en todo momento. Ya te dije que me apaciguaba el alma contemplar la naturaleza.

–¿Y qué tiene que ver la naturaleza con llegar a ser Papa?

–Me han hablado maravillas de los jardines vaticanos. Me gustaría pasear por ellos. Como si fuesen el vergel de mi casa.

Los ojos de Giambattista relumbraban con el azogue de la inteligencia y, paralizado de estupor, tenía la sensación de haber asistido a las revelaciones de una profetisa. Consciente de que no eran premoniciones, sino anticipaciones.

Olimpia se dejó llevar por la suave ebriedad no de la fantasía, sino de los recuerdos anticipados.

Capítulo 12

Nápoles, primavera de 1621

Nunca habían visto algo similar. Era una ciudad de magnética belleza, tres veces más grande y populosa que Roma, con gentes de color de piel diferente que hablaban una babel de lenguas, un puerto donde fondeaban barcos de medio mundo, una guarnición militar española capaz de conquistar casi toda Europa de una tacada, y deslenguadas mujeres de desafiante hermosura. De día, era un paraíso donde a lo lejos humeaba el Vesubio; y, de noche, el fondeadero de todos, los vicios.

Giambattista Pamphili había sido nombrado nuncio en Nápoles. Su ventajosa amistad con Alessandro Ludovisi, el nuevo Papa, se vio recompensada con una nunciatura, y no una cualquiera, sino la perla de la corona hispánica en Italia. Olimpia había intuido que aquel anciano decrépito que era Gregorio XV agradaba a los cardenales por considerarlo una persona débil, fácil de manejar. Mudarse al suave clima del sur, a una urbe con espléndida comida y deliciosos vinos, fue una caricia para el alma del nuevo nuncio. Apartarse de las alambicadas maquinaciones de la curia lo alivió, pues la constante tensión psicológica desgastaba en exceso sus energías. Por supuesto, no viajó solo. Lo hizo en compañía de su inseparable cuñada.

María crecía sana. Nacida no hacía mucho, había reconciliado a Olimpia con la maternidad. Habían resurgido en ella

sentimientos hibernados. En Roma, los chismosos se acercaban a ver a la niña tratando de encontrar algún parecido con Giambattista en vez de con su hermano Pamphilio, pues los rumores de una relación carnal entre los cuñados, lejos de escampar como una tormenta, se intensificaban, y ya eran un aguacero de insidias *sottovoce*. El marido, indiferente a los chismes y beneficiario de una vida holgada, acató sin rechistar la mudanza a la ciudad mediterránea y se adaptó pronto a la sede de la nunciatura. A su hermano, sin embargo, tan poco proclive a los cambios, no le gustaba aquella residencia donde las voces retumbaban como en cavernas, así que Olimpia se dispuso a remodelarla, a llenarla de lujos que fuesen del gusto de Giambattista.

Trasladó de Roma a Nápoles a casi todo su personal de servicio, dejando en el palacio de la Piazza Navona sólo a los empleados imprescindibles para su mantenimiento. Trottolino, el copero, congenió al momento con el expansivo carácter napolitano y con los vinos meridionales, lo que favoreció la creación de una excelente bodega en poco tiempo.

Como había anunciado, Olimpia requirió a la junta de gobierno de la cofradía del Pecado Mortal que cada tres meses le remitiesen a la nunciatura el estadillo de las cuentas de la casa de mujeres arrepentidas para, tras examinarlo, ingresar el donativo trimestral. Asimismo no se olvidaba de sus dos hermanas, y, para que la clausura se les hiciese más soportable, les enviaba periódicamente al convento ropa interior de lino, orzas con macarrones, alfajor, hojaldrinas y fruta confitada.

Lo primero que compró fue una magnificente cama para su cuñado, con cabecero recubierto de pan de oro, colcha recamada y un dosel encarnado con borlas en las esquinas; como adelanto del capelo cardenalicio, el sombrero rojo, redondo y con pequeñas borlas que usaban los purpurados y que, algún día, luciría él.

Advertida por funcionarios de la nunciatura de los posibles peligros, contrató a tres antiguos soldados de los tercios como guardaespaldas para poder moverse con libertad por la ciudad. Uno era italiano y los otros dos, españoles. El primero, delgado y fibroso, llevaba barba tupida; los otros, recios y de anchas

espaldas, lucían largo bigote a la moda. Aquella decisión disgustó al resto de legaciones, que criticaron que el nuncio papal llevase escolta armada, a lo que ella respondió que si el santo padre disponía de la Guardia Suiza, el nuncio podía confiar su seguridad en una santísima trinidad de militares.

Allá por abril, mientras los árboles frutales florecían, dedicaba las mañanas a pasear por Nápoles, sin temor alguno de adentrarse en calles y plazas por inseguras que pareciesen. Era una ciudad de contrastes, donde el lujo inaudito coexistía con desharrapados que mendigaban o trabajaban como descargadores portuarios. Los alcuceros vendían aceite de oliva para empapar los cantos de pan, freír buñuelos o cebar candiles. Paseaba por la calle de la Aduana y por la vía Catalana, llenas de tabernas donde se brindaba y blasfemaba en español, siempre concurridas por militares del tercio viejo de Nápoles que, cuando apretaba el calor, caminaban con el coleto abierto y no se quitaban el sombrero salvo para persignarse. Olimpia se detenía a veces a contemplar desde lejos las dimensiones ciclópeas de Castel Nuovo, la fortaleza donde se acuartelaban las tropas españolas, en cuyas torres negras drapeaban las banderas blancas con la cruz de Borgoña y el escudo de Felipe IV. Y lanzaba miradas furtivas a las mujeres de exuberante belleza que, encaramadas en zapatos con tacones, caminaban protegidas por un parasol sin reparar en nadie, conscientes de la atención que concitaban a su paso.

Al atardecer, los jóvenes requebraban a sus enamoradas con cánticos acompañados con música de mandolina. En aquellas canciones donde se hablaba del amor duradero siempre era primavera, y Giambattista, que algunas veces las oía desde las ventanas y balcones de la nunciatura, tenía una canción favorita cuyo comienzo era: «Por las colinas por las que pasaste nunca se marchitan las flores».

Pero lo que más le maravillaba a Olimpia era el mar. Nunca antes lo había visto. La bahía napolitana, con sus aguas rizadas por el viento, se le antojaba algo digno del Génesis, de la creación divina del mundo. No se cansaba de mirar la inmensidad azul y aspirar el olor a salitre y algas. La luz mediterránea le hacía entornar los ojos. El puerto, con su flujo

constante de galeras y buques mercantes era un espectáculo visual y olfativo. Allí rondaban soldados de la invencible infantería española, con sus plumas y brazaletes rojos que, al atracar sus embarcaciones, descendían de las pasarelas con el petate al hombro como si viniesen de conquistar el globo terráqueo; marineros de cabellos largos y aretes en las orejas que hablaban un guirigay de lenguas mientras descargaban cargamentos de azúcar, vainilla de Perú, cacao, pistachos, canela y tabaco; y mercaderes y banqueros hacían suculentos negocios. Al fondo se divisaban en lontananza velas hinchadas de naves que se aproximaban a la línea de costa, donde el volcán, a veces, exhalaba una columna de humo como fatal recordatorio de que podía despertar de su letargo.

Una calurosa noche de junio, Olimpia y Giambattista degustaban un sorbete de jazmín tras una opípara cena. La refrescante bebida les ayudaba a bajar la comida. Ambos se habían aficionado a la costumbre napolitana del helado, y raro era el día que no tomaban alguno de frambuesa, albaricoque o uva moscatel.

Giambattista paladeaba aquel manjar hecho de jazmines y nieve. Entrecerraba los ojos a cada sorbo, y el frío de la bebida se le subía a las sienes durante unos instantes. Se sentía contento, pues le agradaba el trabajo, consistente sobre todo en revisar documentos, mandar informes semanales al Vaticano sobre la situación política y velar por los intereses de la Iglesia. Había descubierto que le gustaba el poder.

–¿Te acuerdas de lo que conversamos aquella tarde más allá de la Porta del Popolo? –preguntó ella, sonriente.

Al instante, él recordó el paisaje de olivos, las cuadrillas de aceituneros en plena recogida de la aceituna y los molinos a pleno rendimiento, con sus olorosas columnas de humo ascendiendo hacia el cielo como almenaras en tiempos de paz.

–Claro que me acuerdo. Se ha cumplido lo primero que vaticinaste… –Se guardó para sí mismo el escalofrío que lo recorrió al intuir que se trataba del anuncio de una especie de profetisa que, sin embargo, no tenía necesidad de hablar con Yavé para adivinar el futuro.

–¿Acaso desconfiaste en algún momento de que lo lograría? –

Hizo un ademán con la mano y rectificó–: ¿De que lo lograríamos?

–Jamás. No eres una soñadora, sino una visionaria. –Se quedó repentinamente meditabundo.

–¿Dudas de algo? –Olimpia lo miró fijamente, como tratando de escrutar sus pensamientos.

–Tenía miedo de que, a fuerza de desearlos, no se cumplieran los sueños.

–Los sueños no se malogran de tanto desearlos, sino por falta de perseverancia para conseguirlos.

Intercambiaron una mirada y, después, volvieron la vista hacia el toldo estrellado del cielo a través de las ventanas del palacio de la nunciatura. Sabían que lo que más les unía no era leerse recíprocamente los pensamientos, sino mirar en la misma dirección.

–El virrey está satisfecho contigo. Habla muy bien de ti a sus subordinados. En el último memorial enviado a su monarca, elogia tu labor –comentó ella, sorbiendo ruidosamente la azucarada bebida.

–¿Quién te lo ha dicho?

–Sus criados.

–¿Has colocado espías en casa del virrey? ¿En el Palazzo Reale? –Giambattista enarcó las cejas, alarmado.

–Espías, espías… Llámalos mejor informantes. O confidentes. Prefiero esas palabras.

Un criado retiró las copas de cristal esmerilado. Por la balconada abierta parpadeaban los luceros en la negritud del cielo. Olimpia toqueteaba con la mano derecha una sortija de rubíes que llevaba en la izquierda. Compuso una sonrisa de alfanje.

–Algo guardas en tu interior –comentó él.

–Nápoles no deja de sorprenderme. Cada vez aprendo más de ella.

–Una ciudad fascinante, pero peligrosa –sentenció.

–Vivir es peligroso –respondió ella, como quien recalca una obviedad–. Pero, verás, la mezcla de italianos y españoles, esa extraña convivencia, me está enseñando algunas cosas.

–¿Cuáles?

–Sobrevivir. Alcanzar el poder y mantenerlo.

–¿Has leído a Maquiavelo? –le preguntó, sardónico.

–No me vengas con filosofías. Bien sabes que no soy de lecturas –le contestó, un punto molesta–. Me refiero a la vida real, a personas de carne y hueso.

Con la ilusión de quien ha hecho un descubrimiento, le habló de la locuacidad de los sicilianos y de cómo, ante alguna propuesta de interés, fingían desidia y se encastillaban en un silencio valorativo hasta decidir si aceptaban o no. Le refirió el comportamiento de los pícaros, un variado conjunto de españoles que vivían a costa de los demás a base de malas artes, fingimientos y sonrisas. Y le comentó cómo muchos napolitanos admiraban y odiaban al mismo tiempo a los españoles y cómo, con su característica dulce cadencia al hablar, extorsionaban a otros italianos con buenas palabras a cambio de recibir favores y protección, empleando la violencia si era necesario.

–Nápoles es una escuela de vida –resumió–. Somos afortunados de estar aquí. Nunca pensé en aprender tantas mañas. Observar a esta gente es como abrir en canal un cuerpo y conocer qué pasiones alberga su corazón y qué odios se acumulan en sus tripas.

–Hablas como una matarife.

–Más bien como una cirujana de almas.

Un soplo de brisa marina entró por la ventana abierta de par en par, y las llamitas de las velas bailotearon una breve tarantela. Giambattista se asombraba de los progresos de su cuñada en el arte de diseccionar y conocer en profundidad la naturaleza humana. Y también le interesaba que ella, tan muñidora, perfeccionase su habilidad para el navajeo político. En la curia pontificia los cargos influyentes no se conseguían con rezos en latín ni con trabajo silente y abnegado, sino con esgrima verbal, información relevante y compra de favores. Y nadie mejor que Olimpia para embarrarse en esas luchas para luego pisar las mullidas alfombras de los palacios sin dejar huellas.

–Y, si me apuras, también hablo como una relojera –añadió de repente ella.

–¿Por qué? –se sorprendió.

–El Papa es un anciano con la salud quebrantada.

–No te entiendo. ¿Qué tiene el santo padre que ver con los relojes?

–Tiene que ver con el tiempo. A él no le queda. Tú, en cambio, tienes mucho por delante.

–Comprendo.

–Los médicos lo visitan a diario. Sus aposentos huelen a emplastos y jarabes. Tú, nunca has ido al médico… –sonrió.

–*Vade retro*, matasanos. –Y se santiguó, agradecido a Dios por haberle dado una salud portentosa.

–Ahora es cuando debemos elegir con cuidado las amistades. El próximo cónclave se aproxima y hemos de saber a quién arrimarnos y de quién alejarnos. Pronto nos encontraremos en una encrucijada y deberemos escoger el camino que te garantice el capelo cardenalicio. Recuerda que, llegado el momento, habrás de acostumbrarte a vestir de rojo. Por cierto, ¿a qué cardenal ves vestido de blanco?

–Zzzzzz –Giambattista imitó el zumbido de un panal de abejas.

–Barberini –asintió con la cabeza–. Coincidimos.

La familia Barberini, que había hecho su fortuna comercial en Florencia, tenía como emblema la abeja, insecto que estampaban en piedra y bronce en todos sus palacios.

–Habrá que ser dulces como la miel con él –sugirió Olimpia.

–¿Vas a convertirte en apicultora?

–Claro. Lo importante es que él no te clave el aguijón.

–Se avecinan tiempos de lucha en la curia entre aguijones de abejas y dentelladas de lobos.

Ella sonrió malévola y preguntó, con picardía:

–¿En qué creen los miembros de la curia?

–En la Iglesia. En su poder.

–¿Y en Dios?

–Me atrevería a decir que la mayoría. –Se quedó pensativo.

–¿Y tú?

–Ante todo, en Dios –respondió de inmediato–. En la Iglesia también, claro… Aunque necesita purificarse. –Y, zorruno, ahora fue él quien preguntó–: ¿Y tú?

–¿Yo, qué? –Olimpia se puso la mano en el pecho, como una actriz.

–¿En qué crees?

–Creo en ti, por supuesto.

Las campanas de las iglesias dieron el toque del ocaso, la hora del cierre de las puertas de las murallas. Aquellos repiques de bronce bosquejaron una sonrisa de satisfacción en el rostro de la mujer. El tiempo se escapaba para unos y se acercaba para otros.

Capítulo 13

Nápoles, octubre de 1621

Anochecía. El cielo viraba con rapidez del azul marino al negro. Una brisa tibia recorría la ciudad como una caricia de mujer. Los tres escoltas, en torno a un farol de mano, fumaban esperando al nuncio y a su cuñada delante de la puerta principal del Palazzo Reale, bajo la inscripción de mármol que ensalzaba a Nápoles como preciada posesión de los Habsburgo. La gente atravesaba a buen paso el Largo di Palazzo antes de que la noche se cerrasese. Era una temeridad estar en la calle durante el reinado de la luna. Demasiada delincuencia.

Tras una agradable cena con Antonio Álvarez de Toledo –duque de Alba y virrey español–, donde habían abundado las risas, los intercambios de favores y confidencias, Olimpia y Giambattista abandonaron el Palazzo. Nada más verlos, los guardaespaldas apagaron las pipas, empuñaron el farol y los escoltaron, sin prisas, hacia la nunciatura.

Olimpia parecía disfrutar del paseo en el aire aterciopelado conforme aparecían las primeras estrellas.

–¿No sería más juicioso hacer llamar al cochero para que nos recoja? Caminar a estas horas es un suicidio –repuso él, temeroso.

–Caminar a estas horas es una aventura –respondió Olimpia.

En el campo gritaban las lechuzas, dispuestas a beberse el

aceite de las lamparillas de las iglesias, de la misma manera que, durante el día, los monaguillos se bebían a morro el vino de las vinajeras. A lo lejos se oía la lúgubre ronda del pecado de una cofradía de ánimas. Sobrecogía el tintineo agudo de la campanilla y la voz grave del cofrade que, con lentitud, desgranaba la letanía: «Las ánimas están sujetas a perpetua vigilia y no tienen otro lecho que los dolores». «Tilín, tilín».

El guardia que portaba el farol no pudo evitar un leve estremecimiento. Como a tantos, le impresionaban aquellas lastimeras oraciones acompañadas de campanilleo que demandaban oraciones y limosnas para sacar a las almas de la cárcel provisional del Purgatorio. El escaso círculo de luz que proporcionaba la vela precedía al grupo. La voz cavernosa continuó: «Las ánimas no tienen otro desahogo que los gemidos ni otro refrigerio que las ascuas». «Tilín, tilín». El limosnero sacudió el azafate para las limosnas, y el poco dinero resonó en las paredes de latón. A veces, los devotos, arrebatados, arrojaban monedas desde ventanas y balcones.

Las tabernas atufaban a vino picado y cerveza rancia, bebida esta última que no era del agrado de los españoles, para los cuales sabía a meados de burra. De una tasca salió una voz borracha que blasfemó y se rio al paso de la ronda cofrade, y el escolta italiano sintió un repeluco, sabedor de que las ánimas se tomaban muy a pecho el olvido y la desconsideración. A aquel descreído, pensó, las almas del Purgatorio le moverían la cama de madrugada y lo acosarían con pesadillas. El gajo de la luna daba una luz como de plata enferma, por lo poco que alumbraba.

Olimpia y Giambattista comentaban en voz baja pormenores de la cena con el virrey. Las suelas de las botas altas de los antiguos soldados resonaban en las solitarias calles, y tintineaba el acero colgado al cinto. Se diluía en la lejanía el vozarrón del cofrade: «Las ánimas no tienen otra claridad que las tinieblas, ni otro alivio que la esperanza en la piedad de los amigos». La oscuridad desvanecía la belleza de la ciudad, convertida en un amasijo de sombras.

Uno de los españoles alzó el mentón y aguzó el oído. Posó la mano derecha en la empuñadura de la espada, dispuesto a desenvainar con rapidez, y con un gesto mecánico se echó hacia

atrás la capa, para desenvolverse con soltura en caso de necesidad. Su compañero, apercibido del gesto, giró la cabeza; creyó oír pisadas amortiguadas a sus espaldas. Pies calzados con alpargatas o quizá descalzos, pensó. Tenían compañía. Y de las malas, sospechó. Prevenido, extrajo un palmo la hoja de acero toledano y el italiano, al oír el siseo metálico, se cambió el farol de mano y, lentamente, desnudó la hoja con la diestra. Los tres, con los músculos en tensión y los sentidos alerta, continuaron caminando buscando con la mirada portalones susceptibles de ser usados como escondrijos por los malhechores.

–¿Sucede algo? –Olimpia, recelosa, se detuvo.

De repente, unas sombras embozadas se abalanzaron sobre los dos españoles, que tuvieron el tiempo justo para liberar las espadas y hundirlas unas pulgadas en los atacantes. Más bultos negros aparecieron al momento, rasgando el aire de la noche y tajando la carne. Hubo gritos de dolor y rabia y ruido de hojas afiladas al entrechocar. El italiano, tras depositar con rapidez el farol en el suelo, en guardia para proteger a sus escoltados, pronto comprobó que sus dos compañeros se bastaban para contener a los hombres salidos de la negrura. Tras la breve pelea, los cuatro asaltantes yacían en el suelo; la sangre manaba de sus heridas, y de sus gargantas brotaban lamentos o silencio, pues a dos de ellos se les había escapado ya la vida. Sus espadas y puñales, tirados en medio de la calle, reflejaban los rayos lunares.

–Donna Olimpia, conviene que nos marchemos. Puede que acudan más –propuso el italiano, cauteloso.

–Bien –respondió ella.

El nuncio, con los latidos del corazón a galope tendido y conmocionado por la violencia desatada instantes antes, balbució:

–¿Están muertos?

–Parece que alguno rebulle. Anda, marchémonos –respondió ella.

–¿Los vamos a dejar ahí tirados como a alimañas? –se lamentó.

–Como a bandidos –matizó–. Dales la extremaunción, si eso te hace sentir mejor.

Giambattista, con las piernas flaqueándole, hendió el aire con

dos dedos haciendo la señal de la cruz y musitó unos latines. La respiración gorgoteaba de una garganta anegada de sangre.

–Las almas de estos desgraciados se reunirán pronto con las de sus compinches en el infierno. O darán compaña a las ánimas del Purgatorio –rectificó ella a la vez que componía una sonrisa zumbona al acordarse de la ronda de los cofrades.

Continuaron camino. El nuncio, con temblor de rodillas y el pulso repiqueteándole en las sienes. Olimpia, sin alterarse.

Capítulo 14

Madrid, octubre de 1626

La estancia palaciega estaba iluminada por el dulce sol de mediodía. De las paredes colgaban tapices flamencos, y sobre las mesas reposaban candelabros de plata y velones cordobeses de bronce dorado. El cabello rubio del rey refulgía tanto como el Toisón de Oro que lucía en el pecho. Su piel era tan pálida que se le transparentaban las venas azules de las manos. Olía a la loción de las hierbas serranas que el barbero, cada mañana, le aplicaba tras el minucioso afeitado. El joven monarca vestía ropas negras y austeras para remarcar el carácter reformista de su reinado. Quería dar una imagen de sobriedad y modernidad; por eso, en el cuello llevaba valona en lugar de lechuguilla, una prenda llamativa pero costosa y anticuada. Le gustaba ir a la moda. Era un hombre presumido.

–Alzad un poco la barbilla, majestad.

Felipe IV obedeció las instrucciones del pintor. Las sesiones de posado no eran tediosas para el Rey Planeta. Enamorado de las artes, al haber tomado lecciones de dibujo, conocía las técnicas y comprendía la importancia de estarse quieto un par de horas, soportando el escrutinio de la mirada del artista. Además, esa mañana estaba contento. La noche anterior había ido al teatro, y después tuvo un encendido encuentro a solas con su amante ocasional. Su mente sólo pensaba en ella, y en sus labios

carnosos asomaba un atisbo de sonrisa.

El pintor, con gesto grave, retocaba en el lienzo los ojos ligeramente caídos del rey. Sus hábiles pinceladas captaban aquella mirada melancólica y el gesto ligeramente altivo de un hombre que, en el fondo, mostraba una gran inseguridad en sí mismo.

–Dejad más suelta la mano que apoyáis en la espada, señor.

Entre todos sus pintores reales, aquel de marcado acento andaluz era el que más le agradaba, y gustaba de estar en su compañía. No se mostraba tan empalagosamente obsequioso y halagador como los demás, ni tampoco le llegaban noticias de que conspirase por celos y vanidades, algo tan frecuente en el gremio. Era formal, trabajador; unas veces hablador y otras, callado, según. Rehuía los cotilleos y cabildeos y su arte sobresalía por encima del resto. Y, cuando no mostraba ganas de hablar con alguien, dejaba que el silencio se tornara incómodo, para que la otra persona desistiera de dar conversación y optara por marcharse.

–Así. Bien. Mantened la postura, majestad.

Al rey le dolía el hombro. La jornada de caza matutina en los montes del Pardo había sido divertida. Andar en plena naturaleza lo tonificaba, pero los varios culatazos le habían dejado un considerable cardenal. Su secretario era proclive a cargar la escopeta con demasiada pólvora y el retroceso del arma era excesivo.

Uno de los enanos entró en la saleta con rápidos andares bamboleantes y, curiosón, dio un par de vueltas alrededor del cuadro, compuso con la boca una «o» minúscula para expresar admiración, hizo una chusca voltereta y se marchó sin pronunciar palabra.

–¿Conocéis bien a las mujeres? –La pregunta, de sopetón, fue como un escopetazo en el silencio.

–Bueno, majestad… Me casé joven. No he conocido a más mujer que la mía.

–Creo que son un misterio. Un enigma por descifrar –murmuró, ensimismado–. ¿No es así?

El pintor apartó el pincel de la tela y meditó unos segundos antes de responder:

–Pienso que, conocida una, se conoce a todas.

La saleta del rey estaba inundada de la luz del incipiente otoño. El frío aún no se enseñoreaba en las destartaladas habitaciones y corredores del Real Alcázar, y no había necesidad de encender braseros y chimeneas. El pintor tomó otro pincel, lo empastó de gris y retocó los ropajes negros del retratado. Felipe IV despegó sus abultados labios y se pasó la lengua por ellos, resecos.

–Al parecer el nuncio es un hombre entendido en materia artística. Tiene sensibilidad hacia la pintura.

–Eso tengo oído, señor.

–Por conducto de Olivares, me ha solicitado permiso para visitar vuestro taller. ¿Tendríais algún reparo en ello?

–Al contrario, majestad. Lo que dispongáis.

Al rato, como gustaba hacer tras cada sesión de posado, se situó frente al gran lienzo para apreciar la evolución de su retrato de cuerpo entero. En esa ocasión, fue algo más que colocarse frente a un espejo: se encaró con su alma aflorada en su físico. El fondo del cuadro era una nebulosa de marrones y sombras. El Rey Planeta sonrió más con los ojos que con la boca y suspiró.

–Muy bien, Velázquez –dijo, complacido.

Capítulo 15

Madrid, octubre de 1626

Por los largos pasillos del Real Alcázar caminaban dos bufones con paso pretendidamente solemne. Iban ataviados de curiosa manera, lo que suscitaba la risión o la indiferencia en quienes se cruzaban con ellos. Aquellos con más sentido del humor celebraban en voz alta la indumentaria de los «hombres de placer», mientras que los más circunspectos se limitaban a mirarlos con desdén, pensando que iban disfrazados para cometer alguna trapisonda.

–¡Paso a un grande de España! –decía uno.

–¡Paso a un pequeño de España! –voceaba su compañero.

Uno iba vestido de torero; el otro, de guerrero.

Funcionarios de riguroso negro acarreaban papeles, memoriales y documentos para firmar o ser supervisados por sus superiores. Constituían la engrasada maquinaria burocrática de un imperio regido por un rey abúlico, culto y sensual que perseguía por igual a ciervos en los montes que a mujeres en los teatros y conventos. Algunos, mientras transportaban los voluminosos cartapacios, chistaban a los enanos o les lanzaban pullas para provocar sus airadas reacciones.

Al llegar al estudio del pintor, los enanos entraron sin llamar a la puerta ni pedir permiso, acostumbrados como estaban a circular por el palacio a su libre albedrío, sin atenerse a regla

alguna.

–¡Aquí viene un grande de España! –dijo el torero, zumbón.

–¡Y aquí llega un pequeño de España! –pronunció el soldado, con guasa.

El pintor, atareado en preparar la paleta y escoger los pinceles, observó al que calaba un morrión de los tercios –de talla superior a la de su cabeza–, llevaba en una mano una espada y en la otra un caballito de madera.

–¿Qué pretendéis de esa guisa? –preguntó Velázquez.

–Que me retratéis a mí también –exigió, orgulloso.

–Eso no lo decidís vos, sino yo.

–¡Quiero ser igual que Juan! –señaló con la barbilla a su compañero–. ¡Tengo derecho a salir en un cuadro! –contestó, con una petulancia inversamente proporcional a su tamaño.

El pintor sonrió y meneó la cabeza varias veces.

–Yo diré cuándo y cómo. Por cierto, ¿de qué vais vestido?

–¿Acaso no tenéis ojos en la cara? –preguntó molesto, por la obviedad–. ¡Soy Aquiles! –El borde del yelmo de acero le llegaba hasta los ojos, de modo que debía alzar la cara para poder ver. Esgrimió a duras penas la tizona con la mano derecha.

–¿Y qué hace el famoso héroe griego con un juguete? –El pintor señaló con un pincel el caballo de madera con balancín en las patas.

–¿Es que no está claro? ¡Es el caballo de Troya!

Velázquez, sonriendo por la ocurrencia, indicó al bufón que se limitase a observar y no estorbase. Éste se situó junto a unos lienzos aún sin imprimación, colocó el caballo en el suelo, se montó sobre él a horcajadas y comenzó a balancearse; molesto, pero en silencio.

–Juan, poneos ahí, donde inciden los rayos de sol. Y estaos quieto –indicó Velázquez al otro.

Juan de Cárdenas llevaba montera, un coleto negro de ante, un cinturón ceñido y una banda granate cruzada al pecho, y sujetaba una vara rematada en un arpón adornada con cintas de papel de colores de las utilizadas para el rejoneo. El perfecto torero.

Era la tercera sesión de pintura, y la figura del enano ya se había materializado sobre la tela. Con un fondo vaporoso, aquel

ser humano parecía flotar en el aire. Mientras pintaba, Velázquez no mantenía conversación alguna, concentrado de tal manera que no existía en el mundo otra cosa que su trabajo.

Pasada una hora, el enano mostró claros síntomas de fatiga: bizqueaba, arrugaba la nariz y movía el rejón.

–Por hoy ya está bien –dijo el pintor, dando por concluido el posado.

Los dos enanos se apresuraron a contemplar la evolución del retrato. Maravillados, lanzaron alabanzas hacia tan magnífica pintura.

–Eres tan feo al óleo como en carne y hueso. ¡Bravo, señor Velázquez! –comentó *Aquiles*, irónico.

–Lo que pasa es que eres un envidioso –respondió Juan, picado en su amor propio.

En ese momento, un criado llamó con los nudillos en la puerta del estudio, la abrió y proclamó en voz alta que el nuncio de su santidad había llegado. Los bufones, impresionados por la inesperada visita, se abalanzaron a besarle el anillo episcopal, debiendo ponerse de puntillas para conseguirlo. Acto seguido, Pamphili, escrupuloso, se limpió con disimulo la gema del anillo en la sotana, porque los enanos, muy besucones, habían dejado restos de baba.

–¿Me daréis el cuadro? –preguntó Juan de Cárdenas al pintor.

–No es para vos. Es un regalo.

–¿Para quién?

–Para el rey.

–¿Para su majestad? –El bufón abrió desmesuradamente la boca, sorprendido y complacido al tiempo.

–Sí. El cuadro será colgado aquí, en el Real Alcázar, junto a otros lienzos.

–Seré tan célebre como el conde duque de Olivares –espetó Juan de Cárdenas, hinchado de orgullo–. Pasaré a la historia.

De inmediato, ambos enanos se pusieron a imitar la voz y los imperiosos gestos de Olivares: «Mandaré una Armada contra Inglaterra que la barrerá del mapa»; «Subiré los impuestos hasta más allá de las nubes»; «Enviaré un ejército a Flandes y esos cabronazos protestantes correrán como conejos». Los dos reían de sus propios chistes; Velázquez sonreía torcidamente, y el

nuncio permanecía impertérrito, impermeable a las humoradas, sin entender dónde estaba la gracia de aquel teatro.

Pamphili no terminaba de acostumbrarse a la estrambótica manía del monarca y de muchos nobles de rodearse de aquellos bufones, a los que también denominaban locos, fenómenos, niños palaciegos e incluso gigantes, con evidente sarcasmo. Había llegado a sus oídos que, en sus correrías nocturnas, además de frecuentar lechos femeninos, Felipe IV gastaba bromas en compañía de sus amigos, siendo una de las más celebradas llevar consigo a uno de esos enanos. Embozados, el monarca y sus amigos de parranda se dirigían a un convento, aupaban al pequeño al torno, llamaban a la campanilla, y cuando una monja de clausura se aproximaba alarmada por la intempestiva hora, el Rey Planeta daba vueltas al torno mientras el bufón, medio mareado, repetía a gritos «¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!», escandalizando a la religiosa. Luego, para celebrar la trastada y aún sofocados de risa, invitaban al enano a abundante vino en un bodegón para que se le soltase la lengua y contase chistes mechados con picardías.

El torero y *Aquiles* se marcharon entre exageradas reverencias al pintor y al nuncio, y gritando que abriesen paso a un grande y a un pequeño de España.

Por fin solos, Velázquez saludó al nuncio con respeto besándole el anillo. Esta vez, Pamphili no lo limpió en la sotana, y enseguida mostró interés por conocer los cuadros en que trabajaba el pintor, qué técnica utilizaba y cuáles eran sus artistas predilectos. El sevillano le mostró los lienzos y conversaron más de media hora sobre arte.

El nuncio quedó agradado del carácter de Velázquez y, sobre todo, de su maestría pictórica.

No obstante, el retrato del enano lo descolocó. No entendía los motivos de Velázquez para ello. Contempló largamente el cuadro con gesto de estupefacción y el pintor, adivinando sus pensamientos, dijo:

–Merece ser pintado.

–¿Por qué? No lo entiendo.

–Porque se trata de un ser humano. Ni más ni menos.

El bufón aparecía dotado de enorme dignidad, tanto en su

apariencia general como, sobre todo, en la expresión de su mirada. El lienzo, lejos de ridiculizar al personaje, lo ensalzaba, incluso lo colocaba a la misma altura de un monarca, un noble o un cardenal. La atmósfera del cuadro no mostraba un paisaje reconocible; no había cielo ni nubes, ni siquiera un mueble, sino que el enano, pletórico de humanidad, parecía habitar en un tiempo y un espacio indeterminados.

–La pintura ha de enaltecer a las personas de elevada condición –expuso Pamphili, tajante.

–En Sevilla pinté a una vieja friendo huevos y a un anciano aguador con su cántaro de barro –contestó Velázquez.

–¿A qué se debe esa predilección por las gentes del común? –preguntó entonces el nuncio, atónito.

–A mis ojos son personas tan dignas como cualquiera. –Fue la respuesta, sin ápice de soberbia intelectual.

El nuncio paseó la mirada por los lienzos que había a medio terminar en el estudio. Le llamó la atención un retrato del conde duque de Olivares, con su gesto altanero, sus fieros bigotones y su corpachón de minotauro. Realmente, aquel pintor era un hombre irrepetible, difícil de encasillar.

No obstante, Juan de Cárdenas no pasaría a la historia. Lo hizo durante un siglo, pero quién le iba a decir que su retrato como rejoneador desaparecería en el pavoroso incendio del Real Alcázar en la Nochebuena 1734, cuando los villancicos fueron interrumpidos por las llamaradas que abrasaron muchos cuadros, entre ellos, varios de Velázquez.

La memoria hecha óleo de aquel enano quedaría reducida a pavesas.

Capítulo 16

Madrid, noviembre de 1626

El gabinete de trabajo del valido semejaba una escribanía por la cantidad de legajos y memoriales amontonados sobre la mesa. Un bargueño castellano con la tapa abierta mostraba la predilección de su dueño por escribir allí. En una esquina del despacho había un globo terráqueo y una esfera armilar de metal dorado. La estancia, grande y no muy bien caldeada, olía a leña, papel y tinta. En una pared colgaban un crucifijo y dos óleos religiosos, uno de ellos un san Miguel de escuela indiana. El arcángel, con sombrero emplumado y arcabuz, no se mostraba dispuesto a combatir al demonio a lanzazos, sino a tiros. Por las ventanas de cristales emplomados entraba una luz grisácea. En la otra pared, un gran mapamundi señalaba en color carmesí las posesiones del Imperio español, y, al lado, pendía un pormenorizado mapa de Flandes. Desde allí se gobernaban las Españas.

Un secretario anunció la llegada del nuncio apostólico. El valido dejó sobre la mesa el informe que estaba analizando y se masajeó un instante los ojos, fatigados de tantas horas de atenta lectura y escritura.

No se trataba de una audiencia oficial para tratar asuntos de Estado. Era una visita privada, por eso iba a desarrollarse en el gabinete del conde duque en lugar de en una sala lujosa, con el

boato pertinente para recibir a los embajadores.

Olivares recibió de pie al nuncio Pamphili. Ambos eran altos y de mirada penetrante. Impresionaba la corpulencia del privado del rey, similar a la de un herrero o un gastador de los tercios. Tras el saludo, tomaron asiento en severos sillones frailunos e intercambiaron algunas frases protocolarias de rigor, pero pronto la conversación se tiñó de nostalgia por Italia, país en el que había vivido el conde duque varios años y donde aprendió su idioma, pues su padre fue virrey en Nápoles y luego, en Roma, embajador de España ante la Santa Sede. Olivares tenía una voz potente, de bajo, y cuando pasaba del español al italiano sus palabras se dulcificaban y adquirían una tonalidad lírica. En castellano semejaba un orador, y en italiano, un poeta.

–Me considero un romano español, o un español de Roma, según se mire –dijo el conde duque–. En Roma nací y, al final de mis días, no me importaría morir allí.

–¿Una vuelta a las raíces?

–Un regreso a los recuerdos –matizó.

Giambattista Pamphili observaba y analizaba a aquel hombre de gran envergadura que destilaba autoridad en cada gesto. Ambos se tanteaban con la mirada, igual que los esgrimistas, al inicio de un ejercicio, miden con el florete la habilidad del rival. Tras los parabienes, Olivares señaló con el mentón el papeleo durmiente sobre su mesa y el mapa mundi clavado en la pared.

–Ni siquiera Roma tuvo un imperio como el de España. En el Imperio romano sí se ponía el sol –dijo, henchido de orgullo.

–Medio mundo es español –halagó el nuncio.

–Aún nos queda el otro medio –respondió Olivares mesándose la barba, sin que quedase claro si se trataba de una broma, una fanfarronada o un sueño por cumplir.

–Espero, excelencia, que al menos España respete los Estados Pontificios –adujo de inmediato el nuncio, socarrón, pensando en el brutal saqueo de Roma de los tercios de Carlos V.

El valido pareció no escucharlo. O aparentó no hacerlo. Temperamental como era, una vez iniciado un razonamiento, se mostraba incapaz de frenarse y se le desbordaban las palabras como las aguas de un río en una crecida.

–El catolicismo pervive en el mundo por el empeño de

nuestra monarquía de defenderlo. De no ser así, la verdadera religión sería un apéndice en la historia. Nuestras armas son el valladar frente al protestantismo como antes lo fueron frente a los mahometanos y los turcos.

La arrogancia del valido debía acrecentar el volumen de su cuerpo, pues el cuero del sillón crujió. Apuntó hacia el mapa de Flandes con el índice.

–Los tercios se desangran en el barro de Flandes y las arcas de la Corona se vacían en esa tierra ingrata, nido de herejes. Y todo por el sostenimiento de la fe de Cristo.

En un arrebato de estadista, señaló las aguas coloreadas de azul, los océanos por los que navegaban las flotas de galeones españoles con las bodegas cargadas. Los ojos de Olivares eran dos ascuas de un brasero; brillaban de satisfacción al pensar en las riquezas del Nuevo Mundo, pero también con resentimiento, pues al final de la ruta esperaban, frotándose las manos, los banqueros portugueses, genoveses y alemanes que, tras prestar enormes cantidades de dinero a la Corona para financiar la guerra en el corazón de Europa, se desquitaban cobrando unos intereses desorbitados.

–En Sevilla, nuestros barcos descargan el oro y la plata que costean la interminable guerra de Flandes. Defender el catolicismo no sale gratis. Es una empresa costosa. Nadie más nos ayuda. Estamos solos en esto. Solos, incomprendidos e injuriados…

El nuncio estuvo a punto de introducir algún matiz, pero se abstuvo. Dejó que Olivares cacarease, que se engallase. Optó por halagar su vanidad. Ya se desinflaría por sí mismo.

–De la misma manera que nos conmueve el sacrificio de los tercios de Flandes contra los luteranos, nos emociona ese dicho que repiten sus soldados.

–¿A qué os referís? –El conde duque se toqueteó con los dedos las guías del bigote.

–«España, mi natura; Italia, mi ventura, y Flandes, mi sepultura». Lo cierto, excelencia, es que Italia es un hogar para los soldados españoles. Tenemos muchas cosas en común. Somos pueblos hermanos.

El conde duque, tras darle la razón, recordó en voz alta los

paseos por la Piazza della Trinità en Roma y por la napolitana Via Sperancella. Aquellas evocaciones de sus años infantiles en compañía de sus padres arrinconaron su carácter imperativo, dejando paso a su faceta más amable. El nuncio conocía los drásticos cambios de humor del valido, su alternancia entre la irascibilidad y el sosiego, sus periodos de veinte horas de trabajo diario con otros sumidos en el abatimiento.

–Excelentísimo y reverendísimo señor, el motivo de este encuentro entre amigos –Olivares eligió con cuidado sus palabras– es solicitaros un beneficio eclesiástico.

–¿Para algún familiar?

–No me mueve el interés para mi familia, sino el deseo de estabilidad económica de un gran pintor del rey. Un buen católico.

Pamphili se arrellanó en el sillón. Intuyendo a quién se refería, sonrió beatíficamente, clerical.

–¿Os referís, tal vez, a Diego Velázquez?

–Al mismo. Tengo entendido que os place su pintura.

–Su pintura y su persona. Hace poco visité el taller que tiene en este Real Alcázar. –Las últimas palabras casi las deletreó, para traslucir que consideraba la residencia del monarca más un viejo caserón que un palacio–. Velázquez posee unas cualidades extraordinarias. Sin embargo…

–¿Hay algún problema? –Olivares dio un respingo.

–Es extremadamente raro que un laico obtenga un beneficio eclesiástico, sobre todo si está casado –repuso.

–Por eso os solicito este gran favor. Velázquez es mi protegido.

El nuncio valoró la singular petición. El Papa debería conceder esa dispensa, y Felipe IV autorizar de qué rentas diocesanas extraer el dinero para pagar al pintor. Su labor –meditó durante unos segundos– consistiría en gestionar el expediente e influir en el santo padre. Merecía la pena. De esa forma, el valido le debería un favor.

–Os garantizo que el Vaticano tramitará con urgencia el beneficio eclesiástico.

–Sois un hombre comprensivo.

–Un artista de la categoría del señor Velázquez ha de vivir

con holgura para que su mente esté libre de preocupaciones materiales.

Olivares sonrió satisfecho.

–El rey ha quedado francamente contento con el último retrato que le ha pintado –comenzó a explicar–. Velázquez, por lo demás, tiene dos hijas… –Levantó los anchos hombros y las manos, grandes y recias, propias de carnicero o leñador–. Y ya sabemos lo que cuesta mantener con decoro a una familia. Su majestad os estaría eternamente agradecido –lo miró con fijeza a los ojos– si hacéis lo posible para que el Papa otorgue esa dispensa.

Sin embargo, el nuncio tenía sus cautelas sobre las íntimas convicciones religiosas del genial pintor. Era sabido que la decoración del Real Alcázar respondía fundamentalmente a su criterio y al del rey, y ambos eran más inclinados a lo mundano que a la mística en base a un dato que el propio Pamphili había comprobado: en el salón de Audiencias, de los diecisiete cuadros que decoraban sólo tres eran religiosos; y en el salón de los Espejos, las treinta pinturas eran de tema profano.

El conde duque, relajado, se reclinó en el sillón y buscó la complicidad del nuncio al comparar sus respectivos trabajos.

–Ambos somos hombres de papel –habló sin engolamiento.

–¿Porque somos efímeros? –atinó a decir el religioso.

–Porque dirimimos nuestros asuntos por medio de documentos. –Abarcó la mesa y el bargueño, atestados de legajos, con la mano–. Sin embargo, no todo es política. Aunque parezca una paradoja, añoro el porvenir.

La mirada de Olivares se recluyó en una extraña melancolía. Entrelazó las manos sobre el vientre y comenzó a hablar con su voz, poderosa como un mugido.

–Sé que sólo el pasado nos proporciona recuerdos, pero a veces soy capaz de anticipar recuerdos del futuro. Tengo una rara nostalgia de lo que está por llegar, de lo que acontecerá cuando abandone la pesada carga del gobierno –confesó, desembarazado de la coraza de valido.

–¿Y esa especie de recuerdos por adelantado no sucederán, por curiosidad, en Roma? ¿La ciudad donde nacisteis?

–Creo que estáis en lo cierto. De repente, me asaltan

imágenes soleadas que transcurren entre cipreses y pinos, cruzando altozanos, a la vera de bellos palacios de color tostado, junto a la estatua de un emperador a caballo en una hermosa plaza.

–Roma. La estatua ecuestre de Marco Aurelio. El Capitolio. La belleza diseñada por Miguel Ángel –concluyó el nuncio, tratando de interpretar esos sueños premonitorios.

Olivares no podía saber que, años más tarde, habría de recordar Roma desde su destierro zamorano, olvidado por todos, repudiado por el Rey Planeta. Hundido en el pozo negro de la depresión, sus ojos no contemplarían la *terribilità* de Miguel Ángel ni los jardines de cipreses y pinos, sino páramos achicharrados por el sol del verano y congelados bajo la luna del invierno.

Capítulo 17

Madrid, mayo de 1627

Los mentideros de la Corte bullían de indignación por San Isidro. Los madrileños, aficionados a los toros, no perdonaban al rey la prohibición de rejonearlos. Añoraban tan popular fiesta y, por lo bajini pero sin reportarse, lanzaban invectivas contra el monarca y se cagaban en el conde duque de Olivares, al que acusaban de manipular la opinión del rey. Movidos por la nostalgia, evocaban las corridas en el ambiente festivo de la engalanada Plaza Mayor.

Llegado mayo, Velázquez era uno de los que echaba de menos las corridas, pero ni frecuentaba los mentideros ni criticaba las decisiones de Felipe IV o del valido. Era uno de esos aficionados que incluso disfrutaba con los prolegómenos del festejo, cuando los carromatos, cargados de toneles de agua, mojaban el terrizo de la plaza para evitar que el viento y el trote de caballos y reses levantara nubes de polvo. Aquel olor a tierra mojada le recordaba las barriadas sevillanas en verano, cuando al atardecer las mujeres salían a la puerta de las casas con un barreño y, a manotadas, rociaban con agua el suelo para remojarlo y enfriar el ambiente. No podía evitar compararlo todo con Sevilla; Madrid se le antojaba un poblachón al lado de su ciudad natal. Pero él, tan comedido, jamás expresaba sus pareceres por no ofender a nadie ni granjearse enemigos

gratuitamente. Prefería el silencio a la locuacidad.

Había estado toda la mañana en su taller del Real Alcázar preparando lienzos, imprimándolos y moliendo blanco de plomo y bermellón de mercurio para elaborar los pigmentos al óleo. Era una faceta artesanal de su trabajo que le gustaba sobremanera, porque le permitía pensar largamente en la técnica del siguiente cuadro. Al finalizar la jornada, se desabotonó el sobretodo que usaba para no mancharse la ropa, se caló el sombrero y abandonó el achacoso palacio para regresar a su casa.

Se sentía dichoso de ver a sus dos hijas Ignacia y Francisca corretear por la casa y jugar con sus muñecas de trapo vestidas como meninas. La vida tranquila y la rutina lo ayudaban a encontrar el equilibrio. No envidiaba otra cosa. No quería sobresaltos. Sus sueños profesionales se iban colmando. Como ujier de cámara cobraba un sueldo de trescientos cincuenta ducados anuales, y sus pinturas cada vez eran más solicitadas y mejor pagadas.

Ya en el hogar, se dispuso a descansar. Hacía una tarde primaveral, pero, como buen andaluz, era friolero y no se quedó en mangas de camisa, sino que se limitó a desabrocharse el jubón. Tomó asiento en su sillón favorito, rellenó con buen tabaco la cazoleta de la pipa, la encendió dándole varias chupadas, expulsó con delectación el humo y retomó la lectura del *Quijote*.

Días atrás había soltado varias carcajadas con el capítulo de los molinos de viento, y las risas continuaban cada vez que el Caballero de la Triste Figura, con su lanza y adarga antiguas, se enfrentaba a enemigos figurados sin que sirviesen de nada las advertencias de Sancho Panza. Su mujer, que bordaba en la misma habitación, sentada bajo el retrato que él hizo al poeta Luis de Góngora, levantaba sorprendida la vista de las labores cada vez que su marido reía de sopetón. Le agradaba verlo feliz.

Porque él nunca reía en público.

Capítulo 18

Roma, septiembre de 1627

Olimpia se recuperaba con rapidez del último parto. Poco a poco le aminoraban los dolores del entuerto gracias a la medicación recetada por el médico. Fiel a su costumbre, había dado a luz en una silla y fue atendida sólo por comadronas. Le puso Constanza por parecerle un nombre sonoro, acorde con la guapura de la pequeña, claramente heredada del padre. Por la noche, la niña prorrumpía en unos atronadores llantos que desvelaban a la niñera y atormentaban a las nodrizas, pero se callaba en cuanto agarraba la teta, y, tras mamar, se sumía en un plácido sueño. María, la primogénita, crecía sana e insolente, y el pequeño Camilo, que había cumplido cinco años, se camelaba a la gente con sus gracietas y daba muestras de ser un niño tan espabilado como lo había sido su madre desde tierna edad.

Cada mañana despertaba a sus hijos con cascabeles de plata y les cantaba «Tocan a rebato las campanitas del alba». Los niños se desperezaban con una sonrisa y ella los besaba con amor.

Había conseguido formar la familia que ansiaba, y educaba a sus tres hijos sin pedir parecer a su marido. Ella se encargaba de todo: seleccionaba a los mejores médicos, escogía a nodrizas jóvenes y de abundante pecho, y elegía a preceptores tolerantes con los caprichos de los pequeños.

La tarde del último día de verano se dispuso a escribir una

carta a su cuñado. Lo hacía personalmente, jamás se las dictaba a un secretario. Eran demasiado íntimas. Aquella misma mañana había recibido misiva de Giambattista por valija diplomática y quería contarle buenas nuevas. Las epístolas que se intercambiaban estaban escritas en clave para evitar ser comprendidas por ojos indiscretos; compartían un librito de códigos secretos elaborado por la Santa Sede para sus respectivos nuncios. Abrió las ventanas de la habitación para airearla. Aún hacía calor.

Siempre comenzaban desgranando menudencias, cosas de la vida cotidiana, y dejaban lo importante para el final.

En Madrid –leía– también el tórrido verano se resistía a irse, según contaba alarmado su cuñado, quejándose además del elevado precio de la nieve que, mensualmente, se necesitaba en palacio para el mantenimiento de alimentos y elaboración de horchata y otras bebidas frías, porque los centenares de empleados de la nunciatura alegaban que no se consumían por vicio, sino por necesidad, para enfriar los cuerpos y no fallecer durante el tórrido verano.

«La nunciatura compra dos arrobas diarias de nieve libres de impuestos para hacer damajuanas de agua de aurora, hipocrás, agualoja y agua de limón y canela que mis empleados y mi séquito consumen con fruición. Pero en verdad te digo que añoro los helados napolitanos. Sin embargo, los administradores se ven obligados a adquirir más nieve de los ventisqueros para dar abasto. Y claro, el resto de arrobas está gravada con unos tributos desorbitados».

Ella anotaba y subrayaba en un libro de cuentas el precio de la nieve, por si el día de mañana podía obtener algún rendimiento de dicha idea. A continuación, Giambattista comentaba sus progresos en español, cómo dominaba ya el idioma y qué dramas de Calderón y Lope de Vega veía representados en el Real Alcázar, ya que el rey era muy aficionado al teatro. Después, relataba la vida licenciosa de Felipe IV, su desorden sexual con mujeres de todo pelaje y sus aventuras amatorias, propiciadas por el conde duque de Olivares:

«El rey no se recata en mantener relaciones con casadas y envía a sus maridos a misiones lejanas para quitárselos de en

medio. Es tal su promiscuidad, que se encapricha de prostitutas, se encela con actrices y entra furtivamente en los conventos para acostarse con novicias sin respetar el recinto sagrado. El valido tiene al rey en un puño, lo maneja como a una marioneta. El monarca es un hombre altanero con poca confianza en sí mismo. Esta opinión la comparten el resto de embajadores».

Ella sonrió. El rey, al igual que su cuñado, debía ser un hombre muy tímido, y ocultaba la timidez bajo una coraza de prepotencia.

«Olivares me está muy agradecido por la concesión del beneficio eclesiástico a Velázquez. Le informé de la negativa inicial del Papa, contrario a dar tales dispensas a laicos, y lo dificultoso que resultó arrancar la firma al pontífice. El conde duque sabe que me debe un favor y proclama sin tapujos que hombres de Iglesia como yo son los que necesita España. Hemos congeniado. Es un hombre obsesionado con la reputación de España en un mundo hostil que la admira, envidia y ataca».

A continuación, Giambattista demostraba su formación jurídica al elogiar el funcionamiento del sistema judicial español, tan distinto del italiano. Y lo hacía contrastando su opinión con la de prácticamente la totalidad de los italianos que trabajaban en la nunciatura:

«Los jueces españoles aplican la justicia con extrema rectitud, con independencia de si el acusado es noble o plebeyo, algo que escandaliza a los naturales de nuestro país, tan acostumbrados a la venalidad de la justicia».

Le llamaba la atención la forma de ser de los españoles, en no pocos aspectos diferentes a la de los italianos, y concluía con una alusión al comportamiento de la nobleza:

«Por muchos blasones que coronen las fachadas de los nobles, en no pocas de sus casas las cenas son las sobras recalentadas del almuerzo. Viven de las apariencias».

Volviendo de nuevo a Felipe IV, una vez enumerados sus defectos, Giambattista reconocía apreciar sobremanera en él la cualidad de dominar las emociones en público, de comportarse con discreción delante de sus súbditos.

En los siguientes párrafos, ya más personales, manifestaba echar de menos la compañía de Olimpia, sus atinados consejos

para desenvolverse entre diplomáticos, tratar con el conde duque de Olivares y evitar habladurías entre el personal de la nunciatura. Y le solicitaba que, para paliar su ausencia, le facilitase por escrito cómo actuar ante diferentes circunstancias:

«Sin tu ayuda me siento tan desorientado como un niño en un lugar extraño, y ni sé qué hacer ni qué decir. Soy como un árbol en invierno, despojado de hojas, sin vida…».

Olimpia mojó la pluma en el tintero y comenzó a escribir. Le relató las recientes fiestas en su palacio en honor de los embajadores de España y Francia y los regalos que les había hecho a ellos y a sus esposas: guantes de gamuza perfumados. Le contó las partidas de caza a las que la invitaba el embajador español y cómo mejoraba progresivamente su puntería; el truco estaba en intuir la trayectoria de vuelo del faisán o la perdiz y disparar hacia allí. A continuación, le describió cómo el sumo pontífice estaba transformando la ciudad:

«Roma está llena de abejas. El Papa labra en piedra y funde en bronce el símbolo de los Barberini para estamparlo en cada obra que promueve, dando a entender que el pasado y el presente le pertenecen por derecho propio. Il cavalieri Bernini, el arquitecto, es el hombre de moda. Ha estado en nuestro palacio varias veces, y todo el mundo se desvive por tratarlo. Su genio artístico embellece Roma y el Papa paga, pero son tantos los nuevos impuestos que el pueblo está comenzando a hartarse. Además, los Barberini saquean en beneficio propio las arcas de la Santa Sede, con tanto descaro que la familia se ha convertido en la más odiada de la ciudad. Sin embargo, por muy hermosa que esté Roma, tú y yo construiremos una Roma aún más bella. Nuestro sueño compartido se acerca…».

El atardecer teñía de cárdeno el cielo. Menguaba la luz. El calor apenas remitía. Olimpia se levantó para abrir de par en par las ventanas de la estancia y encendió un candelabro. Tomó de nuevo la pluma y, sabedora de la necesidad de su cuñado de un decálogo de actuación, le dio unos consejos:

«No dejes traslucir nunca tus intenciones ante los demás. Despístalos. Afirma una cosa y la contraria, pues lejos de parecer necio serás tomado por prudente y sabio. No impongas a nadie tus objetivos. Prepara el terreno con amistades que te allanen el

camino. Espera con paciencia que las situaciones delicadas evolucionen y, cuando parezca que todo va a desmoronarse, actúa con decisión en el último momento, así creerán que tu actitud es proverbial y tu solución, la idónea. Ése es el secreto del don de la oportunidad».

Sonrió. Había dejado para el final el asunto crucial. El cardenalato.

«Que el Papa te nombrase recientemente cardenal confirma que mi predicción aquella tarde hace años no era una utopía, sino una certeza. Lamento en el alma no haber podido celebrar contigo ese momento de gloria, aunque tendremos ocasión de hacerlo cuando regreses a Roma. Tal y como me decías en tu misiva, estamos separados por el mapa y cosidos por el corazón. Aguardo tu retorno… El sastre te está esperando para confeccionar sotanas y capelos, y el zapatero aguarda para hacerte unos zapatos encarnados de piel fina, porque tienes los pies delicados y has de cuidártelos. Y, ya que valoras el dominio de las pasiones en público del rey Felipe, así como su modo de comportarse en las audiencias, tómalo como referente. Llegará un momento supremo en tu vida, y habrás de mostrar la máxima dignidad. El rey de España será un buen ejemplo para ti. Y que ese aprendizaje te lleve a adoptar la filosofía contraria del pueblerino, del palurdo: creer que la aldea es el mundo en lugar de creer que el mundo es una aldea».

Una vez terminada la escritura, transcribió la carta al código cifrado que ambos utilizaban. Aquello le empleó poco más de media hora; el tiempo justo antes de la cena que iba a dar en homenaje al embajador veneciano.

Sus labios dibujaron una sonrisa de cimitarra. Daba por sentado que, en un tiempo, cuando el embajador de la Serenísima presentase sus credenciales ante Giambattista, los criados de su comitiva le besarían los pies en señal de respeto.

Porque habría sido elegido Papa.

Capítulo 19

Roma, primavera - verano de 1639

Nunca el robo había estado tan organizado ni sido perpetrado con mayor descaro. La familia Barberini, aupada por Urbano VIII a las más altas dignidades de la curia, esquilmaba las arcas vaticanas con impudicia, engrandecía sus palacios con obras de arte y se rodeaba de un boato que empequeñecía todo lo conocido. El Papa, tras nombrar cardenales a tres sobrinos y a su propio hermano para controlarlo todo, embellecía Roma con suntuosos edificios y soñaba con emular a los antiguos señores de la guerra, pero se convertía en un pontífice odiado por el pueblo, que soportaba desorbitados impuestos sobre los productos de primera necesidad. Pero dichos impuestos eran imprescindibles para sufragar tanto gasto. Mientras el resentimiento se cocía en las entrañas de la ciudad, Olimpia se dedicaba a la diplomacia festiva y su marido padecía cólicos nefríticos que lo dejaban postrado en cama, aullando de dolor como un licántropo en luna llena.

El pobre hombre orinaba arenilla, y, a veces, expulsaba cálculos renales del tamaño de un hueso de aceituna. Los médicos atinaron en el diagnóstico y concordaron en el tratamiento: sangrías y purgas, pero, como eran muy tradicionales, recurrieron a las tablas incluidas en el calendario para determinar qué días eran los más propicios para sangrar al

enfermo, en función de la posición de la luna en los signos zodiacales.

Le aplicaron sanguijuelas en muslos y brazos y, cuando éstas estuvieron bien gordas, lo suficientemente ahítas de sangre, se las retiraron y le dieron jarabes que le provocaron vómitos, diarreas y fiebre. Desde el lecho, sumido en el intermitente sopor de la enfermedad, Pamphilio Pamphili oía las representaciones teatrales, los conciertos y las fiestas que su esposa celebraba en el palacio. Se le antojaban sueños fronterizos en la región de la vida y la muerte.

La cultura española estaba de moda. Las comedias y dramas de Calderón, Lope de Vega y Tirso de Molina eran del agrado de Olimpia y de sus invitados, y ella contrataba a las mejores compañías dramáticas para representar *La vida es sueño*, *La dama boba* y *Don Gil de las calzas verdes*. Pero en aquellas veladas teatrales no destacaba sólo la calidad de las obras, sino también la escenografía de Bernini, cuyos fantásticos diseños y montajes encandilaban al público.

La genialidad de aquel hombre era como leche puesta al fuego: se salía enseguida, se desbordaba. Construía maravillosos decorados donde el agua brotaba entre los riscos, los árboles invernales se cubrían de follaje en un suspiro y anochecía y amanecía en un periquete. Y también fabricaba criaturas mitológicas manejadas por poleas y cuerdas.

Una noche de verano se escenificó la comedia *La leyenda del lagarto de la Magdalena*, cuyo protagonista era un mozo que debía matar a un gigantesco lagarto devorador de carne humana. En la escena crucial, el muchacho, delante de la guarida del monstruo, pese al tembleque de rodillas, prendía con yesca un saco de ochíos, hornazos y pólvora, y luego lo introducía en las fauces de un dragón de madera y tela que echaba fuegos artificiales por la boca y ristras de petardos por el culo. Entonces, con una humareda y estruendo, simulaba explotar entre los aplausos y vítores del respetable.

Tras la exitosa representación, Olimpia ofreció un banquete para un grupo selecto de invitados, entre los cuales la estrella era Gian Lorenzo Bernini. Las mujeres se disputaban la compañía de aquel guapo y simpático hombre, y los hombres, fascinados por

su carisma, buscaban conversar con el arquitecto favorito del Papa y el artista más influyente de Italia, olvidando incluso las normas de cortesía quitándose la palabra los unos a los otros. Tal era el magnetismo del poder.

Olimpia, mientras tanto, observaba, analizaba los comportamientos, reía las gracias, prestaba atención a los chascarrillos y rumores, sonsacaba información y hacía regalos. Sentaba a Bernini a su lado, y a Giambattista, por fin regresado de España, junto al embajador de Bolonia.

Precisamente el embajador, en un momento determinado, preguntó al artista:

–¿Qué es lo que más os gusta?

–Algunos sabores.

–¿Cuáles?

–El de la lluvia cuando la bebo abriendo mucho la boca. Y, en verano, el sabor de la piel pecosa de las mujeres guapas.

El polifacético artista tenía una sorprendente facilidad para mezclar lo frívolo con lo trascendente, y su poder de convicción era tal que cuando hablaba se hacía un insólito silencio a su alrededor.

La cena transcurrió en un ambiente placentero. La madrugada, sin embargo, fue de insomnio. Nadie durmió, a la espera de lo ineludible. El pobre Pamphilio, encendido de calentura e hinchado como un odre, falleció. Los días siguientes, Olimpia recibió el pésame de toda la buena sociedad romana, y, entretanto, la ciudad se llenaba de pasquines que representaban a un hombre y una mujer en un lecho de cuyo cabecero pendía un capelo cardenalicio con sus borlas; debajo, ponía: «Envenenó a su marido para meterse con su cuñado en la cama. ¡La muy marrana!».

La viuda guardó luto durante seis meses.

Mucho antes de terminar el periodo de las ropas negras, ya había olvidado a su difunto esposo.

Solamente quería vivir un presente cargado de futuro.

Capítulo 20

Roma, otoño de 1639

Antes de los fríos del otoño, Olimpia se decidió a materializar el sueño que le rondaba desde hacía tiempo: un hospicio de jovencitas. Las huérfanas serían acogidas, criadas y educadas para evitar que, por el hecho de ser niñas y pobres, quedaran destinadas a ejercer como prostitutas o a meterse a monjas para sobrevivir.

Para alterar ese fatal destino compró un amplio caserón a espaldas de la Strada del Babuino, lo reformó y acondicionó. Allí se podría albergar a un par de centenares de niñas. Con la experiencia, relaciones sociales y la autoridad que otorgaba el dinero, Olimpia ordenó construir dormitorios colectivos bien soleados y aireados, talleres laborales, aulas de instrucción, enfermería, cocina y comedor. Asimismo, supervisó la contratación del personal que regentaría la institución de beneficencia. Sólo quería mujeres.

No alzaría un paraíso terrenal para huérfanas, pero sí un refugio decente, a salvo de las acechanzas de hombres que saciaran sus bajos instintos con la carne infantil. Pues bien conocía lo que se cocía en el resto de orfanatos.

En menos de una semana encontró a todas las mujeres que necesitaba: directora, cuidadoras, nodrizas, maestras, celadoras y cocineras. Dispuso que el orfanato aceptaría a toda niña

entregada por sus progenitores al poco de nacer, así estuviese sana, enferma o padeciese algún defecto. Y también organizó un servicio de recogida de recién nacidas; cada día, antes del amanecer, dos jóvenes recorrerían las iglesias y conventos de Roma en un carromato con toldo, pues era frecuente que manos anónimas abandonasen a las niñas en la puerta de los templos o en el torno de los monasterios. Aquellas pequeñas metidas en capachos o envueltas en ropa solían sobrevivir; las desnudas y dejadas a la intemperie morían de frío al alba.

Tuvo claro que las huérfanas no desfilarían en los funerales de los ricos para contentar sus corazones hipócritas, satisfechos con semejante espectáculo a cambio de un puñado de monedas entregadas a los rectores de los orfanatos. Si los nobles querían dar lástima en sus entierros, que costeasen plañideras.

Aunque las encargadas de educarlas e instruirlas en el cristianismo serían maestras de las escuelas de Caridad, gracias a la mediación de Giambattista, Olimpia requirió la ayuda de Giovanni Cózar. El jesuita elaboraría un plan de estudios acorde con las necesidades de las niñas; es decir, con una finalidad eminentemente práctica y dirigido a procurarles unos conocimientos básicos –leer, escribir y rudimentos de aritmética– y un oficio según sus habilidades y preferencias. El hombre, muy versado en Letras y de carácter bonancible, cumplió con el encargo en breve tiempo, no sin elogiar lo taxativa que se había mostrado Olimpia al prohibir los castigos corporales. Es más, ella advirtió que, si una empleada contravenía esa norma, sería expulsada, no sin antes ser abofeteada por ella misma delante de todas las *bambinas*, como humillación pública.

Cuando el docto Giovanni Cózar le entregó el plan de estudios escrito con su letra pulcra, no pudo contenerse:

–Donna Olimpia, si no le supone molestia –preguntó el jesuita–, ¿puede saberse por qué deja fuera de tal loable institución a los varones?

–Los niños crecerán, don Giovanni, y el mundo está hecho para los hombres por mucho que éstos nazcan en la pobreza. Tendrán más oportunidades que las niñas.

Olimpia examinó con detenimiento el programa educativo. Sorprendida, al ver que la música formaba parte, se interesó por

las razones.

–La Compañía de Jesús, de la mano de mis hermanos españoles, ha introducido la música en la evangelización del Nuevo Mundo –le explicó Giovanni Cózar con voz suave y bien timbrada–. En las misiones jesuíticas del Paraguay se enseña a los indios a cantar y a tocar instrumentos de cuerda y viento. ¡Incluso esos hijos de Dios los fabrican con sus propias manos en talleres! –exclamó con alborozo–. Es una buena manera de honrar a Dios. Por eso he pensado que estaría bien que las niñas aprendiesen música.

Olimpia dio por buena la innovación pedagógica y, al igual que en un concierto, aplaudió.

Encima de la entrada del caserón reconvertido en hospicio mandó pintar el escudo de los Pamphili, y pronto la paloma blanca con la ramita de olivo en el pico campeó sobre la fachada de cal. Se le antojó que aquello semejaba un arca de Noé destinada a salvar niñas del diluvio universal de la tristeza, y que el pájaro simbolizaba la vida nueva.

Mandó también que, las jóvenes que al amanecer recorrían Roma recogiendo a las niñitas abandonadas, compraran por unas monedas dos camadas de cachorros de perro que iban a ser sacrificados. Era habitual que, si los dueños no querían hacerse cargo de los animales recién nacidos, los ahogasen en un cubo de agua o los estampasen contra una pared. Las *bambinas* se encariñaron de inmediato con los cachorros; jugaban con ellos, los alimentaban y acariciaban, y los ladridos y gritos de alegría de las pequeñas se convirtieron en sonidos cotidianos en el hospicio.

Ya sólo faltaba un médico. No existían mujeres dedicadas al oficio, y las matronas carecían de ciencia para tratar enfermedades. Habría de ser, por necesidad, el único hombre en el hospicio. Urgía encontrar un facultativo con experiencia y afable, que tratase a las huérfanas con cariño. Pero, por más que indagó, no halló a uno que fuese de su total agrado: los dispuestos a dedicarse en exclusiva a ese trabajo o eran vulgares matasanos o presuntuosos que trataban a las pacientes con desdén.

Hasta que un día de octubre su fiel copero, Trottolino, le dio

la solución.

Fue durante una cena. Explicaba con entusiasmo a Giambattista los avances, aunque contrariada por su incapacidad para dar con el médico adecuado.

–No puedo ayudarte. Sabes que nunca he necesitado a un médico –arguyó su cuñado–. Aunque, si quieres, puedo preguntar a algunos ancianos cardenales, llenos de achaques. Ellos reciben diariamente su visita y podrán aconsejarme.

–Conozco a esa clase de galenos prepotentes. No me sirven – Olimpia rajó el aire con el cuchillo con el que cortaba un trozo de carne.

El copero, que rellenaba sendas copas con un vino de Lombardía, carraspeó.

–¿Sucede algo, Trottolino?

–Si donna Olimpia me permite, puedo sugeriros un médico.

–¿Te ha tratado alguna vez?

–No. Pero mis hermanos se hacen lenguas de su ojo clínico. Es un hombre de fama en el barrio.

–¿Y qué más virtudes lo adornan? –intervino Giambattista.

–¡Oh, eminencia! De siete hijos que tiene, los cuatro varones han salido curas, y las tres hembras, monjas.

–¡Admirable! –exclamó el cardenal, y dio un sorbo al vino lombardo.

–¿Y cómo se llama ese increíble médico capaz de abastecer a media Iglesia?

–Piersanto Evangelisti.

–Desde luego es un nombre apropiado –admitió Olimpia.

–Pero…

Ella se limpió los labios con la servilleta de hilo y miró al copero.

–Ya me extrañaba que todo fuese perfecto en ese médico providencial –dijo, escamada–. ¿Qué secreto esconde?

–Ninguno, donna Olimpia. Lo que sucede es que nadie lo conoce por su verdadero nombre. Si me permitís, donna Olimpia… –tragó saliva y su nuez subió y bajó–. Todos lo conocen como doctor Pollasanta.

Giambattista sonrió, y ella prorrumpió en una carcajada, al tiempo que soltó los cubiertos sobre la mesa. Hubo un estrépito

de plata. Cuando terminó de reír, bebió un trago de tinto y dijo, contenta:

–Me gustaría conocer al doctor Pollasanta.

Capítulo 21

Roma, primavera de 1640

Las niñas, esqueléticas por la falta de alimento, eran amamantadas por nodrizas en cuanto eran acogidas en el hospicio, y a las pocas semanas sus cuerpecitos todo hueso y pellejo ganaban peso y aparecían sonrisas en sus caras. Lo que antes eran tristes criaturas de un cuadro del Bosco se convertían en lustrosas pequeñas de una pintura de Botticelli.

La abundante comida y los atentos cuidados obraban milagros en poco tiempo. Las palabras tiernas que escuchaban las niñas tenían la resonancia de una canción en una casa sin estrenar, pues sus pequeños corazones estaban desacostumbrados a ternuras.

Una botica cercana surtía de medicamentos al hospicio. Olimpia –al igual que seguía haciendo con la casa de arrepentidas del Trastevere– repasaba cada tres meses las cuentas del orfanato, para evitar que alguien se beneficiase económicamente, y no escatimaba en gastos. El boticario, de fiar, elaboraba las medicinas sin adulterar su composición. Ninguna inclusera había muerto víctima de sus fármacos. Al contrario, las pequeñas crecían sanas.

Y el médico también tenía mucho que ver en ello.

El doctor Pollasanta se había granjeado el respeto del personal femenino y la simpatía de las niñas. Al contrario que la

mayoría de sus colegas, no se revestía con lobas ni sotanas cubiertas de manchas de sangre y pus para demostrar sus muchos pacientes, ni diagnosticaba enfermedades soltando latinajos con cara de palo. Por el contrario, llevaba un guardapolvo blanco con las presillas desabrochadas, en cuyos abultados bolsillos guardaba paloduz y caramelos de violeta que daba a las chiquillas después de administrarles jarabes amargos y fórmulas magistrales de sabor desagradable. Así, después de hacer un puchero, ellas sonreían. Y también mandaba darles cada día un buchito de vino rebajado, porque decía que le quitaba la maldad al agua.

Por las mañanas, al despertarse, algunas *bambinas* se asustaban al no poder despegar los párpados, pegados con legañas. Entonces, el doctor les pasaba por los ojos una gasa mojada en infusión de manzanilla fría. Las chiquillas abrían los ojos y, contentas de poder ver de nuevo, se abrazaban a él, agradecidas.

Era un hombre de trato campechano y aspecto campesino, de piel tostada y manos fuertes que palpaban con delicadeza el vientre y el cuello de sus pequeñas pacientes. Ya mayor, había visto mucho en sus años de profesión. Estaba cansado de ricos mercaderes que creían evitar la muerte atiborrándose de medicinas, de nobles que pensaban que la sangre azul entrañaba el privilegio de alargar la vida, y de ancianos monseñores temerosos de morir y abandonar su plácida vida terrenal. También de atender a vejestorios ricachos, tan hieráticos que parecían pasados por las manos de un taxidermista. La oferta de Olimpia supuso para él un alivio: el sueldo era generoso, disponía de fondos más que suficientes para la adquisición de medicinas y trataba con pacientes agradecidas: niñas luchadoras que tenían una segunda oportunidad en la vida.

Cada tarde, el doctor Pollasanta, después de finalizar su trabajo diario en el orfanato, se tomaba unos vasos de vino en la cercana taberna de Brígido, un andaluz en cuyo figón nunca faltaba un plato de comida caliente para los menesterosos; éstos, sentados en una esquina y alumbrados por la luz de un candil colgado del techo, comían en silencio, agarrando la cuchara con un puño y un cacho de pan con la otra mano. La clientela, por lo

demás, estaba compuesta por italianos y españoles que bebían sin hacer distingos de nación, por lo que nunca había peleas. Algunos parroquianos devoraban con ansia pajarillos fritos, cazados por la mañana temprano en el campo con redes o costillas. Trituraban sus cabecitas con los dientes, saboreaban la carne y chupaban los huesecillos haciendo ruido.

Al médico le gustaba el vino sin aguar que servía Brígido, el mismo que en muchas tabernas italianas bautizaban. Y así, al final de cada día, tras echar una parrafada con algún compañero de mesa compartiendo una jarra de tinto y un trozo de queso, regresaba a casa con el cuerpo entonado y la conciencia tranquila.

No le pedía más a la vida.

Capítulo 22

Acquapendente, otoño de 1641

Septiembre comenzó con la vendimia y con el avance de los ejércitos papales en el ducado de Castro, un territorio hostil a la todopoderosa familia Barberini. Los batallones pontificios caminaban en pos de banderas desplegadas al viento; sus soldados cantaban canciones cuarteleras levantando polvareda en los caminos, y las sufridas esposas, junto a carretadas de prostitutas, los seguían de cerca en una campaña que el Papa, ufano, presumía rápida y exitosa. Urbano VIII, emulando a los antiguos condotieros, se sentía un rayo de la guerra y pretendía escarmentar a los nobles reacios a su poder absoluto.

Pero el viento de octubre sopló contrario, y la veleta de la historia cambió abruptamente de dirección. Tras algunas escaramuzas, las fuerzas pontificias perdieron ímpetu, quedaron fijadas al terreno, y sus arcabuceros y artilleros gastaron en pocos días la pólvora prevista para toda la contienda. Ya no hubo más cánticos cuartelarios atiborrados de palabras soeces, sino blasfemias y estupor ante la ofensiva del enemigo. Entonces se extendió la desesperanza y cundió el pánico, y el diezmado ejército comenzó a retroceder a tanta velocidad que los soldados desoían las órdenes de los oficiales, arrojaban las armas para aligerar peso y se descalzaban para correr más deprisa.

Un atardecer, las esquilmadas fuerzas pontificias, aún

dirigidas por mandos con pundonor, se reagruparon en torno a la ciudad de Acquapendente –cercana a Viterbo–, dispuestas a un último enfrentamiento. Con escasas armas de fuego y erizados de picas intactas o tronchadas, los soldados combatieron y murieron mientras al cielo se elevaban nubes de pólvora, humo de incendios y oraciones susurradas por labios agonizantes. Disgregados los supervivientes y las reatas de mulas, donde poco antes hubo disciplina ahora todo era caos.

Al anochecer, con los terrones del suelo empapados de sangre y el hedor a tripas y carne churrascada que traía la brisa, un heterogéneo grupo de treinta personas discutía cómo escapar de la matanza y las violaciones desencadenadas por las tropas enemigas, ebrias de victoria.

–¡Debemos regresar a Roma!

–¡Vamos a morir!

–¡Silencio! ¡Nos van a oír!

Refugiados en una casa de labranza en las afueras de Acquapendente, mujeres de militares muertos o desaparecidos, prostitutas y desertores –los restos de la variopinta caravana del ejército papal–, trataban de pensar en medio de las lágrimas, los lamentos y los gritos de desesperación.

–¿Qué va a ser de mí?

–¡Nos colgarán en cuanto nos atrapen!

A lo lejos se escuchaban con nitidez los desgarradores gritos de las mujeres forzadas por la soldadesca y las risotadas empapadas en vino de los guerreros. Saqueaban el castillo de Torre Alfina, y lo que no podían llevarse, lo destrozaban, poseídos por una bacanal de adrenalina y violencia.

La luz de la luna que entraba por las ventanas imprimía tenebrismo a las caras dominadas por el terror, afantasmadas por la inminencia de un terrible final.

Uno de los soldados supervivientes entró en ese momento en la casa de labor, acompañado de un lugareño. Un muchacho cejijunto de rostro equino.

–Él es nuestra salvación. –El soldado señaló al joven–. Conoce los contornos. Dice que puede sacarnos de aquí.

–¡Gracias a Dios!

–¡Vámonos, vámonos!

El muchacho, con la confianza de ser el que manejaba la situación y espoleado por la certidumbre de hacer un buen negocio, cruzó los brazos sobre el pecho.

–Estáis rodeados. Están por todas partes, buscando carnaza –sonrió, mirando con descaro a las mujeres–. Yo sé por dónde escapar. Pero tenéis que pagarme. Si no hay dinero, no os ayudo.

–¿Cuánto quieres? –preguntó una prostituta con la faltriquera llena, pues antes de cada combate los soldados, temerosos de morir, se embravecían y buscaban el calor de una hembra.

–Todo lo que tengáis. –Se encogió de hombros.

Entrecruzaron miradas y vaciaron bolsillos y bolsas. Ni había tiempo para pensar ni era cuestión de chalanear o de ocultar nada. Las monedas tintinearon en el suelo de la casa; un rayo de luna iluminó el metal, y un brillo de avaricia se reflejó en los ojos del joven. Recogió su tesorillo, lo guardó en un zurrón y, a modo de advertencia, dijo:

–Debéis guardar silencio. Chitón en todo momento. Si hacéis ruido, os descubrirán. ¿Lo entendéis?

Hubo un asentimiento general, y enseguida comenzaron a salir en hilera de la casa, hasta que el joven, alarmado, empujó a una mujer que llevaba en brazos a una niña.

–¡Tú, no!

–¿Por qué? –asustada, apretó a su hija contra el pecho.

–Es muy pequeña. Llorará y nos descubrirán. Tú no vienes.

La mujer, abrumada, buscó apoyo entre los demás, pero sólo encontró miradas huidizas o que apoyaban la drástica decisión del muchacho. Sintiendo cómo se le sajaba el corazón, imploró:

–¡Déjanos ir! ¡No llorará! ¡Te lo juro! ¡Por lo que más quieras! ¡Déjanos ir!

–¿Estás segura?

–¡Sí, lo estoy!

–Está bien. Pero te aseguro que si llora… –Con una mano hizo el ademán de rebanarse el cuello, y con la otra sacó un puñal que llevaba escondido entre la ropa.

La luna en cuarto creciente proporcionaba luz suficiente para bandearse en la noche. En la linde de un camino, el muchacho entregó el zurrón con el dinero a su hermano pequeño, que lo esperaba allí.

–Ve corriendo a casa –le ordenó.

De esa forma, el precavido joven evitaba que el tintineo de las monedas revelase su posición a los del bando contrario, y también que alguno de los soldados del Papa, al verse a salvo, intentara arrebatarle el dinero.

Caminaron toda la noche por senderos y trochas, buscando la espesura de la vegetación para sortear a las partidas enemigas que, a caballo o a pie, peinaban el territorio. Impelidos por el deseo de sobrevivir y con los corazones atizados por el miedo a la muerte. A veces, en la distancia, distinguían voces encrespadas y entrechocar de acero, pero no ladridos. Si los rastreadores usaran perros, no habría escapatoria: los animales los olfatearían sin remedio. Pero ninguna rehala los buscaba.

Al cabo de unas horas llegaron a la ribera del río Paglia, justo en un lugar donde el nivel del agua permitía vadearlo sin peligro.

El agua corría con tonos plateados. Muchos comenzaron a tiritar, fríos por el sudor que los empapaba. Los búhos ululaban en el silencio de la noche.

–Cruzaremos por este lado. Vamos, en fila –ordenó el muchacho.

Empezaron a vadear el río. Pisaban con cuidado. El fondo, legamoso y con cantos rodados, resbalaba, y el agua estaba tan helada que les dolían las carnes. La madre que acunaba a su hija perdió el equilibrio un momento.

–¡Vamos, de prisa! –exclamaba constantemente, quedo pero imperativo.

La madre pisó unas piedras con liquen y trastabilló de nuevo; no llegó a caerse, pero la niña se despertó y rompió en llanto.

–Hazla callar –musitó entre dientes el joven.

La mujer, con los latidos del corazón desquiciados, intentó acallar el intenso llanto infantil, que se acrecentaba por momentos y parecía surcar el aire y estallar en las alturas. Sobre ella se cernieron muchas miradas cebadas con odio.

–¡Que se calle o estaremos todos muertos! –le susurró suplicante una mujer–. ¡Va a delatarnos!

El pastor, impertérrito, desenfundó el puñal. Su corta hoja brilló bajo la luna. Hombres y mujeres, petrificados de pavor, contemplaron cómo el muchacho avanzaba hacia la mujer, que

trataba desesperadamente de silenciar al bebé.

Entonces, en un doloroso arrebato, la madre, entre lágrimas, sumergió a su hija en el río. Ascendieron burbujas. Pasados unos instantes, las burbujas desaparecieron.

El silencio los rodeó. El joven enfundó el arma y reanudaron el vadeo. Hubo suspiros de alivio. La madre alcanzó la orilla en última posición, con el cuerpo de su hijita chorreando. Volvió a oírse el interrumpido ulular de las rapaces nocturnas.

Al amanecer, alejados del peligro y sintiéndose seguros, notaron con brusquedad el cansancio y tensión acumulados. Incapaces de dar un paso más, se detuvieron a descansar a la vera de un olivar.

La madre, que se movía presa de un súbito sonambulismo, seguía sosteniendo en brazos el cuerpo yerto de su hija. Se descubrió un pecho y le puso el pezón en su rígida boquita. La pequeña no se inmutó.

Una joven, atormentada de dolor por haber visto el día anterior caer fulminado a su marido en un ataque enemigo, se aproximó a la mujer que trataba de dar de mamar a su hija.

–¿Cómo está la niña? –preguntó con un hilo de voz producto del cansancio, del insomnio y la tristeza.

–No quiere comer –respondió, con la mirada perdida.

La pequeña, con la piel azulada, no se movía.

–¿Cómo se llama?

–Innocenza –respondió, en voz baja, como temiendo despertarla.

Media hora después, el joven pastor indicó por dónde continuar viaje hacia Roma. Era ya mediodía cuando la madre que prefirió ahogar en el río a su hija antes que verla morir degollada se arrodilló junto a un arroyo y se puso a escarbar en la blanda tierra. La muchacha que había caminado junto a ella hasta entonces la ayudó a cavar. Enterraron a la niña y, con cuidado, la madre cubrió el cuerpecito con la misma tierra fértil que había extraído con las manos. Luego, con lágrimas silenciosas, ambas continuaron en pos de los demás. Las hermanaba la tragedia, el sentimiento de pérdida, los escombros en los que se habían convertido sus respectivos corazones.

Mucho tiempo después, olvidados los agravios de la guerra,

hechas jirones las banderas que se habían enarbolado y perdida la memoria de quienes combatieron, los campesinos ararían los campos de batalla. De los surcos abiertos brotarían huesos de soldados y caballos que serían molidos y vendidos como abono a otros agricultores.

De las osamentas trituradas de bestias y de humanos amigos y enemigos nacerían patatas.

Capítulo 23

Roma, julio de 1644

Las finanzas de la Santa Sede estaban quebradas tras la calamitosa guerra promovida por Urbano VIII, el continuado latrocinio de la familia Barberini y el dineral invertido en las fastuosas obras de engrandecimiento de la Ciudad Eterna. Los impuestos eran tan insoportables como el calor de aquel verano, y un incesante runrún de amotinamiento se oía en todas partes.

Los Barberini, acosados por el miedo a una revolución popular, se dedicaron a rapiñar con más énfasis, convencidos de que el fin de su dinastía estaba próximo, pues la salud del anciano Papa se resentía con celeridad. Los tiempos de vacas flacas se aproximaban.

Y no estaban equivocados.

El 29 de julio falleció el Papa. Su hermano, Antonio Barberini, cardenal camarlengo, certificó su muerte y se dispuso a gobernar con mano dura la sede vacante hasta la elección del nuevo pontífice. Pero, desbordado por los acontecimientos, quedó convertido en un espantajo en manos de sus dos sobrinos, también cardenales, que sí tomaron el control de los tejemanejes en el colegio cardenalicio.

Entretanto, en Roma se desencadenó una marejada de violencia. Una violencia nacida del rencor y la liberación.

El cadáver del Papa estaba expuesto en San Pedro del

Vaticano, pero el pueblo llano, empuñando martillos y barras de hierro, se entregaba a una borrachera de odio y destrozaba las miles de abejas que, en piedra o bronce, lucían los edificios, fuentes y puentes de la ciudad. El emblema de los Barberini fue picado, lanzado al Tíber o enterrado en los estercoleros, de manera que las abejas no acabaron en la miel, sino en la mierda.

En aquel ardiente verano el cuerpo del Papa se descompuso con rapidez. La basílica apestaba, provocando vómitos entre aquellos que se atrevían a besarle los pies como postrer saludo, y también entre los guardias suizos que lo escoltaban. Los soldados se desmayaban, y el acero de las alabardas y yelmos, al chocar contra el suelo de mármol, producía un ruido de cacharrería que sobresaltaba a quienes rezaban. Los miembros de la curia encargados de las exequias, para soportar la fetidez, se cubrieron la nariz y la boca con pañuelos mojados en alcohol de romero; de tal guisa metieron el féretro de madera de ciprés en un ataúd de plomo con el nombre, escudo y años de pontificado grabados, y, antes de cerrar la caja, colocaron entre las piernas del Papa un pergamino con una enumeración de sus obras piadosas y una bolsita con oro como salvoconducto en el cielo. Acto seguido, lo enterraron en la fastuosa tumba que Bernini tenía a medio construir en lugar preferente de San Pedro del Vaticano.

Pero cada día Roma amanecía plagada de pasquines que injuriaban al difunto Papa en prosa y en verso. Era humano que los cobardes se envalentonasen tras la muerte del villano. Los poetas más lenguaraces competían por infamar a Urbano VIII y a su parentela del modo más grosero y atrevido, y en las tabernas se bebía vino mientras se leían esos versos, festejados con risotadas y eructos.

Además del vino, corría la sangre. Durante esos días carentes de orden e ignorantes de cualquier ley, se ejecutaban venganzas personales. Los criminales actuaban con impunidad, y los aristócratas y comerciantes ricos contrataban a guardaespaldas para evitar secuestros y asesinatos. Con el vicario de Cristo de cuerpo presente y recién enterrado, Roma era una Babilonia. En las casas de juego se apostaba para ver quién saldría elegido Papa, y en las de prostitución, los clientes hacían cola día y noche, con el deseo sexual exacerbado en esos peligrosos días en que la

muerte acechaba emboscada con su guadaña tras la esquina más inesperada.

En las iglesias, los sacerdotes más enviciados con el tabaco olvidaban todo decoro y mantenían encendidos los cigarros, apoyados en una esquina del altar, durante la eucaristía, para dar rápidas caladas; dejaban la cajita de rapé para esnifar tras la homilía, e incluso mascaban tabaco durante la ceremonia, haciendo ininteligibles sus latines hasta que escupían en bacinillas escondidas tras el púlpito.

Las hijas de Olimpia vivían aquel trajín a su manera: pensando en los vestidos y zapatos que estrenarían si el tío Giambattista resultaba elegido Papa. Soltaban agudos gritos de júbilo al enumerar las nuevas prendas que renovarían su guardarropa y los viajes que emprenderían para adquirir joyas y telas exóticas. Por otra parte, Camilo, tan estudioso, exclamaba que ser sobrino de un papa lo obligaría a recibir más clases de historia, pero, exultante por el porvenir, decidió celebrarlo yéndose de juerga con sus amigotes.

Olimpia, condescendiente, dejaba hacer a sus hijos.

El día que sepultaron al Papa todo eran prisas en el palacio Pamphili. Los criados recibían notas dirigidas a la señora que le enviaban sus agentes, distribuidos por todas las embajadas, informándola de lo que veían y oían en las legaciones diplomáticas en las que trabajaban como personal de servicio.

Ella, serena en el vértigo de las horas, contrastaba con su cuñado, cohibido ante los acontecimientos que se avecinaban.

–¡No estarás nervioso, Giambattista!

–No. –La firmeza de su voz fue desmentida por su mirada huidiza.

–Ha llegado nuestro momento. ¡Por fin!

Él estuvo tentado de preguntar: «¿Estás segura?», pero se contuvo. El salón, iluminado por varias arañas, resplandecía de luz. Olimpia, tras leer los breves escritos de sus espías, los amontonaba en una bandeja de plata y meditaba. Casi podía entreverse el mecanismo de su mente, funcionando veloz, urdiendo estrategias.

–Hay que multiplicar las alianzas. Hablar con el embajador español, asegurar el voto de los cardenales proespañoles y tus

partidarios, sondear a los cardenales indecisos…

–¿Y a los neutrales? –inquirió él.

–¡Oh, vamos! No existen tales. Sólo son taimados que esperan saber quién es el ganador para subirse a su carro. Ambos conocemos la realidad. No existen más que dos facciones, dos partidos –dijo, bajando paulatinamente el tono de voz, hasta terminar casi en un susurro.

«El francés y el español», pensó él, agachando la cabeza, fija la mirada en el suelo ajedrezado de la estancia. Todo se resumía en una lucha, a veces soterrada, a veces descubierta, entre las dos potencias de Europa. La monarquía de los Austrias españoles y la de los Borbones franceses. Dos naciones católicas enfrentadas, que se disputaban el dominio de los países europeos como en una larga partida de ajedrez. Una partida que no acabaría en tablas. Culminaría en jaque mate.

–Es la hora de la política. O de la guerra diplomática. Como prefieras.

–Creía que era la hora del Espíritu Santo, que habla español –respondió él.

–Atraeremos a la paloma con alpiste. Siempre te lo he dicho. El comedero está dispuesto.

–Suena prosaico.

–Suena a la verdad. Verás –sonrió, dispuesta a desvelar su plan–: según mis informaciones, en la primera votación, los partidarios de España y Francia optarán por sus respectivos candidatos, meros lacayos de sus intereses. Pero ninguno de ellos obtendrá la mayoría necesaria. –La sonrisa se amplió, con la suficiencia de quien juguetea con el futuro por conocerlo de antemano–. Entonces maniobraremos para que tú aparezcas ante los ojos de los cardenales como un hombre de consenso. Es pública tu inclinación española, pero deberás presentarte como alguien pragmático, dispuesto a no perjudicar por norma los intereses franceses.

El chisporroteo de las velas fue lo único que se oyó en la sala durante unos segundos. Cuando Giambattista se puso en pie, sus rodillas emitieron un chasquido. A sus setenta y dos años se mantenía en forma. Era una buena edad para llevar en el dedo el anillo del Pescador.

–El pontificado de la flor de lis ha terminado –Olimpia restregó el pie en las losas de mármol del suelo, como quien aplasta a una cucaracha.

Se oyó el prolongado maullido de los gatos en celo que caminaban por los tejados. Daban miedo. Parecía el llanto de niños poseídos. A ella le daban repelús esos desleales animales cuyos ojos, en la oscuridad, brillaban amenazadores.

–Nos esperan días interesantes –concluyó ella, soltando aire por la nariz.

–Me esperan días de nervios.

–Pronto, la gloria. Y cumpliremos nuestro sueño.

–Sin embargo… –comenzó él, caviloso, con la mirada gacha.

–¿Ocurre algo?

–Ojalá pudieras acompañarme en el cónclave. Me aconsejarías en cada momento. No sé cuántos días estaremos encerrados. Se me va a hacer muy cuesta arriba…

Continuaba con la mirada clavada en el suelo.

Mostraba así su necesidad excesiva de consejos, su enorme dependencia incluso para tomar decisiones de poca importancia. La estancia bajo llave en la Capilla Sixtina se le antojaba como el ingreso temporal en una lujosa mazmorra. Estar incomunicado con Olimpia lo atormentaba.

–Sería lo deseable que estuviese a tu lado, atendiéndote. Pero no creo que el camarlengo autorizase mi presencia. Y la Guardia Suiza me prohibiría la entrada –rio, irónica–. No te desanimes.

Por las ventanas abiertas entraba un aire como escapado de un horno. El calor derretía las velas de las aparatosas lámparas y de los candelabros, cuya luz hacía destellar la mirada de Olimpia y palidecer el rostro de Giambattista. La una, luminosa, y el otro, sombrío, aguardaban los días venideros acordes con sus respectivas personalidades.

–No temas ni desesperes –lo tranquilizó ella–. Mantente ojo avizor. Pronto, la Guardia Suiza te abrirá las puertas del Vaticano. Y, cuando me vea, se cuadrará a mi paso.

Capítulo 24

Roma, 28 - 29 de agosto de 1644

El médico de la Santa Sede, alarmado por el sofocante calor y en previsión de un brote epidémico, recomendó que el cónclave se celebrase en el palacio del Quirinal, situado en una colina donde los vientos limpiaban el aire de miasmas. Sin embargo, la opinión del camarlengo resultó inamovible: la elección papal debía celebrarse en el Vaticano. Así, antes de recluirse en la Capilla Sixtina, los cardenales hicieron testamento, temerosos de morir por la malaria. Y así hicieron también los que se consideraban a sí mismos papables; aquellos con aspiraciones a recibir la tiara pontificia dejaron apostados en sus respectivos palacios a escuadras de arcabuceros y mosqueteros como disuasión, pues, según una inveterada costumbre, una horda saqueaba las posesiones particulares del recién elegido Papa. Era el botín que, por derecho propio, se cobraba el populacho a expensas del nuevo pontífice.

Los carpinteros, con la boca llena de clavos, cegaban con tablas las ventanas del Vaticano para evitar cualquier comunicación con el exterior. Durante toda una mañana, los martillazos resonaron como ataúdes claveteados. Era un sonido repetitivo y lúgubre que atemorizaba a sus ancianas eminencias, ignorantes de cuánto tiempo de reclusión habrían de padecer. Los más viejos daban su experta opinión: nunca se sabía si un

cónclave sería corto o largo. La fumata blanca siempre constituía un misterio.

Llegado el trascendental momento, los cardenales, revestidos de rojo, entraron en fila de a dos en el Palacio Apostólico mientras una compañía de la Guardia Suiza les rendía honores. A pesar del calor infernal, los mármoles del pavimento irradiaban una frialdad de hielo, un contraste que reflejaba la temperatura de aquellos viejos corazones: unos, cálidos; otros, gélidos. Sus eminencias recorrieron el largo y amplio pasillo decorado con pinturas al fresco iluminadas por los rayos del sol despacio y con la cabeza gacha.

En un corredor próximo a la Capilla Sixtina se habían habilitado seis decenas de pequeñas habitaciones donde se alojarían los cardenales. Cada uno de ellos sería asistido por dos criados de su entera confianza. Algunos príncipes de la Iglesia, al comprobar el minúsculo tamaño de los cuartos y su austero mobiliario, protestaron encolerizados, alegando que aquello eran indignas celdas conventuales, pero el camarlengo, inflexible, no introdujo comodidades. Cada habitación disponía de tres camas, sillas y taburetes, una mesa, un orinal, una jofaina, libros religiosos, velas, provisión de tabaco y un cofre con la ropa imprescindible.

Una vez reunidos, el embajador de Francia visitó a los purpurados con pompa borbónica. Con el engreimiento aflorado en la cara y acompañado de un tropel de consejeros de cabellos largos y rizados, los vistosos ropajes de la legación gala tuvieron el efecto de una manada de pavos reales en los pasillos vaticanos. Caminaban con zapatos de tacón, agitaban sus capas cortas y las abundantes plumas de sus sombreros, hacían airosas reverencias y se acariciaban las barbas recortadas y puntiagudas. Como actores en plena representación teatral, expulsaban con donaire el humo de sus cigarros y, al esnifar una pulgarada de rapé, hacían visajes con la cara y luego estornudaban por el cosquilleo en la nariz.

Entretanto, el embajador, encerrado en una celda con los dos cardenales franceses, les confió que el cardenal Mazarino había enviado miles de escudos para reblandecer la voluntad de los purpurados indecisos, y a continuación les transmitió las

instrucciones del privado del monarca francés: el cardenal Sacchetti era su candidato. Él debía ser elegido Papa. Además, los conminó a sonsacar información a los cardenales rivales con una mezcla de intimidación y zalamerías, según era costumbre en la diplomacia gala.

Al marcharse, los legatarios dejaron en el aire un rastro de tabaco y agua olorosa con la que perfumaban su ropa y manos.

Entonces llegó el turno de los españoles. Las severas figuras vestidas de negro caminaban con gravedad y altanería, lucían barbas frondosas o rostros rasurados, hablaban poco y miraban a los cardenales de la facción francesa como si fuesen protestantes. El embajador, conde de Siruela, con los guantes en una mano y la otra apoyada en el espadín, componía la pose de alguien acostumbrado a ejercer la autoridad sobre civiles y militares, y, tras una leve inclinación de cabeza a modo de saludo, pasó a conversar en un aparte y en castellano con los tres cardenales españoles.

El conde les dijo que, para evitar el acceso al papado de otro nefasto adulador de Francia como fuera el último pontífice, el magnánimo Felipe IV autorizaba a pagar elevadas sumas de dinero a los cardenales para asegurar su voto, así como a donar extensas fincas en el reino de Nápoles a familiares de sus eminencias, lo que haría aún más atractiva la compra de sufragios.

–Hagan campaña en latín y paguen con oro acuñado en España –comentó con la sonrisa cínica de un avezado diplomático.

Una vez marchó el negro séquito español, los príncipes de la Iglesia y un enjambre de monseñores se congregaron en la Capilla Sixtina. Era ya medianoche. El camarlengo, consciente de la importancia del momento, irguió su corpachón y, bajo el mural del Juicio Final de Miguel Ángel, dio lectura a la oración ritual. A su término, el arzobispo que ejercía como maestro de celebraciones litúrgicas pontificias, tomó aire y gritó: «Extra omnes!», la señal indicada para que todos abandonasen la Capilla Sixtina, salvo los cardenales electores.

Cincuenta y seis purpurados, de pie y apiñados como un rebaño encarnado, contemplaron cómo la gente iba saliendo de

aquel maravilloso recinto decorado por figuras que se retorcían flotando en el cielo. Y también escucharon una bonita canción. Extrañados, intercambiaron miradas. No se trataba de un cántico religioso, sino de amor.

Fuera, un coro de niños de voces angelicales entonaba: «Por las colinas por las que pasaste nunca se marchitan las flores».

Era la melodía que tanto gustaba a Olimpia y a Giambattista de sus tiempos napolitanos. Ella, sabedora de que él debía sentirse amedrentado y muy solo, había encomendado la tarea a un coro infantil. Y los pequeños, revestidos con albas y esclavinas negras, ponían todo el sentimiento en la canción.

Era su manera de hacerle ver que siempre estaría a su lado.

Él, emocionado por el inesperado regalo y con la humedad despuntando en los ojos, se llevó la mano derecha al corazón mientras, por fuera, cerraban con pesada lentitud las puertas de la Capilla Sixtina y echaban la llave.

Todo comenzaba.

Capítulo 25

Roma, 29 - 30 de agosto de 1644

Hacía tanto calor que las musculosas efigies de Miguel Ángel parecían sudar pintura. Los criados habían vaciado los bacines a primera hora de la mañana, pero la peste a orines y heces todavía flotaba en el aire. Por eso quemaban incienso, para poder respirar. Los mosquitos se habían mostrado implacables durante la noche, y los purpurados se rascaban las picaduras hasta sangrar. El atareado médico de la Santa Sede, habilitado por el camarlengo para acceder a las habitaciones de los cardenales, pasaba consulta cada amanecer, valoraba el estado de salud de sus eminencias, administraba medicamentos, tomaba el pulso y comprobaba la ausencia o persistencia de fiebre, pues media ciudad ardía de calentura y sufría diarrea. La malaria asolaba Roma. Ya eran tres purpurados aquejados de fiebre y temblores. Mala señal. En el colegio cardenalicio había más miedo a la malaria que temor de Dios.

Sentados en sus respectivos asientos con dosel y cubiertos con las birretas, los cardenales se disponían a comenzar la primera jornada del cónclave. Tras el rezo ritual, el español Gil Carrillo de Albornoz se puso en pie y, desde su altura de torre gótica, con voz rasposa, en lugar de pronunciar un discurso conciliador o decantarse por un candidato, se limitó a señalar con el dedo al cardenal Sacchetti y a proclamar que el rey de

España lo vetaba como hipotético Papa.

El cónclave comenzaba con pólvora y balas.

Aquella descalificación resquebrajaba las aspiraciones del partido francés de sentar en la silla de Pedro a su hombre predilecto. Sacchetti, cuya familia florentina era aliada comercial de los Barberini, apretó la mandíbula. Los puños se le cerraron sobre los reposabrazos de su sitial. No esperaba un arcabuzazo tan tempranero, tan a bocajarro. Pensó en la vergüenza que acarrearía a su familia, pues le había llegado noticia de que su imprudente hermano, justo antes de comenzar el cónclave, había abierto la bodega de su palacio para invitar a todo el mundo a beber «a la salud del papa Sacchetti». Con el gesto descompuesto y el alma rebozada de rencor, mantuvo un espeso silencio el resto del día.

Se enzarzaron en discusiones, y hubo conatos de diálogo poco elocuentes para intentar consensuar un candidato, pero nada fructificó. Las discusiones no eran teológicas, sino mundanas. La primera votación demostró una profunda división: Sacchetti recibió doce votos y Francesco Cennini, veinticinco. El resto se desperdigó entre diferentes nombres. La parte francesa quedó desolada, y la española, esperanzada. Sin embargo, aquello no era sino una medición de fuerzas del adversario, un tanteo.

Cennini era el obediente candidato proespañol que debía ser sacrificado en primera instancia, antes de buscar los sufragios suficientes para alguien de consenso. La elección requería una mayoría de dos tercios. Demasiados votos. Las negociaciones iban a ser complicadas. Pero todos eran conscientes de que no podían prolongarse en exceso: la malaria avanzaba en Roma, y el hacinamiento al que estaban sometidos, según el atribulado médico, favorecía la expansión de la enfermedad.

Aun así, el enconado desacuerdo de los cardenales no facilitaba las cosas, y durante las horas siguientes discutieron a la manera italiana: voceando y gesticulando mucho con las manos, semejando más vendedores de hortalizas que guardianes de la fe. No pocos cardenales, al tomar la palabra, hacían gala de una erudición charlatana. Y, durante el almuerzo y la cena, ni siquiera los movió al acuerdo el hecho de compartir el vino y el pan,

como Cristo en la Última Cena. Si acaso, hacían cuentas y cábalas; contaban en imaginarios ábacos el dinero que se embolsarían, las prebendas que obtendrían y las feraces tierras que recibirían si apoyaban al candidato vencedor.

Sin embargo, uno de ellos, amargado pero lúcido, aguardaba sumido en un impenetrable silencio. Se trataba del camarlengo. Sus dos sobrinos, sin dejar de lucir una sonrisa presuntuosa, se comportaban con la fatuidad de quienes aún se creían dueños de todo, sin darse cuenta de que las campanadas de la historia de los Barberini no repicaban a gloria, sino que doblaban a muerto. Los dos hermanos pedían el voto para su candidato con desfachatez y soberbia, sin atender a un mínimo de cortesía, lo que enfriaba a los tibios, que podrían decantar la elección con sus votos. Y, postergado por sus sobrinos, rumiaba una venganza.

De ese modo, mientras los romanos bebían en las tabernas y apostaban quién saldría elegido Papa, el camarlengo Antonio Camilo Barberini, hermano del difunto pontífice, comenzó a fraguar la idea de que el candidato idóneo era Giambattista Pamphili.

Así se guisaban las *vendettas*.

Capítulo 26

Roma, 1 - 10 de septiembre de 1644

Cada mañana, el piquete de la Guardia Suiza que custodiaba la puerta de la Capilla Sixtina registraba los cestos de ropa limpia –planchada y olorosa a lavanda– que transportaba la servidumbre de los cardenales. Tenían orden de requisar cualquier comunicación escrita que tratase de ser introducida en el cónclave, y por eso comprobaban que entre los pliegues de la ropa interior, las camisas, roquetes y sotanas escarlatas no se escondiese ningún papel manuscrito. Asimismo, debían revisar la comida que cocinaban para sus eminencias, si bien lo hacían con celo en algunos casos, en otros se limitaban a echar un reglamentario vistazo a las viandas servidas en bandeja.

Había noches que, desvelados por el calor, muchos cardenales no paraban de dar vueltas en la cama, empapados en sudor, y, bien temprano, para acabar con aquel suplicio insomne, asistían a las sesiones de la Capilla Sixtina con los ojos enrojecidos por la falta de sueño. No pocos dormitaban en sus escaños con la mano puesta en los ojos, fingiendo cavilar. Durante las acaloradas discusiones, hasta las palabras se deshidrataban.

De la chimenea del tejado de la Capilla Sixtina brotaba humo negro tras cada votación. En la estufa se quemaban los votos con paja húmeda. No había Papa. Los purpurados, revestidos con solemnidad, se enjugaban el sudor de la cara y el cogote con

aromáticos pañuelos, mojados en agua con espliego. Transpiraban a chorros. Al encarnizamiento del calor sumaban el acaloramiento de las violentas discusiones en las que, perdido por momentos el respeto, vociferaban como verduleros del Campo dei Fiori. Sin embargo, al término de cada tempestuosa sesión, recomponían la compostura y se daban la paz a la manera eclesiástica: abrazándose sin acercarse mucho y besando el aire próximo a una y otra mejilla. Insuperables en la rápida transición de la tormenta a la calma.

Al anochecer, encendían velas y candiles de aceite en sus pequeños y espartanos aposentos, y, con el pretexto de echar un cigarro, se reunían, animosos. Los que no fumaban cedían su provisión de tabaco a los fumadores, lo que distendía un ambiente que, en ese instante, tan sólo enrarecía el humo.

En esos momentos, los cardenales giraban hacia la izquierda las manecillas del reloj de sus pensamientos para evocar sus años de mocedad. Coincidían en que todo tiempo pasado fue mejor, soltaban largas parrafadas en voz alta –como si hablasen en mayúsculas–, para poder ser escuchados por los duros de oído, y relajados y dejando abierto el portillo de sus corazones clamaban por encontrar un candidato de consenso. Al hilo de esas tertulias nocturnas, el camarlengo aprovechaba para ir anudando voluntades en torno a la figura de Giambattista, mientras sus dos sobrinos, reconcomidos de rencor, desesperaban.

Del viejo Pamphili, lo que para algunos eran vicios, para otros suponían virtudes. Decían que era reservado, poco sociable e indiferente a los placeres de la vida, incluso alegaban su escasa apostura. Sin embargo, aquel catálogo de supuestas carencias morales y físicas se fue transformando en un compendio de excelencias, pues todos coincidían en su gran espiritualidad y capacidad de trabajo. No obstante, algunos, en corrillo, daban por ciertos los rumores acerca de la escandalosa relación carnal con su cuñada, lo que, en todo caso, fue calificado por los más indulgentes como un pecado venial y como mera superchería por otros, entre los que se encontraban unos cuantos que, justo antes del cónclave, recibieron un generoso estipendio por parte de Olimpia.

Giambattista, en los primeros días tan retraído y desconfiado

como de costumbre, poco a poco fue mostrándose menos reacio a participar en las improvisadas tertulias al amor del tabaco –que detestaba–, y daba la sensación de volverse más seguro de sí mismo. Incluso se atrevía a dejar entrever que, si bien sus inclinaciones eran hispánicas, no se consideraba enemigo de Francia. Agradaba a unos y no desagradaba al resto. Actuaba con inteligencia y tacto.

Todo ello tenía una lógica. No había misterio.

Olimpia estaba al tanto de la creciente suma de voluntades en torno a su cuñado. Ella conocía con exactitud lo que sucedía en el cónclave. Había sobornado a los guardias suizos, y éstos, cuando los criados entraban en la Capilla Sixtina con la comida o retiraban las sobras, no descuartizaban el pollo asado que escondía las notas escritas que ella y su cuñado redactaban a diario. Ése era su secreto.

Dos días antes, al cantar el gallo, ella se había levantado con sigilo para soltar una paloma blanca en el salón más grande de su palacio. El pájaro, incapaz de salir por las ventanas cerradas, revoloteó por la estancia hasta que los lacayos, alarmados por los constantes ruidos y el tintineo de las arañas de cristal, abrieron los postigos, y luego se encargaron de difundir por la ciudad el suceso, interpretado como una premonitoria visita del Espíritu Santo a casa del cardenal Pamphili.

Sin embargo, Olimpia estaba preocupada.

Tanto sus informantes en la embajada francesa como los miembros de otras legaciones diplomáticas le advertían de que el cardenal Mazarino, enterado de la ventajosa posición de un candidato proespañol, barajaba ejercer el *ius exclusivae*, el veto oficial de Francia hacia un cardenal. La recepción en la Santa Sede de dicho documento invalidaría las posibilidades de Giambattista.

«Quizá», pensó por un momento, «la carta firmada por Mazarino ya viaja hacia Roma». Recibirla en el Vaticano malograría sus sueños.

A pesar del calor de fragua de finales de aquel verano, ella sentía ramalazos de frío, una especie de anticipo del invierno en que podría convertirse su vida si los planes se frustraban.

Por primera vez en muchos años, Olimpia temía al fracaso.

Capítulo 27

Roma, 15 de septiembre de 1644

Antes del alba, Olimpia despertó a voces a toda la servidumbre. Debían trasladar la vajilla, la cubertería, los cuadros, los tapices y los muebles a uno de los edificios contiguos al palacio, adquirido de forma previsora una semana antes. A Trottolino, el copero, lo instó a buscar a unos albañiles para que tapiasen la entrada a la bodega, donde se almacenaban centenares de botellas de los mejores vinos de Italia. Acto seguido, encomendó a varios criados que, una vez finalizada la apresurada mudanza, cogiesen del armero escopetas, pólvora y munición para custodiar sus ricas posesiones. Les prometió una generosa recompensa. El día, anunció, sería largo y pródigo en emociones.

La ciudad se desperezaba.

Los cardenales, tras sus abluciones matutinas, fueron ayudados a vestirse por sus criados. Rezaron por el alma de su compañero Guido Bentivoglio, fallecido de malaria días atrás, y desearon una mejoría a los dos purpurados que, consumidos de fiebre y debilitados por la diarrea, se veían incapaces de abandonar el lecho.

Ya en la Capilla Sixtina, sintiéndose observados por el Cristo de Miguel Ángel, sentados en sus escaños de madera, escucharon el breve y razonado discurso del camarlengo, que, con palabras conciliatorias y tono humilde, invocaba la iluminación del

Espíritu Santo para la decisiva votación que iba a tener lugar. No hubo más intervenciones. Todo se había dicho ya. Y pactado. Provistos cada cual de papel y pluma, escribieron el nombre de su candidato y doblaron el papel.

El cardenal diácono los llamó uno a uno. Y uno a uno se levantaron y depositaron la papeleta en una bandejita, para luego inclinarla e introducir el voto en una urna plateada, colocada sobre el altar. Mientras tanto, el purpurado que ejercía de secretario anotaba en una relación el nombre de cada votante. Finalizada la ronda, se contaron las papeletas; su número, cincuenta y tres, coincidía con el de cardenales presentes. Era llegado el momento del escrutinio, en que se leía en voz alta el nombre consignado en cada papeleta, y entonces ésta era cosida a la precedente con aguja e hilo de bramante. Todo despacio, sin precipitación.

Giambattista, con el corazón desbocado al escuchar reiteradamente su nombre en los primeros votos, llegado un momento, se calmó de súbito. Inspiró hondo y fijó la mirada en el techo, en la portentosa escena de la Creación: un hercúleo Dios Padre –con la barba y cabellos blancos agitados por un vendaval–, tocaba con el dedo a Adán, que en actitud indolente alargaba el índice hacia el del Señor. Durante unos largos segundos, mientras oía al secretario leer con ritmo de letanía las papeletas, pensó que Olimpia era la auténtica hacedora de su vida, la que lo había conducido por las veredas adecuadas hasta desembocar en aquel crucial instante.

El recuento del jesuita español Juan de Lugo fue concluyente: cuarenta y ocho votos. Sólo cinco habían sido para otros candidatos.

Se hizo un silencio reverencial. El cardenal diácono se acercó con pasos quedos hasta el sitial que ocupaba Giambattista Pamphili, y su voz resonó en la Capilla Sixtina como un trueno enviado por Yavé.

–Acceptasne electionem de te canonice factam in sumum pontificem?

Todas las miradas se dirigieron a él. Muchas, de contenida emoción; pocas, de odio. Tragó saliva y, con los puños cerrados para disimular un inoportuno temblor, asintió con la cabeza.

–*Quo nomine vis vocari?*

El nombre. Los últimos días había dudado entre dos. Finalmente, se decantó por el que pretendía ser un valladar ante las maledicencias que se decían sobre él y su cuñada.

–*Vocabor Innocentius* –respondió, ya sin temblor en las manos, que se miraba, reflexivo.

En un eficaz efecto escénico, tras accionar un mecanismo, los doseles de los escaños se plegaron, salvo el del nuevo pontífice, que permaneció levantado. Al unísono, los cardenales se pusieron en pie y prorrumpieron en un largo aplauso.

–No hemos elegido a un Papa. Hemos elegido a una papisa –dijo en voz baja el cardenal Alessandro Bichi a su compañero de al lado.

Ya se quemaban las papeletas de la votación en la estufa con paja seca, y de la chimenea del tejado de la Capilla Sixtina comenzaba a salir el humo de color blanco que anunciaba que había un nuevo sucesor del apóstol Pedro. ¡Había Papa!

Avistada la fumata blanca por los sorprendidos soldados apostados en el castillo de Sant Angelo, unas salvas de artillería anunciaron la buena nueva, y todas las campanas de las iglesias de Roma comenzaron a voltear sin cesar. Los alegres repiques motivaron que las gentes de la ciudad se echasen a las calles y que muchos corrieran a la plaza de San Pedro para conocer la identidad del Papa. Y cuando Inocencio X, vestido de blanco, se asomó al balcón de la basílica de San Pedro y dio la bendición, entre el pueblo llano corrió la noticia de que el cardenal Pamphili vivía en la Piazza Navona, y centenares de personas emprendieron hacia allá una atropellada carrera para disputarse las antiguas riquezas del pontífice.

En la puerta del palacio los esperaba una sonriente Olimpia.

Enloquecida por las perspectivas de un sustancioso botín, la turba de hombres y mujeres se agolpó junto a la entrada del palacio entre codazos y patadas. Pronto la multitud entró en el palacio y subió de dos en dos los grandes peldaños de la escalera principal.

Y comenzaron a oírse insultos y procacidades por las estancias adornadas con columnas de estilo dórico.

Porque los asaltantes descubrieron con sorpresa que donde

esperaban hallar riquezas sólo había pobreza. Los muebles, además de humildes, estaban viejos; la vajilla no era de porcelana o plata, sino de loza desportillada; la cubertería, de latón y madera; y las ollas, en lugar de reluciente cobre, eran de hierro oxidado. No había cuadros valiosos, armas lujosas ni tapices. En vez de lámparas de cristal veneciano y candelabros de plata abundaban las velas en palmatorias con cardenillo. En la cocina, los utensilios eran de madera, y en la despensa había viandas idénticas a las que servían en las tabernas. Hasta el vino de las frascas, según probaron bebiendo a morro, era peleón.

Previsora, Olimpia había comprado aquello en las buhonerías. En lugar de tratar de repeler el asalto del palacio a tiros, tal y como planeaban algunos cardenales para sus respectivas mansiones, ella prefirió que la muchedumbre se desahogara robando menudencias de trapería.

Inalterable, sin perder la sonrisa, no se movió de la puerta del palacio mientras los airados saqueadores se marchaban con su irrisorio cargamento. Aguantaba los insultos que proferían a sus espaldas, entre los cuales el de *puttana* era el menos ingenioso, pues adornaban las palabrotas hasta el delirio. Y rio cuando la última persona –un hombre atocinado– se fue con un orinal abollado en la cabeza a modo de yelmo.

Por la tarde, hubo misa de acción de gracias en la iglesia de Santiago de los Españoles, engalanada a propósito con tapices en las ventanas que daban a la Piazza Navona. En la multitudinaria eucaristía redoblaron los tambores y sonaron las trompetas en el momento de la consagración, y, a su término, los vivas a España restallaron bajo las bóvedas como truenos amasados con palabras.

Al anochecer, varios miles de españoles –todos ataviados con la capa distintiva de su nación–, tal y como acostumbraban a celebrar las victorias de los tercios en los campos de Europa, se reunieron festivamente en la Piazza Navona para beber y brindar a la salud de un Papa afecto. La embajada española sacó colgaduras de damasco rojo y una bandera blanca con las armas del escudo real, colocó antorchas en las ventanas y promovió un concierto de música militar con trompetas y trombones. El festejo igualó al de la toma de Amberes o la rendición de Breda,

con fuentes cuyos surtidores echaban vino sin parar y banderas ondeantes. Hubo cánticos, borracheras y fuegos de artificio, y se entonó un burlesco gorigori dedicado a Francia. El estrépito no cesó hasta bien entrada la madrugada, cansada ya la gente de cantar y darse abrazos con fuertes palmadas en la espalda, tambaleantes los hombres por el alcohol. Pero el ruido no fue lo que impidió dormir a Olimpia.

Fue la emoción.

* * *

Con cuatro días de demora llegó a la Santa Sede la carta del cardenal Mazarino donde, de manera oficial, presentaba el veto de Francia al cardenal Giambattista Pamphili. El cónclave había finalizado. Ahora, el cardenal ya no era tal. Ahora vestía la sotana blanca de los pontífices y se llamaba Inocencio X.

La misiva había llegado demasiado tarde.

Capítulo 28

Roma, otoño de 1644

El trato familiar que Olimpia dispensaba al Papa desconcertaba a la curia. En público lo llamaba Giambatista, y, en lugar de besarle con unción las sandalias rojas con las llaves cruzadas de san Pedro, lo saludaba estampándole dos besos en la cara. Por su parte, Inocencio X, tan ceremonioso, no usaba con su cuñada –como sí con todo el mundo– la fórmula del plural mayestático, sino que la tuteaba, lo cual también molestaba a una curia acostumbrada a la rigidez protocolaria.

A sus cincuenta años, la vida había respetado la blancura y perfección de los dientes de Olimpia, pero su figura se había tornado oronda, su cara había perdido lozanía y lucía una papada abacial. Ella, indiferente a su físico, seguía fiel a su vestimenta: una amplia capa negra con capucha. Los miembros de la curia, tan circunspectos en su presencia y malévolos en su ausencia –y siempre blandos de formas–, gesticulaban y simulaban remar al llamarla «Caronte», el barquero que cruzaba la laguna Estigia transportando almas en su barca.

En su primera visita para felicitar al nuevo pontífice, el personal de la Santa Sede quedó conmocionado. Quiso conocer las habitaciones privadas del Papa, y, de inmediato, dispuso cambios en el mobiliario y, además, mostró su voluntad de trasladarse a vivir a unas estancias próximas. El Papa, sumiso a

sus caprichos, aceptó todo sin rechistar, pero los religiosos, escandalizados y desesperados, apelaron a la falta de precedentes y convinieron en la inoportunidad de aquella idea. Un atribulado Inocencio X hubo de darles la razón, y Olimpia atajó, contrariada, que visitaría al santo padre cuando se le antojase. Para no alimentar las habladurías entraría por los jardines. El Papa, no rechistó.

Puntualmente, todas las tardes atravesaba los jardines vaticanos con la sensación de que eran su finca particular; comentaba con los jardineros el crecimiento de los árboles, la idoneidad de los setos y la conveniencia de plantar más rosaledas. Y, divertida, contemplaba a la bandada de faisanes y al gallo que allí vivían. Según la tradición, éste descendía del que cantó tres veces cuando san Pedro negó a Cristo. Al parecer, había sido traído de Jerusalén por los cruzados retornados tras conquistar la Ciudad Santa, y, para asegurarse su descendencia, el custodio de las reliquias se encargaba de rodearlo de las gallinas más viciosas. El canto del animal era tan potente y alegre que, al amanecer, saludaba al día como si fuese el de la Parusía, el del regreso de Cristo por segunda y definitiva vez.

Olimpia departía a solas con el pontífice hasta la madrugada, cenaban juntos a la luz de las velas y le indicaba cómo dirigir la curia.

–Los asuntos estrictamente religiosos son de tu incumbencia, Giambattista –decía, condescendiente–. Las cosas de la Iglesia son asunto tuyo en exclusiva. Yo te ayudaré, como siempre, en la gobernación de los hombres. Nadie mejor que una mujer para conocerlos…, por mucha sotana que vistan.

Ella reflexionó un instante antes de añadir:

–Aunque careces de dotes diplomáticas y de tacto, has de hacer el esfuerzo de no ser tan intolerante con los tontos.

–¡Es que no los soporto! ¡Me sacan de quicio! –repuso, molesto por el mero hecho de pensar en que debía contemporizar con los lerdos.

–Es un defecto normal. Al ser tan inteligente, desprecias a los que no tienen tu intelecto. Pero en el mundo abundan las personas simples y necias. Al menos, no exteriorices tu desdén hacia ellas cuando te veas obligado a recibirlas. Muchos

carecerán de inteligencia, pero pueden ser muy útiles en otros aspectos. Ah, solamente, y si es posible, rehúye a los resentidos.

–¿Por qué?

–Porque el fracaso se les sube a la cabeza. Son peligrosos.

Acto seguido, Olimpia le indicó cómo distribuir a los cardenales al frente de los organismos y tribunales, no sólo en función de la categoría intelectual de cada cual, sino también de la personalidad, para contrarrestar ambiciones y premiar lealtades.

–Los que se consideren favorecidos te estarán agradecidos; y los que se sientan perjudicados, me odiarán a mí y tratarán de ganarse tu favor. Lo importante, Giambattista, es que nunca haya camarillas contrarias a ti.

–Me comentan, Olimpia, que hay días en los que Roma amanece llena de pasquines que claman barbaridades sobre ti.

–¿Crees que no lo sé?

–Es injusto.

Ella se encogió de hombros y aparentó meditar unos segundos.

–Unos días me da igual, y otros me resulta indiferente –respondió al fin.

–También me dicen que en los *avvisi* tu nombre aparece con frecuencia. Son rumores.

–Rumores que unas veces serán infundados, y otras, fundados. Quienes los escriben tienen oídos en las cancillerías, en los negocios y aquí, en el Vaticano –sonrió, sin concederle importancia.

Los *avvisi*, los boletines escritos por redactores bien informados que permanecían en el anonimato, difundían semanalmente por Roma y por las embajadas tanto las noticias fidedignas como los chismes que circulaban entre los círculos del poder y el pueblo llano, de manera que su lectura era uno de los pasatiempos preferidos de la gente para enterarse de las interioridades, infidelidades y secretos de los grandes personajes del momento.

–Atiéndeme. Quiero comentarte algo importante –le dijo ella.

Olimpia deslizó al oído de su cuñado el nombre de Camilo. Era costumbre vaticana que los papas nombrasen cardenales a

familiares de su confianza para ayudarlos a dirigir la Iglesia. Y Camilo era su hijo. Su ojo derecho.

–Sólo tiene veintidós años –repuso el Papa.

–Edad suficiente. Muchachos de menos edad han sido hechos cardenales.

–Es inconstante.

–Es aplicado, culto y educado. Sabe tratar a la gente.

–Entre sus cargos estarían también el de comandante supremo de la flota y general de las fortalezas pontificias –comentó, en alusión a la dimensión militar del cargo.

–De pequeño jugaba con soldaditos de plomo.

–¡Oh, Olimpia, la pasión te ciega!

–Igual me pasa contigo. Y nunca te has quejado.

–Mi sobrino carece de sentido práctico de la vida –contraatacó, con un argumento que le parecía definitivo.

–Es un soñador…

–La vida no es un sueño.

–Pues la tuya, Giambattista, ha sido amasada gracias a un sueño. O a una ilusión. Llámalo como quieras. ¿Tengo que recordarte lo que te dije aquella tarde, en la Porta del Popolo? –Olimpia enarcó una ceja, retadora.

Él se acordó de los aceituneros vareando los olivos, de las coplas de amores tristes que cantaban las jornaleras de piel atezada al recoger la aceituna, del denso humo de las chimeneas de las almazaras que llenaban de olor a aceite el aire del otoño. Y del minucioso plan que ella le desveló ante su incredulidad inicial.

–Cómo quieres que se me olvide… –respondió, apurando el vino de la copa de cristal de Murano–. Si nuestra historia hubiese sucedido en un pasado remoto debería haber figurado en el Antiguo Testamento. En los libros proféticos.

* * *

Camilo fue nombrado cardenal nepote. Atractivo, de risa franca y con don de gentes, le sentaba bien el capelo, en contraste absoluto con su tío, reverso de dichas cualidades. Instruido por

su madre, el joven se encargaba de recabar las cartas y documentos remitidos por las embajadas y reyes, y actuaba como un valido en la toma de decisiones. Aunque, en realidad, se limitaba a obedecer a su madre. Su rango comportaba los ingresos derivados de ser gobernador de los Estados Pontificios, de Aviñón, del condado Venesino y del priorato de Capua. Y, una vez comenzó a recibir tan elevadas rentas, su ensoñadora mente empezó a diseñar la residencia y los jardines en donde aspiraba vivir.

Olimpia convenció a su cuñado para ser quien ella administrase las finanzas vaticanas. Expuso, con frialdad profesional, la urgencia de recortar gastos superfluos, revisar numerosas partidas presupuestarias, acrecentar los ingresos mediante operaciones inmobiliarias y rebajar los abusivos tributos del anterior Papa.

–Es imposible gobernar teniendo en contra a los fieles. Sobre todo, si se cometen injusticias y la gente está soliviantada. Con las cosas de comer no se juega –arguyó, contundente–. El pueblo llano está harto de pagar tantos impuestos. Un papa popular debe tener contentos a sus súbditos. Dejarles la bolsa más llena es más eficaz que amenazarlos con el filo de la espada.

Inocencio X, convencido de su fabulosa capacidad para la economía, no puso pegas y la autorizó no sólo a inspeccionar las finanzas, sino a disponer de ellas a su albedrío, pese a la nueva sorpresa y elevadas quejas de la curia.

–Manejar tal volumen de ingresos y gastos debe ser remunerado. Trabajo gratis para ti, para Giambattista Pamphili. No para la Iglesia de Inocencio X.

–Tendrás un sueldo acorde con la envergadura del empleo.

–Considéralo gastos de representación –matizó ella.

–De acuerdo.

–También me encargaré de tu ropa.

A partir de entonces, la vestimenta del Papa fue lavada y planchada en el palacio de la Piazza Navona. Las lavanderas dejaban la ropa impecable; como detalle entrañable, la espurreaban con agua bendita antes de pasarle la plancha caliente y, al doblarla, introducían hojas de laurel entre los pliegues. Tan primoroso servicio de lavandería lo pagaba el Vaticano.

En las postrimerías del otoño, Olimpia convenció al Papa de la necesidad de investigar el oscuro patrimonio de los sobrinos del fallecido Urbano VIII, y también de encausarlos penalmente.

–Quiero olvidar el pasado. Otorgarles el perdón.

–Esas dos sanguijuelas confundirán tu magnanimidad con debilidad. Deben rendir cuentas.

–El cardenal Mazarino los protegerá.

–Pues que vivan exiliados en Francia. Añorar Italia será otro castigo ejemplar para ellos.

–¿Estás convencida de que es lo mejor?

–Sí. Ten en cuenta que, a veces, el pasado se toma la revancha y vuelve.

Desde la fumata blanca Olimpia se había habituado a recibir en su palacio a embajadores, aristócratas y mercaderes. Le hacían visitas de cortesía, le regalaban objetos valiosos, intentaban caerle en gracia y le formulaban peticiones dirigidas en realidad al Papa, a sabiendas de que ella era el mejor atajo para llegar a él. En la Piazza Navona, los coches de caballos de quienes esperaban turno para una audiencia con Olimpia se amontonaban, y los cocheros y lacayos fumaban en corrillo y compartían maledicencias sobre sus respectivos señores. Cada semana, el chambelán de Olimpia ordenaba la lista de influyentes personas ansiosas de reunirse unos minutos a solas con ella. Toda Roma era consciente de su poder. Y los más ingeniosos lo expresaban mediante un juego de palabras: no se sabía si era la sombra del Papa o la papisa en la sombra.

* * *

Era un frío anochecer de diciembre. Los candelabros encendidos arrojaban puñados de luz amarilla sobre los lomos de los centenares de volúmenes alineados en los anaqueles. Estaban encuadernados en piel de becerro, y la estancia olía a papel y a cera, un auténtico perfume para un Inocencio X feliz entre legajos y libros. Presidía su mesa de trabajo de nogal y caoba una escribanía de plata maciza con figuras de angelotes zurdos que escribían cartas a la Santísima Trinidad.

–Los tiempos de guerra han terminado –manifestó el Papa, aliviado.

–Demasiado dinero gastado en pólvora –respondió Olimpia.

–Demasiada sangre vertida en vano. Mi papado será pacífico.

–Me parece bien. Siempre que no confundas la paz con la blandura y la cobardía.

Él pareció no acusar la advertencia y se replegó en un silencio que se prolongó durante largos segundos. Al contrario que su antecesor, nunca había sido un hombre intrépido que soñase con glorias militares, sino un estudioso que deseaba seguir viviendo en una burbuja de tranquilidad rodeado de libros y papeles.

–Por fin podemos realizar nuestro sueño de embellecer Roma. Los que no nacimos tocados por el don de la hermosura demostraremos que sabemos crearla –dijo ella, convencida.

–¿Has pensado por dónde empezar?

–Por supuesto. No habrá que irse lejos de nuestra casa. Es más, será… –Dejó la boca entreabierta, sin terminar la frase.

–¿La Piazza Navona?

–Tú lo has dicho. Se convertirá en la plaza más bonita de Roma. Empezarás prohibiendo el mercado de verduras.

–Lo que tú digas.

–Será una plaza única…

Tras dejarse arrastrar gustosamente por sus planes de reforma urbana, observó por unos instantes la oscilante luz de las velas, antes de soltar aquello que tenía largamente meditado:

–¿Te acuerdas de la historia del capellán al que acusé de intentar abusar de mí en el convento?

–Recuerdo que me contaste que dio con sus huesos en una cárcel del Santo Oficio.

–Me inventé esa historia.

–Pobre hombre.

Ella se encogió de hombros e hizo un mohín con los labios.

–Querría compensarlo.

–¿Una indemnización?

–Nada de dinero.

–¿Una carta de disculpa?

–Una diócesis.

Inocencio X la miró sin atreverse a pestañear. Incapaz de

contrariarla por miedo a ganarse su desaprobación, inspiró hondo.

–Me enteraré en dónde reside actualmente para notificarle que va a ser obispo.

Así transcurrían los días entre ambos, construyendo un futuro a la medida de sus sueños y ajustando cuentas con los enemigos declarados. Y, entretanto, los jóvenes sacerdotes y criados encargados de atender al Papa, debidamente aleccionados por influyentes cargos de la curia, espiaban por el ojo de la cerradura y pegaban la oreja en las puertas cerradas tras las que compartían tantísimo tiempo el pontífice y su cuñada, intentando, sin éxito ver o escuchar relaciones pecaminosas.

En cualquier caso, todos juzgaban intolerable que las faldas mandasen más que las sotanas.

Capítulo 29

Roma, primavera de 1645

Las campanas de las iglesias dieron la hora del ángelus.

–No se mueva vuesa merced.

La prostituta, a horcajadas sobre un cliente, dejó de trotar, se santiguó y comenzó a rezar mentalmente, con los ojos cerrados: «Angelus Domini nuntiavit Mariae».

El hombre, con el miembro embravecido dentro del hermoso cuerpo de la mujer, permaneció quieto, con la respiración acelerada, contemplando los abundantes y firmes pechos que instantes antes acariciaba y besaba.

«Fiat mihi secundum verbum tuum», continuaba ella. El cabello lacio le caía suelto sobre los hombros y entrelazaba las manos devotamente. El hombre, lejos de notar aflojamiento viril, mantenía la ardiente dureza, deseando que aquella hermosura continuase cabalgándolo como una amazona. Y, como no era la primera vez que, al mediodía, una de las mozas de Casa Fidela interrumpía el acto sexual para rezar el ángelus, dejó que ella, en actitud de recogimiento, terminase de orar.

Al poco, la mujer se persignó y se besó el pulgar ruidosamente. Luego, abrió los ojos de color avellana, colocó con dulzura las manos de él sobre sus pezones y, con el eco de las campanas disipado, dijo:

–¡Arre! Ya puede continuar vuesa merced hasta que le venga

el gusto.

Y retomó su movimiento de vaivén, primero lento y luego más rápido. Con profesionalidad.

Al instante, del resto de habitaciones volvieron a sonar como música de fondo los jadeos sofocados y el ruido de unas camas que parecían descuajaringarse a base de embestidas.

Casa Fidela era un reputado prostíbulo especializado en clientela relacionada con el mundillo eclesiástico. Solían frecuentarlo los dirigentes de cofradías tras celebrar cabildos y juntas de gobierno y gobernadores de patronatos, atraídos por un surtido repertorio de lozanas andaluzas de delicado trato, deslenguadas napolitanas de belleza salvaje y venecianas expertas en disfrazarse para los más caprichosos. Todas ellas eran seleccionadas y acogidas por Fidela Magdaleno en función de su guapura y buena disposición para acatar las estrictas normas de religiosidad del burdel. En aquel local estaba prohibida la blasfemia, se cerraba de Jueves Santo hasta Pascua de Resurrección, no se toleraba el pecado nefando, se interrumpían los coitos durante el ángelus, y las pupilas, al entrar a trabajar en tan respetuosa casa, además de recibir adecuada alimentación y vestido, eran sometidas a periódicas revisiones médicas y sermoneadas sobre la distinción de los clientes.

Aquel establecimiento no tenía nada que ver con los prostíbulos de medio pelo, esos cuchitriles que usaban jergones de paja sucia, sábanas desconocedoras del jabón y sillas para los clientes que no podían permitirse pagar un miserable lecho, pues en ellas se mantenían rápidos encuentros sexuales, sentadas las mujeres sobre los hombres y elogiando a gritos su virilidad, incitándolos a derramarse dentro de ellas para terminar cuanto antes.

Aquella mañana abrileña, un lujoso carruaje se detuvo delante de Casa Fidela, en el barrio de Pozzo Bianco. El diligente cochero se apresuró a abrir la portezuela y quien viajaba en él, tras descender, observó que sobre la portada adintelada de la mancebía, además de un escudo heráldico en piedra, lucía un azulejo con el escudo de Felipe IV. Aquello garantizaba inmunidad diplomática. Se trataba de uno de tantos negocios regentados por españoles sometidos a la exclusiva jurisdicción de

la embajada de su país. Eran los privilegios de la nación más poderosa del orbe. Quizá no por mucho tiempo. Pero aún lo era.

Cuando entró en la casa, el vigilante se acercó, sorprendido pero sin descomponer su natural seriedad.

–¿Deseáis algo?

–Ver a Fidela.

El hombre, que mostraba una vieja cicatriz de guerra en la mejilla, asintió y fue a buscar a la patrona. De inmediato, salió la mujer al zaguán. Extrañada de recibir tal visita, inclinó respetuosamente la cabeza.

–Bienvenida a mi humilde casa. Es un honor.

–¿Me conoces? –preguntó retóricamente.

–Toda Roma conoce a donna Olimpia.

Fidela era una mujer mayor, sobrada de carnes y muy maquillada –herencia de su antiguo oficio y para disimular los estragos de la edad–, que hablaba un italiano sin pronunciar las eses por contaminación de su acento español sureño.

–He venido a buscar algo especial.

El vigilante, un antiguo soldado de los tercios, retirado tras la batalla de Honnecourt, de estatura baja y fuerza de herrero, se apartó con disimulo a una esquina en penumbra, junto a una maceta de aspidistra. Sabía cuándo no debía importunar. Conocía los códigos del oficio.

Fidela se permitió componer una leve sonrisa e hizo pasar a Olimpia. La habitación, decorada con cierto empaque, mostraba en las paredes un Santo Rostro pintado sobre cordobán y una tabla al óleo en la que la Virgen, sentada en un trono y con el Niño en brazos, pisoteaba a un dragón que reptaba por encima de una muralla. Parecía más la antesala de una casa solariega o de un obispado que la habitación de un burdel.

–Aquí no nos molestará nadie –aseguró la dueña–. Ante todo, dejad que os diga que, aunque sólo acostumbramos a recibir a hombres, con vuesa merced haríamos gustosas una excepción. ¿Qué os placería? –preguntó, achinando los ojos.

Olimpia rio abiertamente. Fidela permaneció sumida en un prudente silencio.

–Te has confundido. No he venido a buscar compañía femenina.

–¡Perdonadme, donna Olimpia! No quería ofenderos… –se excusó.

–Y no lo has hecho. Verás, déjame que te cuente algo.

Le explicó que en San Martino al Cimino, una pequeña localidad situada muy cerca de su Viterbo natal, había ordenado la edificación de cuatrocientas casas para alojar a unas ochocientas antiguas prostitutas. Se trataba de construcciones sencillas, pero dignas, situadas a resguardo de los vientos, donde vivirían mujeres ya desahuciadas por la edad o la enfermedad para ejercer la prostitución o muchachas obligadas a ella por pura necesidad tras una infancia de marginación. Una cincuentena de mujeres se encargaría de alfabetizarlas y de enseñarles un oficio que les otorgara una segunda oportunidad. Había decidido implantar en aquella comunidad femenina el mismo plan de estudios que Giovanni Cózar, el culto jesuita de buen corazón, diseñara para el hospicio de *bambinas*. Aquellas que un día hicieron la calle o se prostituyeron en sórdidos burdeles aprenderían a leer y escribir, música y una ocupación. Y, si llegado el momento alguna decidiera casarse, recibiría una dote para hacerlo con dignidad.

Fidela, que la escuchaba con atención, arrugó la nariz. Se olía algo.

–¿Pensáis predicar entre mis pupilas para que me abandonen? –preguntó, escamada.

–En absoluto. He venido porque he recibido buenos informes sobre esta casa y quiero que me aconsejes.

–¿Aconsejaros? ¿A vos? –Su cara maquillada mostró tal sorpresa que, por un momento, pareció la de un polichinela–. ¿En qué?

–En recomendarme una mujer joven, lista y dispuesta a dirigir ese pueblo de mujeres que me propongo fundar. Te indemnizaría por desprenderte de ella, por supuesto. Pero también he venido a proponerte un negocio…

Un doble silencio las rodeó. Expectante para una, valorativo para la otra.

–Vos diréis.

–El escudo de las armas del rey de España te proporciona seguridad. ¿No es así?

–Como a todos los españoles en Italia –respondió la dueña, alzando la barbilla, con un punto de legítimo orgullo.

Los italianos tachaban a los españoles de fanfarrones y los criticaban a sus espaldas, pues en el fondo los envidiaban; pero, como también los temían, los adulaban hasta el sonrojo y respetaban escrupulosamente los lugares donde campeaban las armas del Rey Planeta.

–Mantendrás dicho escudo. Y, además, te ofrezco pintar el mío en tu puerta y en el carruaje donde trasladas a tus pupilas a los domicilios de tu clientela. Mi escudo será una especie de bula que os garantice ejercer vuestro oficio con seguridad. Estaréis bajo mi protección. Un ataque contra vosotras será perseguido por las tropas pontificias. Los ladrones y criminales serán castigados con dureza. Nadie os molestará. A cambio, recibiré un pequeño porcentaje mensual de tus ingresos.

Fidela, a pesar de su experiencia con hombres de toda calaña y de haber presenciado muchas extrañezas a lo largo de su larga carrera, nunca había tratado con alguien de ideas tan originales y con un sentido tan práctico de la vida. Miró con fijeza a Olimpia, y al fin asintió con la cabeza.

–De acuerdo. Me parece beneficioso para ambas.

–Es un trato ventajoso para ti. Lo sabes bien. –Olimpia sonrió–. Por otra parte, recibirás un suministro de leña para caldear las habitaciones. No lo hago para que el frío no encoja el ánimo de los clientes –dobló con lentitud hacia abajo el dedo índice, en un gesto cómico–, sino para que tus putas no enfermen en invierno al desvestirse.

–Sois una experta negocianta.

–Soy una mujer acostumbrada a sobrevivir.

–En eso, señora mía, no me gana nadie.

De lejos, procedentes de alguna habitación, se escucharon de pronto unos marcados jadeos femeninos y una imperiosa voz masculina que culminó en un estertor de satisfacción. La misma función teatral desde tiempos inmemoriales.

–¿Me permitís preguntaros algo, donna Olimpia?

–Sí.

–¿Por qué hacéis tal cosa?

–Para torcer el destino de mujeres condenadas, por el hecho

de nacer pobres, a ser putas o monjas. Así no estarán obligadas a ser montadas como yeguas ni al cautiverio en un convento, donde las monjas ejercen de carceleras de reclusas en lugar de compañeras de mujeres entregadas a Dios.

Fidela sonrió mostrando sus dientes disparejos y amarillentos.

–Creo que vamos a entendernos, donna Olimpia. Ahora, permitidme que llame a la mujer que andáis buscando para vuestra buena obra. Está conmigo desde hace cuatro años.

Capítulo 30

Roma, verano - otoño de 1645

España imponía la moda. Los hombres adinerados vestían de negro de la cabeza a los pies, encargaban la ropa en las sastrerías españolas de Roma o, los más sofisticados, viajaban a Nápoles para que les tomasen medidas, pues se desvivían por vestir con el negro intenso y duradero que únicamente proporcionaba el palo de Campeche, un árbol del Nuevo Mundo utilizado como colorante cuyo monopolio comercial poseía la monarquía hispánica. Muchos italianos pensaron que la elección de Inocencio X era un síntoma del reverdecer de una monarquía hispánica sumida en el canto del cisne, y por eso no sólo vestían de negro, parlaban en español y veían obras de teatro de Lope de Vega, sino que aquellos veletas que antes amaban a Francia retiraron de los balcones de sus palacios las colgaduras de la flor de lis como quien recogía la colada.

En el Vaticano disponían de unos buzones, pintados de negro, para recibir peticiones de bulas de todo el orbe católico. Miles de solicitudes, redactadas con alambicada prosa jurídica y letra de escribano, llegaban a Roma a través de los caminos europeos y los mares del mundo para solicitar dispensas de matrimonio, prebendas, erección de capillas, acceso al clero de hijos ilegítimos y otros beneficios necesitados de sortear los vericuetos del Derecho Canónico. El dinero y las adecuadas

relaciones dentro de la Santa Sede engrasaban la maquinaria de concesión de dispensas. Con tal motivo, existía una red de curiales, es decir, agentes oficiales, banqueros, testaferros y especuladores que facilitaban la obtención de bulas valiéndose de artimañas y contactos en la curia. Era un enorme negocio y muy bien organizado. Y Olimpia decidió intervenir en él.

En cuanto se enteró de las ingentes sumas que generaban las dispensas papales, obtuvo permiso del pontífice –concedido sin rechistar– para controlar la Datería Apostólica Romana y fiscalizar sus cuentas. Exigió quedarse con un tanto por ciento de las operaciones económicas, algo que escandalizó a los hombres de Iglesia y alegró a los hombres de negocios; porque, si los primeros recelaron de su voracidad monetaria, los segundos vieron una inmejorable oportunidad de acelerar la concesión de bulas negociando directamente con una persona tan pragmática, sin importarles que fuese mujer.

–La Datería es una oficina atestada de documentos polvorientos. ¿Tanto te gusta el olor del papel? –le preguntó Inocencio X sin candidez alguna.

–No voy allí por el olor, sino por el sonido.

–¿El ruido de los cartapacios cayendo al suelo? –rio con juguetona malicia.

–El tintineo de las monedas al rebotar en el mármol.

–Hay rumores de que te estás enriqueciendo con las bulas –constató el Papa.

Las uvas estaban en sazón. Durante el verano, eran seleccionadas de los mejores emparrados para abastecer las mesas del Vaticano, donde se sentaban los paladares más exquisitos. Ella escogió una uva blanca de un racimo depositado en una bandeja de plata, saboreó su dulzor, se sacó las pepitas de la boca y se encogió de hombros.

–Ya sabes que las habladurías me resultan indiferentes. Las motiva el odio.

Olimpia, al tanto del creciente recelo que despertaba entre la curia, ya sabía que los criados espiaban por el ojo de la cerradura para tratar de descubrir encuentros concupiscentes entre ella y el Papa.

–¿No será acaso la envidia?

–¿Por no continuar llenándose la bolsa quienes han dejado de manejar el negocio, quienes han sido apartados de la gallina de los huevos de oro? No –respondió ella, tajante–. Es el odio. No soportan que una mujer disponga de los asuntos hasta ahora reservados a los hombres. Además, ese dinero no es para mí.

El Papa, sorprendido por la revelación, se llevó la mano a la barbilla, pensativo, y aguardó en silencio la explicación.

–Es para financiar el pueblo exclusivo para mujeres que he levantado en San Martino al Cimino. Con ese dinero costeo su mantenimiento, la canalización de agua corriente, el dispensario médico, la vestimenta, las maestras, las dotes para los futuros casamientos, los instrumentos musicales…

–¿Instrumentos musicales? –Elevó las cejas en señal de perplejidad.

–De cuerda y de viento. Construidos en el taller que hay a espaldas de nuestro palacio. Son de primera calidad.

Las manos y bocas de mujeres que, en un tiempo, por obligación, se empleaban para recorrer la sudada anatomía masculina, ahora acariciaban las maderas de las mandolinas y chupaban las lengüetas de los oboes para tocar canciones.

–Además, he encargado a un comerciante veneciano que traiga algunos árboles del monte de los Olivos de Jerusalén.

–¿De Getsemaní? ¿Para qué?

–Para hacer con ellos los instrumentos. Por la procedencia de esa madera, la música sonará a gloria –explicó, satisfecha con su idea.

–Te veo entusiasmada con San Martino al Cimino.

–Así es, Giambattista. –Sus ojos refulgieron, encendidos de ilusión.

Se había encariñado con aquella localidad próxima a Viterbo de paisajes muy parecidos a los de su infancia: fértiles huertas regadas por laberintos acuáticos de acequias, olivares y campos de cerezos, que en primavera estallaban en una aromática floración y en verano daban frutos dulcísimos.

Al frente de las casas que albergaban a las mujeres se hallaba Doretta. Había aceptado de inmediato dejar la prostitución en Casa Fidela para dirigir aquella especie de colonia femenina. Y Olimpia se sentía más que satisfecha con la elección. Doretta

estaba dotada de una inteligencia natural y de una capacidad organizativa idóneas para comprender a la gente y solventar problemas. Se encargaba de alojar a las mujeres que, castigadas por la enfermedad y los estragos del oficio, recelaban de todo el mundo, porque, al igual que perros apaleados, sólo habían recibido vejaciones y cosechado desgracias. Y también mostraba hospitalidad hacia las jóvenes sin recursos económicos de vidas destinadas a la mendicidad, el prostíbulo o el convento. Doretta, con paciencia, conforme iban mejorando de salud merced a la alimentación, la atención médica y las buenas condiciones de la vivienda, las animaba a aprender a leer y escribir, a recibir una educación, y en ellas volvía a prender la confianza en el prójimo y la esperanza en el porvenir. Aquellas mujeres, por primera vez en sus vidas, atisbaban una promesa de felicidad.

Olimpia extendió al resto de mancebías de Roma el provechoso acuerdo al que llegó con Fidela Magdaleno: les propuso seguridad por lucir su escudo sobre las puertas de sus negocios a cambio de un porcentaje de sus ganancias. Todas aceptaron. E hizo lo mismo con las cortesanas que menudeaban en la ciudad, cuyas lujosas casas y elegantes carruajes comenzaron a mostrar la paloma con un ramito de olivo en el pico. Desde entonces, muy pocos clientes, sobrios o cargados de vino, se atrevían a atacar o a propinar palizas a las prostitutas, pues acababan siendo detenidos por los soldados pontificios, molidos a palos y tirados en un apestoso callejón, en aplicación de una resucitada Ley del Talión alentada por la todopoderosa cuñada del Papa. Olimpia, fiel a sí misma, se mantenía impertérrita ante la granizada de maledicencias que la denominaban «la *puttana* de la Piazza Navona».

Así, convertida en comisionista del comercio de bulas y del carnal, destinaba las ganancias al sostenimiento económico del pueblecito en San Martino al Cimino y del hospicio de *bambinas* en Roma. Despreciaba las críticas recibidas por «sus negocios con el puterío», y ese desdén hacia las malas lenguas las envenenaba aún más, volviéndolas bífidas, como las de las serpientes.

A mediados de agosto, Olimpia viajó hasta San Martino para ver lo que había edificado con sus propios ojos. Quedó muy

satisfecha, y, en su honor, hubo un breve concierto de canciones populares interpretadas con instrumentos de laúdes y flautas.

Doretta y ella se entendían de maravilla. Se trataba de una joven muy bonita, de cuerpo menudo, ojos negros y nariz como los de las diosas pintadas en las ánforas griegas que vendían los anticuarios; era de carácter dulce pero pronta al genio si presenciaba una injusticia. Rezumaba atenciones con las antiguas prostitutas más necesitadas de cariño, supervisaba las clases que impartían las maestras y los guisos de las cocineras, y se encargaba de surtir periódicamente la enfermería de los medicamentos recomendados por el doctor Pollasanta. Nunca faltaba el mercurio, fundamental para el tratamiento de la sífilis.

En aquella localidad existía una abadía en ruinas que Olimpia restauró a cargo de su peculio, y también edificó un palacete para el verano, donde huir de un calor que en Roma llegaba a reblandecer los sesos.

Inocencio X la acompañó en agosto a San Martino al Cimino. Le agradaba más la estancia en aquel pequeño y primoroso palacio que la residencia veraniega de Castel Gandolfo erigida por Urbano VIII. Allí, mientras los grillos se hartaban de cantar por la noche, planearon el inminente embellecimiento de Roma y se relajaron del cotidiano ceremonial del Vaticano; y, sobre todo, se alejaron de los ojos y oídos de una curia persuadida de las pervertidas relaciones entre ambos y celosa de la influencia de Olimpia.

Una tarde, ella le propuso recoger cerezas. Acompañados por una escuadra de la Guardia Suiza, se acercaron a un plantío de árboles frutales. Olimpia dejó que él, presuroso, se adelantase. Al arrancar la primera cereza de un árbol, exclamó, sorprendido:

–¡Pero si está confitada! –Y se la echó a la boca, gustoso.

Olimpia rompió a reír. Le había gastado una broma. Una hora antes, algunos guardias suizos, obedeciendo sus indicaciones, habían atado con hilo en las ramas varias docenas de cerezas escarchadas. Ahora los guardias contemplaron entre sonrisas cómo el santo padre, goloso, se daba un atracón de fruta confitada mientras la brisa arrullaba las hojas de los cerezos.

Tras la inmisericordia del verano vino la clemencia del otoño, y en el tiempo de las castañas asadas, como corolario a tantos

buenos recuerdos, Inocencio X concedió a Olimpia el título de princesa de San Martino.

Ella se sintió feliz.

Capítulo 31

Roma, otoño de 1646

Cuando entraba en un lugar arrastraba jirones de sombra, retales robados a la noche. Donde antes había luz, se hacía la oscuridad, y la gente, temerosa de su carácter huraño, se apartaba a su paso. Así era Borromini.

El palacio Pamphili estaba cubierto de andamios. El repetitivo ruido de los carpinteros y albañiles se prolongaba hasta el atardecer, momento en que los trabajadores abandonaban sus quehaceres. Entonces, el silencio regresaba de puntillas para instalarse en las estancias olorosas a estuco, pintura fresca y madera.

Francesco Borromini acudía al palacio de la Piazza Navona poco antes de la atardecida. Llegaba puntual y caminaba ceñudo por las estancias sin saludar ni ser saludado, dejando a su paso una estela de cuchicheos y miedo. Todos temían sus arrebatos de furia si algo le desagradaba. Era un hombre sin amigos. Jamás los había tenido.

–La sala de audiencias será magnífica. Digna de un papa. Y de su familia –Olimpia, admirativa, sostenía entre las manos el boceto de Borromini.

–Sí –contestó, lacónico.

Tenía la robustez de un cantero y el pelo negrísimo y grasiento. Miraba con fijeza, sin parpadear; parecía examinar a su

interlocutor para adentrarse en su mente.

–El techo me parece de una audacia inigualable –continuó ella.

Él rebuscó en su cartapacio y le tendió un nuevo boceto. Se trataba de la futura biblioteca. Olimpia le miró los dedos, completamente manchados de grafito. Era el único arquitecto que dibujaba con lápiz. Los demás lo hacían primero a pluma y después, a la aguada. Era curioso que aquellas manos, bastas y fuertes, más propias de un artesano que de un arquitecto, fuesen capaces de producir aquellos preciosos dibujos. Sumido en su habitual silencio, analizó el rostro de la mujer, estudiando su reacción.

–Maravillosa biblioteca. Los libros de su santidad y los míos por fin tendrán un lugar adecuado –dijo, sin dejar de sonreír–. Sois un genio.

Bernini, la rutilante estrella del papado de Urbano VIII, había perdido brillo en beneficio de Borromini. El simpático Bernini ya no era invitado a las fiestas del palacio Pamphili, y el huraño Borromini jamás acudía a fiestas. El nuevo pontificado requería nuevos tiempos, desprenderse del legado anterior. Con Inocencio X, la luna sustituyó al sol. Ambos cuerpos celestes proyectaban una luz de naturaleza distinta, al igual que los dos arquitectos. Borromini parecía estar hecho para la noche. Incluso vestía de negro, a la española.

–Mostradme cómo será la nueva sala de banquetes y bailes.

–Contemplad, donna Olimpia.

Quedó impresionada por la fastuosidad del boceto. Con la respiración agitada por la emoción, comprobó que la ampliación del palacio superaba sus expectativas. Se mantuvo en silencio hasta encontrar las palabras adecuadas. El arquitecto, un hombre resentido con el mundo y habituado a sostener la mirada de la gente como quien se dispone a batirse en duelo, clavó sus pupilas en las de Olimpia. Aunque sus caracteres eran antagónicos, se entendían. Ella lo admiraba; él la respetaba.

–Será el palacio más hermoso de Roma. El más bello que ha existido y que existirá –dijo ella al cabo, a punto de entrar en éxtasis.

–Así es.

Era Borromini una persona huraña y atormentada, en permanente combate contra su escrupulosa conciencia, incapacitada para el agradecimiento por el rencor acumulado en su ya larga vida. Ambas personas –tan diferentes entre sí– coincidían en una misma cosa: a pesar de poseer un aspecto físico poco agraciado, eran generadores de belleza; una de ellas la diseñaba y construía, y la otra, la buscaba y materializaba gracias a su fortuna.

–Sois aún más divino que Miguel Ángel.

–No. Él es superior a todos.

Fue sincero. Reverenciaba todo lo relacionado con su obra y su persona. Incluso, secretamente, se identificaba con él. Miguel Ángel Buonarroti, al decir de quienes lo conocieron, había sido de baja estatura, carácter difícil y personalidad compleja. «Igual que yo», pensaba Borromini, aunque no se atrevía a manifestarlo en voz alta, no por pudor, sino por hosquedad.

–Pero sí sois más grande que Bernini.

–Eso sí os lo admito, donna Olimpia. –En la negrura de pozo de sus ojos se reflejó un brillo.

Existía una rivalidad sorda entre ambos. Borromini había ayudado a Bernini en los cálculos técnicos que le permitieron erigir el gigantesco baldaquino de bronce en San Pedro del Vaticano, pero éste le escamoteó públicamente el mérito y se lo atribuyó a sí mismo, lo que arrojó una carretada de leña al fuego del rencor que Borromini sentía hacia él.

–El Papa y yo esperamos mucho de vuestro arte, Francesco. Cambiaréis la faz de Roma. De hecho, ya lo estáis haciendo.

A Borromini no le nacían sonrisas en la boca al escuchar elogios, pero sí un destello en su mirada azabache. Las iglesias que él estaba construyendo florecían en la ciudad. San Carlo alle Cuattro Fontane era un prodigio de imaginación, al igual que Sant'Ivo alla Sapienza.

–Me agrada todo lo que hacéis en mi palacio. Pero, por encima de mi casa, está mi sueño –dejó caer, insinuante.

–Lo sé.

La Piazza Navona. Era innecesario aportar más detalles. El Papa había encargado al arquitecto la conducción de agua hasta allí con la finalidad de erigir una fuente en su centro. Las

dificultosas obras de ingeniería hídrica ya se habían iniciado, y a Borromini le gustaba el reto de sortear tantos obstáculos técnicos. La Piazza Navona estaba abierta en canal, como un cuerpo humano sometido a una operación quirúrgica en la que los fontaneros sustituyesen arterias por cañerías de plomo. Del fangoso subsuelo emanaban olores fétidos y multitud de ratas, que eran perseguidas y muertas a palos por grupos de muchachos dedicados en exclusiva a su caza.

–¿Habéis pensado ya en cómo será la fuente?

Era tan parco en palabras que a veces prefería sustituirlas por gestos de la cara. Así que, enarcando una ceja, extrajo una hoja del cartapacio y se la tendió. La idea se basaba en aprovechar un obelisco del Antiguo Egipto y añadir, a su alrededor, unos surtidores de agua hechos en piedra.

–Bien –dijo ella, escueta.

La había defraudado. Esperaba algo magnificente, de teatral espectacularidad, pero aquel boceto representaba algo de extrema sencillez, sin apenas ornato. Sin embargo, conocedora de la susceptibilidad de Borromini, se contuvo en manifestar su decepción.

El arquitecto, receloso, creyó haber oído un tictac y barrió con la mirada la estancia en busca de algún reloj. No había ninguno. Olimpia, previsora, cuando concertaba alguna cita con él, ordenaba retirar todos los relojes. Los aborrecía. Jamás trabajaba con alguna de esas máquinas cerca, ya fuesen de mesa o de sol labrados en piedra en las fachadas. En algún escondrijo de su mente albergaba el convencimiento de que, si se mantenía alejado de los relojes, la muerte no sabría medir bien el tiempo que le restaba de vida y podría eludir, o al menos retrasar, el día que llegase su hora.

–¿Sucede algo? –preguntó ella, alertada por el súbito retraimiento del arquitecto.

–No. Oí un crujido.

Hacía un rato que los albañiles y artesanos, tras desvanecerse la luz natural, se habían marchado. Los criados cruzaban los pasillos y estancias con candelabros para no tropezar con los sacos de yeso apilados en el suelo.

–¿Aceptaríais cenar conmigo, Francesco?

–Tengo trabajo atrasado –se excusó con su característica sequedad.

Invariable en sus costumbres, se retiraría a su casa, rezaría el rosario y, a la parva luz de una candela de aceite –para no gastar–, cenaría un chusco de pan, un tasajo de cecina, un pedazo de queso duro y un vaso de vino barato. Y, mientras masticase y diese sorbos al tinto, reproduciría en su mente agravios del pasado, afrentas reales o imaginarias. Después, intoxicado de rencor y rechinando los dientes, a solas en su cuarto, afilaría un lápiz para abocetar en papel las fachadas e interiores de las maravillosas iglesias que poblaban su imaginación, dando salida a su mundo interior a través del dibujo. Era un hombre que vivía en la intemperie de la soledad.

Cuando Borromini abandonó el palacio, el exterior se había teñido de oscuro.

Entretanto, Olimpia se dirigió a cenar en una habitación en la que aún no se habían iniciado las reformas. La mesa estaba preparada: mantelería de lino, cubiertos de plata, vajilla de porcelana y cristalería veneciana. Cenaría sola. Hacía tiempo que no lo hacía con sus hijas, las cuales, ennoblecidas por sus respectivos matrimonios, ya vivían en sus propios palacios. Y, desde hacía poco, tampoco lo hacía con su hijo. Camilo se había enamorado y había renunciado al capelo. Amaba a sus tres hijos, pero ya eran adultos y habían elegido su destino.

Las velas iluminaban la estancia. Por las ventanas abiertas entraba el aire fresco de comienzos del otoño. Trottolino le sirvió un suave vino napolitano y los mayordomos trajeron faisán trufado con compota de manzana. La comida estaba deliciosa, pero ello no le impidió que pensara en su hijo, que hasta hacía poco lucía tan guapo vestido de cardenal.

–¿Un poco más de vino, donna Olimpia?

–Sí, Trottolino.

–Espero que las obras no hayan afectado al sabor. El temblor que producen los golpes es perjudicial para las botellas. El vino, como el corazón, necesita calma –explicó, profesional.

–Está muy bueno. Además, me recuerda los tiempos de Nápoles. Y llevas razón en que los corazones necesitan calma. Aunque hay algunos que se empeñan en meterse en tormentas…

–El amor, donna Olimpia. El amor.

–La idiotez, Trottolino. La idiotez.

Bebió un sorbo y cortó un pedacito de faisán. A Camilo el candor le afloraba en la mirada.

La mujer de la que se había enamorado perdidamente, por si fuera poco, se llamaba también Olimpia. Como si el muy bribón lo hubiese hecho a propósito, pensaba ella. Olimpia Aldobrandini era guapa, cultivada y simpática. Y riquísima.

De niño, Olimpia había llevado a su hijo a visitar el Parque de los Monstruos, en las afueras de Viterbo, cuyos jardines estaban adornados con fantásticas esculturas labradas en piedra cien años atrás. Camilo quedó impresionado con las enormes cabezas de fauces abiertas que parecían querer engullir a los paseantes, y a veces tenía pesadillas. Ahora, sin embargo, al recordar aquel paraje fantástico había diseñado su reverso: un jardín repleto de rosales, jazmines y alegres esculturas de gran tamaño que pensaba construir en el palacio donde vivía junto a su amada.

De la misma manera que existían amores a primera vista, también había odios a primera vista. Y eso era lo que sintió Olimpia al conocer a la mujer con la que iba a casarse su hijo. Un odio visceral.

Terminó el plato de faisán y apuró el vino. Le acudió de repente a la cabeza el decepcionante boceto de la fuente realizado por Borromini. La Piazza Navona, *su* plaza, no se merecía algo tan soso, sino sublime.

Sonrió. Había encontrado la solución. Sabía a quién encargar la fuente. Y, sobre todo, cómo hacerlo.

Capítulo 32

Roma, abril de 1647

La luz de almíbar del mediodía se filtraba por las ventanas del palacio del Quirinal. Después de levantarse, rezar en el reclinatorio y tomar un desayuno ligero, llegaba el momento del afeitado en las habitaciones privadas de Inocencio X. Aquel ritual íntimo serenaba el ánimo del Papa. Constituía un pequeño placer cotidiano.

–¿Está bien caliente el agua, Michel Angelo?

–Tal y como le gusta a su beatitud.

El barbero personal del pontífice, para comprobar la temperatura del agua, hacía lo mismo que una madre antes de bañar a su hijo: introducía el codo en el agua. Previamente la calentaba en un escalfador de cobre puesto sobre un anafe lleno de ascuas.

–Repásame bien. Tengo una audiencia importante.

–¿Un cardenal díscolo?

–Un embajador levantisco.

–¿Eso es peor?

–Más latoso.

Michel Angelo retiró el anafe del hornillo, vertió el agua en la bacía, la colocó bajo la barbilla del Papa, introdujo la barra de jabón en el agua y enjabonó con movimientos rápidos el rostro de Inocencio X. Después, tomó la nuez reservada para dicho

menester. El Papa se la introdujo en la boca, llevándosela primero al carrillo derecho, para que abultase y corriese mejor el filo de la hoja. El barbero escogió una navaja, la afiló varias veces en el cuero, alzó los brazos en plan artista y comenzó a rasurar con precisión la cara de su santidad.

Una vez terminado el afeitado, el barbero masajeó vigorosamente la piel con un bálsamo elaborado con mondas de naranja y limón.

–¿Está por fin embarazada tu hija, Michel Angelo?

–Aún no, santidad. Habrá que rezar con más devoción.

–Y que tu yerno se aplique más.

–Eso, santidad. A Dios rogando y con el mazo dando.

Cada día mantenían conversaciones triviales que agradaban a ambos. Inocencio X se sentía cómodo con el barbero, y éste agradecía la llaneza de trato. De hecho, era con la única persona del Vaticano con la que el Papa no empleaba el plural mayestático ni cumplía un exhaustivo protocolo. Esa media hora mañanera era una de las pocas ocasiones en las que se sentía un simple hombre y no el vicario de Cristo, el soberano de la Iglesia.

–Ahora, la barba, santidad. –Con ojo perito, el barbero seleccionó entre sus aparejos una tijera adecuada.

En esos momentos, Olimpia, con andares decididos, atravesaba los jardines del Quirinal, resplandecientes en la primavera recién estrenada. Los guardias suizos, repartidos por parejas estratégicamente en las diferentes puertas que comunicaban los largos pasillos del palacio, se cuadraban al verla, abombando el pecho los soldados más corpulentos. Sin necesidad de pedir audiencia ni de que ningún secretario anunciase su presencia, Olimpia irrumpió en la habitación justo cuando Michel Angelo, enarbolando una tijera que chasqueaba en el aire, se disponía a repasar la barbita del Papa.

Se hizo un silencio cortés, como en la exposición del Santísimo. El barbero, aún con la tijera en alto, se inclinó respetuosamente al verla.

–Buenos días –dijo ella–. Esto que te traigo, Giambattista, es importante. –Le entregó unos papeles.

El pontífice hizo un gesto al barbero para que procediese con

su labor al tiempo que él comenzaba a leer los documentos. Era un compendio de las fincas rústicas y urbanas propiedad de la Santa Sede, junto con un resumen de la actualización de los alquileres y de los ingresos obtenidos tras la ventajosa venta de algunos inmuebles dispersos por los Estados Pontificios. Observó, complacido, que las cuentas no sólo estaban saneadas, sino que el Vaticano carecía de deudas.

–Te felicito. Tomé un papado en bancarrota y ahora genera beneficios.

Las arcas vaticanas estaban repletas. Ya no había colas de acreedores ante los despachos de los ecónomos, los banqueros no denegaban nuevos préstamos ni los concedían a intereses leoninos. El olfato mercantil de Olimpia había conseguido jugosas ventas de edificios y tierras, amén de cortar un desagüe de derroches. Sin embargo, ante la curia, ella era la culpable del drástico recorte de gastos extraordinarios y de representación de los que solían beneficiarse muchos eclesiásticos. Además, la acusaban de quedarse con una parte de dichas operaciones financieras, tildándola de avariciosa, ladrona y manipuladora. Aunque bien se abstenían de deslizar tales críticas en los oídos del santo padre.

–Puedes llevar a cabo el embellecimiento de Roma sin que sea gravoso para tus súbditos –adujo Olimpia, satisfecha. Y, envalentonada por su éxito, se decidió a añadir algo que llevaba madurando un tiempo–: Vienen solemnidades litúrgicas importantes, y el coro de la Capilla Sixtina ganaría en potencia si incorporase voces femeninas…

Al escuchar su comentario, si bien el tono no fue de imposición, la mano del barbero tembló cuando daba un tijeretazo a la punta de la barba. Los cardenales se escandalizarían; considerarían herética dicha propuesta. A Michel Angelo, sin embargo, le pareció novedosa.

–La tradición impone que sólo sean voces puras las que integren los coros de las iglesias –repuso el Papa.

–Las tradiciones también cambian. No son palabra de Dios.

–Solamente es admisible un coro infantil en un oficio religioso. La santa misa no es una ópera.

–Pues encarga una ópera religiosa.

–Hay decretos que prohíben la inclusión de mujeres en la música polifónica.

Entonces, Olimpia, harta del tanteo dialéctico, preguntó en actitud desafiante:

–¿Y las voces de los castrati? ¿Consideras, Giambattista, que se trata de voces puras? ¿Tanto como las de los niños?

Existía la inveterada costumbre de que un castrato, un niño al que habían extirpado los testículos antes de la adolescencia, cantase en los coros eclesiales gracias a su voz aguda, mantenida de por vida por la ausencia de glándulas masculinas. Pero a ella le desagradaba el timbre de esas voces.

–La Iglesia prefiere la voz de un hombre sin huevos a la de una mujer –respondió el Papa, contundente.

Olimpia, desarbolada por tan tajante actitud y sabedora de que, al fin y al cabo, se había entrometido en un terreno que sólo le concernía a él, hizo una última pregunta; pero no al pontífice, sino al barbero:

–Y tú, Michel Angelo, ¿qué opinas?

–Donna Olimpia, mi mujer es la que lleva la voz cantante en casa.

* * *

Días después, tras una solemne misa en San Pedro del Vaticano, el pontífice se llegó al palacio Pamphili acompañado de un nutrido séquito de embajadores, aristócratas y autoridades, donde Olimpia iba a ofrecer un espléndido banquete.

Uno de los temas de conversación fue el concurso público que Inocencio X había convocado para la fuente de la Piazza Navona. Era la comidilla de todos los escultores. Los mejores artistas de Italia habían presentado maquetas de madera, terracota o cerámica, y el veredicto papal se esperaba con verdadera ansiedad. Sin embargo, él dudaba, no atreviéndose aún a decantarse por ninguna opción.

Olimpia, guardó silencio sobre su diseño predilecto, limitándose a abocetar una media sonrisa ante las incisivas preguntas de los comensales.

Cuando la sobremesa concluyó, ella insistió en acompañar al santo padre y a su cortejo hasta la puerta principal del palacio para despedirlos. Al llegar al final del pasillo, se detuvieron, asombrados, ante una enorme maqueta de plata. Era, sin duda, una fuente, y todos se admiraron al contemplar tan reluciente maravilla.

–¡Impresionante!

–¿Quién ha hecho esto?

–¡Dios bendito! ¡Es una obra divina en vez de humana!

–Nunca se ha visto cosa igual…

Cuatro musculosas esculturas se contorneaban rodeadas de picos montañosos bajo los que sobresalían caballos. En medio de tanto abigarramiento, se elevaba un obelisco.

Inocencio X, enmudecido por tamaña belleza, daba vueltas en torno de la maqueta para observar los minuciosos detalles plasmados en el metal precioso. Para convencerse de que aquella visión era terrenal y no celestial, como un santo Tomás necesitado de tocar para creer, palpaba las figuras y acariciaba la verticalidad del obelisco. El efecto artístico era tan sorprendente que nadie se cansaba de contemplar la obra. El Papa intercambió una mirada cómplice con Olimpia.

–¿Quién es el autor? –inquirió un diplomático.

–Sólo hay un hombre capaz de realizar una cosa así: Bernini –respondió rotundo un embajador.

Inocencio X comprendió todo de inmediato. Aquello había sido una argucia de Olimpia para mostrarles, en un magistral golpe de efecto, el diseño de Bernini de la fuente de los Cuatro Ríos, los más largos y caudalosos conocidos en el mundo: el Danubio, el Ganges, el Río de la Plata y el Nilo. Ella sabía que Bernini había sido vetado en el concurso, que tenía prohibido presentar diseño alguno, pero, con aquella treta, Olimpia había conseguido no sólo captar la atención del pontífice, sino la de mucha gente importante, que continuaba admirando aquella sorprendente experiencia estética.

Días después, un complacido Inocencio X anunció que Bernini sería el arquitecto de la fuente en la Piazza Navona. Al instante, Borromini, ultrajado por la decisión y sintiéndose traicionado por Olimpia, reaccionó a la tremenda: alegó, en un

arrebato de cólera, que él era mucho más que un simple fontanero y se despidió como arquitecto responsable de la conducción del agua a la Piazza Navona. Ni siquiera consintió en revisar la partida de gastos de la obra.

No obstante, el Papa no concedió la menor importancia al berrinche de Borromini. Sentía por él sincera debilidad, y decidió compensarlo con creces. Tenía en mente construir cuanto antes una iglesia, la de Santa Inés en Agonía, junto al palacio Pamphili, y Borromini sería su artífice. De ese modo, la Piazza Navona sería, sin lugar a dudas, la más bella de Roma.

Tanta ilusión demostraba el pontífice por la futura iglesia, que había decidido ser enterrado allí.

Aunque esperaba que Dios tardase unos años en llamarlo a su lado.

Capítulo 33

Nápoles, 7 - 11 de julio de 1647

Hacía un calor pegajoso en la Piazza del Mercato. Una pareja de soldados y un indolente funcionario sudaban copiosamente en la caseta donde se recaudaba la gabela. Los puestos exhibían fruta, carne y pescado. Las pescaderas se esforzaban por ahuyentar las nubes de moscas que se arremolinaban encima de los peces de ojos brillantes o vidriosos, y las verduleras de pecho opulento pregonaban sus productos como si se tratasen de manjares dignos de mesas de reyes. La gente protestaba el precio y discutía la calidad. Y, entretanto, los integrantes de la cofradía de la Virgen del Carmen, afanados en los preparativos del día de la patrona de los marineros, decoraban la plaza con banderolas y cintas de colores. Algunos artesanos, al realizar su trabajo, dejaban asomar la lengua entre los dientes, mostrando sus entendederas.

De repente, un pescador se restregó en los calzones las manos pringosas de pescado, se llenó de aire los pulmones y comenzó a dar voces destempladas:

–¡Fuera la gabela! ¡Viva Dios y su santa madre! ¡Viva la abundancia! ¡Los pobres serán los primeros!

El gentío lo miró con estupor, creyendo que no estaba en sus cabales; tal vez fuera un borracho, o quizás un exaltado cofrade celebrando por anticipado la festividad del Carmen. De pronto,

algunos lo reconocieron.

–Es Masaniello –decían, sin dar crédito.

Se trataba de un joven pescador que vivía en una casucha de esa misma *piazza;* un hombre trabajador, un buen marido que no daba escándalos ni bebía más de la cuenta.

–¡Abajo los impuestos! ¡Viva Dios y la Virgen! ¡Viva la abundancia! –seguía clamando a voz en cuello.

Y comenzó a caminar a zancadas por la Piazza del Mercato seguido de unos niños, encantados de participar en aquel improvisado espectáculo. La chiquillería coreaba las consignas y, henchida de alegría, acompañaba las proclamas con cortes de manga, lenguas fuera y saltos, como en un disparatado pasacalles. El pescador, animado por los vocingleros chiquillos, tomó una de las banderas de la cofradía que adornaban la plaza y se dispuso a recorrer Nápoles gritando como un poseso entre las risotadas de sus vecinos, y, cuando unos le preguntaron «¿Dónde vas? ¿Qué quieres tú?», él respondió, chulesco:

–A ser ahorcado o a dar abundancia a la ciudad ¡Viva la Virgen del Carmen!

Y así siguió por Nápoles, voceando sus proclamas por las calles mientras una estela de niños lo coreaban. De vez en cuando se detenía para subirse en las escalinatas de las iglesias, y desde allí hablaba al público congregado de manera espontánea. Su forma de expresarse era una mezcla de discurso, arenga y homilía que hechizaba al auditorio, porque además decía lo que los más pobres –los *lazzari*– estaban deseosos de escuchar: que los impuestos debían ser sólo para los ricos, que el poder debía recaer en el pueblo y que no había que esperar a morirse para ganar el cielo, puesto que Dios desea que los pobres disfruten del paraíso terrenal. «Y Nápoles es donde ha de instaurarse ese paraíso», decía como colofón a sus incendiarias alocuciones. Y, aunque al pronto los napolitanos tomaron por extravagancias aquellos brevísimos sermones políticos, enseguida se quedaron prendados de la palabrería del pescador.

De modo que cada vez que hacía gala de su verbo impulsivo y eficaz se le sumaban varias docenas de seguidores que, imantados por su mensaje y carisma, caminaban en pos de él y voceaban repetidamente: «¡A palacio, a palacio!».

Después de atravesar media ciudad y de reunir a una enervada multitud, Masaniello regresó a la Piazza del Mercato, y entonces una invisible chispa provocó un estallido. Los más decididos cogieron de los tenderetes frutas y verduras y las lanzaron contra la caseta de madera donde se pagaba la gabela, el odioso impuesto que gravaba los alimentos de primera necesidad. Temiendo ser linchados por la enfurecida muchedumbre, los soldados y el atribulado funcionario abandonaron corriendo su puesto. Pronto, tras ellos, la caseta quedó destrozada.

Entretanto, unos cofrades habían subido a la torre de la iglesia del Carmine y ya comenzaban a tañer la campana, que repicaba como en los días de gloria, anunciando que algo grande acontecía en la ciudad.

–¡A palacio! ¡A palacio! –gritaba la gente.

Y la turba marchó hacia el Palazzo Reale. Al llegar, mató a golpes a dos soldados españoles que montaban guardia y comenzó a saquear las dependencias, a destruir las lámparas de cristal veneciano colgadas del techo, a arrancar los tapices de las paredes y a arrojar por las ventanas los muebles, que se astillaban al chocar con estrépito contra el suelo.

En la confusión del momento, el virrey, carente de presencia de ánimo y sin saber cómo aquietar a la exaltada multitud, abolió de un plumazo el impuesto de la gabela y trató de sobornar a Masaniello con un collar de oro y una paga vitalicia. Pero éste no aceptó, y hubo de huir a toda prisa escoltado por unos cuantos soldados, hacia Castel Nuovo, la fortaleza militar que alojaba a la guarnición española. En la escabullida, uno de los guardias del virrey descargó un arcabuzazo contra la marea humana; de resultas murió un inocente, y su cadáver comenzó al instante a ser paseado en volandas sobre una silla por toda la ciudad.

Eso duró hasta el anochecer.

La revuelta, además de un líder, ya tenía su primer mártir.

La muchedumbre, enardecida por la locuacidad de Masaniello y por sus exigencias de instaurar de inmediato un gobierno elegido por el pueblo, perdió por completo el respeto a la autoridad y asaltó los palacios de los potentados, pero no con afán de pillaje, sino puramente destructor. En las calles ardían amontonados el mobiliario, los cuadros, la ropa suntuosa y las

alfombras de los mercaderes y aristócratas, quienes, paralizados de temor ante tanta violencia, se veían abandonados por muchos de sus criados, que se pasaban a las filas de los insurrectos por despecho.

Nápoles había pasado en un solo día de la tranquilidad a la exaltación revolucionaria.

* * *

En los días posteriores, el nerviosismo y la incertidumbre se apoderó de la ciudad. Los privilegiados no se atrevían a salir de sus residencias por temor a ser apaleados como perros. Las cárceles fueron abiertas, el manicomio se vació de locos, y el pueblo, por aclamación, concedió a Masaniello el rimbombante título de capitán general de las gentes de Nápoles. El locuaz pescador había conseguido reunir a ciento cincuenta mil leales seguidores merced a su justicia expeditiva y a unos discursos embriagadores que hablaban de desarmar a los nobles para armar al pueblo llano, repartir alimentos entre los necesitados y elegir democráticamente a los gobernantes de la ciudad. Su verborrea siempre comenzaba de la misma manera: «¡Mis queridos desgraciados, pobres amados míos!».

Ordenó erigir un estrado en la Piazza del Mercato, designó a unos consejeros entre los pescadores y fruteros, y él, despechugado, con una camisa remendada, calzones de tela a rayas, descalzo y con un gorro rojo, se subía al estrado para hablar a la multitud y dictar una salomónica justicia que mandaba al cadalso a quienes se quedaran con algún objeto fruto del pillaje. Los napolitanos lo aplaudían y paseaban clavadas en picas las cabezas decapitadas de quienes conculcaban el sano espíritu revolucionario robando en su propio beneficio.

Quienes lo admiraban de veras eran los deshechos de la sociedad: los tullidos, los nacidos en casa cuna, las prostitutas, los mendigos, los menesterosos. Los desposeídos interpretaban sus palabras en clave terrenal y mística, pues Masaniello era para ellos la encarnación no de la venganza, sino de la justicia, hasta entonces siempre inclinada hacia los pudientes.

Y fueron muchos los que se dedicaron a viajar por los pueblos cercanos para informar de lo sucedido en Nápoles, con la intención de extender el espíritu insurreccional. Y tal era el éxito de sus misiones que a la ciudad llegaban cada día miles de jornaleros, artesanos y desocupados deseosos de sumarse a la revuelta y de comprobar que podían gobernarse a sí mismos, que los impuestos los pagaban en exclusiva los ricachones, que se redistribuían los bienes entre los más necesitados y que se cumplía una justicia severa y rápida contra los desalmados.

Los cuadros de Felipe IV, expoliados del Palazzo Reale y de las residencias de los nobles, eran llevados en procesión entre ensordecedores gritos de «¡Viva el rey y muera el mal gobierno!», pues la revuelta no estaba dirigida contra el monarca, sino contra su representante y su ominoso sistema fiscal. Y de ahí que los retratos del Austria quedaran depositados en las esquinas, con velas iluminándolos alrededor, como si el Rey Planeta fuese un santo, y la gente se arrodillaba, se persignaba y pedía mercedes a la figura pintada al óleo.

Las turbamultas tomaron a la fuerza los depósitos de armas, y los cuartelillos de la ciudad lincharon a los soldados, descuartizaron sus cuerpos como si se tratase de reses en un desolladero y pasearon sus cabezas cortadas por las calles, las llevaron al puerto y las arrojaron al Mediterráneo, para que los peces se diesen un festín.

Masaniello era analfabeto pero poseía inteligencia natural y oratoria, y supo aprovechar aquella oportunidad para hacer algo grandioso. Con ojos enfebrecidos y los brazos en jarras, soltaba sus soflamas, alzando el puño para dar énfasis en las partes más vibrantes; su inacabable repertorio gestual hacía las delicias de los miles de oyentes, ya que en ocasiones su rostro semejaba el de un polichinela. Sus seguidores abarrotaban la Piazza del Mercato y la iglesia del Carmine, pues le cogió gusto a subirse al púlpito para hablar junto a los retablos de refulgente pan de oro. Así, quienes en la vida no habían pasado otra cosa que necesidad, estaban persuadidos de haber encontrado a un mesías nacido del pueblo llano, a alguien que los redimiría de tantas injusticias y miserias, pues él, sentado en su estrado, escuchaba las peticiones que le hacían las verduleras, despachaba asuntos y dictaba

sentencias ejemplares mientras comía sardinas y bebía vino aguado.

La vertiginosa actividad del pescador lo llevaba a no dormir apenas, sin que el cansancio pareciese hacer mella en su cuerpo. Además de dictar a diario numerosas normas que sus acólitos se encargaban de pregonar por todos los rincones de la ciudad, al caer la tarde presidía juicios sumarísimos en la Piazza del Mercato, blandiendo en alto una espada cada vez que anunciaba la pena capital contra algún reo, momento apoteósico que era recibido con silbidos, gritos y aplausos de la plebe.

Una de sus primeras disposiciones fue poner candelas en las fachadas de las casas para alumbrar las calles y evitar que los maleantes actuasen con impunidad, y también mandó encender una fogata en la Piazza del Spirito Santo con todo aquello sustraído de los palacios nobiliarios, de modo que ardían el mobiliario, los cuadros y alfombras, los collares de perlas y la lencería fina, y quienes contemplaban la danza del fuego gritaban: «¡Que ardan en el infierno quienes nos chupan la sangre!»; y eso voceaban al pegar fuego a las casonas y palacetes de los nobles. En las caras de los incendiarios asomaba la satisfacción envidiosa de ver arder las casas y las cosas de los pudientes: los espejos venecianos donde se reflejaban sus engreídos rostros, las vajillas donde les eran servidas las viandas, las bragas y medias de seda que lucían las señoronas. Y, cuando sólo quedaban las ascuas, los hombres se orinaban encima para apagarlas.

Fueron bandas de mujeres desgreñadas armadas con estacas quienes quemaron el Monte de Piedad. Y ellas mismas patrullaban la ciudad al salir la luna en busca de damas empingorotadas; si se topaban en la calle con alguna en silla de mano o en carruaje, le daban un escarmiento, una buena tunda por atreverse a lucir joyas y vestidos caros en aquellos días de insurgencia en los que los *lazzari*, los pobres venidos desde los arrabales, se llamaban entre sí *fratelli*, es decir, «hermanos».

Para obtener con rapidez dinero con el que comprar alimentos, ropas y medicinas, el joven pescador instauró una elevada contribución económica a los jesuitas, cartujos y benedictinos, la cual pagaron sin protestar en aras de evitar

posibles vandalismos contra sus propiedades.

Al cabo de cuatro días del alzamiento popular, el virrey continuaba acantonado en Castel Nuovo junto a las tropas españolas, decididas a no salir a restaurar el orden dada su inferioridad numérica y las escasas piezas artilleras disponibles. Lo más juicioso, había determinado el virrey, era esperar refuerzos.

El desconfiado Masaniello, sabedor de su creciente poder, temía un atentado, de modo que decretó que en cada plaza hubiese un piquete de voluntarios armados y un sastre, que debería cortar a la altura de las rodillas las faldas de las mujeres, las sotanas de los curas, los hábitos de los monjes y los calzones de los hombres, para evitar que escondiesen entre la ropa arcabuces o mosquetes con los que disparar a traición. «No temo al acero, sino al plomo», decía a sus más próximos.

Los consejeros le demostraban una fidelidad perruna desbaratando supuestas conspiraciones, lo que engrosaba la lista de ejecutados diariamente, y los cadáveres y miembros descuartizados se exponían en una charcutería de la muerte en la vía pública para regocijo de la gente, que hacía bromas macabras sobre ello.

La ciudad, colapsada económicamente, en un frenesí y tomada por lo más bajo del estamento popular, vivía unas jornadas aceleradas y esperaba ilusionada el desquite y el cambio político que la condujera a la felicidad.

Capítulo 34

Roma, 12 de julio de 1647

Delante del palacio del Quirinal, en la Piazza di Monte Cavallo, se había concentrado un buen número de carruajes y sillas de mano con escudos cardenalicios y episcopales. Los cocheros y porteadores hablaban y fumaban junto a las grandes esculturas de los Dioscuros mientras esperaban a sus señores. Después de dar una calada, escupían al suelo, y algunos se recostaban contra las enormes bases de las estatuas en busca de sombra. El cielo estaba huérfano de nubes, la calima emborronaba el horizonte y el Tíber olía mal.

El calor del verano era sofocante. La curia, reunida con urgencia en el Quirinal por orden del Papa, echaba de menos la vida apacible en sus hogares del campo, rodeados de jardines y enclavados en parajes arbolados atravesados por ríos. Sin embargo, la gravedad de las noticias llegadas de Nápoles había obligado a Inocencio X a reunir a sus eminencias e ilustrísimas, pues la incertidumbre, el desasosiego y los rumores crecían a marchas forzadas.

–Esto recuerda a la rebelión de Espartaco –dijo con preocupación un cardenal de cejas blancas y pobladas.

–Ya no existen los gladiadores –repuso un obispo, aliviado por no encontrarse en la antigüedad.

–Pero no sabemos si a ese pescador, a ese iluminado, le dará

por liberar a los esclavos. ¡Y ésos cortarían el cuello a sus amos! –objetó el purpurado, sacudiendo la cabeza.

Sus compañeros del colegio cardenalicio dieron un respingo en los asientos. No imaginaban a los esclavos negros del servicio doméstico degollando a sus amos con cuchillos de cocina, pero nunca se sabía cómo podía acabar una revolución.

Para combatir el calor, los lacayos habían repartido granizados de limón aromatizados con canela o menta, y la curia los sorbía golosamente, masticando con placer los trocitos de hielo que quedaban en el fondo de la copa.

–¡Al parecer, columnas armadas de napolitanos se han echado a los caminos y se dirigen a Roma!

–¿Estáis seguro?

–Eso he oído…

–Nápoles se ha convertido en una ciudad sin ley ni orden. El ejemplo de esos revoltosos puede ser imitado en el resto de Italia –adujo un viejo cardenal al que le temblaba la barbilla de pánico.

–Los soldados pontificios nos defenderán. La Guardia Suiza velará por la integridad de su santidad.

El recuerdo del saqueo de Roma por los tercios de Carlos V aún gravitaba sobre ellos. A pesar de haber transcurrido más de un siglo del luctuoso suceso, daba la sensación de que hubiese acaecido en un pasado inmediato, por lo que los cardenales y obispos más medrosos imaginaban una Roma invadida por hordas de ganapanes gritando en un ininteligible dialecto napolitano, destripando religiosos y robando valiosos enseres sagrados.

El camarlengo, muy versado en historia, hizo una analogía entre la revuelta napolitana y otras violentas insurrecciones:

–En el siglo pasado, los protestantes alemanes acaudillaron temibles levantamientos. El fanático Thomas Müntzer, seguidor de Lutero, que decía misa en alemán, alzó un ejército de campesinos; y los anabaptistas tomaron el mando en una ciudad en la que se recurrió al canibalismo, al continuo crimen y a la obligatoriedad de fornicar con las mujeres del prójimo.

–Esos desmanes son cosas de protestantes –dijo alguien.

–Pues en Nápoles no hay luteranos, que yo sepa.

–Los predicadores que comienzan los tumultos son lobos con

piel de cordero.

–Peores son los lobos con piel de zorro –respondió el camarlengo.

–Debemos mantener la calma. En tiempos de tribulaciones no conviene hacer cambios –manifestó un purpurado, sin descomponer el gesto.

El Papa escuchaba atentamente las opiniones más o menos sensatas y también los desvaríos, pero sin intervenir. «Hay aún personas más peligrosas: las ovejas con piel de cordero», pensó para sus adentros. Y se decidió a hablar:

–No tenemos conocimiento de que en Nápoles se hayan producido muertes de religiosos ni profanaciones de templos. En principio, la revuelta no va dirigida contra la Iglesia –expuso–. Aunque, si recibiésemos nuevas noticias del embajador español y del nuncio en Nápoles alertándonos de algún cambio, urgiría que nos replanteáramos la cuestión. –Su boca se contrajo en una delgada línea, tratando de esconder la agitación interna que sufría.

–Entonces, ¿qué sugerís que hagamos, santidad?

–Nada. Quedarnos quietos. Esperar acontecimientos.

La timorata reacción del Papa satisfizo a unos y frustró a otros, que esperaban de él una mayor resolución. Aquellos que se marcharon intranquilos, arrastrando los pies por el mármol, en cuanto se montaron en sus carruajes tomaron la determinación de abandonar de inmediato la Ciudad Eterna y regresar a sus villas a las afueras, con el convencimiento –infundado o no– de que si las vengativas masas llegaban a descargar su furia en Roma, ellos, refugiados en el campo y a salvo del calor, también lo estarían de la horca.

Al atardecer, Olimpia y el Papa paseaban solos por los jardines vaticanos. Los jardineros acababan de regar, y olía a tierra mojada. Él había estado todo el día esperando la llegada de su cuñada. Sobrepasado por las noticias tanto por los canales diplomáticos españoles como por la nunciatura napolitana, un alarmado Inocencio X era incapaz de adoptar una decisión al respecto.

–Hay que frenar a esos rebeldes como sea –dijo ella, tajante.

–La Iglesia no parece ser el objetivo de los napolitanos.

–La Iglesia siempre termina implicada en cualquier guerra y revuelta. Los rebeldes, tras hacerse con el poder, querrán apoderarse por la fuerza de las propiedades eclesiales y correrá la sangre de los sacerdotes.

–¿Estás segura?

–Tanto como que mañana saldrá el sol.

Se levantó una brisa cálida que arrastraba el olor a tierra mojada, expandiendo la vana ilusión de una inminente tormenta veraniega. Las copas de los cipreses se agitaban ligeramente, levantando un leve rumor de hojas. El Papa caminaba con las manos entrelazadas a la espalda, meditabundo.

–¿Crees que la rebelión puede extenderse? –preguntó, temeroso de la respuesta.

–Es posible. O, mejor dicho, muy probable. Puede ser como un reguero de pólvora.

–¡No me asustes! No soporto las turbulencias –murmuró, con enorme inquietud–. ¿Qué debemos hacer?

–Actuar con rapidez. Incluso si la revuelta sólo se centrase en Nápoles, es conveniente ayudar a España a sofocarla. El rey Felipe es nuestro principal aliado. Agradecerá la ayuda que le prestemos. Además, cortar de raíz la insurrección será un castigo ejemplar para futuros imitadores.

–¿Pretendes que envíe un ejército? –El pontífice se alarmó con la mera idea de meter a la Santa Sede en una guerra y verse a sí mismo como un jefe militar, a la vieja usanza papal.

–No dispones de soldados para ello, y te falta valor para ser *condottiero*. La solución es otra. –Se frotó dos dedos entre sí, haciendo el gesto del dinero–. Bastaría con hacer un generoso donativo al virrey español en Nápoles.

–¿Un donativo o un préstamo?

Olimpia se detuvo en seco. Miró a los ojos a su cuñado y aspiró el dulce aroma a tierra húmeda y a hierba mojada.

–¿Desde cuándo te interesan los asuntos económicos? Las finanzas no son tu fuerte, Giambattista. Deja la estrategia en mis manos. Será un óbolo –continuó–. Con ese dinero caído del cielo, el virrey podrá organizar con prontitud una leva, reclutar algún tercio.

–¿Y cómo le haremos llegar el dinero? ¿Se lo daremos al

embajador español o directamente al virrey?

–Ni a uno ni a otro –repuso ella, tajante–. Se lo enviaremos al nuncio en Nápoles.

–Habrá que buscar a una persona diligente y de toda confianza que se encargue de tan importante misión –comentó el Papa, esperanzado y preocupado al mismo tiempo.

–No hay que buscar a nadie. Iré yo misma.

Sorprendido por el arrojo de Olimpia, el Papa respiró hondo. Las campanas sonaron. Había llegado la hora de la determinación.

Capítulo 35

Caserta, 20 de julio de 1647

Hacía tanto calor que los polluelos morían asfixiados y se precipitaban al suelo desde los nidos. Esta imagen de los guacharros cayendo a plomo de los árboles la presenciaban los jornaleros de piel leñosa que, arriñonados, con sombreros de paja de ala ancha y la camisa remangada hasta los codos, segaban el trigo de los campos amarillentos.

El carruaje de Olimpia se detuvo al borde de un puente cercano a la ciudad de Caserta, próxima a Nápoles. Era el punto fijado para el encuentro. El único criado que viajaba con ella le ofreció un poco de agua, que ella bebió de un trago, sedienta. Le dolía la espalda por la incomodidad del viaje, y descender del coche de caballos para caminar un poco le hizo bien. Estiró las piernas y se entretuvo en escuchar el agua que corría bajo el puente.

Había renunciado a salir de Roma protegida por un contingente militar alegando que llamaría demasiado la atención y podrían ser atacados por los rebeldes. Decidió viajar escoltada sólo por un pelotón de guardias pontificios a caballo; cada uno de ellos llevaba en el cinturón dos pistolas Beretta cargadas y otras tantas en la montura, para desenfundar y disparar con rapidez si era necesario. Pero, a pesar de todas las precauciones, no tuvieron sobresaltos en el camino.

El carruaje no era lujoso ni llevaba pintado en la puerta ningún escudo. Era una misión de incógnito. Transportaban dos cajas con herrajes y candados repletas de monedas de oro: la contribución de la Santa Sede contra el alzamiento napolitano.

El secretario del nuncio en Nápoles no tardó en aparecer. Pronto vieron su carruaje escoltado por dos guardias a caballo fuertemente armados. El hombre, pequeño y enjuto, se alisó la sotana con un gesto enérgico y saludó respetuosamente a Olimpia. Sin más preámbulos, ella quiso conocer la situación de la revuelta.

–¿Los rebeldes están cerca de aquí? ¿Corremos peligro?

–Por el momento no, donna Olimpia. Controlan numerosas localidades cercanas a Nápoles, pero Caserta no se ha unido al alzamiento. Al menos, por ahora –matizó.

–Menos mal. ¿Los rebeldes mandan emisarios a los pueblos?

–Envían a hombres voluntariosos que dan la vuelta a cajas de madera, se suben encima e imitan los discursos de Masaniello arengando a las masas.

–¿Ese enloquecido pescador ha acaparado más poder? ¿Su política se ha vuelto aún más extremista? –preguntó, ansiosa.

–Masaniello murió hace cuatro días. Lo mataron a tiros –respondió, con voz fría y mirada ardiente.

Olimpia acusó la sorpresa y sonrió, complacida por la buena nueva y confiada en que aquello podía significar el final de los tumultos.

–Entonces, ¿todo ha terminado? –preguntó, esperanzada.

–Al contrario. Me temo que lo peor no ha hecho más que comenzar.

El sacerdote resumió el suceso y los vertiginosos acontecimientos posteriores. Masaniello, perseguido por una muchedumbre crispada durante la festividad de la Virgen, se refugió en la iglesia del Carmine y desde el púlpito intentó hablar para calmar los ánimos, pero una cuadrilla de sicarios armada con arcabuces lo tiroteó, matándolo en el acto. Tras decapitarlo, pasearon su cabeza por la ciudad clavada en una pica, mientras unos matarifes desmembraban su cuerpo para que lo ultrajase el populacho, descontento con el pescador por la locura y desmedido apetito de poder que le achacaban. Sin

embargo, dos días después, unos impenitentes seguidores suyos recuperaron la cabeza y las extremidades, cosieron el cadáver y lo enterraron pomposamente entre desgarradoras escenas de llanto y desmayos. La veleidosa multitud, arrepentida de haber celebrado el asesinato, clamaba por la resurrección del pescador.

–La plebe espera impaciente la segunda venida de Masaniello a Nápoles.

–¡Qué disparate! ¡Ni que fuera Jesucristo! –respondió Olimpia, desdeñosa.

–El pescador se ha convertido en un símbolo. Son las exigencias de la chusma.

–¿Quiénes son ahora los jefes de la revuelta?

–Personas de biografías andrajosas –respondió con una crudeza sin resquicio para la caridad.

–¿La ciudad está nerviosa?

–El clero regular está tranquilo; los nobles y altos funcionarios españoles, aterrados; el pueblo, enfervorizado.

–Decís que el clero regular permanece tranquilo. ¿Los frailes y monjas no lo están?

–Ha habido esporádicos asaltos a criptas de conventos y monasterios. Cosas macabras de gente inculta que encuentra gusto en perturbar el sueño de los muertos –precisó–. Profanaron algunas sepulturas y colocaron las momias en el campo, a modo de espantapájaros.

–¿Quiénes mataron a Masaniello? ¿Algunos traidores a su causa? ¿Ha habido alguna conjura?

–Se dice que el virrey pagó a los asesinos. Pero también se rumorea que fueron los nobles quienes organizaron y sufragaron el atentado. En cualquier caso, los conjurados deseaban librarse del pescador –explicó el secretario.

–¿Y el nuncio? ¿Su posición se ha visto amenazada por los rebeldes?

–En absoluto. Es más, en este momento es la figura más respetada de Nápoles. Masaniello le rindió pleitesía, y un sector de los alzados busca su intermediación para rebajar la violencia.

–Buena señal –dijo, con alivio.

–Sin embargo, los dirigentes más exaltados se están haciendo con las riendas y anuncian la independencia de Nápoles de la

Corona española. Incluso han pedido ayuda a los franceses. Hablan de proclamar la Serenísima República de Nápoles.

–¡Francia! ¡La condenada Francia! ¡El cardenal Mazarino siempre está detrás de las peores maquinaciones contra la Iglesia! –Olimpia tomó aire para tranquilizarse–. Contra la Iglesia y contra España –especificó.

El secretario asintió y se limpió el sudor de la frente y del cogote con un pañuelo blanco perfumado con hierbas. El calor le reblandecía la mollera.

–¿Por qué el tercio viejo de Nápoles no restablece el orden de inmediato? –preguntó, sin entender lo que para ella era algo fácil.

–Está muy debilitado, donna Olimpia.

–No lo comprendo. En mis tiempos, cuando el Papa y yo vivíamos en Nápoles, era una fuerza militar imponente –se extrañó.

–Se han licenciado muchos de sus veteranos, cansados de sostener tantas guerras. Dispone de pocos soldados, casi todos bisoños.

–Bien. Vayamos al grano. Os he citado aquí para que llevéis al nuncio un dinero que, a su vez, entregará al virrey, quien con él deberá costear una contundente respuesta militar. No nos interesa ni que la revuelta se extienda ni que disminuya el poder de España. Éste es el deseo de su santidad. ¿Queda claro?

–Como el agua.

A un gesto de ella, cuatro soldados pontificios trasladaron las dos pesadas cajas de oro del carruaje de Olimpia al del secretario de la nunciatura.

–No hay que perder tiempo. Id –ordenó–. Por mi parte, retornaré de inmediato a Roma para dar cuenta al santo padre –reflexionó un instante antes de continuar–. Su santidad y yo fuimos felices en Nápoles. Ambos guardamos buenos recuerdos de esa ciudad. Yo aprendí mucho de los napolitanos y de sus métodos para solucionar las cosas. Sencillamente, les pago con la misma moneda –concluyó, con una media sonrisa.

Capítulo 36

Roma, 16 de marzo de 1649

Madrugada. Las contraventanas de la imprenta permanecían cerradas para que nadie pudiese fisgonear desde el exterior, y la puerta tenía la tranca echada para impedir cualquier brusca irrupción. El maestro impresor y sus ayudantes trabajaban a destajo a tan intempestivas horas iluminándose con faroles. El peligroso encargo había sido convenientemente retribuido, pero, al constituir un delito, nadie debía enterarse, por eso habían extremado las medidas de seguridad. Si las autoridades los pillaban in fraganti, la imprenta sería clausurada y ellos, encarcelados.

Olía a cera, papel y tinta. Las herramientas artesanales –punzones y matrices– permanecían ordenadas sobre los tableros. El cajista ordenaba el chibalete, el pequeño armario de madera donde se colocaban las cajas de componer, y un operario elaboraba la tinta mezclando el barniz de aceite de nuez con el polvo negro de resina quemada.

–Una última tanda y habremos terminado –anunció el maestro impresor, animando a sus empleados–. Antes de que cante el gallo se habrán llevado los pasquines y no correremos peligro.

Uno de los hombres apretaba con fuerza el manubrio de la prensa, cuyas zapatas estaban ancladas al suelo para evitar el

desplazamiento de la máquina. El maestro empuñó con ambas manos las almohadillas de lana forradas de piel de carnero, las entintó con sumo cuidado y, con suaves y precisos movimientos circulares, cubrió los tipos de plomo sobre los que colocarían los pliegos blancos de papel para imprimir los pasquines.

De pared a pared había unas cuerdas a modo de tendederos donde colgaban los papeles recién impresos, para que se secasen y no se corriese la tinta. En una ristra de ellos podía leerse: «Santo Padre, non più puttane! Pane, pane, pane!». Y bajo aquel ingenioso juego de palabras aparecía el dibujo de una hogaza de pan. En otros pasquines se representaba la imagen de Olimpia desnuda, burlescamente gorda y con la tiara en la cabeza. Bajo su grosero cuerpo figuraban dos palabras: «La papisa».

Todavía con la luna en el cielo, unos golpes convenidos en la puerta –a modo de contraseña– indicaron que venían a recoger el material. El impresor respiró, aliviado.

Un grupo de embozados se dedicó a distribuir por toda Roma los pasquines. En primer lugar, como era costumbre, los colocaron en la estatua de Pasquino, y después pegaron con engrudo cientos de aquellos papeles en fachadas de iglesias, puertas de palacios, esquinas de calles populosas y fuentes. Los distribuían por lugares muy distintos, pues lo mismo los dejaban en la puerta de los prostíbulos, para que los leyesen al salir los clientes más tardones, que los adherían debajo de las hornacinas callejeras donde se rendía culto a cuadros de la Virgen rodeados de velas encendidas y ramilletes de flores secas.

Los embozados actuaban con la máxima rapidez, para que no los sorprendieran en plena faena las luces del amanecer. Y lo consiguieron.

A primera hora de la mañana, los pasquines circulaban por todos los rincones de la ciudad, y la gente reía y celebraba las chispeantes frases; mientras, los alguaciles trataban de retirar cuantos papeles infamantes continuaban pegados, para guardarlos como prueba acusatoria en caso de que fuesen descubiertos el autor y sus cómplices.

Roma entera reía la ocurrencia. La gente no quería más putas, sino pan.

Capítulo 37

Roma, 16 de marzo de 1649

A primera hora de la tarde, uno de los cardenales más combativos contra la omnipotencia vaticana de Olimpia recorría a paso presuroso el palacio del Quirinal. Alto, delgado y de perfil aquilino, parecía desplazarse más que andar, por lo recto que caminaba y por su presencia mayestática. En su mano derecha apretaba varios de los pasquines con los que había amanecido empapelada Roma. Cuando estuvo en presencia del Papa, se los mostró, indignado. La ira coloreaba su cara del mismo tono que su capelo.

–¡Es una indignidad! ¡El pueblo se ríe en nuestra presencia! ¡Estamos al borde de una algarada! –bramaba, sin que la figura del pontífice lo convidara al comedimiento.

Sus rasgos refinados indicaban su noble cuna y, por consiguiente, su creencia de poder decir lo que se le antojase, sin reportarse ante nadie.

–El pueblo se ríe de todo. No hay que hacer caso de esa basura. –El Papa hizo un gesto despectivo con la mano donde lucía el anillo del Pescador–. En cualquier caso, esos papeluchos son un desahogo. El vulgo pronto se olvidará de ellos.

El comentario de Inocencio X incendió aún más la cólera del purpurado.

–¡Es una ignominia! –Al hablar, soltaba perdigones de saliva

por la boca–. ¡Su santidad debe tomar una decisión de una vez por todas! ¡La grey pasa hambre y es sabido de quién es la culpa!

Inocencio X, siempre que algún miembro de la curia osaba criticar a Olimpia de forma más o menos velada, procedía de idéntica manera: se sumía en el mutismo y desviaba la mirada. Daba la callada por respuesta y dejaba que un incómodo silencio obligara a su interlocutor a cambiar de tema. Sentado detrás de su mesa, cruzó las manos sobre el tablero y comenzó a tabalear con los dedos.

De manera inesperada, Olimpia entró en la sala. Como era costumbre en ella, no fue anunciada, pues se movía a su antojo por el Vaticano. Pero no entró sola, sino acompañada por uno de sus criados, el cual sostenía una cesta con panes. Ella también traía un puñado de pasquines injuriosos, que arrojó al suelo tras hacer una bola con ellos. Indiferente a su contenido, dijo con voz calmada:

–No hay que hacer caso de las calumnias del pueblo llano. Lo que hay que hacer es reflexionar sobre la raíz de sus protestas.

Inocencio X la miró con el rabillo del ojo y le hizo un gesto para que continuase hablando. La conocía bien. Esperaba algún golpe de efecto por parte de ella.

–El alza de los impuestos para sufragar el embellecimiento de Roma es una medida provisional y necesaria. Las maravillas de Bernini no son baratas. Por consiguiente, hay que comprender el enfado de la gente. A nadie le gusta aflojar la bolsa. Sin embargo, las personas no comen el mármol de Carrara con el que se levantan las iglesias, las fuentes y los monumentos. Los hombres y mujeres comen pan. Y el que se vende en las panaderías es de ínfima calidad –dijo Olimpia, contundente–. Incomestible.

El cardenal, con el semblante anubarrado por la imprevista aparición de aquella mujer, le lanzó una mirada esquinada y respondió de mala gana:

–El buen pueblo no necesita hojaldres, sino el pan nuestro de cada día para alimentarse y bendecir a Dios en la mesa –dijo, alzando enérgicamente el mentón.

–¿Acaso su eminencia dice misa con sagradas formas hechas con la asquerosa harina que come el pueblo? ¿Pretendéis dar de comulgar con este pan? –preguntó, con un tono insolente.

–¡Eso suena a blasfemia! –respondió, indignado.

Olimpia cogió un pan del cesto que sostenía el criado, lo partió en dos para mostrar el oscuro y repulsivo contenido y lo tiró a los pies del purpurado como quien arroja los desperdicios a un perro. Ante la atónita expresión del Papa, se vio obligada a dar una explicación:

–El trigo es de pésima calidad, y tan escaso, que muchos panaderos lo adulteran con paja, serrín o algarrobas. De esa forma consiguen aumentar su peso. El resultado es un alimento más apto para animales que para seres humanos.

La mala cosecha de cereal había reducido considerablemente el trigo disponible para ese año, lo que, sumado a las malas condiciones de almacenamiento –silos húmedos, llenos de moho y poblados de ratas–, había dado como resultado una harina gomosa y medio podrida. Los especuladores acaparaban la mejor harina, que vendían a unos precios tan desorbitados que sólo podía permitirse la gente adinerada. Los panaderos, para disimular el repugnante sabor, la mezclaban con diversas sustancias. La paja machacada era un aditivo habitual, junto con las algarrobas que se echaban a los cerdos, o el serrín que flotaba en las serrerías y carpinterías y que los mesoneros, los días de lluvia, esparcían por el suelo de sus negocios, porque los parroquianos entraban chorreando agua y lo ensopaban todo.

–Giambattista, debes hacer algo –le advirtió Olimpia.

El cardenal, abochornado como el resto de la curia por el tuteo y la familiaridad con los que Olimpia trataba al Papa, frunció los labios y apretó los puños. Inocencio X alzó la palma de las manos, en señal de rendición.

–A partir de mañana, el palacio Pamphili abrirá sus puertas para repartir pan gratuitamente a los más necesitados. Y no éste asqueroso –Olimpia señaló la cesta–, sino pan candeal, del que su eminencia come cada día en su mesa bendiciendo a Dios –miró al cardenal.

–¿Quién sufragará ese dispendio? –quiso saber el ofendido purpurado.

–Yo, naturalmente. Y también me encargaré de conseguir harina de la mejor calidad. El palacio permanecerá abierto los días necesarios. –Su imperioso tono no daba derecho a réplica–.

Y la Santa Sede comprará trigo abundante y bueno de Sicilia y de España. Las arcas vaticanas también están para alimentar al pueblo de Dios –añadió.

El santo padre asintió con la cabeza, indicando que así se haría. De esa forma, Olimpia desactivaba la protesta y un hipotético estallido popular contra ella, a sabiendas de que las gentes con el estómago satisfecho solían tener un corazón agradecido.

–Por último, quisiera hacer otra cosa –continuó–, pero solamente si das tu visto bueno, Giambattista. –Miró al Papa, a sabiendas de que no necesitaba ningún beneplácito–. Mandaré construir en la Piazza Navona un gran comedor público para dar alimento caliente a las mujeres más pobres. Al menos, hasta que lleguen las nuevas remesas de trigo. Yo costearé todo, por supuesto.

–¿Por qué sólo a las mujeres? ¿Acaso los hombres no merecen comer? –preguntó el cardenal, irritado por la diferenciación.

–Porque los hombres, para llenar la tripa, no se ven obligados a vender su cuerpo ni encerrar su alma en un convento. Las mujeres, sí.

Capítulo 38

Roma, abril de 1649

A lo largo de aquel mes primaveral, las puertas del palacio Pamphili permanecieron abiertas desde el amanecer. El palacio olía a tahona por la cantidad diaria de pan blanco acumulado para repartir a los más humildes, quienes, al recibirlo de manos de los criados, besaban la corteza y se santiguaban. Algunas viejas, de puro agradecidas, tenían los ojos lacrimosos, como Dolorosas de Semana Santa.

Para finales de abril estaba prevista la llegada a Ostia de barcos mercantes cargados de trigo siciliano y andaluz, embarcado este último en el puerto de Málaga. Las negociaciones para la compra del cereal fueron complicadas, puesto que la persistente sequía había arruinado la cosecha de buena parte de la cuenca mediterránea, y Olimpia, encargada personalmente de las gestiones comerciales, se negó a pagar el precio disparatado que pedían los rusos por su trigo (que obtenían abundantemente de sus vastas y ubérrimas tierras).

Asimismo, en la Piazza Navona, frente a la fuente que estaba construyendo Bernini, se erigió en madera un comedor público con capacidad para alojar a doscientas mujeres que, sentadas en mesas corridas, daban buena cuenta de sustanciosos guisos en turnos continuados. Agarraban la cuchara con una mano y el trozo de pan con la otra, y mientras comían no pronunciaban

palabra alguna, concentradas en masticar y tragar, haciendo suyo el refrán «oveja que bala, bocado que no jala», pues pensaban que conversar en las comidas era cosa de ricos.

Los cocineros trabajaban a destajo, y unos cuantos soldados pontificios vigilaban el comedor en aras de evitar posibles altercados. Algunos pícaros, pretendiendo hacerse pasar por mujeres, se disfrazaban para intentar colarse, pero, en cuanto era descubierto el engaño, los guardias les arrancaban la ropa y los echaban a patadas entre las risotadas y los aplausos de las mujeres que guardaban cola para comer.

Durante un tiempo, no volvieron a verse pasquines críticos contra Olimpia. En poco menos de un mes, había pasado de ser objeto de crueles burlas a ser halagada, gracias a su capacidad resolutiva y a su propensión a ayudar a las mujeres de más humilde condición. Y, cuando salía de su palacio y atravesaba la Piazza Navona, las que devoraban sopas de legumbres o guisos de alcachofas y berenjenas la cubrían de alabanzas a grito pelado, tildándola de salvadora. Las mismas bocas que antes la llamaban *puttana*, ahora la proclamaban santa.

Aquella maniobra de Olimpia encorajinó aún más a sus nutridos detractores en la curia, pues en un santiamén había revertido la situación.

Inocencio X, tras comprobar que ciertamente se había evitado un motín a causa del un aumento de los impuestos –para hacer de Roma una ciudad aún más grandiosa– y por la nefasta calidad del pan, se mostraba satisfecho con su cuñada y no le incomodaba su autoritarismo en las finanzas vaticanas. Además, anhelaba volver a encontrarse con aquel pintor de la corte del Rey Planeta que, según le habían comunicado por canales diplomáticos, viajaría a Roma.

Capítulo 39

Roma, mayo de 1649

El despacho, sobrio y luminoso, estaba decorado con muebles castellanos, óleos religiosos de buena factura, un globo terrestre y un tapiz de Rubens. El pintor había ido a cumplimentar al embajador, y también a recibir de su mano el dinero necesario para satisfacer las exigencias artísticas de Felipe IV, pues su viaje a Italia era una cuestión de Estado. El diplomático se interesó por el periplo del pintor desde que desembarcara en enero en el puerto de Génova, y éste le explicó su recorrido por Venecia, Parma, Módena y Bolonia.

Ambos vestían de negro, sostenían la mirada sin rehuirla y se mostraban reflexivos. El embajador, de cabello moreno y corto, tenía unos ojos grandes y verdosos. Era un hombre atractivo, con una voz grave y un tono de conversación susurrada.

Don Rodrigo Mendoza, duque del Infantado, tenía el encargo de supervisar la estancia en Italia del pintor, facilitarle contactos y, asimismo, apremiarlo en sus tareas, porque el Rey Planeta se lamentaba por carta de la excesiva tranquilidad de su retratista principal, de su tardanza en acometer cualquier empresa.

Tras preguntarle en qué consistía exactamente su misión, el pintor, que se expresaba con tranquilidad y economía de gestos, explicó que debía adquirir antigüedades y pinturas de grandes maestros, hacer copias de yeso y bronce de esculturas

grecorromanas y contratar los servicios de artistas especializados en pintura al fresco para trabajar en España, en los Reales Sitios. Para conseguir todo, le iba a ser indispensable la mediación del embajador, pues debía obtener permisos de los dueños de colecciones artísticas para hacer copias de sus estatuas, y tanto la aristocracia como la Iglesia eran reticentes a concederlos, temerosos de que sus amadas obras sufriesen cualquier desperfecto.

El embajador firmó unos documentos bancarios, cogió la salvadera de plata, vertió arenilla por encima de los papeles para secar la tinta y se los tendió a su interlocutor.

–Es mucho dinero –dijo, mirándolo fijamente, no como advertencia, sino para elogiar la liberalidad del rey.

–Su majestad es un hombre generoso –repuso el pintor.

–España está pasando graves apuros económicos. La paz acordada en Westfalia ha significado un duro golpe para nuestro prestigio internacional. Corren malos tiempos para nuestra nación, y buenos para sus enemigos.

El duque del Infantado se levantó de la mesa e hizo girar con una mano el globo terráqueo hasta tocar con el índice el antiguo Flandes español, en cuyos fangosos campos de batalla la sangre derramada por los tercios y el dinero gastado habían sido recompensados con la ruina, el odio y el olvido. El tratado de Westfalia, que puso fin al avispero centroeuropeo de la guerra de los Treinta Años, no sólo había significado la independencia de la protestante Holanda, sino el triunfo de Francia y el ocaso definitivo del papado como poder temporal. Las fronteras del mapa de Europa estaban variando.

–Los tiempos cambian. A peor, sin duda. Un mundo desaparece y emerge otro.

–No me meto en política, señor embajador.

El pintor pensó en el retrato que había hecho de don Francisco de Quevedo –buen amigo y poeta al que admiraba–, y en su melancólico soneto, que comenzaba: «Miré los muros de la patria mía, / si un tiempo fuertes, ya desmoronados, / de la carrera de la edad cansados, / por quien caduca ya su valentía». Recordó todo aquello, pero se abstuvo de comentar nada. Cuestión de prudencia.

–Creía que estabais conforme con que nuestra política era hacer del mundo el hogar de España.

–Me limito a servir al rey. Dejo la política para quienes la ejercen, excelencia.

–Entiendo. Al mundo lo mueven las ideas, pero al hombre lo mueven las emociones.

–A mí me mueve el arte, señor embajador.

El duque del Infantado pergeñó una sonrisa zorruna. Felipe IV ya lo había apercibido por carta de que Velázquez era flemático, nada dado a las intemperancias de carácter. Intentó sondearlo de otra manera. Quería hacerse una idea de cómo era aquel hombre.

–Tengo entendido que habéis pintado a gente de calidad en España.

El pintor pensó de inmediato en sus retratos de bufones y enanos. Para él eran gente importante, rebosante de humanidad.

–Depende de qué entendáis por personas de calidad.

–Sé que retratasteis al conde duque de Olivares –dijo al fin, aflorando su desagrado.

El antiguo valido de Felipe IV y el embajador habían sido feroces enemigos, pero el pintor había sentido simpatía por aquel infatigable ministro que tanto lo aupó en la corte. Mas, de nuevo, prefirió no dar su opinión. Las personas pasan, y los vencedores siempre denigran a los adversarios que los antecedieron. «Cosas de la política», pensó.

–El conde duque murió –respondió, lacónico.

Por las ventanas entraba en tromba la tibieza de la primavera, pero del suelo de mármol pulido emanaba un invisible frío. El duque del Infantado dio unos pasos hasta situarse justo debajo de los rayos de sol de mediodía filtrados por los cristales. Sus huesos agradecieron el calorcillo.

–Los cardenales proclives a España están furibundos con vuestra misión. Mejor dicho, todo lo furibundos que pueden demostrar los príncipes de la Iglesia, que, como bien sabréis, son refinados maestros en el arte de… la diplomacia. –Estuvo tentado de decir «del disimulo».

–Mi misión es un encargo de su majestad. Y dicho encargo sólo atañe al arte. No vengo a inmiscuirme en asuntos eclesiales.

–Como muestra de extrañeza se permitió elevar ligeramente una ceja.

–Los prelados opinan que, tras la Paz de Westfalia, los dineros destinados a la adquisición de obras artísticas deberían destinarse a paliar el hambre de los hambrientos, comprar semillas para los agricultores y pagar los atrasos de los soldados que defendieron el catolicismo para continuar la lucha contra Francia.

–No dudo de que sus eminencias, para dar ejemplo, dedicarán buena parte de su patrimonio particular a tan loables fines. Sin embargo, me debo a la voluntad de mi rey. De nuestro rey –recalcó, con su acento sevillano, tan comilón de las eses.

El embajador, concluyendo que aquel hombre era inteligente y cauteloso, decidió pasar a las preguntas de índole práctica.

–¿Tenéis pensado hacer algún viaje próximo?

–En verano pretendo ir a Nápoles.

–¡Nápoles! La ciudad renace de sus cenizas, gracias a Dios y a nuestro ejército, todo hay que decirlo.

–Tengo entendido que hubo alguna algarabía.

–¡Una guerra en toda regla! Tras la revuelta de Masaniello, ese insensato pescador, los rebeldes quisieron independizarse de España con ayuda de los franceses. Don Juan José de Austria pacificó la ciudad a sangre y fuego el año pasado. Todo está por reconstruir. Esos bárbaros prendieron fuego a casi todo –se lamentó.

Al momento, dulcificando el gesto, pues había fruncido el ceño al evocar lo sucedido, preguntó:

–¿Disponéis de alojamiento en Roma?

–Sí. Acabo de instalarme en unos aposentos del palacio del marqués de Valparaíso y duque de Jabalcuz.

–¡Don Ángel Aponte! ¿Lo conocíais antes?

–No tenía el gusto.

–No podríais tener mejor anfitrión.

–Totalmente de acuerdo, excelencia.

–Estaréis comprobando que Italia es un país seductor.

–Es mi segundo viaje. Estuve hace muchos años. Cuando era joven.

–¿Os gustó?

–Me encantó. Aprendí mucho. Los italianos son grandes maestros del arte. Siempre lo han sido.

–Los italianos… Menudos son… –El embajador rumió antes de explayarse en la respuesta–. Los florentinos son habladores e ingeniosos. Los genoveses, negociantes y pagados de sí mismos. Los napolitanos, arrogantes pero sentimentales. Los peores, los romanos –frunció el ceño de nuevo–: maleducados, perezosos, bebedores y envidiosos de España; nos adulan si estamos presentes y despotrican contra nosotros en cuanto nos damos la vuelta.

–Lo tendré en cuenta, excelencia.

–Pese a todo, los placeres de Italia son innumerables –reconoció el duque–. Inconmensurables, diría yo.

–Lo sé. Pero no me trae el placer, sino el deber.

Al embajador se le ensombreció un instante el semblante. Respiró hondo.

–He de advertiros de algo. De un peligro.

–¿De qué tipo? –preguntó el pintor, con un punto de alarma.

–No me refiero a vuestra integridad física, sino al éxito de la empresa. Os ha salido un competidor.

–¿Otro enviado regio?

–Un país. Una forma de vida. Italia –dijo lentamente, como quien explica algo obvio.

–Entiendo.

–Demasiadas mujeres bellas. Demasiados placeres terrenales. Es un país «demasiado» en todo.

–No temáis por eso, excelencia.

–Estad alerta, por si acaso –sonrió por la alusión al contrincante–. Sólo trato de preveniros sobre las tentaciones italianas. No os demoréis en vuestra misión. Y avisadme si necesitáis cualquier cosa.

El pintor abandonó el despacho admirado por la opulencia de la nueva embajada de España, que no se correspondía con el declive de la nación que había apuntado el diplomático, pues la profusión de mármoles y tapices y el número de lacayos con librea daban una imagen de incontestable poderío. Era, tal vez, el canto del cisne de un imperio que había dominado el orbe. Precedido por un secretario, atravesó estancias y pasillos,

descendió la grandiosa escalera de mármol blanco diseñada por Borromini y, en la entrada, se encontró a su criado, esperándolo.

–¿Todo ha ido bien, don Diego?

–Todo en orden, Juan.

Salieron a la Piazza di Spagna, como ahora se conocía la antigua Piazza della Trinità–, y toda la alegría del mundo en primavera se desplegó ante sus ojos. En las calles de alrededor se hablaba castellano con los diversos acentos de España, la ropa negra predominaba entre los hombres, y era el barrio preferido de los extranjeros adinerados para alojarse, porque las posadas y casas de huéspedes españolas no sólo eran más limpias y seguras que las italianas, sino que en ellas se comía mejor. Las floristas voceaban su mercancía con desparpajo, los galanes compraban ramitos para ofrecérselos a las damas, y, sentados en el borde de la Barcaccia de Bernini, los jóvenes se prometían amor eterno en voz baja, arrullados por el rumor del agua que brotaba de la fuente.

–¿Sabes, Juan, lo que dicen los italianos?

–¿Qué dicen?

–*Roma non basta una vita*.

–Creo que lo entiendo.

–Serían necesarias varias vidas para disfrutar de tanta belleza como ofrece esta ciudad.

El rostro del pintor se iluminó, no tanto por la diáfana luz del mediodía, sino por los recuerdos. Hacía veinte años de su primer viaje a Italia, pero desde que llegara a la ciudad tenía la curiosa sensación de que volvía a casa, de que todo aquel tiempo de ausencia había sido un interludio, una larga espera hasta el regreso. «Veinte años…, un soplo», pensó.

Los colores terrosos y amarillentos de las fachadas de los edificios brillaban bajo el sol. Lujosos coches de caballos atravesaban la plaza, y los artistas hacían corro para contemplar la hermosura de las jóvenes que pretendían servir como modelos. El pintor, curioso, se acercó a uno de aquellos grupos.

–En Madrid no existe un espectáculo así –comentó el criado, sonriendo complacido.

–No se trata de un mercado de la carne, Juan, sino una exposición de la belleza.

–En España somos más papistas que el Papa, don Diego.

–Desde luego.

–¡No me creerían en Sevilla o en Madrid si cuento que en Roma hay reuniones de mujeres casquivanas! –exclamó, alborozado.

–No las tengo por casquivanas, Juan, sino por libres. Aquí rigen otras costumbres. No las censures sin conocerlas –recomendó.

En España era inimaginable que las jóvenes mostrasen públicamente sus encantos. Tal cosa se calificaría como una forma de prostitución. El *Novissimus Index* del Santo Oficio prohibía explícitamente los desnudos pictóricos, y amenazaba a los pintores transgresores con la pena de excomunión y una multa de quinientos ducados. Los inquisidores, con espíritu censor y valiéndose de estratagemas sibilinas o burdas, espiaban las casas de los coleccionistas y los estudios de los pintores en busca de mujeres sin ropa, ya fuese en lienzo o en carne pecadora, posando. Al ser tachado como arte depravado, sus poseedores ocultaban dichos cuadros en habitaciones secretas, donde los reservaban sólo para sus ojos.

Las sonrientes jóvenes hablaban con mucho movimiento de manos. Solían ser morenas, de piel aceitunada y cuerpos voluptuosos. Conversaban con desenvoltura y negociaban tarifas con naturalidad, quitando a aquellos encuentros cualquier escrúpulo mercenario, pues se trataba del alquiler de la hermosura para que los artistas menos experimentados se iniciasen y los veteranos les ofreciesen un pasaporte a la eternidad merced a sus pinceles. La belleza en plenitud de aquellas mujeres se marchitaría con el tiempo, pero el tiempo respetaría la belleza hecha arte.

Entonces, la vio.

Era de una guapura resplandeciente. Cabello castaño claro, ojos verdes, labios llenos y nariz helénica. Debía rondar los veinte años y, al contrario que el resto de jóvenes, no se contoneaba ni ponía los brazos en jarras, ni tampoco echaba hacia atrás la cabeza para reírse con estrépito. Sonreía al compás con la boca y los ojos, se movía con pausada elegancia, y los artistas mostraban hacia ella una especial deferencia: no se

aproximaban en demasía, conversaban con ella a una prudente distancia.

El pintor, imantado por aquella magnética beldad, se detuvo para admirarla. La contempló y escuchó un breve rato, hasta que hizo un gesto a su criado para continuar el camino.

Velázquez no la olvidó nunca.

Capítulo 40

Roma, junio - septiembre de 1649

El calor apretaba a comienzos de junio. El verano se presentaba tórrido. Sentado en un sillón de terciopelo encarnado, Inocencio X posaba ajeno a las gotas de sudor que le resbalaban por la frente. Aguantaba bien la incomodidad: era un septuagenario sin achaques y acostumbrado a concentrarse. Llevaba sotana blanca, de lino para sobrellevar los calores estivales, muceta y birreta cardenalicias de color rojo y zapatos colorados. Miraba fijamente al pintor.

–Así, bien. No os mováis, santidad.

No corría ni un soplo de brisa. Por las ventanas abiertas penetraban los aromas silvestres de los jardines. Los jardineros los regaban al atardecer, para que al agua, antes de evaporarse, le diese tiempo a empapar la tierra y pudieran beber las sedientas raíces. Al pontífice, que seguía fiel a su costumbre de trabajar hasta entrada la madrugada, le gustaba aspirar el olor a tierra húmeda por la noche.

El Papa, una hora antes, nada más llegar, había preguntado por la salud del Rey Planeta y alabado los dones con que Dios lo había adornado, y asimismo se interesó sobre la vida en Madrid, ciudad que había aprendido a querer durante su nunciatura. El pintor respondía con cortesía y parquedad, pues a su naturaleza introvertida sumaba la responsabilidad del encargo y la

conciencia de que no debía dilapidar el tiempo con conversaciones fútiles.

–Me acuerdo bien de mis visitas a vuestro estudio en el Real Alcázar. Disfrutaba mucho viéndoos pintar.

Con Velázquez, el pontífice no empleaba el plural mayestático. Haberlo conocido durante su etapa de nuncio en España motivaba que se dirigiera a él movido por los recuerdos, y le hablaba como años atrás en Madrid. Además, eso le proporcionaba un cierto rejuvenecimiento.

–También yo, santidad. Tenéis buen ojo para la pintura –dijo, no tanto como halago, sino como evidencia.

–Hace más de veinte años de aquello…

–El tiempo no ha hecho mella en su santidad. Seguís igual.

–El tiempo pasa para todos. Ya soy un viejo.

El pintor, por conducto del embajador español, había conseguido que el Papa le concediese la gracia de una sesión de posado, porque Inocencio X ansiaba ser retratado por quien él consideraba el mejor pintor de su época. Durante su nunciatura en España había tenido numerosas ocasiones de admirar los cuadros de Velázquez. Y allí, quieto, con la espalda recta y apoyada en el respaldo del sillón, su mente comenzó a funcionar como una noria que girase a la inversa. Así, en un determinado momento, el pasado se superpuso al presente.

–Don Gaspar de Guzmán era un gran hombre. Sabía ejercer la autoridad y, en ocasiones, era un dechado de sinceridad –comentó el Papa.

La alusión al conde duque de Olivares enterneció el corazón de Velázquez. Pausó un instante sus rápidos y certeros dibujos a lápiz sobre el papel.

–Era un hombre enérgico. Amigo de sus amigos. –Iba a añadir que lo añoraba, pero se interrumpió. No era conveniente hacer confidencias.

Acto seguido, se produjo un silencio por unos minutos. De los jardines llegaban lejanos cantos de pájaros. Pronto cantarían las cigarras. Velázquez aprovechaba al máximo el tiempo. Sólo se le permitía hacer bocetos de su santidad durante una mañana; no habría más sesiones de posado. El lápiz de mina de plomo volaba sobre el papel, captando el gesto del pontífice, esbozando el

perfil de sus manos y el volumen de sus ropajes.

–Tengo entendido que, en vuestro anterior viaje a Roma, os alojasteis en los palacios vaticanos. ¿Repetiréis?

Hablaba un buen castellano, aprendido en su etapa en la nunciatura napolitana y perfeccionado en la española.

–Esta vez, no –respondió el pintor.

–¿No los encontrasteis acogedores?

–Mucho, santo padre.

Era cierto. Ver de nuevo a los guardias suizos cuadrarse ante él, en calidad de embajador extraordinario de Felipe IV, había removido sus recuerdos.

–¿Quién os ha proporcionado casa?

–Ha sido por mediación del cardenal Moscoso de Sandoval. Su eminencia insistió. Él me ha conseguido alojamiento en el palacio de don Ángel Aponte, un noble español natural de Jaén, de donde fue obispo el cardenal.

Inocencio X tensó la boca. Moscoso de Sandoval había sido uno de los pocos purpurados ausentes en el cónclave donde él resultó elegido Papa. La obsesión del cardenal, durante su largo episcopado jiennense, había sido conseguir bulas y dinero para terminar de construir la catedral de Jaén, para convertir el templo en el más importante y armonioso de la cristiandad. «A fin de cuentas», pensó, «no es un cardenal intrigante, sino alguien empeñado en construir un sueño». Más relajado, dejó de apretar los labios.

–Quiero pediros un favor.

–Decid, santidad.

–Mi cuñada, Olimpia Maidalchini, arde en deseos de ser retratada por vos.

–Será un honor pintarla, santidad.

–Os espera en su palacio. Id en cuanto podáis. Ah, y un último ruego.

Inocencio X arrugó el entrecejo, como para remarcar su interés en la petición.

–Pintadla antes que a mí –dijo, contundente.

Esa misma tarde, Velázquez se dirigió al palacio Pamphili con sus trebejos. Olimpia, que esperaba su llegada, lo recibió vestida enteramente de negro, con ropa holgada para disimular su figura

entrada en carnes, unos guantes de gamuza y un velo translúcido sobre la cabeza. No llevaba joyas. Quería dar una imagen de austeridad y recato.

Se mostraba feliz. Giambattista le había hablado tanto de la genialidad de aquel pintor que ella disimulaba su emoción a base de locuacidad. Él, entretanto, se limitaba a callar y a observar mientras la dibujaba sobre el papel. Al menos, ella no le había impuesto un límite.

–Girad la cabeza un poco hacia la derecha. Así, bien, donna Olimpia.

Ella le hablaba con orgullo del avance de las obras de la Piazza Navona, de cómo aquellas construcciones la dotarían de una belleza nunca vista antes, de sus excelentes relaciones con arquitectos, escultores y pintores de media Italia, de su empeño de vivir rodeada de armonía. Y, en un momento determinado, preguntó:

–¿Os acordáis del beneficio eclesiástico que os facilitó su santidad siendo nuncio en vuestro país?

Aquella pregunta tuvo el efecto de un tiro de mosquete por retaguardia. Velázquez no se la esperaba. Dominando su sobresalto, respondió sin dejar de dibujar:

–Por supuesto. En aquel tiempo mi padre estaba falto de recursos económicos y dediqué las rentas de dicho beneficio para que él viviese con holgura –detalló.

–Oh, don Diego, no creáis que soy una entrometida. No es de mi incumbencia el destino pasado y actual de ese dinero. Eso os concierne sólo a vos. Lo que trato de deciros es que fui yo personalmente la que hice las gestiones en la Santa Sede para que os concediesen tal prebenda.

–Entiendo.

–El difunto Urbano VIII no estaba por la labor… –añadió, sin descomponer su media sonrisa–. Sólo cumplí los expresos deseos del actual Papa.

–Ignoraba ese punto, donna Olimpia. Os lo agradezco del alma, aunque sea con tanto retraso.

Ella hizo un vago gesto con la mano, quitando importancia a aquella antigua pero fructuosa gestión.

–Las credenciales de vuestro rey os abrirán las puertas de las

colecciones artísticas de nobles españoles, pero no de las de los celosos coleccionistas italianos. Comunicadme cualquier obstáculo que encontréis. Me encargaré de allanaros el camino.

–Gracias.

El resto de la tarde transcurrió sin más sorpresas. La conversación fue monopolizada por Olimpia, pues él se dedicó al dibujo y a la observación psicológica para captar la personalidad de aquella astuta mujer. Ella hablaba un castellano aceptable; él entendía muy bien el italiano y lo hablaba pasablemente.

Terminado el boceto, y tras ser emplazado dos días después para continuar con el dibujo, se marchó al palacio del marqués de Valparaíso y duque de Jabalcuz, que no distaba mucho de la Piazza Navona. Allí, en dos habitaciones espaciosas y soleadas, comprobó que Juan de Pareja, su criado, había terminado de montar el estudio de pintura, y que todo estaba pulcro y ordenado. Ángel Aponte concordaba con él en muchos puntos de vista. Ambos eran del tipo de andaluces que preferían los recoletos patios interiores a la muchedumbre festiva, el sentido del humor a la guasa y la finura discursiva a la exuberancia verbal. Así se vio cuando, antes de cenar, mantuvieron una grata charla, santificada con un vino. El noble, un hombre de edad y bien parecido, poseía abundante cabello color carbón, era alto y usaba bastón, pues renqueaba de las dos piernas, consecuencia de sendos metrallazos. Pronto a la sonrisa y tardo al enfado, poseía un carácter afable y una mirada irónica. Tenía un acento cerrado apenas suavizado en su ya larga estancia italiana y, como gran conversador que era, no sólo sabía escuchar, sino que valoraba los silencios cómplices y la ausencia de palabras cuando no había nada interesante que decir.

–¿Os gusta este tinto, don Diego?

–Es recio –carraspeó.

–No es precisamente para damiselas –rio el marqués–. Es de Torreperogil. Lo hago traer expresamente de mi tierra natal. Tengo el paladar hecho a él. Es bueno para pasar las migas con avíos y acompañarlo con una morcilla asada.

Velázquez dio un sorbo a la copa y la dejó sobre una mesa de nogal. El marqués de Valparaíso hizo lo mismo. Estaban en la biblioteca del palacio. Alrededor de dos mil libros alineados en

los estantes de madera de cedro evidenciaban las preferencias lectoras del dueño: historia, literatura y filosofía. En las paredes colgaban los retratos de sus antepasados.

–El gusto por este vino es algo que me queda de mi antigua vida de soldado. En el frío y embarrado Flandes caldeaba el espíritu y avivaba la añoranza por el hogar –comentó.

–Os hacía más un hombre de letras que de armas.

–No andáis descaminado.

–Como Cervantes.

–Como don Quijote, más bien –sonrió e hizo ademán, con el bastón, de empuñar una lanza para lanzarse en acometida contra unos molinos de viento–. ¿Conocéis las andanzas del caballero de la Triste Figura?

–Es mi libro favorito. Lo he traído entre mi equipaje.

A una casi imperceptible señal del aristócrata, un lacayo rellenó ambas copas. Brindaron tocando apenas el borde de cristal. El marqués se levantó con cierta dificultad de la silla, apoyando con fuerza las manos en los reposabrazos y, ayudado por el bastón, recorrió con lentitud el trecho que lo separaba de una estantería, de la que entresacó dos manoseados volúmenes.

–Edición de Juan de la Cuesta. Primera y segunda parte –explicó.

–La misma que yo poseo. Es un bien preciado para mí.

Sonrieron e intercambiaron miradas. Todo estaba dicho. Quienes amaban aquel libro compartían un universo intelectual y afectivo. La simpatía mutua se intensificó aún más.

Tras devolver el *Quijote* a su hueco, regresó a la mesa con sus andares obligadamente lentos.

–Regalo de mi estancia en Flandes –dijo a modo de disculpa, palmeándose las piernas una vez sentado–. Serví años junto a don Ambrosio de Spínola. Estuve con él hasta el final. Hasta su muerte.

–Tuve el honor de conocerlo.

–Fue el mejor general al servicio de España. –Alzó el mentón y se le empañó la mirada.

–Lo conocí en Génova. En mi viaje de juventud a Italia. Gracias a eso pude retratarlo en…

El marqués fue rápido al nombrar el cuadro:

–*La rendición de Breda* –sonrió, nostálgico–. Me han hablado mucho y bien de ese lienzo. Estuve allí. En el largo asedio que rindió a la ciudad.

–De haberlo sabido, lo hubiese colocado al lado del general Spínola.

–Lo importante es que la fortuna nos haya deparado conocernos, don Diego.

Ambos asintieron con la cabeza, celebrando ese giro del destino. Cruzaron una mirada de fulgurante complicidad. Era curioso cómo la caprichosa vida unía a personas que vivían tan lejos y, en cambio, obligaba a convivir a diario con otras con las que, o bien todo las desunía, o las unía la animadversión recíproca.

–¿No tenéis pensado volver a España? –inquirió.

–No. Sucumbí a la dulce vida.

–Ya. Italia. –Velázquez recordó la advertencia del embajador.

–Vos ya la conocéis y lo sabréis bien.

–Era joven cuando la conocí, y vivía obsesionado por el trabajo. No me fijaba en otras cosas. Quizás estaba incapacitado para disfrutarlas.

En pocos segundos los recuerdos se atropellaron en su memoria: el lastre de sus modestos orígenes sevillanos, su afán de ascendencia social mediante la pintura y su extremo interés en agradar al rey.

–Son demasiadas las diferencias con nuestra nación. A la que serví y tanto quiero, que conste. Mas decidí amarla en la distancia… –comentó el noble.

Don Ángel destacó el contraste entre los secarrales de Castilla y la feracidad de los valles y campiñas italianos; entre una sociedad pacata y pesquisidora que vigilaba a su vecino por si había tenido abuelos judíos y otra a la que los conversos le importaban una higa, y además no se inmiscuía tanto en la vida del prójimo.

–Después de haber conocido ese infierno en la tierra llamado Flandes, Roma me parece una ciudad paradisíaca. La capital de la mismísima gloria –sonrió.

–¿Echáis algo de menos?

–Cosas de mi ciudad: amigos que dejé allí, mi cofradía de la

Santa Capilla, pasear por la Carrera y la plaza de Santa María, y comer gusanillos espolvoreados con azúcar… –evocó, nostálgico–. Pero bueno, aquí tengo todo esto. –Abarcó con la mirada su nutrida biblioteca–. Me he echado buenos amigos que, aun estando difuntos, me acompañan con sus escritos. Me he metido a historiador.

–¿Y qué escribís, si puede saberse?

–Una historia de España bajo los tres Felipes.

–Aún está inconclusa… –El pintor dio vueltas a la copa, reflexivo–. ¿Cómo creéis que acabará?

–Aunque pintan bastos, espero que bien.

–El rey es muy aficionado a la historia. Ya desde joven, mientras lo vestían en la alcoba, su preceptor le leía en voz alta libros de historia. –Hizo una pausa–. Yo también soy lector de historia. He leído y releído a Tucídides.

–*La guerra del Peloponeso*. La conozco. Me ayudó a plantear algunas batallas en mis campañas militares.

–Elegid bando: Esparta o Atenas –Velázquez planteó la disyuntiva como un duelo.

–Atenas, por supuesto. Siempre Atenas.

Alzaron de nuevo las copas para brindar por los atenienses y por la dulce vida con el recio vino de Torreperogil. El resto de la tarde se les fue en amigable conversación, hasta que el cielo se tornó azul oscuro y los estómagos, convertidos en leones, rugieron de hambre, a sabiendas de que para cenar tendrían gallina en pepitoria y chocolate con picatostes.

* * *

En el verano, Velázquez viajó a Nápoles para entrevistarse con el virrey, el conde de Oñate, para que éste –por disposición real– le adelantase una elevada suma de dinero, y también para organizar los futuros envíos de las obras de arte adquiridas en Italia, pues se había dispuesto que todas ellas saliesen rumbo a España desde el puerto napolitano. En la ciudad tuvo un largo encuentro con José de Ribera, más conocido como el Españoleto, pintor al que admiraba sin tasa, y el anciano artista

le confió que él ya no tenía nada que enseñarle, sino al contrario. De vuelta a la calurosa Roma, dividió su tiempo entre visitas a anticuarios y coleccionistas y su propia obra, pues, encerrado en las estancias que le servían de estudio en casa del marqués de Valparaíso, se entregaba a pintar mientras su criado realizaba sus propios quehaceres: preparar los lienzos de tafetán, sujetarlos en sus bastidores con tachuelas, darles la imprimación, moler muy finos los pigmentos para mezclarlos con el aceite, limpiar espátulas y pinceles, hacer recados y ocuparse en que la ropa de don Diego estuviese siempre limpia y planchada, pues era muy mirado en lo concerniente al vestir y odiaba el desaliño.

Sabedor de que, además de servir como inmejorable regalo, serían un buena muestra de su arte para impresionar a la sociedad romana, se esmeraba en los retratos del pontífice y su poderosa cuñada.

El estudio daba a un jardín donde, al caer la tarde, se desplegaba el olor de los jazmines, de los galanes de noche y del barro mojado de los tiestos. Allí, plácidamente sentado en un banco alicatado con cerámica talaverana, Ángel Aponte agasajaba a las visitas con vino dulce y ochíos dispuestos en una mesa de hierro forjado. Y también flotaba en el aire el suave aroma de la flor de la patata, cuyos frutos serían arrojados a los cerdos, porque los médicos convenían que las patatas eran insalubres para los humanos y que incluso causaban la lepra.

Una tarde de finales del verano, cuando el sevillano acababa de retocar los ojos negros de Olimpia y daba un paso atrás para comprobar el efecto de sus pinceladas, sintió un fulgor en su mente, un chispazo que le anunciaba una nueva obra.

–Juan, he pensado una cosa –dijo en voz baja, dejando la paleta y los pinceles junto a los tarros de pintura al óleo.

–Decidme.

El criado, que acababa de dar una capa de imprimación a un lienzo, sostuvo en alto la brocha mojada en cola de conejo y miró a su amo: con la sotana gris que usaba para no mancharse, reconcentrado, prolongando el silencio antes de hablar.

–A veces, lo que más impresiona no es el poder, sino la cercanía –murmuró, enigmático.

–No os entiendo. ¿Se trata de alguna filosofía?

–Se trata de lealtad. Y de esto. –Se tocó el corazón con la mano.

–No os sigo. –Juan arrugó la frente.

–Voy a pintarte.

Capítulo 41

Roma, 20 de septiembre de 1649

Nadie miraba hacia los abigarrados frescos del techo, ni reparaba en el lujo del mobiliario, ni tampoco apreciaba los bustos de mármol colocados sobre columnas que jalonaban las altas ventanas de la gran estancia. Las miradas se concentraban en un cuadro y en dos personas.

Los criados, con librea de color celeste y botonadura dorada, llevaban en equilibrio bandejas de plata con copas de vino y porciones de pichón trufado, que servían sin cesar. La aristocracia de más ringorrango, tres cardenales, y los artistas más reputados de Roma llenaban la sala de banquetes y bailes del palacio Pamphili. Un incesante rumor de alabanzas y un surtido muestrario de gestos de asombro se sucedían en torno al retrato de Olimpia pintado por Velázquez. La obra había causado sensación. Y todos la admiraban, extasiados y envidiosos a la vez.

Quiso pagarle una elevada suma de dinero, pero él se opuso con la excusa de que pintarla había sido un verdadero honor. No aceptó ni un ochavo. Regalarle el retrato era una forma de mostrar agradecimiento, y también una sibilina manera de que ella le facilitase el acceso a los grandes coleccionistas de arte, reacios a mostrar sus posesiones, pero incapaces de negar algo a Olimpia.

Ella, halagada y hasta emocionada con la pintura, había decidido dar una fiesta para exhibirla. Los parabienes se repartían a partes iguales: de la misma manera que se encomiaba la habilidad del artista para aprehender la personalidad de la retratada, se la felicitaba a ella por haber escogido a un pintor de tan inmensa valía. Incluso los más serviles ensalzaban la belleza de las Olimpias, la una y la otra, la de verdad y la de óleo, considerándolas indistinguibles, como si el cuadro fuese la imagen reflejada en el espejo. Y ella, aunque se percataba de la mermelada de las adulaciones, las recibía de buen gusto.

Sus hijos –y sus respectivos cónyuges– se encontraban allí, enorgulleciéndose del nuevo éxito social de su madre. Con Camilo se había reconciliado, pero por su nuera continuaba sintiendo un gélido odio, y ambas disimulaban en público la recíproca hostilidad.

Velázquez, con semblante serio, estrechaba manos, inclinaba levemente la cabeza o besaba anillos pastorales, según quién se acercase para darle la enhorabuena. Correspondía al remolino de saludos y se comportaba en público con gravedad, según la etiqueta aprendida en la corte de los Austrias. Su contención emocional lo llevaba a aparentar frialdad de trato y altivez. Analizaba todo antes de hablar y, si alguien le parecía cargante o estúpido, incapaz de disimular el engorro que le causaba la conversación, respondía con monosílabos o con opresivos silencios. Hombres y mujeres, envidiosos sin disimulo por la calidad del retrato, le solicitaban a bocajarro o con circunloquios que los pintase, pero él se limitaba a agradecerlo y a hacer un distraído gesto con la mano que no lo comprometía a nada en concreto, de modo que nadie quedaba disgustado.

El gremio de artistas, por su parte, se rendía ante su técnica. Los pintores, estupefactos por el tipo de pinceladas –tan poco empastadas, tan sueltas–, al principio se aproximaban a la tela para tratar de distinguir el nivel de detalle, pero enseguida se daban cuenta de que debían alejarse al menos un par de pasos para apreciar la obra en su conjunto, tal era la maravillosa concepción del lienzo.

Uno de los que más parecía apreciar la magnífica obra era Michel Viribay, miembro de la Accademia di San Luca. Era

conocido por sus cuadros de gentes con máscaras en festejos populares y por sus paisajes de olivos a lo largo de las cuatro estaciones del año, donde cambiaban la luz del cielo y la tonalidad del verde de los árboles de troncos nudosos y retorcidos.

Viribay felicitó a Velázquez con tono mesurado y palabras escogidas, algo que agradeció este último, hastiado de escuchar frases hiperbólicas. Al español le interesaba averiguar qué pensaba el distinguido integrante de la Accademia, la institución artística más importante de Italia, y por ello conversaban en un aparte cuando, de repente, Velázquez la vio.

Era ella.

La joven de impactante hermosura que había visto a finales de mayo en la Piazza di Spagna.

Entremezclada entre los artistas, sonreía y hablaba con ellos con familiaridad. Viribay, al ver que el pintor del rey de España se había desentendido abruptamente de la conversación para mirar con fijeza en una dirección, giró la cabeza. De inmediato, sonrió.

–No me extraña que os fijéis en ella.

–¿La conocéis?

–Naturalmente. Es Flaminia Triunfi.

–Trabaja posando. ¿No es así?

–No sólo ejerce como modelo… –dijo Viribay, con un tono barnizado con misterio.

Velázquez, con interés avivado, se quedó a la espera de que su interlocutor completase la frase.

–También es pintora. Y buena –comentó, al fin.

–Ajá. –El chispeo de sus ojos desmentía la aparente indiferencia de su semblante.

Una radiante Olimpia se acercó en ese momento hasta Velázquez y Viribay, a quien a lo largo de los años había comprado varios cuadros, y transmitió al español los parabienes que todo el mundo dedicaba al retrato.

Un par de minutos después, Flaminia se aproximó al grupo. Saludó respetuosa a Viribay y a Olimpia, a la que trató de «excelencia», y fue el académico quien, con pausada cortesía, le presentó a Velázquez.

–Ya os había visto antes –dijo el pintor.

Se hizo un silencio expectante.

–En la Piazza di Spagna. Rodeada de las flores que vendían las mujeres. Era primavera –aclaró Velázquez.

–Pues no me regalasteis ningún ramo. Creía que la galantería era patrimonio español.

De cerca era aún más guapa. No llevaba ni pizca de maquillaje, a excepción de los labios, pintados de rojo. Vestía con sencillez, en tono violeta. Llevaba el pelo recogido en un moño, y sus ojos verdeaban con intensidad bajo la luz del atardecer que penetraba por las altas ventanas. Su voz tenía la dulzura de la leche con miel. Hablaba un español con entonación italiana.

–No sabía qué flor es vuestra favorita –se disculpó.

–Todas, me gustan todas. Lo importante, además, es el detalle.

Olimpia, intuitiva, se disculpó y se marchó. Viribay, por su parte, adujo que lo habían llamado unos compañeros de la Accademia.

–¿Qué os parece Roma, señor Velázquez?

–Ya la conocía. Estuve hace… –Echó cuentas. Durante su primer viaje a Italia ella aún no habría nacido. Se sintió repentinamente viejo–. Estuve hace tiempo.

–¿Qué os trae por aquí esta vez?

Y él, a contracorriente de su comportamiento habitual, abandonó el laconismo y se entregó a una ebriedad comunicativa: le explicó el motivo de su viaje y pormenorizó la ruta seguida desde que, en enero, desembarcara en Génova. En dos ocasiones remarcó que viajaba en calidad de embajador extraordinario de Felipe IV.

Ella, que sostenía entre ambas manos una copa de fino cristal con dos dedos de vino, se mantenía callada mientras escuchaba perorar a aquel hombre de semblante serio y porte altivo, de abundante cabello color ala de cuervo y sin una cana. Lo escuchaba y calibraba su personalidad. Flaminia tenía la seguridad de que aquella impulsiva locuacidad y la insistencia en resaltar su condición de enviado regio enmascaraban su nerviosismo. «Quiere impresionarme», concluyó la joven.

–Me ha gustado mucho el retrato de donna Olimpia.

–Gracias.

–Es una mujer admirada y odiada. Muchos la respetan en público, pero abominan de ella en privado.

–¿Sí? –Se asombró de tanta franqueza en casa de la anfitriona.

–No sé de qué os extrañáis. Debéis haber sufrido algo parecido en carne propia.

–¿A qué os referís?

–La envidia. Las personas que se salen de lo común levantan suspicacias. Y vos sois un genio.

–Por Dios, donna Flaminia, por Dios…

–No tengáis falsa modestia conmigo, os lo ruego, pues es una forma de soberbia soterrada. Y vos no sois de esa naturaleza.

Estupefacto por la hondura de pensamiento y desenfado de una mujer tan joven, preguntó:

–¿Y cómo me calificaríais?

–Como alguien que sabe muy bien quién es.

Absortos en la íntima conversación, tenían la sensación de estar solos en un pequeño cuarto, no en una despampanante estancia palaciega junto a una multitud que bebía, cotilleaba, charlaba de cosas mundanas y lisonjeaba a Olimpia.

–El signore Viribay me ha dicho que sois pintora.

–Lo soy. Cuando no estoy posando para otros artistas, pinto. ¿Os gustaría ver algo mío? –Apuró el fondo de la copa y se chupó ligeramente los labios.

–¿Querríais posar para mí? –se sorprendió por la franqueza del ofrecimiento.

–Me refería a alguno de mis cuadros –respondió, sin poder evitar sonreír.

–Lo siento, yo… Os ruego… –La vergüenza le coloreó la cara.

La risa cristalina de ella cortó sus torpes intentos de disculpa. La joven se sintió obligada a reanudar la conversación para que la incomodidad no se instalase en el ánimo de Velázquez.

–¿Qué tenéis pensado visitar próximamente? ¿El obrador de algún pintor? ¿Una iglesia?

–La villa Borghese.

–Dicen que es preciosa.

–¿No la conocéis?

–No he tenido el placer. Nunca me han invitado a verla.

–Podríais acompañarme. Si no tenéis inconveniente, por supuesto.

A él se le había olvidado ya el acaloramiento que había sentido momentos antes. Ella tenía la facultad de irradiar naturalidad. Y de intranquilizarlo y sosegarlo a un mismo tiempo.

–Mi criado os avisará con antelación del día de la visita a la villa Borghese.

–Podrá encontrarme en la Via Margutta. Allí vivo y pinto cuando no trabajo como modelo para otros compañeros de oficio –añadió, con un relumbre de inocentona malicia en la mirada.

Un cardenal, alto y derecho como un pináculo, se acercó con la intención de secuestrar durante unos minutos la atención de Velázquez, y Flaminia aprovechó para ir en busca de aquellos que, aún sorprendidos, contemplaban la luz, la composición y el acabado del retrato de Olimpia.

Las mujeres, con el rostro empolvado de blanco, las mejillas con colorete y los ojos sombreados de azul, charlaban entre sí, escuchaban con aparente interés o indisimulado hastío a los hombres y, a un tiempo, vigilaban cualquier gesto de los presentes en la abarrotada estancia palacial.

A varias de ellas no se les escapó que Flaminia, al alejarse, volvió la cabeza para dirigir una última sonrisa a Velázquez.

Capítulo 42

Roma, 8 - 13 de octubre de 1649

El color predominaba sobre el dibujo. Las pinceladas, de cerca, eran meras manchas de color, lo cual obligaba a contemplarlas dos pasos atrás, tal y como hacía el pintor de vez en cuando para valorar la obra. El fondo era una nebulosa gris que mantenía suspendido al retratado en una atemporalidad. El formato, la técnica y la altiva humanidad que transmitía el personaje emparentaban la tela con su serie de enanos y bufones. Eso le agradó. Le gustaba enaltecer a las personas humildes o tenidas por estrambóticas.

–La barbilla un poco más alta, Juan. Bien, así.

Los rasgos físicos de su criado, trasladados al óleo, evidenciaban su filiación morisca: color oscuro de piel, pelo crespo y rizado, ojos como aceitunas negras y labios abultados. El porte y el semblante captaban orgullo y dignidad, cualidades que emparentaban el retrato al de cualquier rey o noble. Es más, miraba al espectador con una arrogancia idéntica a la del conde duque de Olivares. Mediante esa obra, pretendía demostrar de nuevo que la valía viajaba en el interior de cada cual, y que él solamente se encargaba de hacerla aflorar gracias a sus pinceles. Aquel retrato de Juan de Pareja desprendería la misma fortaleza de carácter y autoestima que el de Olimpia, por más que uno fuese un sencillo y leal sirviente, y otra, la mujer más poderosa

de Roma, y, tal vez, del mundo.

Sin descuidar los afanes laborales que lo habían traído a Italia, Velázquez trabajaba a diario en los retratos de su criado y del Papa, aunque había optado por terminar primero el de Juan, por razones sentimentales, pero también, porque intuía que le granjearía el reconocimiento de los círculos artísticos de la ciudad, algo que ambicionaba.

Nada más finalizar el cuadro, para recabar la opinión de todos sus conocidos en Roma, ordenó a su sirviente que lo mostrara, y Juan, envanecido de llevarse a sí mismo enmarcado bajo el brazo, se dedicó a visitarlos. Todos repitieron comportamiento: el asombro les provocaba una efímera mudez, abrían mucho los ojos, miraban alternativamente a la persona y al personaje al óleo y, como remate, se dirigían a la tela barnizada diciendo: «¡Habla!».

Enterado el pintor de que los cenáculos artísticos elogiaban sin tasa el lienzo, retomó el cuadro del pontífice y, por mediación de su criado, mandó recado a Flaminia del día en que iba a visitar la villa Borghese.

No se había olvidado de ella.

Capítulo 43

Roma, 15 de octubre de 1649

La mañana era soleada y fresca, de altos cielos azules y borrones de nubes blancas. En los jardines de la villa Borghese pululaban los pavos reales con sus coloridos plumajes, y, en los espacios acotados con vallas de madera, correteaban unas desmesuradas aves de largas patas y pequeña cabeza llamadas avestruces. Los surtidores de las fuentes echaban chorros de agua a gran altura, en los arroyos de mansa corriente nadaban los cisnes y las bandadas de grullas alzaban el vuelo con un rumor de ángeles migratorios.

En aquel vergel, seguidos a prudente distancia por el criado del pintor, admiraban el verdor de las plantas y el exotismo de los animales, respiraban el aire cargado de olores fragantes y hablaban. O, mejor dicho, hablaba él mientras ella escuchaba, algo que se repitió cuando llegaron al palacio, en cuya entrada estaba labrado en piedra el escudo familiar: un dragón alado y un águila. En aquellas estancias, en una fascinación compartida, descubrieron maravillas. Olimpia le había facilitado el acceso a la colección reunida por el cardenal Borghese.

La acumulación de obras maestras anonadaba a la joven tanto como las sucintas explicaciones que le daba él. Contemplaron el voluptuoso colorido de Rubens –hacia quien el pintor del rey tenía simpatía personal–, el tenebrismo de Ribera y el todavía

más melodramático de Caravaggio; la misteriosa dulzura de Leonardo da Vinci y la potencia escultórica de Bernini, cuyo mecenas había sido el cardenal Borghese, apreciable en la tensión de David justo antes de lanzar la piedra con la honda y también en Apolo persiguiendo a Dafne. Respecto de esta última escultura, la expresión de miedo y desconcierto de la ninfa, convirtiéndose en un árbol al ser alcanzada por su perseguidor, impresionó a Flaminia.

–Era un amor imposible. Al tocarla, Dafne se transforma en un laurel –explicó él, en plan profesoral.

–¿Un amor imposible o inalcanzable?

Sonrieron ambos y enseguida continuaron explorando la espectacular colección. Ella, resplandeciente y con fulgor en los ojos, contemplaba con admiración las obras artísticas, y también a él cuando, delante de alguna pieza, se acariciaba el bigote y esbozaba una breve descripción. Velázquez, acostumbrado a observar pacientemente a las personas, se había dado cuenta del brillo de la mirada de trébol de la joven, y ésta, a su vez, había reparado en que los ojos de aquel hombre relampagueaban a pesar de que aparentaba frialdad o, tal vez, un enorme control de sí mismo.

Al fin, el pintor escogió tres esculturas antiguas: el Gladiador, Sileno con Baco y el Hermafrodita. Había decidido hacer copia de cada una de ellas mediante un vaciado en yeso, procedimiento previo a la fundición en bronce; un proceso arduo para el que necesitaría movilizar a artistas especializados en tal menester. Un trabajo complicado que, de hacerlo mal, manchaba y arruinaba para siempre el mármol blanco de las estatuas, un material muy poroso. Habría que pactar un precio con el dueño, firmar documentos que permitiesen realizar las copias y conseguir permisos de exportación. Negociaciones y burocracia, algo que él odiaba pero que era necesario acometer. También en eso consistía su trabajo.

Luego contemplaron la ciudad desde los jardines de la villa. La panorámica de Roma era de una prodigiosa serenidad. La cúpula de San Pedro del Vaticano destacaba sobre los edificios. El frío aún no había conquistado el otoño, mas los cuerpos de ambos se rozaban, no tanto buscando el calor como la cercanía.

El envolvente silencio de la vegetación y los murmullos del agua de las fuentes y arroyos los hizo abstenerse de hablar. No lo necesitaban.

El sirviente, atento a la más mínima indicación de su amo, se mantenía alejado, para no importunar.

El pintor, nervioso y temeroso al principio, se mostraba ahora menos envarado y más tranquilo. Nunca había paseado a solas con ninguna mujer aparte de la suya, y los escrúpulos morales lo habían asaeteado desde días atrás, una vez concertada la visita a la villa Borghese.

–Sabéis bastante de mí, pero yo, apenas nada de vos –dijo él.

–¿Qué queréis saber?

–Empezad por el principio. Todas las historias tienen un comienzo.

–¿Y un final?

El vocerío de los vendedores ambulantes y el traqueteo de los carretones tirados por jamelgos con mataduras no llegaba hasta los jardines. La ciudad, a sus pies, parecía un silencioso bálsamo. En el horizonte se veían los pámpanos rojos y amarillos de los viñedos. La uva ya fermentaba en tinajas.

–Algunas, no –respondió él, formulando un apresurado deseo–. No todas las historias han de finalizar.

Flaminia, con humildad y naturalidad, le hizo un compendio de su vida; cómo desde pequeña se había sentido arrebatada por el arte –vocación fomentada por su familia con posibles–, en qué talleres aprendió a pintar y que ser modelo era un divertimento practicado en contadas ocasiones.

–Al contrario que vos, apenas he viajado. Me falta mundo –concluyó.

–Creo que albergáis un mundo propio.

Entonces, para desmentir la falta de sonidos de la ciudad, las campanas de Roma comenzaron a repicar. Los ojos de ella, por momentos, parecieron esconder dos soles verdes.

Capítulo 44

Roma, 10 de noviembre de 1649

Una avalancha de recuerdos gozosos se le agolpaban en la mente conforme atravesaba los pasillos del Quirinal. En su primer viaje a Italia había residido una temporada en los palacios vaticanos, de los cuales le placían su boato y el exigente protocolo de la curia. Pero, esta vez, su presencia revestía mayor solemnidad. Debido a su rango de embajador extraordinario de su católica majestad, iba precedido por un monseñor y escoltado por unos guardias suizos de hierático semblante. Los pasos resonaban en los mármoles, iluminados por el tibio sol de otoño que penetraba por los ventanales. Detrás del pintor caminaban dos mozos de cuerda que sostenían un cuadro, debidamente protegido para evitar que sufriese desperfectos durante el traslado. Su criado llevaba un caballete plegado.

Cuando el monseñor abrió la puerta de los apartamentos papales, colocaron con sumo cuidado la pintura sobre el caballete y se retiraron todos, a excepción de Velázquez, que aguardó junto al lienzo la llegada del Papa, convenientemente avisado. Por los cristales entraba un sol de color membrillo, fruto que ya estaría recolectado y guardado en arcones junto a la ropa pulcramente doblada, para aromatizarla y conservarla libre de polilla.

Ningún pintor extranjero había tenido el privilegio de pintar

a un papa. Todos los retratos habían sido encomendados a italianos hasta ese momento. Ni siquiera el famoso Rubens había obtenido permiso para ello. Él era el primero en romper la tradición, en vulnerar aquella norma no escrita. Los pintores italianos, por consiguiente, juzgarían el cuadro con inmisericorde dureza si no les parecía bueno, o si el Papa no quedaba satisfecho con el resultado. Pero él, confiado de sí mismo, no sentía nerviosismo, sino expectación.

Al poco, entró el pontífice, que extendió la mano para que el pintor besase el anillo de Pedro. Parecían dos figuras de ajedrez: una blanca y otra negra. Sin mediar palabra alguna, Inocencio X se encaró con su retrato en un interrogatorio mudo.

El pasional color rojo dominaba la composición. El fondo era un cortinón bermejo, así como el sillón, la muceta surcada de brillos, la birreta y los zapatos. El blanco como de nieve recién caída de la sotana contrastaba con fiereza. El Papa, sentado, descansaba ambas manos en los reposabrazos, y una de ellas sostenía un papel, una carta doblada. Era el retrato de un hombre anciano y poco agraciado. Pero era mucho más que eso.

Inocencio X, tras contemplar unos momentos la tela, giró la cabeza para mirar al artista y, acto seguido, volvió a sumirse en un reconcentrado estudio del lienzo. Parecía analizarlo. Era un careo consigo mismo, pues aquello se trataba de algo más que su imagen en un espejo.

El rostro. El gesto. Los labios apretados. La mirada.

Todo residía en la mirada. En aquellos ojos que se clavaban en el espectador y que delataban una volcánica ambición, un llameante poder. Las pinceladas habían succionado la personalidad del Papa, captado su psicología más profunda.

En el silencio casi físico que se expandía por la estancia se percibía la respiración del pontífice.

Entonces, Inocencio X, sabiendo que aquel retrato lo despojaba de cualquier secreto, se volvió hacia Velázquez.

–*Troppo vero*.

El pintor se tomó aquellas palabras como el mejor halago que podía recibir.

Demasiado verdadero.

Capítulo 45

Roma, 11 de noviembre de 1649

Los proverbiales señorío y largueza de Ángel Aponte se manifestaron en la cena que dispuso para Flaminia y Velázquez en su palacio. El marqués, que por haber amigado con el pintor estaba al tanto de sus visitas a la joven, les cedió un salón para la velada.

Apegado a los platos sencillos, cultivaba en sus fincas del Lacio las verduras y hortalizas que solía comer en su tierra natal, y, como se le antojó poco fino servir revuelto de collejas, lentejas pardinas, olla podrida, cardo en salsa y huevos fritos con ajoporros, por disposición suya, las cocineras prepararon pipirrana, paté de perdiz, espinacas esparragadas, faisán con orejones y, de postre, manjar blanco y yemas de Santa Úrsula.

En la chimenea ardía un fuego de madera de olivo sobre la que habían arrojado espliego. Los candelabros de plata proporcionaban una luz tenue, dada a confidencias. Los frescos del techo, de escuela italiana, representaban a un enjambre de ángeles revoloteando por encima de un cerro coronado por un castillo y una cruz, y en las paredes había colgados cuadros de Tiziano y de Michel Viribay.

Se sentaron enfrente, uno a cada lado de la mesa. Los criados del marqués de Valparaíso comenzaron a servir la cena y a escanciar el vino. En cuanto el pintor lo cató, comprobó que la

querencia de su amigo por el vino no admitía traición. Era tinto de Torreperogil.

Ella vestía una falda turquesa, una camisa blanca y un chal escarlata, y llevaba el pelo recogido en la nuca. Él iba de negro; no concebía vestir de otra manera.

Alzaron las copas para brindar por el éxito del retrato del Papa, y bebieron.

–Es como si chupase una teja. Debe de ser vino de soldados –dijo ella, guiñando los ojos.

–Don Ángel lo fue.

La excusa de la cena era celebrar la excelente acogida del retrato por parte de Inocencio X. El verdadero motivo era estar juntos en un lugar elegante y discreto, a salvo de injerencias.

Mientras comían –ella tenía buen apetito–, él le relató las palabras de su santidad y las de los miembros de la curia cuando, a petición del pontífice, fueron pasando por los apartamentos papales para admirar la obra y comentarla *sottovoce*.

–Me obsequió con esto –añadió.

Puso sobre la mesa una magnífica cadena de oro macizo de la que pendía una medalla con la efigie del santo padre. Flaminia la tomó con cuidado para examinarla.

–Es un espléndido regalo –susurró, comprobando el grosor de los eslabones.

–Así lo creo.

–Menos mal que no os agasajó con otra medalla que circula por Roma.

–¿A qué os referís?

Con jocosidad, le contó que, desde hacía tiempo, existían medallas satíricas de latón que tenían grabado en el anverso la imagen del Papa con peluca femenina y manejando una rueca; y, en el reverso, aparecía Olimpia con la tiara, sosteniendo en las manos las llaves de san Pedro.

–¿Las habéis visto? –preguntó él, escandalizado.

–No sólo las he visto, sino que tengo una. Incluso he pensado hacer un grabado donde figure tan curioso objeto.

–¿Lo decís en serio? –Abrió los ojos con desmesura.

–Claro que no. Estaba bromeando –rio.

A él no le había quedado claro si la broma se refería a la

posesión de la medalla o a la intención de realizar un atrevido grabado, mas se abstuvo de hacer comentarios.

La contempló a la luz de las velas. Estaba guapísima. Reacia a maquillarse, en cambio sí le gustaba pintarse los labios con crema de cera de abeja de color rojo. Al beber, dejaba en el borde de la copa la huella de sus labios, como un beso malogrado. En las semanas anteriores, él había conocido su obra y constatado que tenía talento y posibilidades para llegar a ser buena pintora. Es más, a petición de ella, se había comprometido a darle clases de dibujo. A ella sola, en su estudio.

–¿Os sentís bien aquí? –preguntó Flaminia, tras probar un poco de paté de perdiz untado en pan.

–¿Ahora mismo o en Roma?

–Decidid –le planteó, bajando la voz.

La liberalidad italiana contrastaba con la opresiva moral española. En un país existía una intensa alegría por vivir; en el otro, lo que no vigilaban los inquisidores lo espiaban los vecinos tras los postigos de las ventanas o los quicios de las puertas. La enorme distancia geográfica acrecentaba el sentimiento de que su vida en Madrid era cosa del pasado, que disponía de absoluta libertad. Tras meditarlo unos segundos, respondió:

–Me siento contento en todo momento.

Flaminia ladeó levemente la cabeza para valorar la respuesta. Él, antes de que ella hablase, matizó:

–Pero me siento todavía más feliz cuando vos me acompañáis.

Los ojos de ella se incendiaron de verde. Sonrió y se mantuvo unos instantes en silencio, paladeando lo oído como un manjar semejante a los que había en la mesa. Al cabo, desveló sus sentimientos:

–A mí me sucede igual.

Entonces, como un río largamente represado que se desborda, él, contrito, expuso sus pensamientos:

–Soy un viejo.

–Sois un hombre con experiencia.

–Sabéis que estoy casado.

–Yo, no.

–Mis hijas tienen más años que vos.

–No me importa.

–Sois una belleza, y yo, un hombre común.

–Sois un hombre de los que saben hacer feliz a una mujer –replicó, con pasmosa seguridad.

De nuevo se hizo el silencio. Crujieron los troncos de olivo en la chimenea. Un criado entró en la sala para servirles un poco más de vino y, cuando se retiró, ella volvió a hablar:

–Pensáis demasiado y sentís poco. Dejaos llevar.

–Es difícil. Estoy acostumbrado a hacer lo contrario.

–Es más fácil de lo que creéis. Puedo ayudaros. Nunca os presionaré para hacer lo que no queráis. No me gustan las ataduras.

–Tengo una vida allá –repuso, señalando con la mano un hipotético punto cardinal.

–Sé que regresaréis. Pero ahora estáis aquí.

Él bebió un sorbo de vino, cogió de una tartera de vidrio una yema de huevo glaseada con azúcar y se la ofreció.

–Gracias.

Le dio un bocado, la saboreó con los ojos cerrados y le dio a él la mitad restante. El pintor, con la sangre puesta a hervir, se la echó a la boca.

–No puede haber cosa más exquisita –comentó.

–Sí que la hay.

Entonces, Flaminia se levantó y, rodeando la mesa, se aproximó a él, se inclinó y le dio un largo beso en la boca. Él mezcló el sabor de su saliva con el de sus labios pintados con carmín de cera de abeja, y supo que el placer sabía a un panal de miel.

–Disfrutad del presente –susurró ella–. El presente es lo único que merece la pena.

Capítulo 46

Roma, 30 de noviembre de 1649

El éxito del cuadro de Inocencio X había motivado que varios cardenales solicitasen reiteradas veces a Velázquez que los retratara él, y, como ocupaban cargos importantes en la curia y por tanto no podía negarse, éste al fin claudicó. Acometer los nuevos lienzos le quitaría tiempo para sus gestiones oficiales en Italia. Ya se las compondría, había concluido para sí.

Pensaba en todo ello mientras, a primera hora de la tarde, recorría los pasillos del palacio vaticano precedido por un amable monseñor y escoltado por dos jovencísimos guardias suizos de pasos acompasados. Mas también pensaba en cómo la distancia de España y el tiempo transcurrido desde su marcha –casi un año– propiciaban un olvido sin remordimientos. Era consciente de que tenía mujer, familia y obligaciones profesionales en la corte, pero parecían estar envueltas en la niebla. Su vida, ahora, estaba en Roma.

En esta ocasión no tuvo que esperar al pontífice en los apartamentos papales, pues ya se encontraba allí cuando el monseñor abrió una puerta lacada en blanco. El Papa, sentado tras su mesa de despacho, revisaba unos papeles con expresión endurecida. Después de un breve saludo, el santo padre, poco dado a meandros dialécticos, le dio una buena nueva.

–Sé que, para completar vuestra misión artística, es

fundamental que visitéis las colecciones vaticanas y elijáis algunas esculturas para ser copiadas.

–Así es, santidad.

–Bien. Tenéis permiso para ello, y también para transportarlas hasta vuestro país.

–Os lo agradezco.

Se había levantado y situado cerca del pintor, al que sacaba más de una cuarta. La edad no lo había cargado de hombros ni aquejado de reúma, y su estatura era idéntica a la de su lejana juventud. Los labios del Papa eran refractarios a la sonrisa, pero en sus ojos se adivinaba un fondo de alegría. Y de astucia.

–Os tengo reservada una sorpresa –comentó de pronto, entornando los ojos para hacerse el interesante.

El pintor, flemático, analizó la expresión del pontífice para averiguar si esa sorpresa sería buena o, quizá, viniera cargada con pólvora. El gesto impertérrito del Papa no permitía adivinar nada.

–He hecho llegar a la Accademia di San Luca mi satisfacción por vuestro retrato.

–Me honráis, santo padre.

Aquello significaba el visto bueno pontifical para la admisión de Velázquez en la Accademia. Ingresar en ella implicaba formar parte de un restringido círculo de personalidades que, además, monopolizaban las comisiones artísticas de los Estados Pontificios.

–Sé que os sentís dichoso en Roma. Como en casa…

El pintor, cauteloso, se abstuvo de responder.

–Roma es magnífica –continuó el Papa–, e Italia siempre ha sido cuna de artistas y paraíso de la belleza. Vivimos rodeados de arte. Vos estaríais muy bien aquí. Os ofrezco trabajar para nos –empleó el plural mayestático para enfatizar la formalidad de la propuesta.

–Pero, santidad, estoy al servicio de mi rey…

–Pues estadlo al servicio de vuestro Papa. –Lo dijo como si el cambio fuese muy sencillo de hacer.

–Me halagáis.

–No sólo de halagos vive el hombre. No viviríais de vanidades, sino de realidades –zanjó, con sentido práctico–. Os

nombraría pintor de la Santa Sede, aposentador de los palacios apostólicos y superintendente de los Estados Pontificios. Ningún hombre ha gozado nunca de tanto poder en materia de arte.

Velázquez, cauto de por sí, no supo qué responder, desbordado por la magnitud de la oferta. El Papa, apercibido del conflicto interno, inspiró con fuerza. Aquel silencio significaba que valoraba el ofrecimiento, pues una nueva y contundente declaración de lealtad a su rey hubiese bastado para rechazarlo de manera elegante.

–Tomaos un tiempo para pensarlo. No hay prisa.

–Gracias, santidad.

–Sólo os pido una cosa. Mantened el secreto. No querríamos indisponernos con su católica majestad antes de tiempo.

Inocencio X tocó una campanilla de plata. Entró al instante un secretario particular que, ante unas palabras susurradas por el pontífice, se marchó para regresar de inmediato con Michel Angelo, el barbero.

–También estoy al tanto de que habéis realizado un excepcional retrato de vuestro criado.

–Así es.

–Os honra. La grandeza artística no reside en la calidad del objeto o de la persona retratados, sino en la calidad de la pintura. Vos me lo enseñasteis hace muchos años en vuestro estudio en el Real Alcázar, en Madrid. ¿Os acordáis? Pintabais a un bufón del rey Felipe. Me disteis una lección, aún la recuerdo –pareció meditar–. Nuestro Señor Jesucristo no escogió como apóstoles a hombres de noble cuna, sino a hombres sencillos –explicó, evangélico.

El barbero, de pie junto al Papa, tenía las manos entrelazadas para ocultar su nerviosismo, pues le temblaban aun siendo poseedor de un pulso firme.

–Quiero pediros un favor –manifestó el pontífice.

–Decid, santidad.

–Pintad a mi barbero.

Capítulo 47

Madrid, 2 de diciembre de 1649

Los funcionarios estornudaban por los corredores del Alcázar, y parecían trompetear al sonarse los mocos. Pero, aun estando griposos y con tiritonas de fiebre, repasaban las cuentas y revisaban los documentos de un imperio al borde de la bancarrota pero que, si bien tambaleante, se mantenía en pie. Mas no iban a trabajar por espíritu de sacrificio, sino porque en sus casas todavía estaban peor. Pasaban más penalidades, los cristales eran un lujo al alcance de pocos y las telas enceradas colocadas en las ventanas de sus viviendas particulares dejaban pasar el frío.

Las bajas temperaturas y la ventisca obligaban al Rey Planeta a permanecer encerrado en el viejo palacio. Antes del rápido y pronto anochecer invernal, solicitó la presencia de uno de sus secretarios para escribir una carta al duque del Infantado, embajador en Roma.

El tema central de la misiva era Velázquez. El monarca, escogiendo con tacto las palabras, le pedía al embajador que no reparase en gastos, porque la misión del pintor en Italia era una cuestión de Estado, y las mejores antigüedades, las grandes obras de arte modernas y la contratación de artistas costaban mucho dinero. Pero, asimismo, manifestaba su impaciencia porque el pintor regresara a España, pues el viaje duraba ya casi un año y

todavía no había enviado nada para decorar el Alcázar y el Casón del Buen Retiro. Confesaba al duque del Infantado que Velázquez tenía un carácter desesperante debido a su pasmosa tranquilidad, y que era muy dado a dejar para mañana lo que debía hacer hoy, por lo cual el embajador debía reprenderlo de vez en cuando para que cumpliese su cometido.

Felipe IV firmó la epístola con el habitual «Yo, el Rey», e hizo llamar a su valido.

El Rey Planeta echaba secretamente de menos al conde duque de Olivares, a quien había depuesto hacía casi una década por las presiones de sus consejeros y que murió sumido en la tristeza en su forzado retiro zamorano. Don Luis de Haro, su valido actual, carecía del temple y la resolución de quien fuera su tío. Y, aunque guardaba cierta similitud física con él, carecía también de su volcánico temperamento y de su capacidad de reclamar la atención con su mera presencia. Se trataba de un hombre discreto y sin carisma cuyas mejores cualidades eran el rigor burocrático y no granjearse enemigos en la corte.

Don Luis notó excesivo calor en la estancia. Muchos eran los troncos que ardían en la chimenea. El resplandor de las llamas se reflejaba en los espejos con suntuosos marcos colgados en las paredes, en la esfera del reloj de una sola manecilla y en la escribanía de cerámica de Talavera de la Reina que descansaba sobre la mesa con tablero de mármol genovés, patas de ébano y remates de bronce.

–Quería preguntaros algo, don Luis.

–Decid, majestad.

–Espero mucho de la misión de Velázquez en Italia. Me llegan constantes noticias de que el Vaticano lo gobiernan unas faldas. ¿Estoy en lo cierto?

–Totalmente, majestad. Donna Olimpia, la cuñada del santo padre, es quien manda. –Se atusó el bigote, de guías enhiestas.

–Debe ser todo un carácter.

–Los informes así lo atestiguan, majestad. Y los testimonios de quienes la han tratado.

–Conozco bien al Papa. Congeniamos durante su etapa como nuncio. Era un hombre reservado y amante del arte. Jamás, en nuestras conversaciones, dio a entender que dependiera en tal

grado de esa mujer.

–Donna Olimpia ejerce de gobernanta del Vaticano.

El rey respiró hondo el aire caliente y oloroso a leña de pino. Con los años, se le habían caído los párpados, y su mirada se había tornado melancólica. Llevaba largo el pelo, que conservaba por entero de color rubio, sin asomo de canas.

–Pues habrá que halagarla. Hacerle un regalo singular.

–¿Tal vez una joya? A las damas les encantan las piedras preciosas –sugirió el valido.

–Demasiado previsible.

–¿Unos vestidos de la mejor seda? ¿Capas de lana merina? ¿Perfumes?

–Muy visto. Las mujeres son difíciles de entender y agradar.

La depresión consumía por rachas al Rey Planeta. Los días soleados cazaba en el Pardo, y, para no malgastar el tiempo, llevaba consigo a un secretario que le leía los documentos más perentorios, de modo que ponía el oído en los informes y la vista en las aves que abatía a disparos. Sin embargo, otros días no solía entretenerse como antaño en el teatro, sino que se refugiaba en la contemplación de las pinturas de su colección, o, sobre todo, se carcomía al pensar en lo mucho que había pecado en su belicosa juventud contra el sexto mandamiento y en el justo castigo que Dios enviaba ahora contra la Corona en forma de penalidades.

–Flores –acertó a decir el rey.

–¿Ramos de flores? –Al valido le pareció algo de poco valor.

–Flores, arbustos y árboles del Nuevo Mundo. Donna Olimpia podrá sembrar las semillas y plantar los árboles en los jardines de alguno de sus palacios. O en el Vaticano –compuso una media sonrisa maliciosa–. La belleza de las Indias Occidentales ornará los jardines italianos.

–Me parece muy original, señor. Dispondré que un navío traiga de las Indias plantas, frutales y flores.

–Podríamos contribuir con algo más. –El rostro del rey se tornó grave.

–Decid, mi señor.

–El año que viene se celebrará en Roma el Jubileo. El santo padre es un afecto a la causa española, y, por tal motivo, hay que echar la casa por la ventana en alguna ceremonia.

–La Hacienda pasa por males momentos, majestad. –El valido se echó a temblar–. La guerra consume la mayoría de nuestros recursos.

–Nuestros tercios combaten con heroísmo. Nuestra sangre vale su peso en oro.

–Ciertamente, señor. Pero la guerra contra los sediciosos portugueses supone una continua sangría económica. Y el mantenimiento de ocho mil soldados en la levantisca Cataluña también cuesta mucho dinero.

–¡Oh, pensáis como un contable!

–La política es una cuestión de contabilidad, majestad.

–La grandeza no entiende de economías. El mundo entero tiene que ver que España no declina. ¡Debe ser el Jubileo más español de la historia!

–Lo que vos dispongáis, señor.

Hizo una reverencia antes de marcharse.

Cuando don Luis de Haro abrió la puerta de la sala, el monarca oyó, más allá del antedespacho, un concierto desafinado de toses y estornudos.

Los esforzados funcionarios trabajaban constipados, con calentura, esperando algún reconocimiento por parte del rey que, tal vez, no se produjera nunca.

Capítulo 48

Roma, 4 - 15 de diciembre de 1649

Las noches que pasaba junto a ella se despertaba al amanecer para contemplarla aún dormida bajo la balbuciente luz del día. Ella respiraba pausadamente, sin los estremecimientos causados por los malos sueños. Él, sin llegar a creerse del todo haber dormido junto a un cuerpo tan hermoso y lleno de vida, pensando en la fortuna que tenía, se abrazaba a Flaminia y no caía en un duermevela, sino en un demorado placer. Y permanecía en esa postura hasta que ella abría los ojos o la urgencia del deseo lo acuciaba tanto que comenzaba a besarle, despaciosamente, la carne tibia. Y, con ascuas en la sangre, se amaban. Después, cuando miraba a sus ojos verdes, tenía que agarrarse a sus caderas para no sentir vértigo.

Para él, ella no suponía una exhumación de placeres olvidados, sino el goce de placeres nunca vividos. Tomaban juntos el primer alimento del día y rellenaban la jofaina con agua. Ella se dejaba lavar sus generosos pechos por sus manos, y todavía desnuda se pintaba los labios delante de un espejo mientras él la miraba con embeleso. E incluso en dos ocasiones, la dibujó a lápiz recostada en la cama, sin ropa y con los labios rojos. También le impartía algunas clases de pintura, para que ella mejorase la técnica al óleo y perfeccionase la perspectiva en los bodegones, género al que era muy aficionada.

–¿Cómo decías que llamáis a los bodegones en España?

–Pintura del silencio.

–Qué nombre más elocuente.

Los días transcurrían rápidos, como si un ladrón de relojes le hurtase horas al tiempo.

Algunas tardes, después de cerrar tratos con fundidores de bronce, supervisar los moldes de yeso, visitar galerías y anticuarios, y firmar contratos con coleccionistas, iba a casa de Flaminia, se sentaba cómodamente frente a una ventana y leía el *Quijote* mientras fumaba una pipa.

Ensimismado, ausente del mundo, con gesto serio y el bigote encerado, pasaba las páginas del libro hasta que, de pronto, estallaba en carcajadas, que, en el silencio de la casa, sonaban como un estampido dentro de una iglesia. Y, ante la pregunta de qué le causaba tanta risa, él le leía fragmentos de los capítulos en los que el hidalgo manchego ensartaba los odres de vino, se lanzaba montado sobre Rocinante contra los molinos de viento o, suelto de lengua, insultaba al pobre Sancho Panza.

Velázquez, pensaba ella, era un hombre diferente, complejo, con un mundo interior que rara vez se permitía aflorar. Él acostumbraba a mantener soliloquios con sus propios pensamientos. Nunca había conocido a ningún genio. «Posiblemente todos son así», se decía la joven.

Al terminar la lectura de un capítulo, dejó el *Quijote* en una mesa.

–Me gustaría pintarte –soltó lo que llevaba algún tiempo rumiando.

–Ya me has dibujado –contestó, pensando en los bocetos a lápiz, recostada sobre la cama.

–Al óleo.

–Tendré que comprarme algo elegante –respondió, halagada.

–No hará falta.

–¿Qué falda y corpiño has pensado que me ponga? –preguntó con coquetería.

–Ninguno. Estarás desnuda.

Le explicó que la idea la había tenido viéndola pintarse los labios frente al espejo, sin ropa.

–¿Será el retrato de una pintora? ¿Saldré con mi paleta y

pinceles?

–Será el retrato de una diosa –dijo, enigmático.

–¿Cuándo será?

–Cuando llegue el momento.

Capítulo 49

Roma, 20 de diciembre de 1649

En el neblinoso Londres, los teatros representaban la comedia *El matrimonio del Papa* con gran éxito de público. La gente se apretujaba para encontrar sitio y reía a carcajadas al ver a los protagonistas interpretar los papeles del Papa y de Olimpia. Los espectadores, envalentonados por las pintas de cerveza ingeridas, gritaban palabras emporcadas a los actores y después miraban sonrientes alrededor, en busca de reconocimiento por su ingenio vulgar.

–Me han llegado informes del contenido de la obra –comentó Inocencio X, ni molesto ni risueño, a su cuñada.

–¿Salimos bien parados? –preguntó Olimpia.

–El argumento es muy simple. –Hizo el gesto con la mano de espantar a una mosca.

–De eso estoy segura. Pero, ¿cómo nos ven? –insistió.

–Yo quiero casarme contigo, pero me rechazas.

–¿Porque eres el Papa?

–Porque soy feo.

–Tampoco es para tanto –sonrió, benévola.

Llovía sobre Roma. El aguacero se había llevado por delante varios de los endebles puentes de madera alquitranada que cruzaban el Tíber. Los chirriones, los carros que retiraban la basura, recorrían la ciudad bajo la lluvia para limpiarla con miras

al Jubileo que comenzaría el día de Año Nuevo. Se esperaban riadas de peregrinos y el pontífice se había propuesto adecentar la urbe.

–En la comedia, intento convencerte ofreciéndote una llave, y me preguntas si es la del cielo o la del infierno. A lo que respondo: «la del paraíso» –continuó explicando el Papa.

–No hace falta ser muy inteligente para deducir que prefiero la otra llave.

–La de las calderas de Pedro Botero.

–Claro.

–Escoges la llave del averno porque piensas que, cuando me canse de ti y te arroje allí, podrás escapar de él abriendo su cerradura.

–¿Y cómo termina ese dechado de inteligencia teatral?

–Con un baile.

–¿Entre tú y yo? ¡Si careces de sentido del ritmo!

–Los curas y las monjas bailan una zarabanda, muy contentos, sabiendo que si tú y yo podemos casarnos, ellos podrán también hacerlo. Por lo visto, el público patea entusiasmado y llora de risa.

–No me extraña. Es un humor para mentes infantiles. Y para borrachos –apostilló.

–Lástima que la Gran Armada de Felipe II fracasara –se lamentó el Papa.

–Fueron las tormentas las que desbarataron los barcos. –Ella miró hacia las ventanas–. Tormentas como ésta.

Las gotas de lluvia repicaban contra los cristales. La luz invernal viró de repente al gris oscuro. Era un invierno furioso.

–Todo está preparado para el Jubileo. –El pontífice cambió de tema–. Las iglesias están restauradas y limpias. San Pablo Extramuros resplandece. Ha costado mucho dinero dejar los templos en perfecto estado. Borromini ha hecho un trabajo extraordinario en San Juan de Letrán.

–Habrá que establecer un nuevo impuesto para sufragar tanto gasto –respondió ella, tan práctica.

Hablaban a solas en las estancias papales. Olimpia, como de costumbre, visitaba a su cuñado al caer la tarde. Al entrar por los jardines, ese día los había hallado empapados de lluvia. La

preparación del Jubileo centraba sus conversaciones en las últimas semanas.

–Acabo de acordarme de algo de mi época de nuncio en España. De un tributo. La alcabala de los vientos.

–Un nombre poético.

–Gravaba las actividades de los comerciantes extranjeros. Y precisamente…

–Vendrán a Roma muchos mercaderes con motivo del Jubileo.

–Exacto.

–Déjalo de mi cuenta. Pensaré en algo similar. Un gravamen extraordinario, temporal. Aunque quizá carezca de inventiva para designar poéticamente un impuesto –comentó ella, resolutiva.

Olimpia se sirvió una copa de vino napolitano. El Papa rechazó acompañarla. No le apetecía beber hasta la hora de cenar.

Con el contrapunto de la lluvia en los cristales, Inocencio X relató que, en una audiencia matinal, había recibido a un jesuita portugués recién llegado del Brasil, el cual, tras dos años de sesudo estudio, había elaborado una tabla de cálculo para determinar con precisión los días que el alma pasaría en el Purgatorio en función de la vida pecadora o virtuosa de cada cual, de las dispensas obtenidas y de los perdones recibidos. Entonces abrió un cajón y le mostró la *Tabla de calcular el tiempo en el Purgatorio*.

–Me ha solicitado el *nihil obstat* para patentar el invento.

La tabla constaba de casilleros y columnas en blanco para hacer anotaciones y estimaciones, así como las correspondientes sumas y restas de días pecaminosos y dispensados.

–¿Matemáticas para la vida de ultratumba? La idea no es descabellada.

–Eso pienso. Se trata de una idea piadosa.

–Me refiero a los posibles ingresos por su venta a cofradías, instituciones y particulares interesados.

–Ah, ya. El negocio. Siempre pensando en lo mismo, Olimpia.

–Siempre pensando en lo único, Giambattista –replicó.

Un lejano estampido anunció truenos y relámpagos sobre la Ciudad Eterna.

–El Instituto para las Viudas Dolientes ya ha recibido a las primeras inquilinas –manifestó, orgullosa.

–¿Necesitas algo urgente para allí?

–Que designes pronto al capellán y que te hagas cargo del cuadro de la Purísima que he encargado pintar para la capilla. Yo tengo muchos gastos –dijo, simulando malhumor.

–Eres una mujer rica –repuso el Papa, arrugando el entrecejo.

–Te recuerdo que una fortuna no se pierde por una mala inversión, se dilapida con las menudencias.

–Está bien. Lo que tú digas –concedió.

El Instituto para las Viudas Dolientes era la última obra benéfica de Olimpia. Se trataba de un asilo para acoger transitoriamente a viudas jóvenes y desamparadas. La apabullante presión social las condenaba a guardar la ausencia de sus maridos muertos, a recluirse en sus casas vestidas de luto, a mostrarse dolientes en público durante largo tiempo, y, finalmente, la socorrida solución para sobrevivir consistía en meterse a monjas o convertirse en prostitutas. Para evitarles la encrucijada del convento o del prostíbulo, Olimpia había comprado un casón en Roma, y como ya había hecho con el hospicio de *bambinas* y el poblado de mujeres en San Martino al Cimino, organizó un servicio médico, alimenticio y educativo para atender a las viudas durante una temporada. Apartadas de su entorno, para no dar que hablar, todas ellas recibirían una dote para casarse en segundas nupcias. Así tendrían la oportunidad de comenzar una nueva vida lejos de las lenguas viperinas.

–He dispuesto algo para salvaguardar las pinturas en las iglesias durante el Jubileo. Y aun después –intervino de nuevo el Papa, tras un pensativo silencio.

–¿Colocar soldados para que no roben los cuadros?

–Prohibir fumar.

La sorpresa agrandó los ojos de ella.

–El humo estropea las pinturas. No se podrá fumar dentro de los templos so pena de excomunión –explicó, categórico.

Un rayo iluminó el anochecer que se cernía sobre Roma. La

lluvia arreciaba.

Capítulo 50

Roma, 20 de enero de 1650

Las campanas de las iglesias saludaban y despedían el día repicando, en un alegre pregón de bronce. Para ganar la absolución de los pecados, miles de peregrinos cruzaban países y surcaban mares para llegar a la capital de la cristiandad el año del Jubileo. Acudían con el pelo apelmazado de sudor y polvo del camino, pero con el ánimo intacto. Las casas de huéspedes y tabernas se convirtieron en un pentecostés de idiomas, y las plazas, en improvisados escenarios donde predicaban frailes iluminados. Los pícaros, venidos de Nápoles o de España, vendían reliquias falsas a precio de ganga o escenificaban espontáneos milagros, y los romeros más incautos picaban, compraban huesos de supuestos santos y daban limosna a ciegos que, después de un inspirado sermón, recuperaban de repente la visión entre alaridos de júbilo, y cojitrancos que, ¡aleluya!, tras pasarse por las piernas una estampa religiosa, caminaban con donaire.

Tras mortificar la carne, purificar el alma y reconciliarse con el buen Dios, muchas gentes caían en las dulces tentaciones que ofrecía Roma. Primero visitaban las basílicas de San Pedro del Vaticano, San Juan de Letrán, Santa María Maggiore y San Pablo Extramuros; se confesaban, oían misa y comulgaban, y luego hacían un vía crucis tabernario para recuperarse bebiendo vino,

e, incapaces de resistirse a la quemazón de la carne, se iban de parranda a las mancebías. Puesto que habían recibido la absolución de sus pecados y tenían el alma lavada y planchada, daban gusto al cuerpo. Era una lógica implacable para ellos.

La ciudad recibía continuamente peregrinos, riadas humanas que rezaban, curioseaban y compraban. Los cardenales de edad provecta paseaban en sillas de mano soñando hacerlo en silla gestatoria, y los lacayos que los transportaban gritaban a la muchedumbre para abrirse paso.

Aquel día de enero, Velázquez, vestido con su mejor jubón y su sombrero favorito, forrado de tafetán, se encaminaba a la Accademia di San Luca. Iba a tener lugar un acto de enorme importancia para él: su ceremonia de ingreso. Con prisa por llegar, intentaba sortear a las multitudes que ocupaban las principales calles y plazas. Los romeros, deslumbrados por la belleza de Roma y magnetizados por su simbolismo, andaban despacio, embobados y admirados, estorbando el paso.

Aunque apurado, llegó con puntualidad. Una delegación lo esperaba en la puerta de la Accademia. También estaba una esplendente Olimpia. El papado era el protector de dicha institución artística, así que no era de extrañar que ella quisiera asistir a la glorificación del pintor que había realizado el mejor retrato de un pontífice. Y, tal vez, el mejor retrato de la historia.

Michel Viribay fue el encargado de presentar al español, pronunciar unas palabras protocolarias y realizar un esbozo de la pintura de caballete del neófito. Todo el solemne ceremonial se desarrolló en un respetuoso silencio, y cuando Velázquez, tras unas breves palabras, aceptó ser miembro, restallaron los aplausos.

El excelente retrato de Inocencio X había sido la credencial artística que le franqueara el paso a la Accademia. Aquella pintura era tan innovadora, tan alejada de la pomposidad al gusto de los poderosos, que todos elogiaron su maestría y perspicacia psicológica. Y pronto Velázquez confraternizó con sus nuevos compañeros, conoció el sorprendente uso de la técnica de la cámara oscura de varios de ellos y tuvo una charla especialmente grata con Bernini.

El que fuera artista predilecto de Urbano VIII, quien incluso

lo nombró *cavalieri*, y estrella de la alta sociedad romana se desvivió en elogios hacia el retrato. No sólo hizo gala de su envolvente simpatía, sino que, dechado de genio e inteligencia como era, no necesitaba revestirse con la armadura del orgullo y la soberbia. Sus expresivos y grandes ojos –con ojeras de trasnochador– brillaban al dialogar, y, mientras que el rostro de Velázquez apenas se alteraba, el suyo variaba continuamente demostrando estupor, alegría y reflexión.

El español se interesó por la construcción de la fuente de la Piazza Navona, y el italiano respondió que esperaba terminarla el año siguiente, pues podría dedicarle más tiempo una vez acabase la escultura del Éxtasis de santa Teresa para la capilla de la iglesia de Santa María della Vittoria, a la que daba los últimos retoques. Y, para remarcar que la imagen de mármol de la santa de Ávila ocupaba casi todo su tiempo, mostró sus manos: robustas y fuertes como las de un albañil, hechas al martillo y al escoplo, a los golpes durante ocho horas diarias. Velázquez miró las suyas propias de reojo: en contraste, finas y delicadas.

Llegado el momento, los académicos se marcharon. Al salir a la calle, Velázquez volvió a toparse con la realidad: la ciudad era un hormiguero que, aunque oraba en latín, hablaba y discutía en diferentes lenguas. Los españoles eran los peregrinos más numerosos, y los italianos, aunque obtenían ganancias en sus negocios gracias a ellos y los atendían servilmente, en cuanto les daban la espalda los criticaban tildándolos de bravucones, de creerse los primogénitos de Dios y de no apreciar a ninguna otra nación.

Pero más impresionante que el número de romeros y la bonanza económica que aparejaba el Jubileo era la cantidad de cortesanas que recorrían Roma en lujosos carruajes con el escudo de los Pamphili pintado en ellos. Algunas meretrices compartían vehículo y, maquilladas, peinadas a la moda y con sus mejores vestidos, iban en busca de clientes o en dirección a sus domicilios, para un discreto encuentro o una concurrida fiesta en la que, además de sexo, cantaban y tocaban el laúd desnudas, en un erotismo de pulso y púa; o hacían gala de gestos cohibidos y voz remilgada, algo que enloquecía a la clientela más exclusiva. Los peregrinos de mayor rusticidad, nada habituados a las

exhibiciones cosmopolitas, se daban codazos entre sí y las contemplaban boquiabiertos, y los más pudientes y menos impresionables también las miraban, porque jamás habían visto a las prostitutas viajar en coches adornados con escudos heráldicos.

El negocio pactado entre Olimpia y las mujeres de la vida nunca había sido tan próspero. Ellas obtenían seguridad: el escudo de la familia papal las protegía de injerencias administrativas y de desaprensivos ataques. Olimpia recibía a cambio un porcentaje de sus ingresos, y como éstos se multiplicaban ese mes e incluso aumentarían el resto del año, destinó buena parte al sostenimiento económico y mejora del hospicio de *bambinas*, del pueblo de mujeres en San Martino al Cimino y del Instituto de Viudas Dolientes.

El dinero del vicio, pensaba ella, revertía en las mujeres más desamparadas.

Era una buena manera de hacer justicia.

Capítulo 51

Roma-San Martino al Cimino, 20 - 24 de febrero de 1650

Eran mujeres altivas por apellido y por amistad con Olimpia, lo que las hacía sentirse superior a las demás. Medio centenar recorría la ciudad semanalmente recaudando donativos. No admitían ser tratadas como pedigüeñas, pues eran comisionadas de donna Olimpia, y, si el óbolo recibido no les satisfacía, dedicaban un chasquido de decepción y una despreciativa sonrisa al benefactor, dando a entender que la cuñada del Papa se enteraría de tamaña tacañería. Y todos sabían lo que significaba enemistarse con ella.

Esos donativos no sólo se destinaban a las mujeres de todas las edades protegidas por Olimpia en sus fundaciones, sino también a garantizar el bienestar de los romeros mediante la construcción de casas para su alojamiento y manutención y, asimismo, en la rápida erección de hospitales dedicados en exclusiva a atenderlos. Además, ella había convencido al papa de que, para frenar la avaricia de los más aprovechados, dictase una serie de prohibiciones que impidiesen subir el alquiler de las hospederías, adulterar el vino y el pan, y cobrar precios desmedidos en las tabernas. Olimpia alegó que todo el mundo tenía derecho a obtener beneficio del Jubileo, pero no a robar. «Que todos saquen tajada, pero respetando el séptimo mandamiento», razonó ante su cuñado.

En las puertas de las iglesias se colgaban carteles advirtiendo de la prohibición de fumar dentro so pena de excomunión, de modo que los hombres enviciados con el tabaco se agolpaban en la entrada fumando y escupiendo, esperando a que sus acompañantes saliesen de misa o de rezar jaculatorias. Tras apurar sus cigarros puros, arrojaban el chicote al suelo y aplastaban la brasa con la punta del zapato.

En los tenderetes de las plazas, se vendían calendarios con imágenes estampadas que, además de dar consejos a agricultores y ganaderos, vaticinaban que el presente año sería pródigo en lluvias y cosechas de grano, que habría enfermedades que provocarían muchas muertes en la mocedad y, finalmente, que habría sosiego universal y navegaciones felices de las flotas de comerciantes. Los peregrinos, como recuerdo, compraban aquellos lunarios redactados en italiano y español, y los frotaban varias veces en los mármoles de las basílicas para santificarlos y así asegurarse del cumplimiento de los buenos vaticinios e intentar rectificar los malos.

Cuadrillas de barberos, dirigidas por Michel Angelo, visitaban los templos y las fundaciones pías en busca de sacerdotes con el pelo largo, pues el Papa exigía llevarlo corto. A los infractores les metían la tijera *in situ* y, si protestaban demasiado, los trasquilaban. Cumplían órdenes del pontífice, inflexible en el cumplimiento de lo decretado.

Algunas tardes, al regresar de sus misiones, las mujeres recaudadoras y los obedientes barberos se encontraban en los palacios vaticanos. Pisaban con fuerza sobre los suelos de mármol policromado, satisfechos del deber cumplido. Y, cuando visitaba al Papa, Olimpia los veía. Ellas le entregaban el dinero recogido para que lo administrase a su gusto, y, como la cuestación marchaba a buen ritmo, decidió visitar San Martino al Cimino. Quería inspeccionar el pueblo en compañía del doctor Pollasanta, el cual también había organizado recientemente el servicio médico del Instituto de Viudas Dolientes.

Viajaron un día en el que el sol de invierno parecía el de una primavera anticipada. Olimpia, tan pragmática, revisó la contabilidad de la fundación, comprobó el estado de las casas – ordenó reparar las goteras de inmediato y encalar las

descascarilladas fachadas en cuanto apretase el calor–, dialogó con las internas, revistó las cocinas y alacenas y, sobre todo, habló largamente con Doretta, la eficaz encargada.

Ésta le comunicó que faltaban braseros, pues, aunque las jóvenes apenas los necesitaban, las mujeres de más edad, sí, por ser muy frioleras. Quemaban en ellos picón, el carbón obtenido del ramón del olivo, de las ramas podadas, y los aromatizaban con alhucema y cornicabra.

–Tendrás braseros. Pero cuidado, no vayan a atufarse algunas o a quedarse dormidas y salir ardiendo –dijo Olimpia.

Por su parte, el doctor Pollasanta supervisó la enfermería y dispuso la adquisición de medicinas para los catarros, así como de tratamientos para la sífilis. Algunas antiguas prostitutas padecían la venérea enfermedad. Urgía demorar su avance y paliar los dolores, siendo los vahos de mercurio y píldoras con dicho elemento el mejor remedio conocido.

Comieron al aire libre, bajo el sol. Los rayos calentaban los huesos del doctor Pollasanta, resentidos por los achaques. Ya era un anciano. Cuando al afeitarse se miraba al espejo, no entendía en qué momento lo había asaltado la vejez, ni cómo había podido suceder tan rápido. La vida pasaba deprisa.

–Soy como las lagartijas, que buscan el sol –dijo sonriendo.

Al médico le gustaba hacer balance de su vida y reiterar la suerte que había tenido al conocer a Olimpia, por darle ella la oportunidad de ocuparse de las *bambinas*, unas pacientes muy agradecidas que nada tenían que ver con su clientela anterior de ricos hipocondríacos y viejos matrimonios que el tiempo convertía en íntimos desconocidos, sin nada que decirse y mucho que reprocharse.

Doretta estaba contenta. Se le daba bien su trabajo como rectora de aquel poblado de mujeres. Muchas de ellas reconducían sus vidas tras su estancia en él.

El médico apenas hablaba. Se dedicaba a escuchar, a beber vino y a disfrutar del guiso de legumbres y de la trucha en escabeche. Ambas mujeres comentaban cosas interesantes, y la comida era abundante y suculenta. Observaba a Doretta. Ya había dejado atrás la juventud, pero mantenía la lozanía y, aunque sus ojos brillaban al hablar, él creía apreciar en su mirada

un poso melancólico. Por ello, después de dar buena cuenta del pescado, justo antes de meter la cuchara en unas natillas con galletas, el doctor Pollasanta se decidió a hablar:

–Doretta, nunca has contado nada de tu vida.

Aquello la pilló de improviso. Saboreó una cucharada del postre y, a pesar de que estaba en su punto de dulzor, sus labios expresaron un rescoldo de amargura.

–Hay poco que contar. O quizá me he visto obligada a olvidar para seguir viviendo –comentó con aplomo.

Olimpia y el doctor se miraron en silencio. Doretta suspiró y posó la cuchara en el cuenco.

–Mis padres eran campesinos –comenzó a relatar–. Buenas personas. Gente pobre –recordó, mientras sus ojos miraban hacia su interior–. Me casé muy joven con un soldado del ejército del Papa. Fuimos a vivir a Roma. Nos queríamos mucho y yo deseaba ser madre. Pero hubo guerra. El Papa invadió el ducado de Urbino, y las esposas acompañamos a las tropas. Los militares, tomándoselo como una aventura, marcharon alegres, confiados, cantando, como en una excursión. De eso hace nueve años…

El doctor y Olimpia sabían que se refería a la guerra que Urbano VIII había declarado al duque de Urbino. Una desgraciada y temeraria campaña que terminó en desastre militar y arruinó al Vaticano. Dándose cuenta de que Doretta sufría al relatar su pasado, no la interrumpieron. Dejaron que las palabras llegasen a su boca despacio; nacían del pozo de la memoria, y había que ahondar para extraer de allí los recuerdos.

–Era otoño –continuó–. Los árboles estaban de color amarillo, las hojas muertas caían de ellos y las pisábamos al caminar. El ejército del Papa avanzaba. Los oficiales, envalentonados, decían que aquello era un paseo militar. Hasta que, no sé cómo, comenzó la retirada. –Su mirada seguía vuelta hacia dentro–. Una tarde hubo una batalla cerca de Acquapendente. Vi desde lejos caer muerto a mi marido, junto a muchos de sus camaradas. Lo alcanzaría una bala, supongo… Hubo explosiones, humo, gritos, sangre… Temblando de miedo y de pena, con el corazón roto, corrí junto a otras mujeres y soldados y nos refugiamos en una casa, en las afueras del pueblo

que saqueaban las tropas enemigas. Oscureció.

Alzó la cabeza y contempló el paisaje. Una neblina azulada difuminaba en el horizonte una cadena montañosa. En los campos cercanos despuntaba el verde. Apartó la mirada de la naturaleza.

–Alguien del pueblo nos exigió dinero para guiarnos en la noche y poder escapar. Decía conocer una ruta segura. Reunimos lo que teníamos y le pagamos. Huimos. Al cruzar un río, una niña recién nacida comenzó a llorar. La madre, desesperada, era incapaz de calmarla. El guía se acercó con un cuchillo hasta la niña para degollarla, pues podía delatarnos ante los enemigos que nos perseguían. La madre, para evitar que acuchillaran a su hija, la ahogó en el agua con sus propias manos y continuó cargada con el cuerpecito sin vida hasta que, al día siguiente, hizo un hoyo y la enterró. Le pregunté cómo se llamaba la pequeña. Todavía me acuerdo de su nombre: Innocenza.

Una bandada de pájaros surcó el cielo. Las nubes blancas flotaban, varadas en un océano de aire azul. Tomó aire.

–Llegué a Roma sin nada –continuó, triste–, sin tener a nadie. Pasé mucha necesidad y me vi obligada a vender mi cuerpo. Pasaba miedo, frío y hambre. Algunos hombres, tras yacer conmigo, no me pagaban, pero sí me pegaban. Un día, Fidela me vio, me recogió de la calle y me puso a ejercer el oficio para ella, en su casa. Se portó muy bien conmigo. Yo pensaba que sería prostituta el resto de mi vida hasta que aparecisteis vos, donna Olimpia. Y, por fortuna, todo cambió…

Llegada a ese punto, Doretta bebió un sorbo de vino y esbozó una sonrisa de agradecimiento Sus ojos temblaban con el rocío de unas lágrimas que no llegaron a derramarse.

Olimpia, en un emotivo e inusual arranque, le acarició la cara con ternura y depositó un beso en su frente.

–La afortunada fui yo, Doretta –murmuró–. Descubrí a una mujer buena, inteligente y valiente. Sin ti, esto no funcionaría. –Señaló las casas blancas donde vivían las mujeres.

En vista de que la escena podía acabar bañada en lágrimas, el doctor Pollasanta apuró su cuenco de natillas, se puso en pie doliéndose de sus articulaciones entumecidas y propuso un brindis:

–Por la amistad. Que caldee nuestros corazones tanto como el sol mis pobres huesos.

Brindaron con sonrisas en los labios.

Capítulo 52

Roma, Semana Santa de 1650

Ninguno de los peregrinos había vivido una Semana Santa tan especial. Estaban cautivados por la belleza de la ciudad y por experimentar la sensación de cercanía del cielo una vez cumplimentada la visita a las basílicas. Después de rezar en San Juan de Letrán, se dirigían a la cercana Escalera Santa, donde formaban largas filas para ascender por ella, arrodillados. Era tenida por una de las reliquias más importantes de los Santos Lugares, pues decían que se trataba de los peldaños del palacio de Poncio Pilato por los que ascendió Cristo al ser expuesto ante la muchedumbre que, vociferante, exigía la libertad de Barrabás y la crucifixión de Jesús.

También visitaban las catacumbas para conocer dónde celebraban misa y se enterraban los primeros cristianos. Sorprendidos de la estrechez de aquellos pasadizos subterráneos, algunos, maravillados, recorrían con faroles los laberintos; quienes sufrían claustrofobia, sudaban y buscaban nerviosos la salida: les faltaba el aire y temían morir entre los nichos excavados en la pared.

Los vendedores de reliquias falsas llenaban la bolsa por lo mucho que picaban los incautos, y los predicadores mostraban sus mejores dotes oratorias para granjearse la atención y las consiguientes limosnas de los fieles, muchos de los cuales

recorrían las basílicas empuñando palmas y ramas de olivo. Se fascinaban en la basílica de San Pedro por tanta belleza, pisaban los mármoles de colores colocados por Bernini y señalaban con el dedo las palomas de piedra que el arquitecto, para halagar al Papa, había colocado en diversos lugares.

El Miércoles Santo, antes del oficio de tinieblas –donde sonaba una enorme y estruendosa carraca–, Ángel Aponte vivió un momento emotivo en la iglesia de Santiago de los Españoles. Al término de la solemne eucaristía nimbada de incienso, entre los cientos de peregrinos que abarrotaban el templo, muchos de ellos, antiguos soldados, reconocieron a aquel hombre que caminaba ayudado de un bastón. Se trataba de su viejo coronel. Los respetuosos saludos se recalentaron, y enseguida se convirtieron en vítores. Y, aunque el organista interpretaba con mucho sentimiento el «Noster Pater Iesus», las aclamaciones fueron pronto más fuertes que la música y resonaron bajo las bóvedas como zambombazos de alegría. La noticia voló entre los viejos soldados, que, enteros o tullidos, lloraban de emoción; lloraban al recordar su juventud, cuando se enrolaron en los tercios para correr la aventura por Europa, empeñaron la salud y derramaron su sangre no tanto por un rey desagradecido que los olvidó rápidamente, sino por unos camaradas con quienes cantaron y combatieron, y a quienes dieron tierra en los barrizales de Flandes. Y, en presencia del antiguo coronel, sus corazones volvieron a ser jóvenes, se les olvidaron los dolores del cuerpo y las desgracias de la perra vida. Por unos momentos, volvieron a ser lo que fueron.

La determinación de Felipe IV de convertir el Jubileo en el más español de la historia llegó a su culmen el Domingo de Resurrección. La Piazza Navona se convirtió en el corazón de las Españas distribuidas por ambos hemisferios.

El embajador español, gastando dinero a mansalva, organizó una comitiva de trescientas carrozas que recorrió la plaza entre el asombro general, pues no pocos carruajes estaban conducidos por negros con turbantes emplumados.

Frente al palacio Pamphili se había levantado un castillo de madera con cuatro torres que albergaba a músicos y coros de cantantes que interpretaban música religiosa en la que destacaban

los tambores y trompetas. La estructura del alcázar estaba revestida con telas adamascadas, y de una de las torres pendía el pabellón real, que ondeaba al soplar la brisa.

En el centro de la Piazza se había erigido un arco triunfal, y cerca había dos imágenes, una de Jesús resucitado y otra de la Inmaculada Concepción, todo ello construido en madera por los mejores artesanos. Una procesión religiosa alumbrada por cientos de españoles dio la vuelta a la plaza con solemne lentitud, y, al anochecer, dos máquinas diseñadas por ingenieros napolitanos dispararon fuegos artificiales que iluminaron el cielo durante casi una hora, gastando más pólvora que los tercios en una campaña militar.

Mientras los fuegos de artificio coloreaban el cielo romano, miles de españoles bebían a la salud del Rey Planeta, pues se distribuyó vino gratuitamente para festejar que Cristo había vencido a la muerte y que España era la nación más poderosa del orbe. Y, cuando dejaron de estallar los cohetes, se encendieron dos mil luminarias y las bandas de música interpretaron una marcha triunfal compuesta en honor de donna Olimpia, que la escuchó asomada a uno de los balcones de su palacio.

Capítulo 53

Roma, 10 - 28 de mayo de 1650

Los libros ocupaban los estantes y se apilaban sobre mesas de recias patas. Reinaba un respetuoso silencio, similar al de las iglesias. Hojear las novedades literarias y husmear entre los anaqueles era una liturgia compartida por los lectores empedernidos, que consideraban las librerías lugares casi sagrados. Olía a papel y a tinta. El sonido de pasar las hojas y cerrar las tapas era grato, y la sensación de acariciar el lomo de una buena encuadernación reportaba un placer íntimo. Los clientes habituales solían ir solos, mas, si lo hacían acompañados, al hablar entre sí lo hacían en voz queda, como conspiradores o confidentes.

Había quienes se decantaban por encuadernaciones de abanico, a la moda española, con abanicos en las cuatro esquinas de las tapas de piel, mientras que otros, de inclinación francesa, preferían el estilo Fanfare, con grecas y un barroquismo vegetal. Los más tradicionales compraban autores clásicos, pero los estudiantes y la gente sin pretensiones intelectuales buscaban literatura de entretenimiento: libros de viajes y novelas.

Olimpia y Velázquez visitaban aquel día una librería situada en la trasera de la Piazza Navona de la que Ángel Aponte hablaba con encomio, pues se surtía en ella de buena parte de su biblioteca. El quijotesco librero de aquella metrópolis literaria,

Giuseppe di Luigi –alto, flaco, serio y formal–, abastecía su negocio con libros en español, italiano y francés, y también en latín y griego, idiomas sólo propios de los eruditos. El pintor se detuvo delante de unos lujosos libros de gran formato encuadernados en piel de becerro: manuales de esgrima o equitación y tratados sobre el arte de la guerra de bella factura, escritos en español e impresos por José Madero. Admiró la calidad de los dibujos, la elegante tipografía y el papel de hilo de buen gramaje. Objetos de lujo, para lucir en los salones o para el deleite de los amantes de lo libresco.

Olimpia le había pedido que seleccionase los mejores libros de arte para la biblioteca de su palacio. Y, mientras, hojeaba libros en italiano y en español. Novedades literarias impresas descuidadamente, en papel de mala calidad, pero baratas y de creciente demanda. El pintor, al ver las preferencias de Olimpia, rebuscó en unos estantes.

–Me gustaría regalaros esta novela. –Se la mostró–. Se publicó hace algún tiempo.

–*El Buscón* –leyó en la portada–. ¿De qué trata?

–De la vida de un pícaro.

–¿Un buscavidas?

–Buena definición. Un buscavidas con mala sangre.

–Francisco de Quevedo –leyó de nuevo.

–Es un amigo. Y un gran escritor.

–Debe añoraros. Tanto tiempo sin veros…

–Murió.

–Creí que habíais dicho que…

–La muerte no cancela una amistad. Los amigos fallecidos siguen viviendo en mi memoria. Para mí, es como si él estuviese de viaje en algún país remoto y fuese a regresar en algún momento.

–Es una preciosa manera de definir una ausencia definitiva.

–Es lo que pienso. O, mejor dicho, lo que siento –respondió.

Olimpia, por su parte, escogió de un estante la *Historia de Italia*, de Francesco Guicciardini.

–Para vos –dijo.

–Gracias.

–Si decidís quedaros en Roma, deberíais conocer la historia

de mi país.

«Definitivamente, no daba puntada sin hilo», pensó el pintor.

* * *

Velázquez simultaneaba la realización de retratos con la compra de antigüedades grecorromanas, visitas a colecciones particulares y entrevistas con artistas especializados en pintura al fresco para ofrecerles contratos de trabajo en el Alcázar madrileño. Pero, sobre todo, recorría villas y palacios para elegir esculturas. El trabajo se le acumulaba, Roma y sus encantos lo arrastraban, y el rey desesperaba.

Había hecho amistad con Juan de Córdoba, un agente real bien relacionado y muy resolutivo que le solucionaba todo tipo de problemas: el papeleo de los contratos con artistas y coleccionistas, los tratos con los fundidores de bronce y los escayolistas, la complicada burocracia de los permisos de exportación de las obras de arte e incluso el delicado embalaje y transporte de las piezas a cargo de mozos de cuerda. De hecho, el material adquirido ocupaba alrededor de trescientas cajas: urgía buscar un lugar seguro para almacenarlas. Por ello, Velázquez se vio obligado a cambiar de domicilio.

Agradeció al marqués de Valparaíso la hospitalidad prestada en su palacio, y el obsequioso Ángel Aponte, como despedida, le regaló una caja de yemas de Santa Úrsula elaboradas por las monjas agustinas.

La residencia elegida fue el Colegio Nardini, a un tiro de piedra del domicilio de Juan de Córdoba. Se trataba de un sitio tranquilo y discreto, una casa palaciega en la que vivían un par de docenas de jóvenes de buena familia que estudiaban en la Sapienza. Allí Velázquez alquiló unos apartamentos y un sótano donde almacenar las numerosas cajas de madera, en las cuales las piezas de arte quedaban protegidas con lana y heno para evitar desperfectos durante el traslado. Las cajas dormitarían allí hasta ser enviadas a España.

Por comodidad, y ante la insistencia de Olimpia, trasladó su taller de pintura al palacio Pamphili. Eligió dos estancias bien

orientadas para aprovechar al máximo la luz del sol. Su criado trabajaba con diligencia elaborando pigmentos y preparando los lienzos, y él, por las mañanas –pero no demasiado temprano–, recibía la visita de quienes debía retratar. Así, posaron un cardenal, un obispo y las personas expresamente designadas por el Papa: su ayuda de cámara, su mayordomo, un secretario y Michel Angelo, el barbero. Y todo ello sería abonado por el mismo pontífice.

–Sois un artista del pincel –decía cada día el barbero con estupor, al comprobar el avance de la pintura.

–Y vos, de la navaja y la tijera.

Hasta su nuevo estudio pictórico en el palacio Pamphili llegaba el ruido de las multitudes de peregrinos, que aplaudían y gritaban al paso de comitivas exóticas, nunca vistas en el Viejo Continente. Incluso el emperador de China había enviado una delegación. Había tardado un año en llegar a Roma desde la remota ciudad de Pekín, y ahora los chinos, vestidos con sedas de colores y gorros puntiagudos, recorrían de día las calles montados en caballos y carros desde los que lanzaban cohetes que estallaban bajo el vientre blanco de las nubes, y, por las noches, organizaban fuegos artificiales que iluminaban de colores la cúpula de San Pedro. Por su parte, el rey de Congo envió una partida de guerreros ataviados con pieles de leopardo, lanzas y escudos de piel. Aquellos hombres negros ejecutaban sus danzas guerreras junto a las fuentes de Roma; unos rítmicos bailes donde sus cantos africanos clamaban a unos dioses rivales del Dios cristiano, mientras en sus musculosos brazos alzados al cielo brillaban brazaletes de oro y marfil. Todos aquellos desfiles fantasiosos serían relatados por los peregrinos cuando retornaran a sus países, sin ser creídos, tomándolos sus compatriotas por embusteros o exagerados.

Una tarde, salía Velázquez del Vaticano tras comprobar los moldes de yeso del Laooconte, del Apolo Belvedere y de Antínoo. Iba camino del Colegio Nardini y, al llegar a la Piazza Navona, se encontró con centenares de mujeres congregadas delante del palacio Pamphili. Los carruajes detenidos en torno a la fuente en construcción de Bernini indicaban la cuna y poderío de sus pasajeras. Aguardaban, expectantes, y entretanto

conversaban y murmuraban en diferentes lenguas. Junto a aquellas aristócratas emperifolladas, también muchas burguesas atildadas y peregrinas de variopinta condición esperaban pacientes la salida de la dueña del palacio.

La fama de Olimpia traspasaba Roma, y aun Italia. Muchas peregrinas traían noticias de aquella poderosa mujer que gobernaba la Iglesia y desafiaba la autoridad de los hombres. La llamaban «la papisa» no de manera despectiva, sino con un sentimiento de orgullo, incluso de desafío. Los rumores y los chismes allende los Apeninos le otorgaban una belleza angélica y una personalidad de bruja, de modo que la muchedumbre esperaba con ansia verla y tocarla, para comprobar que existía en carne y hueso, verificar si era cierto cuanto se contaba de ella o si se trataba de un camelo.

Cuando, con lentitud palaciega, se abrieron las puertas, Olimpia, con capa y la capucha cubriéndole el rostro, salió camino de los palacios vaticanos. Pronto, fue reconocida por algunas romanas, y, con emoción febril, gritaron de alegría y prorrumpieron en saludos en varios idiomas. La rodearon estorbando su paso, para tocarla, y ella, sonriente, tardó largos minutos en atravesar el mar humano que anegaba la plaza hasta poder subir a su carruaje, que deliberadamente la esperaba en una bocacalle de la Piazza Navona. Sólo conforme se alejaba de la Piazza, se apagaba el fragor de los aplausos.

Astuta y rápida, Olimpia se había dado cuenta del estado de ánimo de aquellas mujeres, y no quiso defraudarlas. Por eso no salió montada en su coche de caballos, sino caminando, para mezclarse entre ellas.

Se daría idénticos baños de multitudes en la Piazza Navona otros días del año del Jubileo, lo que atemorizaría a muchos hombres y le granjearía su odio.

Aquellas aclamaciones, reiteradas de primavera a invierno, constituían una ofensa imperdonable para ellos.

Capítulo 54

Roma, junio - septiembre de 1650

La mañana tormentosa en la que Velázquez le mostró su retrato terminado, Michel Angelo enmudeció. Con las palabras perdidas repentinamente en su mente y la emoción cuajada en la garganta, el barbero se volvió hacia el pintor y lo abrazó, efusivo.

–Debo pediros un favor.

–Lo que queráis, signore Velázquez –dijo, con la voz trémula y las palabras reencontradas.

–Me gustaría que me afeitaseis un día. ¡Querría sentirme como un papa!

–¡Será un verdadero honor! Mañana mismo vendré con mis aparejos.

–¿No se molestará el santo padre? –preguntó, contenido, sabiendo que aquel hombre trabajaba en exclusiva para el Papa.

–¿Y por qué tendría que enterarse, *signore*? Será nuestro secreto.

Le guiñó un ojo.

* * *

Durante el verano la pintó. Aprovechaba las horas del día para retratarla; las de la noche, para disfrutar de ella. Dispuso un diván en su estudio del palacio Pamphili, lo cubrió con una

sábana blanca y colocó encima un paño de seda azul marino. Detrás del mueble colgó una cortina roja. No necesitaba más atrezo.

Flaminia sería Venus, la diosa romana del amor.

La idea de la composición se la había dado ella misma cuando, por la mañana, se perfilaba los labios con carmín mirándose en un espejo de mano.

Cada día posaba desnuda recostada en el diván, de espaldas, con el cabello recogido en la nuca, contemplando su rostro en un espejo apoyado en un jarrón que quedaba oculto. Antes de empezar a pintar, él pasaba la mano por el contorno de su cuerpo, acariciando con placentera lentitud la tersura de su piel, y, luego, esa misma mano sostenía los pinceles que aplicaban manchas de colores en el lienzo.

En pleno estío, las sesiones de posado despojada de ropa constituían para ella un voluptuoso placer. A veces, la Venus hablaba, pero él, concentrado en su arte, no se mostraba proclive a mantener una conversación con la diosa y contestaba con monosílabos, consciente de estar trabajando en la obra más importante de su vida: un misterioso retrato y, a la vez, un cuadro prohibido. Misterioso porque la imagen reflejada en el espejo quedaría difuminada, con los rasgos borrosos para ocultar la identidad de la modelo. Y prohibido porque no podría exhibirse; la Inquisición condenaba esas pinturas y castigaba a sus propietarios y a sus autores.

Fue un estío dedicado a él mismo. Su trabajo consistió únicamente en el cuadro de Venus, y el tiempo libre lo empleó en excursiones por los alrededores de la Ciudad Eterna, en busca de parajes donde inspirarse y de ventas donde almorzar con algunos compañeros de la Accademia. Por las tardes, cuando el sol declinante perdía fuerza y el vino frío era como beberse la luna, recorría Roma. Le gustaba pasear delante de palacios por cuyas puertas abiertas se veían sus patios interiores con fuente y naranjos, porque le recordaban a Sevilla, con el agua brincando en la taza de las fuentes, los naranjos florecidos y las macetas en los rincones.

La ciudad, invadida de peregrinos, lo era también por quienes ejercían oficios ambulantes. Los reparadores de ollas de hierro

pregonaban sus mañas. Los buhoneros compraban trastos viejos. Los tundidores de lana, acuclillados delante de los portales, sacaban la apestosa lana de los colchones para orearla, y con pañuelos anudados en la boca para no aspirar el polvillo, la vareaban hasta limpiarla de mugre, rellenando con ella de nuevo los colchones donde, en un retornelo de la vida, habían nacido niños, amado parejas y velado cadáveres. Los buñoleros freían dulces en grandes sartenes antes de azucararlos, y Velázquez compraba media docena ensartados en un junco, y los saboreaba en la Piazza Navona al atardecer, cuando actuaban los malabaristas y los contorsionistas. También entonces las bandadas de grajos, gritando de manera estridente, sobrevolaban Roma.

Aquellos pájaros que graznaban «¡quiá, quiá!» se posaban en la basílica de San Pedro para pasar la noche, al ocaso, y levantaban el vuelo sólo con la luz cenicienta del amanecer. Los más supersticiosos decían que la querencia de los grajos por el Vaticano era el aviso de alguna profecía agorera, y la curia aprovechaba para hacer llegar a oídos de la gente humilde que eso significaba que la Iglesia estaba gobernada por «una puta amiga de las putas».

A comienzos de septiembre dio por terminado el cuadro. Su Venus, recostada y con la cabeza apoyada en la mano derecha, se contemplaba en el espejo que sostenía Cupido, con alas y una banda azul cruzada al pecho, pero sin el arco y las flechas, pues sólo lo necesitaba en presencia de los humanos, a quienes podía disparar dardos de súbito amor. El diosecillo llevaba en las manos una cinta rosa que dejaba caer distraídamente encima del marco del espejo. Y, aunque el rostro de la diosa quedaba borroso, como emergiendo de la niebla o del recuerdo, se adivinaban los bellos rasgos de Flaminia. No era una Venus idealizada, sino carnal, despojada de toda divinidad.

Al día siguiente, Olimpia contempló la pintura. Y la alabó. Después de conversar unos minutos con el artista, se dirigió a la mesa donde estaba el espejo que habían utilizado para la composición. De cristal veneciano, formaba parte de la decoración de una de las salas del palacio. Olimpia lo sostuvo entre las manos y contempló su propio reflejo. Sonrió.

–Cuando Flaminia se miraba en él se reflejaba Venus. Cuando yo lo hago, sólo veo a Olimpia.

* * *

A finales de agosto, Olimpia lo invitó a cenar en su palacio. A solas. Dispuso una decoración floral a base de jazmines, para que Velázquez se sintiera como en casa; aquellas fragantes flores blancas que se abrían al anochecer abundaban en la tierra andaluza del pintor. En las arañas del techo y candelabros ardían velas rojas de cera de abeja. El cromatismo hacía referencia al color de la cortina en *La Venus del espejo*, y también, de manera sibilina, al tono de labios que siempre llevaba Flaminia. El pintor no captó la razón oculta del detalle y creyó que aludía al púrpura cardenalicio. La anfitriona terminó por desvelarle la simbología, el verdadero motivo de dichas velas. Entonces, Velázquez sonrió.

Trottolino se había devanado los sesos para elegir un vino acorde con los comensales. Dudó mucho, algo raro en él. No sabía si inclinarse por un sabor potente o por uno sedoso. Finalmente escogió un tinto veneciano de aterciopelada intensidad. Acertó.

Sin embargo, el menú no fue muy sofisticado, pues Olimpia conocía los gustos culinarios del pintor. La conversación transcurrió por vericuetos agradables. Velázquez, fiel a su costumbre, se mostraba poco locuaz. Escuchaba a la anfitriona, cenaba con apetito y disfrutaba del vino, cuyo color parecía salido de la paleta de Tintoretto.

Olimpia, en contra de su práctica habitual de anonadar a sus invitados con sus proyectos artísticos, habló de su gusto por ver llover, hábito desarrollado en su infancia, y de la inteligencia y aptitudes que podían mostrar las mujeres cuando la vida les concedía una oportunidad, como demostraban sus fundaciones benéficas. Y en todo momento se dedicaba a analizar los gestos del español, su código íntimo, a la espera del momento oportuno para decir lo que tenía pensado. Llegó en el postre, al probar el sorbete de limón.

–Diego, ¿habéis meditado lo que os propuso el Papa?

Velázquez, que sabía perfectamente a qué se refería, se hizo de nuevas.

–¿A qué os referís?

–No creo que necesite refrescaros la memoria. La nieve de este sorbete bastará para ello –respondió, sagaz.

El pintor, tras tomar una cucharada, pronunció unas palabras envueltas en su sabor ácido y dulce:

–Cuando llegué a Roma, el embajador de mi país me advirtió sobre las tentaciones de Italia. Le contesté que no se preocupase por eso.

–¿Qué le responderíais hoy? –preguntó, rápida de reflejos.

–Que llevaba razón.

–¿Habéis sucumbido a Italia?

–Más bien, Roma me ha conquistado.

–¿Y qué debo decir a mi cuñado sobre su oferta de nombraros pintor de la Santa Sede, aposentador de los palacios apostólicos y superintendente de los Estados Pontificios?

A él le impresionó más no que ella recordara con exactitud la retahíla de cargos, sino que se refiriese al pontífice con tan absoluta familiaridad. Tomó un par de cucharadas más del postre antes de responder.

–Decidle que «Roma non basta una vita».

–¿Debo interpretarlo como un sí? –Sus ojos se agrandaron.

–Debéis interpretarlo como que estoy a merced del destino.

Capítulo 55

Madrid, diciembre de 1650

Anochecía a velocidad invernal, y hacía frío. La ventisca se filtraba por las ventanas mal ajustadas del palacio y por las chimeneas, con un ruido fantasmal. Las corrientes de aire en los pasillos y la humedad provocaban catarros persistentes entre los funcionarios del Real Alcázar, de manera que los estornudos, el moqueo y la fiebre no los abandonaban hasta que florecían los almendros en primavera.

La habitación del rey sí estaba caldeada. Allí, el fuego ardía, y el resplandor de las llamas se reflejaba en los cuadros colgados, en la esfera del reloj de una sola manecilla y en la escribanía de cerámica de Talavera de la Reina que descansaba sobre la mesa de estilo castellano. El monarca se disponía a dictar una carta destinada a su embajador en Roma, pero, antes de llamar a un secretario, el monarca, aquejado por un ramalazo de melancolía, examinaba su conciencia.

Volvió la cabeza hacia la chimenea al oír el crujido de un tronco, contempló el bailoteo naranja de las llamas y toqueteó con la punta de los dedos uno de los *avvisi* que, enviados por la embajada española en Roma, descansaba sobre su mesa. Al parecer, ese *avvisi* en concreto había circulado para regocijo de la gente por los mentideros de la villa y corte, porque los funcionarios reales más cotillas se encargaban de traducir y hacer

circular por todo Madrid los boletines que recogían los rumores más sustanciosos cuando contenían noticias de españoles.

Había varios párrafos dedicados a criticar el enriquecimiento de Olimpia Maidalchini con motivo del Jubileo, a denunciar sus maquinaciones en el Vaticano y a satirizar acerca de las tasas que recaudaba de las prostitutas de Roma. «La mitad del dinero que entra por la raja del gusto de las cortesanas entra luego en la raja de la hucha de la papisa», leyó en uno. Y también, con una notoria mezcla de envidia y rencor, alguna parrafada se ensañaba con los españoles, tildándolos de farrucos y de creerse que el mundo les pertenecía por derecho propio.

Pero, además, aquel *avvisi* recogía una enigmática frase sobre Velázquez.

Precisamente quería escribir al embajador acerca del pintor de cámara. Lo echaba de menos. Añoraba la presencia de aquel amigo, tertuliar con él, ser retratado por su mano bendecida por Dios. Le parecía inconcebible que se demorase tanto tiempo en Italia. ¿Por qué no había regresado ya? El rey era consciente de que Velázquez era un hombre misterioso rodeado de secreto, y su carácter flemático lo desesperaba en ocasiones, pero, aun así, deseaba su retorno, y estaba decidido a presionar al pintor para que volviese inmediatamente a España.

Felipe IV se acariciaba las guías del bigote mientras meditaba. Después de tantos años juntos, creía conocer la personalidad del pintor, y, por consiguiente, descartaba que una mujer fuese la causa de su tardanza. El sevillano era un hombre hogareño, familiar, e incluso lo creía indiferente a los placeres de la vida. La razón de tan prolongada estancia en Italia, pensaba el Rey Planeta, debía estribar en su indolencia y en estar a gusto en compañía de renombrados artistas italianos, hablando siempre de pintura, de filosofía, de temas elevados. «Sí, ésa debía ser la razón», concluyó. Algún asunto intelectual. Probablemente algo relacionado con la astronomía.

Las estrellas parpadeaban ateridas de frío tras las ventanas. El cielo era tan negro como la ropa del monarca. Felipe IV respiró hondo el aire caliente y oloroso a leña de pino, cogió el *avvisi* original enviado desde Roma y se dispuso a releerlo, pues hablaba y leía italiano a la perfección. Posó la vista en el último

párrafo:

«Lo que donna Olimpia intenta con Velázquez lo ha conseguido un planeta, pues de todos es sabido que el pintor español se quedará en Roma por el influjo de Venus».

Capítulo 56

Venecia, diciembre de 1650 - mayo de 1651

La Serenísima deslumbró a Flaminia. Aquella ciudad flotante surcada por plácidos canales desbordó su imaginación. La fastuosidad de una arquitectura tan italiana y oriental a la vez, así como una luz que en los días soleados tenía la transparencia del cristal, eran algo onírico. El exotismo, los deslumbrantes colores, el abigarramiento comercial y el olor a especias de la ciudad acuática la dejaron prendada. Se enamoró de Venecia sin remisión.

A comienzos de diciembre, tras abandonar Roma, hicieron un alto en el gran ducado de la Toscana por insistencia de Velázquez. Él pretendía mostrarle a los grandes artistas de los siglos anteriores, pero ella, caprichosa, anhelaba llegar cuanto antes a la ciudad de los canales, y sólo se demoraron en Florencia un día.

Por razones profesionales, se detuvieron tres días en Módena. Él contactó con el secretario del duque de Módena para visitar la esplendorosa villa de Saussolo, donde admiró los frescos de unos pintores boloñeses con miras a contratarlos para el Real Alcázar y el palacio del Buen Retiro.

No hubo más retrasos en el camino, y fueron directos a Venecia. Al llegar, el pintor se entrevistó con el embajador español, el marqués de la Fuente, que amablemente le ofreció su

palacio como residencia, lo que Velázquez aceptó para no desairarlo, si bien comentó que también alquilaría una vivienda para montar su estudio, alegando que necesitaba absoluto silencio y tranquilidad para trabajar, y que pensaba pasar allí muchas horas.

En realidad, el obrador de pintura era una socorrida excusa.

Juan de Pareja desempaquetó el equipaje en el palacio de la embajada y se instaló allí, dispuesto a seguir encargándose del cuidado y limpieza de la ropa del pintor. Velázquez, por su parte, buscó unos luminosos apartamentos en un palacio gótico que daba al Gran Canal, donde conviviría junto a Flaminia. No pensaba pintar, sino ultimar la compra de obras de arte y, sobre todo, disfrutar de la vida.

Lo primero que hizo fue comprar un mantón de marta para ella, y un sombrero forrado de piel de castor y una capa de buen paño –ambas prendas negras, por supuesto– para él mismo. Así, bien abrigados, paseaban por la ciudad cuando la niebla difuminaba los contornos de las cosas y la humedad calaba hondo.

Venecia olía a canela, nuez moscada y café. Aquella bebida negra y amarga introducida por los turcos que se tomaba caliente era del agrado de muchos. Había quienes agregaban una cucharadita de azúcar para hacer más soportable su sabor, pero Flaminia prefería añadirle canela, tal y como había observado hacer a los comerciantes portugueses. A él, el café le parecía demasiado fuerte, si bien le gustaba su aroma y, sobre todo, besar a su Venus después de que tomara una tacita.

Aquel invierno caminaron despacio por las calles empedradas, rehuyeron las plazoletas en umbría y buscaron las plazas soleadas, donde se secaba la humedad adherida a la ropa y se calentaban los huesos de él. Todos los días atravesaban el puente Rialto, cuajado de pequeñas tiendas de plateros. Una tarde, él le regaló una cruz de plata con esmeraldas, a juego con sus ojos.

–No me la quitaré nunca. Será el recuerdo de estos días venecianos –dijo ella al colgársela al cuello.

La Piazza de San Marcos, con su catedral de inspiración bizantina, sus caballos de bronce y su campanile exento, se

convirtió en el lugar predilecto del pintor. Cada día paseaban por ella, bajo la diáfana luz del Adriático, mientras las olas lamían los embarcaderos. Flaminia comía cucuruchos de uvas pasas bajo la torre del reloj, pues le gustaba contemplar a la pareja de autómatas de metal que daban las horas en punto golpeando con mazos la campana.

–El tiempo pasa dulcemente en esta ciudad, Diego –decía, soñadora.

–Pasa demasiado deprisa –respondía él.

–Contigo tengo la sensación de vivir en un tiempo sin tiempo.

Él sonreía y callaba.

* * *

Las tardes morían pronto en invierno. Las calles se iluminaban con antorchas recubiertas de pez. La ciudad olía a leña, y las chimeneas de los tejados expulsaban un humo negro que se blanqueaba al contacto con la niebla. Las teas ardían encajadas en las fachadas de las casas de pintura desvaída, corroída por el salitre, y caminar por la noche semejaba hacerlo en el interior de un sueño. La silenciosa neblina convertía Venecia en un lugar espectral. En la penumbra, brillaban los fanales de las góndolas como luciérnagas aprisionadas entre cristal.

Si cenaban fuera, regresaban a la vivienda escoltados por Juan, que blandía un grueso garrote, por si era menester defenderse. Y, para protegerla del relente de la noche, él la atraía hacia sí y la cubría con la mitad de su capa negra, mientras las luces de antorchas quedaban amortiguadas en la niebla de los canales.

Por las mañanas se acodaban en el balcón para contemplar el espectáculo de las embarcaciones que surcaban las verdosas aguas del Gran Canal: barcos mercantes, faluchos, barquichuelas de velas astrosas que transportaban toneles y góndolas. Algunos navíos transportaban sal de Ibiza y cuero de Alejandría para hacer las suelas de los zapatos; avanzaban en fila, como nazarenos en procesión. Y les llamaban la atención las gaviotas –tan estáticas como si estuviesen disecadas–, posadas en el borde

de las palinas, los pilotes de madera donde se amarraban las embarcaciones en los canales.

Acodado en el balcón, él mantenía los soliloquios mentales que lo caracterizaban, y pensaba que la distancia, multiplicada por el tiempo, agrandaba el olvido. Tenía la sensación de que su vida en España pertenecía a otra persona, a un impostor, o que él había vivido en un pasado remoto. «¿Y si se quedase para siempre en Italia?», rumiaba.

Entretanto, seguía con las gestiones para adquirir obras de arte que engrandecieran la colección del Rey Planeta, visitaba iglesias y colecciones privadas para admirar cuadros de Veronés, Tiziano y Tintoretto. Aprendía de esos maestros, fascinado por el cromatismo y la alegría de vivir de la escuela veneciana, cuyos cuadros parecían representar una perpetua primavera de días festivos. Y, además de extasiarse visitando la basílica de San Marcos, le gustaba conocer las iglesias góticas de fachadas de ladrillos y arcos apuntados.

En las casas de comidas postineras, donde saboreaban guisos de alcachofas y berenjenas, él bebía vino de malvasía, mientras que ella prefería el de Chipre, muy fuerte de joven y dulce conforme envejecía. Así pasaban los días en la ciudad de los canales.

* * *

La República de Venecia mantenía relaciones comerciales con medio mundo, y en el puerto, en los bancos y en las tiendas negociaban turcos, griegos, franceses, ingleses, españoles e italianos, toda una miscelánea de naciones. Monedas de metal precioso acuñadas en diferentes países circulaban de mano en mano, de manera que el oro era el lenguaje de la diplomacia veneciana, y el tintineo del dinero, el sonido más grato para los mercaderes de la Serenísima. Era una ciudad sin ideología, pues sólo tenía intereses.

Con la llegada del carnaval, la ciudad experimentó una súbita metamorfosis. Lo lúdico llenó la vida cotidiana. Arrastrados por el ambiente festivo, se compraron unas máscaras de color blanco.

Las femeninas solían llevar adheridos unos mostachos, y muchos hombres se colocaban barbas postizas, largas y profusas, como las de los profetas bíblicos. El pintor, orgulloso de su bigote de puntas enceradas y su perilla, no consintió en ponerse una barba falsa, a lo Jeremías. Además, le picaba.

El Gran Canal era un continuo desfile de grandes góndolas recamadas con pan de oro. En ellas, los músicos animaban a unos pasajeros disfrazados que bebían vino, reían y saludaban con la mano a quienes, desde los balcones y ventanas, contemplaban la inacabable comitiva y les tiraban serpentinas de colorines.

Bellas cortesanas de narices aguileñas se paseaban maquilladas y con abanicos de plumas de avestruz. Las señoras encopetadas, comportándose como esposas de virreyes, miraban con desdén a las prostitutas de lujo, envidiando en el fondo su exhibición de hermosura y libertad de comportamiento.

Durante los alocados días carnavalescos, Velázquez y Flaminia se mezclaron entre la muchedumbre y asistieron a los animados espectáculos públicos celebrados en la Piazza de San Marcos. Un día, se montaron grandes estrados de madera donde tomaron asiento las familias distinguidas y las autoridades para ver las desiguales peleas entre toros y enormes perros. Los morlacos, sujetos por el rabo por varios hombres, se defendían a cornadas de los ataques simultáneos de varios canes a los que azuzaban sus cuidadores. El público aplaudía el sangriento espectáculo de perros volteados que, moribundos y con las tripas fuera, gañían sin cesar, y gritaban enfervorizados cuando algún toro era mordido en los testículos. A Velázquez aquello le pareció una salvajada y se marcharon muy pronto, dejando atrás los ladridos, los mugidos y el griterío.

Sí que les gustó la concurrida fiesta de los charlatanes, celebrada al día siguiente en la Piazza de San Marcos, una vez limpiados con agua marina los charcos de sangre de reses y perros. Numerosos hombres, subidos en tablados, peroraban sobre asuntos disparatados. Algunos se valían sólo de la palabra, mientras que otros se auxiliaban de músicos que tañían mandolinas para dar emoción a sus sensibleros discursos.

Había filósofos que, enfurecidos, criticaban a Platón por retrógrado; escritores que anunciaban su novela, destinada a

dejar huella imperecedera; boticarios que denostaban a los alquimistas por utópicos y falsarios, para acto seguido ofrecer portentosos medicamentos que remediaban la infertilidad femenina o recuperaban el vigor sexual perdido en la vejez. Los espectadores unas veces los abucheaban, y otras los aplaudían y compraban su mercancía.

El pintor, tras escuchar a los farmacéuticos, lamentaba que, en lugar de tanta cháchara, no vendiesen píldoras que curasen la melancolía o un jarabe que disolviera los recuerdos, de modo que, borrado el pasado, sólo existiera el presente. Así la memoria no causaría dolor.

Una mañana de primavera decidieron dar un paseo en góndola. La embarcación, pintada de negro, llevaba en medio una cabina para proter a los pasajeros de miradas indiscretas. Dos remeros, a proa y popa, la deslizaban por el dédalo de canales con un leve chapoteo. En mitad del trayecto, se detuvieron en un estrecho canal, y del ventanuco ojival de una casa surgió una mano ofreciéndoles sendos vasos de vino. Al volver a remar, los gondoleros, contentos, entonaron una canción a dúo.

En abril, en una de las mejores tiendas de la Drapería, él le regaló un vestido de seda color turquesa, muy descotado, a la moda veneciana, algo que sorprendía y encantaba a los comerciantes otomanos, que volvían las cabezas con grandes turbantes al paso de las damas de alto copete y abundante busto, en contraste con las tapadas mujeres de su país, donde el velo las cubría hasta los ojos. Y, en los comercios de vidrio de Murano, Flaminia compró un tarro de cristal azulado para conservar el carmín de cera con pigmento rojo.

Velázquez, acordándose de los elogios que en Roma hacían sobre la cámara oscura, adquirió uno de esos aparatos, dotado de un par de lentes de excelente cristal. En esencia, se trataba de una caja de madera con un orificio donde había un cristal de aumento; un sencillo aparato óptico que proyectaba ampliada en una pared la imagen del exterior previamente enfocada. El fabricante le aseguró que el célebre Canaletto había utilizado una exactamente igual para pintar sus vistas de la ciudad de los canales.

Pero, conforme avanzaba la primavera, él se iba mostrando más taciturno, sumido en sus propios pensamientos. Aquel creciente mutismo era su manera de exteriorizar su tormenta interior. Y ella, que intuía lo que significaban los prolongados silencios, supo lo que se avecinaba. Mas nada quiso reprochar en lo que sabía eran los días crepusculares de su relación.

En el Banco del Giro, el pintor sacó el dinero enviado por el virrey de Nápoles y compró unos cuadros que tenía vistos y apalabrados: tres de Tintoretto, varios de Veronese y dos de Tiziano.

Fue entonces cuando Velázquez dio por finalizada la estancia veneciana. Tocaba regresar a Roma.

Había llegado el momento de encarar su destino.

Capítulo 57

Roma, mayo de 1651

El embajador español había notificado días atrás al pintor el tremendo enfado de Felipe IV por demorar tanto su regreso. El Rey Planeta no admitía más retrasos ni excusas, por lo que Velázquez hubo de tomar una determinación. Ultimó detalles del viaje que se proponía emprender, mantuvo conversaciones con los artistas de la Accademia y, con una sinceridad empañada por la pena, habló con Flaminia para exponerle sus propósitos. Tuvo con ella un último detalle: le regaló su querido ejemplar del *Quijote*.

Un atardecer, al terminar el farragoso papeleo del envío a España de los cientos de cajas con obras de arte, que partirían bajo la consideración de valija diplomática en la aduana portuaria napolitana, se dispuso a hablar con Olimpia.

Aquel día había sido pródigo en visitas, de manera que la encontró atendiendo todavía a diplomáticos, testaferros y comerciantes que acudían a mostrarle sus respetos, halagarle los oídos y solicitarle algún favor. Todo el que la visitaba besaba su mano, exageraba las reverencias y, al pedirle mercedes, hablaba en voz baja. Ella, en esos trances, escuchaba mucho y hablaba poco. Procuraba cumplir los favores solicitados para luego cobrárselos de algún modo. Nunca concedía nada gratuitamente.

La estancia olía a café. Unos mercaderes venecianos habían

regalado a Olimpia el mes anterior un saquito, y, como a ella le gustaba probar las cosas nuevas, se aficionó a tomar una tacita diaria y a ofrecer dicha bebida negra y amarga a sus visitas. A él, el aroma del café le recordó los gratos días en la ciudad de las góndolas.

Cuando al fin entró en la estancia, la luz del sol se batía en retirada. Las sombras se ensanchaban por los rincones, y los ojos de Olimpia se mantenían en penumbra. Aún no habían encendido las velas, y ella parecía estar cómoda con semejante falta de iluminación. No se movió de su fastuoso sillón, mayestática.

–Tengo que hablar con vos –dijo él.

–Sentaos, don Diego.

–Prefiero seguir de pie.

–Ah, se trata de algo importante –comentó, alertada por el seco tono de voz que él empleaba.

–Debo regresar a España –dijo sin rodeos.

–Vaya. Veo que habéis tomado una decisión.

–Sí.

–¿Acaso os parece poco el puesto que os ofreció el Papa? –preguntó, sin que el malestar se notase en su timbre de voz.

–Ni mucho menos, donna Olimpia. Es un cargo extraordinario. El santo padre mostró conmigo una enorme generosidad.

–Nunca os llegamos a hablar de dinero. Quizá si supieseis cuáles serían vuestros honorarios…

Las sombras cubrían los ojos de Olimpia, de manera que era imposible atisbar qué pensamientos afloraban a su mirada.

–No es cuestión de dinero. Servir a su santidad y engalanar Roma colmaría los deseos de cualquier hombre como yo –se justificó.

–¿Entonces? ¿Volvéis por vuestras cargas familiares? Creía que Roma os había satisfecho en todos los aspectos. Que aquí habíais encontrado la gloria y la vida –manifestó, aludiendo veladamente al ambiente intelectual y a los placeres terrenales de que había disfrutado el pintor en la Ciudad Eterna.

–Vuelvo por una cuestión de lealtad.

–¿Hacia vuestra esposa? –preguntó, sorprendida.

–Hacia mi rey.

Se hizo un silencio espeso. Un soplo de brisa primaveral entró por las ventanas.

En los días precedentes, habían acudido a su mente los favores brindados por Felipe IV desde hacía tanto tiempo y la amistad con la que lo honraba. Habían sido varios los retratos del monarca salidos de su mano, y aquellos lienzos no sólo resumían la vida del rey a través de su rostro –al principio lozano y juvenil, ahora grave y melancólico–, sino la lenta forja de una lealtad mutua. De su paleta habían salido cuadros de los hijos del monarca, los vivos y los muertos, para que su arte les otorgara una presencia intemporal, evitando que la memoria de su imagen se perdiera para siempre. El rey lo había promocionado en la corte y otorgado su protección… No podía, no debía traicionar la confianza depositada en él durante tantos años. Sería comportarse como un desagradecido. Así que los últimos días, al pasear por las calles de Roma bajo el limpio cielo de primavera, se iba imaginando que el monarca lo miraba como en uno de sus retratos, flemático, y con unos tristes ojos no de venganza, sino de una amistad que no necesitaba apoyarse en las palabras.

Lealtad. Todo se resumía en eso.

–Sé que lo protocolario y cortés hubiese sido comunicarle en persona al Papa mi decisión, pero solicitar audiencia a su santidad y que me sea concedida lleva tiempo, y el mío en Roma se acaba. El rey me apremia. ¿Podríais vos decírselo al santo padre?

–Por supuesto.

El pintor respiró aliviado. La figura femenina, con el rostro cada vez más oscurecido por el contraluz, no se rebullía del asiento.

–Sois un hombre singular, don Diego.

–Soy como soy –dijo, sin ufanarse. Y se encogió de hombros.

–Me precio de conocer bien las fortalezas y debilidades humanas, de sondear los corazones. Casi todos tienen un precio –meditó la mujer–. Pero hay personas incorruptibles que valoran más las convicciones que los honores, la fidelidad a una causa que al dinero. Ha resultado que sois una de ellas. Lo sospeché desde el principio. Como en tantas otras cosas, no me

equivoqué… Las personas no cambian; en todo caso, disimulan. Y vos no estáis versado en el arte del disimulo. Sois un hombre íntegro. Vuestro rey es afortunado en teneros más como amigo que como súbdito. Yo también soy afortunada de haberos conocido –añadió, con evidente admiración.

–Me alegra oír eso. Os tengo por una mujer valiosa. Y por una amiga.

–No me resisto a deciros algo… –meditó durante unos segundos–. Os espera la gloria, pero también la infelicidad.

–Quizá –se encogió de hombros–. En cualquier caso, he de aceptar mi destino. Un destino junto a mi rey.

Olimpia sonrió, y murmuró, agradecida:

–Gracias al retrato que me hicisteis nunca me olvidarán del todo.

Capítulo 58

Roma, 8 de junio de 1651

La mañana era esplendorosa. Unos jirones de nubes blancas, empujadas por una suave brisa, surcaban el cielo azul. La expectante multitud que se había congregado en la Piazza Navona, delante de la Fuente de los Cuatro Ríos, aguardaba la llegada del Papa para inaugurarla.

Bernini, curiosamente, traslucía nerviosismo. Solía mostrarse tranquilo al enseñar cualquiera de sus creaciones, con una indestructible confianza en sí mismo. Pero, por algún motivo, aquel día sus gestos evidenciaban intranquilidad: su mirada era huidiza, se frotaba las manos sin parar, movía los hombros y el cuello –como aquejado de un tic–, y daba lentas vueltas alrededor de su fuente, aún seca, pues todavía no corría el agua.

Los trabajadores de la piedra y los fontaneros formaban corrillos aparte, orgullosos de su participación en una obra de semejante envergadura. Eran anónimos para el pueblo y la posteridad, pero se sabían indispensables. Fumaban y conversaban, llevándose a la boca la pipa con sus manos encallecidas y fuertes.

Un solitario Borromini observaba con placer el inusitado comportamiento de su rival. ¿Asistiría a una humillante derrota de aquel petulante? ¿Vería cómo quedaba en ridículo ante el Papa y el pueblo? Incapaz de sonreír, disfrutaba a su manera:

paladeando la desgracia ajena. Así rumiando, permanecía apostado delante del solar donde iba a edificarse en breve la iglesia de Santa Inés en Agonía, que él construiría.

Un apretado silencio acompañó la entrada de la carroza pontificia, que, protegida por un numeroso grupo de soldados, se detuvo delante del palacio Pamphili. Algunos espontáneos corearon a media voz las injuriosas frases que, en los pasquines, circulaban por la ciudad criticando el alza de impuestos para costear la magnífica fuente.

El pontífice, siempre rodeado de cascos de acero y lanzas, se aproximó para apreciar los detalles. Era prodigiosa; el movimiento hecho piedra. Una gran taza elíptica recogería el agua embalsada. En mitad del estanque vacío, cuatro colosos de mármol blanco personificaban a los ríos más largos y caudalosos del planeta: el Nilo, el Danubio, el Ganges y el Río de la Plata. En las esculturas se apreciaba con claridad el escudo papal; la paloma con el ramo de olivo en el pico. Pero lo más inaudito era que los gigantes desnudos de mármol se arracimaban alrededor de una enorme piedra, y en mitad de ella sobresalía, en perfecto equilibrio, un obelisco egipcio traído por Calígula, abandonado hasta entonces en la Via Apia. Una paloma pétrea coronaba el obelisco, dejando la duda de si estaba posada tras descender de los cielos o si, quizá, se disponía a alzar el vuelo.

Pero el público había acudido para una representación. Y el espectáculo estaba incompleto. Faltaba el elemento principal: el agua.

–¿Y bien? ¿Dónde está el agua? –preguntó el Papa a Bernini, frunciendo el ceño.

Éste sacudió la cabeza y, apenado, encogió los hombros y abrió los brazos.

–No he sido capaz de solucionar el problema del agua –respondió *il cavalieri*, compungido.

Un murmullo de sorpresa recorrió la muchedumbre como el viento al agitar un campo de trigo. «¡Está seca!», decían con caras de comicidad, propinándose codazos.

Borromini hervía de satisfacción. Miraba de forma alternativa al pontífice y al escultor, tratando de captar el más leve detalle de sus caras. Aquel fracaso superaba el mejor de sus sueños de

revancha.

La alta figura de blanco, repentinamente envejecida más por la decepción que por la edad, se dio la vuelta para volver al carruaje, momento que aprovechó Bernini para, con rapidez, accionar el mecanismo situado junto a la fuente que abría la conducción de agua. Los chorros manaron al instante, la enorme taza se comenzó a llenar. El Papa, alertado por el sonido, se giró. Era un milagro, algo maravilloso. El agua manaba con fuerza bajo los colosos de mármol, los chorros se estrellaban con fuerza en el estanque. La gente, olvidando por un instante sus bolsillos esquilmados, aplaudió.

Bernini, entretanto, con la ligera ebriedad que proporcionaba la alegría, agradecía las palmas saludando como un cantante de ópera tras un clamoroso éxito. Y Borromini, sin moverse del lugar, recibía los aplausos a su contrincante como disparos en propia carne.

–Bernini, con este prodigio nos habéis prolongado la vida al menos diez años –dijo el Papa, visiblemente satisfecho.

Inocencio X pidió a sus criados que repartieran dinero entre los operarios. Y, al poco, la servidumbre del palacio Pamphili distribuía oro y plata entre picapedreros, ayudantes de escultores, maestros hidráulicos y fontaneros. Los trabajadores sacaban brillo a las monedas plateadas y doradas, e incluso las mordían entre bromas, porque nunca habían tenido en sus manos oro acuñado.

De repente, se escucharon risas. Algunas personas señalaban con el dedo una de las grandiosas esculturas. El coloso calvo y con barba que personificaba el Río de la Plata tenía una postura singular: echado hacia atrás, atemorizado –o tal vez horrorizado– con una mano alzada. Las risas pronto se convirtieron en risotadas. Cundió con rapidez la maledicencia de que la estatua, asustada, intentaba protegerse del derrumbe del edificio que iba a erigirse justo delante: la iglesia de Santa Inés en Agonía, el templo de Borromini donde estaría el mausoleo de Inocencio X. La gente, doblada hacia delante, se apretaba la barriga con las manos, celebrando con carcajadas el ingenio de Bernini para denostar a Borromini. Y, cuando alguien descubrió que el hombre de pequeña estatura vestido de negro delante del solar

era precisamente Borromini, las burlas se reavivaron.

El arquitecto, humillado, dedicó una mirada lúgubre al gentío y se alejó. Las risas eran levadura para su resentimiento. Nunca olvidó aquel incidente. La insistencia en rememorarlo evitó que se convirtiera en un suceso del pasado. En su implacable memoria, aquel recuerdo sucedía de nuevo cada vez que lo evocaba.

El rencor lo alimentaba más que el pan duro que cenaba cada noche.

Capítulo 59

Roma, 1652 - 1654

El pontificado de Inocencio X embellecía la ciudad al ritmo que aumentaban las injurias contra Olimpia. Era la protagonista de los chismorreos que nacían en el Vaticano y se propalaban por las tabernas. Los pasquines competían a diario en ingenio procaz para denigrarla, presentándola como la jefa de las rameras, y al Papa, como una marioneta en sus manos. En las paredes de los edificios, la nocturnidad amparaba a artistas de muñeca rápida que, con yeso o pintura, dibujaban escenas grotescas con ellos como protagonistas. La gente leía –o escuchaba de boca de quienes sabían leer– los *avvisi*, las hojas de noticias redactadas a mano por quienes, mojando la pluma en el sarcasmo, se mofaban del Papa por calzonazos y calificaban a Olimpia como «la nueva Agripina», la depravada hermana de Calígula casada con Claudio que humilló al emperador tartamudo con sus hazañas sexuales libertinas.

Los monseñores, fingiendo escándalo, recogían dichos pasquines y libelos y se los entregaban a los cardenales, que, reunidos en conciliábulo, comentaban su contenido preocupados porque la grey se soliviantase, con toda razón ante la voracidad económica y los vicios de Olimpia. Hubo uno que, con voz meliflua, la motejó de mantis religiosa, el insecto hembra que devoraba al macho tras aparearse con él. El mote hizo fortuna

dentro de las murallas vaticanas.

Pero los rumores y chismes no se quedaban en Roma, ni siquiera en Italia. Porque los abogados de las diferentes oficinas y legaciones de la Santa Sede, con esmerada letra, copiaban semanalmente los *avvisi* y los enviaban a todas las embajadas.

Los franceses incluso promocionaban aquella campaña de injurias repartiendo oro entre los escritores de tres al cuarto de la Ciudad Eterna para que afilasen la lengua contra Inocencio X y su «mantenida» de la Piazza Navona. Los agentes de París, envidiosos de que en Francia –al contrario que en España– sí se pusiese el sol, aprovechaban el lento declive de la monarquía del Rey Planeta para acrecentar el apogeo de la del Rey Sol. Denigrar al Papa proespañol se convirtió en una misión de Estado para los galos, expertos en ablandar con monedas doradas el corazón de una Iglesia cada vez más proclive a dar las gracias diciendo *merci beaucoup*.

Entretanto, el pontífice, como dotado de un caparazón contra aquella campaña de alcantarilla, proseguía patrocinando la construcción de iglesias y jardines. Pero, cumplidos ya los ochenta años, comenzó a sentirse como un atlante repentinamente fatigado, incapaz de resistir el peso sostenido sobre su cabeza. No le pesaba la tiara, le pesaba la vida. La enfermedad se coló en su cuerpo con alevosía, y él, que jamás había acudido al médico, tuvo que soportar la visita diaria de varios de ellos, que acordaron practicarle sangrías, aplicarle lavativas y recetarle amargos jarabes.

En los atardeceres invernales, sentado en un sillón con una manta de lana sobre las piernas, conversaba con Olimpia. Allí, en sus apartamentos privados del Quirinal, se quejaba de que, desde que entrara a trabajar en el Vaticano como abogado, había oído maldades dirigidas contra cualquiera, y, tras un prolongado silencio reflexivo, murmuraba que le hubiese gustado tener una vejez plácida, retirado en la villa campestre de San Marino al Cimino, rodeado de libros, escribiendo, sin necesidad de tener que aguantar a tantos botarates.

–La mayor calamidad del mundo no es el demonio, sino los tontos. Son una plaga peor que cualquiera de las de Moisés –decía, con un rictus de desprecio en la boca.

–Nunca los has aguantado.

–Me aconsejabas que me esforzase… Pero ha sido inútil. No hay necio bueno.

–Todavía estás a tiempo de ir a descansar a la casa de campo. He plantado cipreses en la entrada, y crecen los árboles y flores del Nuevo Mundo que hace años me envió el rey de España.

–Ya no me queda tiempo –se le quebró la voz.

–Al menos, piensa que no lo has malgastado.

Un día, cuando la luz del cielo se había tiznado de negro y el fuego de la chimenea chisporroteaba, preguntó a Olimpia de sopetón:

–¿Con cuál de tus dos maridos te gustaría pasar la eternidad?

Ella meditó antes de dar una respuesta.

–Con ninguno –contestó, tajante.

Alargó una mano para coger la de él, pálida, huesuda y con manchas de ancianidad.

–Me gustaría pasarla contigo, Giambattista. –Y sonrió.

Él entrecerró los ojos, empañados como los cristales en invierno.

Capítulo 60

Roma, 20 de diciembre de 1654 - 7 de enero de 1655

Olimpia dirigió los cuidados médicos y el régimen alimenticio de Inocencio X con la misma disposición de siempre. Revistaba la despensa como un general que inspeccionaba la intendencia de sus soldados; ordenaba a las cocineras qué platos guisar, y a los mayordomos qué vino servir al pontífice.

–Agua, ninguna –decía, categórica–. Sólo media copa de vino. Es sabido que beber agua enfría la sangre y debilita el estómago –explicaba, sin que los médicos se atreviesen a desautorizarla.

El Papa ya se hallaba obligado a encamarse, dada su extrema debilidad. Los ancianos galenos –todos dejaban joven a Matusalén– acribillaban al enfermo con incisiones y sangrías. Tras las pequeñas rajas abiertas con escalpelos, aplicaban sanguijuelas que engordaban vampirizando la sangre del Papa. Y después, para limpiarle las tripas, le ponían lavativas de agua tibia con bergamota. El convaleciente no protestaba, se tomaba los jarabes de sabor desagradable y numerosas pastillas, y los médicos registraban en sus cuadernos los síntomas, la textura de las deposiciones y el color, olor y sabor de la orina; tomaban un buche de ella y la escupían, detectando la presencia de azúcar.

Ella pasaba todo el día cuidándolo y velando su sueño, cuando, extenuado por las dolencias y tratamientos, dormitaba, pues sus fuerzas eran exiguas y su ánimo, exangüe. Le ponía una

mano en la frente y, si notaba fiebre, le colocaba una compresa empapada en agua fría para bajarle la temperatura, y con una toalla de lino le enjugaba las gotas que le resbalaban por las sienes, para que no humedeciesen la almohada.

Entrada la noche, abandonaba el Quirinal en silla de mano hacia su palacio de la Piazza Navona, hasta que al amanecer siguiente recorría el estrecho pasillo secreto que comunicaba los apartamentos papales de verano con los de invierno, entraba en el dormitorio del Papa, comprobaba su estado y, enérgica, revisaba las alacenas y los fogones, se entrevistaba con los médicos y se mostraba indiferente a la gelidez de los miembros de la curia. Los monseñores no le dirigían la palabra, pero sí miradas hostiles. Y cuchicheaban entre sí al verla.

Sabían que el final de ella se aproximaba a grandes zancadas.

Una fría mañana, Inocencio X pidió ser confesado por el general de los jesuitas. Aquella inopinada petición sentó mal entre los cardenales. ¿Por qué el santo padre no quería recibir la extremaunción de manos de uno de ellos? ¿Acaso desconfiaba? ¿Creía que no iban a respetar el secreto de confesión? Sin dar tiempo a acallar los rumores en los palacios vaticanos, Nickel, el superior jesuita, fue requerido. Salió presto de la iglesia del Gesù hacia el Quirinal, y poco después ascendía majestuoso por la doble escalera imperial del palacio.

«El Papa Negro va a confesar al Papa Blanco», decían los monseñores, en alusión al sobrenombre que se le daba al todopoderoso general de la Compañía de Jesús, siempre vestido con sotana y fajín negros.

El cardenal Chigi, secretario de Estado, que esperaba al Papa Negro en la puerta de los apartamentos pontificios, lo saludó con exquisita cortesía. El alemán era de complexión recia, nariz aguileña, pelo rubio entrecano, barba recortada y mirada sagaz. Movido por la característica impronta jesuítica, torció el gesto y dijo, con voz de hierro:

–Su eminencia sabe que acudo disgustado a confesar al santo padre. Debería haber sido alguien del colegio cardenalicio. Pero, además, me incomoda tener que ver a esa odiosa mujer. –Como buen germánico, hablaba un italiano de erres endurecidas.

–Os entiendo. Pero debéis cumplir con vuestro deber –

respondió Fabio Chigi, agradecido por aquellas palabras.

Olimpia, tras recibir con una inclinación de cabeza al superior de la Compañía de Jesús, se retiró a una habitación próxima, dejando solos al Papa y a su confesor. La estancia permanecía sin ventilar, pues el frío mantenía cerradas las ventanas; olía a ancianidad y medicinas. Era patente la devastación de la enfermedad en el rostro del Papa: la piel cetrina y los ojos rehundidos en una cara que ya transparentaba la calavera. Inocencio X, consciente, recibió la absolución de sus pecados, y el jesuita, con los dedos, trazó la cruz con los santos óleos en la sudorosa frente. Y cuando Olimpia, reclamada por la débil voz del Papa, entró de nuevo en el dormitorio, recibió a su vez el encargo de gratificar al jesuita con el dinero guardado en un arca de taracea.

El acerado gesto que el Papa Negro había mantenido hasta el momento se transformó en dulcísimo al comprobar el peso del saquito de monedas: tres mil escudos. Agradeció con una sonrisa la generosidad y tuvo cariñosas palabras para la mujer.

Ella, sabedora de que el oro era el responsable de tanta confitura, guardó silencio y despidió con una inclinación de cabeza al general de la Compañía, quien, nada más salir, volvió a encontrarse con el secretario de Estado.

–El santo padre ya está congraciado con Dios. Ahora bien, esa mujer cree que puede comprar con dinero la voluntad ajena. ¡Es inaudita tanta desfachatez! –manifestó, con gesto de fastidio y voz gutural.

–El dinero es su arma. No tiene más vocación que atesorarlo –replicó Chigi.

–Más que el dinero, yo diría que el poder. Quien prueba un bocado de poder jamás se harta de él –manifestó el alemán.

A partir de ese día, la quebrantada salud del Papa se resintió con celeridad. La vida se le iba como por un desagüe. Dejó de tomar alimentos sólidos y sólo admitía sopa, que ella le daba despacio, cucharada a cucharada, alzándole con delicadeza la cabeza para que tragara mejor el caldo caliente. Un día, el Papa cesó de hablar, su respiración se tornó sibilante y la fiebre encendió su cuerpo. El maloliente sudor empapaba las sábanas, cambiadas a diario por los criados. Y ella, con un paño mojado

en agua tibia, lavaba su cuerpo macilento mientras, a media voz, le hablaba de los tiempos pasados, cuando el futuro era una promesa.

A solas con él, Olimpia rastrillaba sus propios recuerdos para quedarse con los buenos, amontonar los malos y pegarles a éstos fuego, como a los rastrojos. La memoria, pensaba, no sólo se hacía de recuerdo, sino también de olvido.

Envalentonados porque el gobierno en la sombra de Olimpia terminaría en breve, los cardenales instaron a sus subordinados a revisar papeles. Pensaban elaborar un memorándum sobre el montante económico que ella habría sustraído de las arcas vaticanas a lo largo de los años. La ladrona, la papisa, la ramera, la sátrapa, como la llamaban con despecho, recibiría por fin su merecido. El cardenal decano, que llevaba una muceta encarnada sobre la sotana, a pesar de su provecta edad, era uno de los que más energías gastaban en vilipendiarla.

Desde Año Nuevo el alma del Papa pugnaba por abandonar su decrépito cuerpo. Y, cuando cada día, después del alba, ella accedía al Quirinal, su figura oronda, siempre cubierta con capa y capucha de terciopelo negro, era saludada desde lejos con los insultos de los engreídos secretarios de la curia, que le echaban miradas de sombría satisfacción y reían entre dientes. Las ofensivas palabras, impropias de aquel lugar, no recibían otra contestación por parte de ella que el silencio. Y así transcurrió el tiempo hasta que, el anochecer del Día de Reyes, Inocencio X, cansado de vivir, expiró en presencia de Olimpia.

Ella, recordando una tradición de su pueblo natal, abrió las ventanas para que el alma pudiese volar. Después, sin comunicar a nadie el fallecimiento, abandonó el Quirinal, a sabiendas de que no oiría nunca más el eco de sus pasos en aquellos pasillos de mármoles de colores.

Capítulo 61

Roma, 7 - 11 de enero de 1655

El día amaneció gris y tormentoso. Los estampidos de los truenos acompañaron las murmuraciones y rezos desde que, a primera hora, el cardenal Chigi, secretario de Estado, había entrado en las habitaciones papales y descubrió ya frío el cadáver de Inocencio X. El revuelo de sotanas y una estampida de rumores fueron la reacción inicial en el Quirinal, pero, tras el ritual de confirmación de la muerte del santo padre golpeando su frente tres veces con un martillo de plata y llamándolo por su nombre otras tantas, el secretario de Estado impuso calma con su actitud serena. Dirigió una oración fúnebre e impartió órdenes precisas a la Guardia Suiza: detener a donna Olimpia, llevarla presa al Vaticano e interrogarla sobre el paradero del dinero robado. Él mismo se dirigiría al palacio Pamphili para presenciar la detención.

–Dicen que, durante la larga agonía de su santidad, ella acumuló el oro del Vaticano en el dormitorio del santo padre y se lo iba llevando cada anochecer, al marcharse –bisbiseó un monseñor.

–¿Y cómo lo transportaba?

–En su silla de mano. Al parecer, sus lacayos sentían en sus propias carnes el peso del oro mientras volvían a la Piazza Navona.

El capitán de la Guardia Suiza partió con un piquete de soldados, cuyas botas de suelas claveteadas resonaron con marcialidad primero en el suelo de mármol del palacio y luego en el empedrado de las calles de Roma. La lluvia repiqueteaba en sus morriones como un concierto sobre chapa.

Cuando más tarde Fabio Chigi abandonó el Quirinal en su coche de seis caballos, el furor de la lluvia había amainado y los relámpagos no rasgaban el cielo.

Durante el trayecto, el cardenal permaneció sumido en un torrente de pensamientos. En aquel momento, además de secretario de Estado era también camarlengo, el gobernador temporal del Vaticano en el periodo de sede vacante. Debía preparar el cónclave que elegiría al nuevo Papa, y también, administrar los Estados Pontificios. Pero aquellas responsabilidades no lo arredraban. Era tal su ensimismamiento que ni siquiera se sobresaltaba cuando el carruaje pillaba un bache y botaba en el asiento. Meditaba cómo solucionar el problema de Olimpia Maidalchini; aquello le hurtaba horas de sueño desde hacía semanas. Era intolerable que una mujer hubiese gobernado sobre los hombres. Aquella pesadilla debía acabar con un castigo ejemplar. Y, abismado en sus pensamientos, no notó el traqueteo del coche de caballos ni vio las gotas de barro que salpicaban los cristales cuando las ruedas pisaban los charcos. Pero, al llegar a la Piazza Navona, una visión inesperada lo turbó.

Cientos de mujeres en actitud belicosa se habían congregado delante del palacio Pamphili.

Bajo una débil lluvia, las gargantas femeninas proferían insultos contra los soldados y gritaban amenazas hasta enronquecer.

El cardenal descendió del carruaje ayudado por un lacayo y, sin saber la razón de aquel tumulto, se aproximó al capitán de la Guardia Suiza para que le presentase novedades.

Los soldados, alineados frente a las mujeres, firmes y mirando al frente, empuñaban las alabardas. Sus rostros mostraban tensión. Las mujeres, con los brazos en jarras o los puños amenazantes en alto, les chillaban, amenazándolos con cortarles el cuello con sus propias armas si osaban hacer algo a donna

Olimpia.

El capitán, alto y de ojos azules, se cuadró ante su superior.

–¿Y bien? –preguntó el cardenal.

–Rameras, eminencia.

–No entiendo –dijo, con estupor.

–Son rameras. Todas las prostitutas de Roma están aquí. No nos dejan entrar en el palacio. Parecen dispuestas a atacarnos si intentamos abrirnos paso. La defienden, eminencia –informó el capitán.

–¿A quién?

–A donna Olimpia. Aseguran estar dispuestas a matar por ella.

Más prostitutas se acercaban a paso rápido por las calles que desembocaban en la Piazza Navona para sumarse a la muchedumbre que, bajo la lluvia, impedía el paso a los soldados. Las cortesanas, con el maquillaje corrido por la lluvia, coreaban mientras sus perros falderos, sostenidos en brazos, ladraban asustados por el griterío. Otras mujeres, montaraces y con ropas humildes, lanzaban pedradas de insultos. Las mancebías se habían vaciado y sus camas se habían quedado frías. Había rostros de exultante juventud y otros demacrados por los años.

Pero no sólo acudían prostitutas.

Las viudas también se habían presentado. Las de menor edad ayudaban a caminar a las ancianas, que, cargadas de achaques y consumidas por la artrosis, se agarraban del brazo de las más jóvenes para entremezclarse entre la multitud. Y en los rostros surcados por arrugas profundas como barrancos brillaban unos ojos insolentes, unas miradas explosivas que desafiaban la autoridad erigida sobre el filo del acero. El sentimiento de hermanamiento, de no estar solas en la vida al tenerse las unas a las otras, las despojaba del miedo.

Y, en un determinado momento, llegaron corriendo y lanzando gritos agudos las *bambinas* del hospicio, acompañadas por sus maestras, cuidadoras y celadoras. Acudían para proteger a su benefactora. Las pequeñas, con mandilones de dril y el pelo muy corto para evitar liendres, miraban con ojos de asombro y se aferraban de la mano con fuerza.

E incluso el doctor Pollasanta, viejo pero indómito, se apostó

delante de las puertas del palacio armado con una garrota, dispuesto a administrar la contundente medicina del palo.

–¿Nos abrimos paso, eminencia? –preguntó el capitán en voz alta, para hacerse oír.

El cardenal Chigi, atónito, observaba a las embravecidas mujeres mientras valoraba qué hacer. Calculaba las consecuencias de apresar a Olimpia recurriendo a la fuerza, apaleando a unas prostitutas e hiriendo a otras. Incluso matando. Correría mucha sangre en la Piazza Navona. La lluvia y el agua ruidosa de la fuente de Bernini lavarían los charcos rojos, pero no el recuerdo de la matanza.

–¿Entramos en el palacio al asalto, eminencia? –insistió el soldado, deseoso.

Alarmados por las crispadas voces, los vecinos se asomaban a las ventanas y balcones de la Piazza Navona, y los comerciantes más madrugadores salían de sus negocios para contemplar el espectáculo. Los gritos arreciaban. Un mal gesto de los guardias podría desencadenar la violencia, y aquello, tal vez, provocar una revuelta en la ciudad. No era el momento de las armas blancas, sino el de la diplomacia.

–Sólo son unas zorras –comentó el oficial, despectivo.

–No, capitán. Son unas lobas. Y una manada de lobas es capaz de cualquier cosa. Contened a vuestros hombres. Sé lo que debo hacer –dijo el cardenal a una cuarta de distancia de la oreja del oficial, debido al griterío.

Con gran presencia de ánimo, el camarlengo se abrió paso entre la muralla de miradas hoscas de las airadas mujeres. No le pusieron un dedo encima, pero no por tratarse de un cardenal, sino por ir desarmado. Atravesó la Piazza Navona y golpeó tres veces con el llamador de bronce en la puerta del palacio. Cuando entró, un mayordomo le informó que donna Olimpia lo estaba esperando en la sala de audiencias.

Ella intentaba controlar su alterada respiración, aparentar dignidad. No quería que el cardenal Chigi, tan inteligente y sutil, entreviese en ella el nerviosismo que realmente sentía. Su autodominio impedía entrever la crisis emocional que había sufrido antes de que rompiera el alba.…

Cuando comenzaba a vislumbrarse en el cielo el lucero

miguero, Olimpia, presa de un ataque de nervios, irrumpió en Casa Fidela. Llamó a la puerta dando fuertes golpes con la aldaba de bronce, que, en el silencio, sonó a martillazos sobre un ataúd, y el sorprendido portero de la mancebía fue a despertar a la signora Fidela.

–¡Donna Olimpia! ¿Qué os trae a estas horas? ¿Y qué os sucede? ¡Estáis temblando! ¿Tenéis frío? –dijo Fidela, alarmada, aún en bata.

–No tiemblo de frío, Fidela, sino de miedo.

–¿Qué ha pasado?

Le contó el fallecimiento del Papa y le confesó estar convencida de que, muerto el santo padre, la guardia pontificia iría a detenerla. No sabía dónde ir, y había pensado en refugiarse allí.

–¡Donna Olimpia! –exclamó Fidela, indignada–. Una casa de putas no es un lugar digno para que pida asilo alguien de vuestra categoría.

–¡No sé dónde ir! –suplicó, al borde del llanto.

–¡Sosegaos!

Las pupilas, sobresaltadas por los gritos y sollozos, acudieron –estuviesen o no con clientes– con luces de velas a la habitación donde se desarrollaba la insólita escena. Fidela las tranquilizó con un gesto de la mano, y volvieron a meterse entre las sábanas, a dormir o trabajar.

–¡Ay, Fidela! ¡Qué miedo tengo! ¡Temo por mi vida!

La mujer que había detentado durante años el poder en el Vaticano sufría tal agitación que las palabras apenas le salían. Incapaz de pensar con claridad, por primera vez en mucho tiempo se sentía vulnerable. Y lloró.

–Calmaos, donna Olimpia.

La dueña del prostíbulo tuvo el impulso de abrazarse a ella para tranquilizarla, y Olimpia, conmovida por el gesto fraternal, se desahogó en su hombro.

–Aquí no me encontrarán. Estaré a salvo hasta que piense en cómo escapar de la ciudad. ¡Por favor, permíteme quedarme en tu casa! –dijo, con desánimo y la voz entrecortada.

–Tranquilizaos, donna Olimpia. Vuestro lugar no está entre las mujeres de la vida, pero las mujeres de la vida os protegerán.

Yo me ocupo de ello. Volved tranquila a vuestro palacio –contestó Fidela con resolución–. Se me ha ocurrido algo.

Y, en efecto, Fidela mandó a sus empleadas recorrer una por una todas las mancebías de Roma para dar aviso. Y también envió recado a las instituciones de beneficencia patrocinadas por Olimpia. Todas esas mujeres debían concentrarse en la Piazza Navona. Había llegado el momento de devolver el favor a quien, durante tantos años, las había protegido.

* * *

El secretario de Estado se plantó, hierático, delante de Olimpia. No hubo saludos. Ambos propiciaron un silencio más incómodo para él que para ella. La mujer volvía a tener una rocosa confianza en sí misma.

–Su santidad ha muerto –habló al fin el cardenal.

–Lo sé.

–Debéis cumplir con la tradición –dijo, más como exigencia que como petición.

–¿A qué tradición os referís? –preguntó, recuperado el aplomo.

Fabio Chigi enmarcó sus palabras en la blanda sonrisa del acreedor que pretendía cobrar una deuda:

–Es costumbre que la familia del pontífice difunto se haga cargo de los gastos del sepelio. Sois el familiar más cercano al santo padre –expuso, con una condescendencia no exenta de provocación.

–Sólo soy una pobre viuda –respondió, con una amabilidad en el tono que desmentía la insolencia de su mirada.

–No os entiendo.

Hubo un trasvase de sonrisas insidiosas, mostrando ella la que había desaparecido de los labios cardenalicios.

–Las viudas, es sabido, carecemos de dinero.

–Tenéis agallas para tratarse de una mujer –reconoció.

–Tenéis presencia de ánimo para tratarse de un hombre –concedió.

Se hizo, de nuevo, un oprimente silencio.

–Y ahora, eminencia, os ruego que me dejéis sola. Necesito llorar mi pena. Estoy de luto por Giambattista, mi cuñado –le brindó una sonrisa irreverente.

La alusión a Inocencio X por su nombre de pila endemonió al cardenal, pero su semblante no mostró que su corazón, en ese instante, bombeaba sangre azufrada. Sin descomponer el gesto, respiró hondo y dio media vuelta.

* * *

La respuesta de Olimpia fue vituperada por todos los sacerdotes en el Quirinal. Era algo insólito. La masiva concentración de mujeres en la Piazza Navona fue calificada como «una nueva Babilonia», y, durante el resto de sus vidas, los miembros de la curia recordarían aquello con escándalo, denominando a Olimpia como «la emperatriz de las meretrices».

Los criados lavaron a Inocencio X con alcohol de romero, y el barbero lo afeitó por última vez, porque el cadáver mostraba una barba descuidada. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Michel Angelo, pero, aunque el santo padre estaba muerto, mantuvo el pulso firme para no hacerle el más mínimo corte. Fue el único que lo lloró.

Después, untaron el cuerpo con un bálsamo aromático, lo vistieron con ropas pontificales y, como ningún cardenal se avenía a pagar de su bolsillo las exequias, resolvieron trasladar al Papa a la habitación de los carpinteros, entre los serruchos, las virutas de madera y los tablones de pino. Apenas hubo unos apresurados lamentos fúnebres.

La situación era anómala, disparatada: el Papa se pudría en un sótano mientras sus eminencias se negaban a desembolsar los gastos del entierro, invocando la sacrosanta tradición. Y el camarlengo, muy escrupuloso en lo tocante a asuntos económicos, dispuso que las arcas vaticanas no sufragasen tan onerosos dispendios. De ese modo, el colegio cardenalicio mantuvo discusiones bizantinas durante varios días. Entretanto, el cadáver del Papa permanecía encerrado en una lóbrega estancia donde se amontonaba el serrín.

Una mañana, un joven monseñor entró en la habitación que servía de tumba temporal. Al instante, dio arcadas por la peste a descomposición y la visión de las ratas comiéndose al Papa. Entonces, Michel Angelo, avergonzado del comportamiento de la curia, compró un modesto ataúd y habló con un mayordomo y un canónigo para costear entre los tres un humilde entierro en las criptas vaticanas. El papa Inocencio X tuvo el sepelio digno de un barbero.

Allí estuvo sepultado hasta que, tiempo después, sus restos fueron trasladados a Santa Inés en Agonía, la iglesia de la Piazza Navona, construida al fin por Borromini, el portentoso arquitecto de sombrío corazón.

Capítulo 62

San Martino al Cimino, 2 de febrero de 1655 - 27 de septiembre de 1657

Había decidido retirarse al reducto de paz que eran sus posesiones en San Martino al Cimino, junto al pueblo de mujeres. Instalada en su casa palaciega, Olimpia se dispuso a vivir el tiempo que le quedase ajena a la política, a las intrigas vaticanas y a las relaciones sociales. Se había cansado de todo. Aquella vida había sido engullida por las arenas movedizas del olvido, y ahora solamente deseaba tranquilidad, estar acompañada por los amigos más íntimos y ayudar a Doretta en las tareas de recuperación emocional de las mujeres acogidas, completar su enseñanza y proporcionarles un futuro.

La curia, finalmente, la había dejado en paz. Aunque los letrados de la Santa Sede intentaron incoar procedimientos judiciales por delitos económicos, no encontraron pruebas sólidas para inculparla, y cualquier proceso iniciado contra ella se desestimó pronto. Había, por lo demás, varios nombres de cardenales enredados en los negocios de la cuñada del antiguo Papa, y no era conveniente remover la turbiedad. Lo importante, se conformaron, era el alivio por haber acabado con el tiempo de una mujer gobernando a los hombres.

Hubo momentos de desasosiego, de miedo por si la detenían y enviaban a prisión, y las noches se poblaron de pesadillas de las

que despertaba sobresaltada y bañada en sudor. Pero, conforme pasaron las semanas, dejó de vislumbrar a diario el horizonte por si llegaban soldados a prenderla, y sólo contemplaba la calmada belleza de los campos de labor y el color cambiante del cielo.

Los retratos de Olimpia fueron descolgados de las casas de los magnates. Su imagen, que durante años presidiera las salas de tantas residencias, terminó arrumbada o destruida, y quienes tanto la halagaron ahora la denostaban. Eran los nuevos tiempos, o quizá, sencillamente, la condición humana. Su recuerdo fue inhabilitado, y su memoria nunca sería rehabilitada. La posteridad la condenaría.

El doctor Pollasanta, en su lúcida ancianidad, pasaba temporadas atendiendo a las mujeres de San Martino, curando sus afecciones y haciéndoles compañía. A ellas, a diferencia de las *bambinas*, no les regalaba paloduz ni caramelos de violeta, pero sí palitos de canela que sacaba de los bolsillos de su guardapolvo después de suministrarles jarabes y aplicarles pomadas. Las sanaba con medicamentos y con el oído, porque las escuchaba con atención, y a veces, en lugar de recetarles productos de botica, curaba sus males del alma por medio de la palabra.

El médico, durante aquellas estancias en San Martino, se alojaba en la casona de Olimpia. Si el tiempo era propicio, cenaban en la lonja, junto a los cipreses y castaños de Indias, bajo el emparrado, acompañados de Doretta. Allí, al aire libre, saboreaban los vinos servidos por Trottolino, veían pasar la vida y charlaban. Un anochecer de otoño surgió el tema del olvido.

–Apenas retengo en la memoria el rostro y las voces de muchas personas a las que conocí y quise –dijo Olimpia, pensando en los hijos que se le murieron, tan pequeños.

–Las caras se desdibujan y las voces se apagan –confirmó el médico.

–¿Cuánto tardamos en olvidarnos de los muertos?

–Los muertos se olvidan enseguida de nosotros –sentenció el doctor.

* * *

Todo transcurría de manera apacible, sin sobresaltos dignos, hasta que, en la primavera de 1656, una epidemia de peste comenzó en Nápoles y se extendió por el mapa de Italia con la implacable lentitud de una mancha de aceite. Olimpia, previsora, dio instrucciones por escrito para abastecer las farmacias de sus instituciones, y también, para abrir unos dispensarios que, en Roma, atendiesen a las prostitutas contagiadas. Esta vez no pudo recurrir a la experiencia del doctor Pollasanta, pues la muerte le había llegado con sigilo meses antes.

Ninguna de las medidas decretadas por las autoridades frenó el avance de la plaga. De nada sirvieron la prohibición de celebrar actos públicos, el cierre de poblaciones o el certificado sanitario expedido por las autoridades de territorios libres de contagios. Incluso se clausuraron las industrias sederas en las ciudades, porque los médicos aseguraban que los gusanos, al morir por no tener suficientes hojas de morera con que alimentarse, se pudrían y contaminaban el aire con miasmas. Los ricos dejaron de comprar tejidos de seda, debiendo contentarse con los de lino o lana. Y quienes tenían casas campestres huían y se refugiaban en ellas, aislados, conviviendo sólo con los animales.

La peste bubónica provocó la tala masiva de árboles para hacer ataúdes. Los carpinteros, que no daban abasto, dejaron de construir muebles para ensamblar féretros.

Los tentáculos de la epidemia alcanzaron a San Martino al Cimino, y Olimpia enfermó durante el verano de 1657.

Consciente de que su supervivencia era una cuestión de azar, tomó decisiones de carácter práctico. Escribió a sus tres hijos informándoles de su dolencia y conminándolos a no visitarla, para evitar contagiarse; con palabras cariñosas para sus dos hijas y consejos prudentes para su hijo. Hizo testamento, legándoles su enorme patrimonio urbano y rústico, así como las joyas y la biblioteca. Asimismo, dispuso unas mandas testamentarias para dotar de dinero suficiente a sus instituciones; durante algunos años podrían seguir salvando y dignificando a más mujeres.

El médico que la atendía semejaba un aparecido, una criatura de un cuadro de Bruegel el Viejo. Llegaba ataviado con una túnica de piel encerada y una máscara de pájaro con un largo

pico, en cuyo interior había gasas empapadas en sustancias aromáticas para no contaminarse al respirar el aliento de los apestados. Siempre, con las manos protegidas con guantes, se mantenía a prudente distancia mientras le examinaba el cuerpo, y con una larga vara apretaba los ganglios inflamados, para comprobar la evolución de las bubas. Cuando el doctor hablaba, su voz sonaba artificial. Recomendaba una dieta a base de caldos y vino, y, asimismo, unos polvos medicamentosos que debían disolver en agua.

Toda la servidumbre huyó asustada, a excepción de Trottolino, que se encargó de atenderla. Compraba en la farmacia las medicinas, le daba de comer, lavaba la ropa encharcada de sudor y la aseaba con cuidado, porque los bubones hinchados le dolían con el mero roce de las sábanas. Aun así, la fiebre no bajaba.

A finales de agosto, como el calor no remitía, Olimpia le pidió que la trasladase de la alcoba al salón principal. Allí, los amplios ventanales abiertos dejaban pasar un aire que olía a campo y las noches se hacían más llevaderas. Además, las vistas eran espléndidas. Aquellos paisajes amados calmaban su dolor.

Junto a la cama montada en el salón, Trottolino instaló un trípode y colocó el retrato de Inocencio X pintado por Velázquez. Así ella podía verlo.

–Gracias. Creo que es lo último que te pediré, querido amigo –dijo ella, con voz débil.

A partir de entonces, los días fueron una amalgama de consciencia, duermevela y sueño. La muerte se aproximaba presurosa y haciendo ruido, como si calzase zuecos. En la nebulosa de su mente se entremezclaban vivos y muertos, rememoraba su vida al estilo de las escenas inconexas de un retablo, y también recuperaba emociones perdidas de su infancia.

Recibió la extremaunción de manos de un capellán que, al contrario que el médico de la peste, no tenía miedo de acercarse a los enfermos para despacharlos a la otra vida con una oración y palabras de consuelo.

Una noche, una tormenta inundó el salón de olor a tierra empapada, devolviéndole la jubilosa sensación de cuando, siendo niña, se echaba a la calle para recoger con las manos la lluvia que

manaba de la boca de las gárgolas de las iglesias. Recordó que a sus hermanas se les antojaba que la lluvia no se iba nunca, como un invitado sin sentido de la medida. Y aquella noche de tormenta y de resplandores eléctricos, rememoró los días felices junto a su padre.

En los momentos de vigilia, contemplaba el cuadro de Giambattista. Era como si él velase su enfermedad y la acompañara junto al lecho del dolor. Miraba la pintura durante el día o la noche, a la luz de la luna, y tras caer en el sopor y luego despertar lo primero que veía era la mirada penetrante de su cuñado. Eso la reconfortaba.

El copero le daba caldos de gallina y sorbos de los mejores vinos, cuyo sabor –consumida por la fiebre– ya era incapaz de apreciar, pero que agradecía con un amago de sonrisa, intentando superponerse al lacerante dolor.

Llegado el tiempo de la vendimia, Olimpia murió mientras dormía. Trottolino fue incapaz de encontrar un ataúd en el pueblo. Los carpinteros no disponían de existencias y entregaban los féretros con días de retraso. Entonces, el copero utilizó una caja grande que había en los sótanos de la casa para depositar el cadáver, amortajado con uno de los mejores vestidos de la *signora*. Al día siguiente, en un breve funeral oficiado por el capellán de la iglesia de San Martino al Cimino, Olimpia recibió sepultura en el templo.

Doretta y las mujeres a su cargo asistieron al entierro. Lloraron, y no hubo nadie que recogiera sus lágrimas, caídas como una llovizna al final del verano.

Capítulo 63

Madrid, 29 de septiembre de 1657

Caía la tarde. El pintor regresaba a su casa después de una jornada de trabajo en el Real Alcázar. Ultimaba un retrato en el que el rey, de negro, lucía el Toisón de Oro. Le había costado convencer al monarca, pues éste no quería verse envejecer a través del arte, y cada día, cuando observaba el cuadro, se veía a sí mismo delante del espejo, a sabiendas de que quedaría para la posteridad aquella imagen de un hombre prematuramente anciano.

El Rey Planeta mantenía una abundante melena rubia y un bigote de puntas enhiestas, pero su rostro era ya fofo y su mirada traslucía una melancolía crepuscular. Le pesaban el gobierno de España y de su Imperio, pero, sobre todo, lo agobiaba el peso de la vida.

Para ese retrato no necesitaba la cámara oscura que había comprado en Venecia. Sí la había utilizado el año anterior para un gran retrato de la familia de Felipe IV, donde él se autorretrató pintando a los reyes –ausentes en el cuadro y astutamente reflejados en un espejo– mientras la infanta Margarita, una preciosidad de cinco años vestida con un voluminoso guardainfante, presenciaba la escena acompañada de su perro, sus meninas y una enana. Velázquez recordaba de vez en cuando cómo la enana, cuando veía la cámara oscura, se

llevaba las manos a la cabeza y murmuraba «¡Jesús, Jesús, dónde vamos a llegar!», alarmada por la imagen que proyectaba el aparato.

Durante los posados, conversaban. El rey hablaba más que el pintor, quien, recluido en su característico ensimismamiento, sólo se mostraba más locuaz al término de las sesiones, cuando cruzaban opiniones sobre asuntos de arte o literatura. Entonces, el monarca, llevado por los recuerdos, tarareaba alguna de las obrillas musicales que había compuesto en su juventud. E incluso sonreían acordándose de representaciones teatrales en palacio en las que el joven Velázquez, en su mocedad, participó como actor. En la intimidad del estudio eran dos amigos hablando de la fugacidad de la vida.

Ya en su casa, para aprovechar la última hora de sol, buscó en su biblioteca un libro de historia. Quería leer un rato antes de cenar. En la habitación de al lado oía a su mujer dar instrucciones a una de las criadas. Se sentó en un sillón favorito, al lado de un velón de bronce de Lucena que encendería al anochecer, cuando necesitara luz para la lectura. La habitación, grande y con suelo de baldosas de barro rojizo, estaba decorada con dos vitrinas con celosías, un escritorio con cajones, dos arcones y varios cuadros suyos.

Le vino a la cabeza la alegría de su criado, que evolucionaba con rapidez en su estilo pictórico y que, a no tardar, abriría taller propio. Entretanto, Juan de Pareja continuaba ayudándolo en la preparación de los lienzos y elaboración de pigmentos.

Estuvo enfrascado en la lectura hasta que, fatigado, cerró el libro. Al levantarse del sillón prendió el velón y contempló un cuadro durante un rato. Todos los días lo hacía, y siempre, con una sonrisa.

Era una copia de *La Venus del espejo*.

A continuación, pasó despacio las yemas de los dedos por el contorno del cuerpo desnudo de Flaminia, imitando el gesto que había hecho tantas veces antes de pintarla recostada sobre el lecho, en Roma.

Cada vez que pensaba en ella, más que recordar, revivía.

Capítulo 64

Roma, 1 de octubre de 1657

Un grupo de mujeres recorría la ciudad en plena madrugada. Caminaban presurosas y en silencio, guiadas por la luz de la luna y un farol de mano que llevaba la que les abría el paso. Iban calzadas con sandalias de esparto para amortiguar el sonido de sus pisadas y no alertar a las patrullas de soldados que hacían la ronda en aquellos tiempos de calamidad. No querían dar explicaciones, decir dónde iban ni qué portaban. Habían salido del Trastevere hacía un rato, cargando con dos pesados cestos de mimbre, y, conforme se aproximaban al Tíber, el aire se enfriaba y olía a cieno. Llevaban la boca tapada con pañuelos mojados en agua de romero, tal y como recomendaban los médicos, para evitar contagiarse de la pestilencia.

Habían decidido no vadear el Tíber por el puente de Sant'Angelo para no pagar el peaje, así que cruzaron el viejo puente de madera alquitranada, que crujió bajo el peso de sus cuerpos. A su izquierda quedaba el monumental puente festoneado con estatuas de ángeles de estuco, y pronto dejaron atrás la silueta redonda del castillo de Sant'Angelo, por cuyas almenas sobresalían las bocas de los cañones papales.

Los cestos pesaban, y se turnaban para llevarlos. Oyeron voces destempladas; alguna riña de borrachos, de hombres ajumados de vino. Aminoraron el paso y se pegaron a las paredes

de las casas en un intento de pasar desapercibidas. Una blasfemia rasgó la noche, y, al doblar una esquina, comprobaron que dos hombres, claramente ebrios, se acusaban mutuamente de algo mientras un tercero se aliviaba en una fachada. Debían de haber salido de alguna taberna que no respetase el horario de cierre, o tal vez de alguna casa de juego. Ellas pasaron de largo y continuaron su camino.

Cerca, unos ganapanes sacaban de un zaguán el cadáver de un apestado. Al salir a la calle, arrojaron sin miramientos el cuerpo a un carro, cogieron unas tablas y procedieron a tapiar la puerta y las ventanas bajas de la casa, para clausurarla por orden gubernativa e impedir contagios. Los martillazos perturbaron el silencio nocturno.

Cuando llegaron a la altura de la estatua de Pasquino, dejaron los cestos en el suelo y sacaron de uno de ellos un puñado de hojas donde habían dejado por escrito lo que iban a hacer. Pasquino era el nombre que popularmente se le daba a una antigua estatua griega sin brazos ni piernas que estaba colocada sobre un pedestal, desde la que se expandían por toda Roma los chismorreos. Pusieron los papeles junto a otros que manos anónimas debían haber llevado allí días antes: con versos satíricos, criticaban a personajes de relumbrón o injuriaban a algún artista. Las hojas de ellas no contenían rimas vejatorias, sino una manera de testimoniar su pena. Al día siguiente, quienes supiesen leer, hojearían lo escrito, y por la ciudad correría la voz de lo que había sucedido.

A continuación, se dirigieron a la cercana Piazza Navona. Aún faltaban unas horas para el amanecer, y la noche las amparaba. En la fuente de los Cuatro Ríos, volvieron a dejar caer en el suelo los dos cestos. Las mujeres de más edad, fatigadas por el esfuerzo, respiraban pesadamente y sentían calambres en los brazos.

El surtidor estaba cerrado y no manaba agua de las esculturas talladas por Bernini. El silencio de la fuente contrastaba con el estruendo de los chorros durante el día. Las prostitutas comenzaron a extraer lienzos.

Ahora llegaba el momento más delicado. Con el corazón latiendo deprisa por el temor a ser descubiertas, cruzaron

miradas entre sí. Ninguna de ellas habló.

Las más jóvenes cargaron sobre los hombros los largos trozos de tela enrollada, se metieron en la fuente y, con el agua hasta las axilas y con cuidado de no resbalar, dieron varios pasos y se encaramaron en las rocas esculpidas apoyando los pies en las cabezas de los tritones. Hábilmente, aun caladas hasta los huesos y tiritando de frío, comenzaron a cubrir las cabezas y cuerpos de las cuatro estatuas que representaban a los ríos. Las prostitutas mayores ahogaron un grito cuando una de las jóvenes estuvo a punto de perder el equilibrio y caer al agua remansada desde la estatua que, con un brazo levantado, mostraba al Río de la Plata. Pero no ocurrió ninguna desgracia.

Al cabo de un rato, cumplida la labor, salieron de la fuente, empapadas, y sus compañeras les echaron por encima unas mantas que llevaban preparadas. Así se abrigarían hasta el regreso a las mancebías.

Y se marcharon a paso rápido, como sombras sigilosas.

Por la mañana, las gentes vieron las esculturas revestidas de negro. La fuente de los Cuatro Ríos de la Piazza Navona guardaba luto por Olimpia.

Tras su muerte, se agrandaba su leyenda.

Epílogo

Un cuadro desaparecido durante trescientos años fue el origen de esta historia.

En 1986, un retrato femenino al óleo, catalogado inicialmente como «anónimo de escuela holandesa», fue adquirido por cuatro perras por la casa de subastas Shoteby's en su delegación de Ámsterdam. Se trataba de una pintura del siglo XVII de 77,4 × 61 cm que representaba a una mujer de edad madura que lucía guantes grises, vestido negro y un fino velo del mismo color. No era atractiva, aunque poseía una mirada inteligente que interpelaba al espectador. Enseguida, el experimentado especialista de Sotheby's en pintura de los antiguos maestros, percatado de la singularidad de la pieza, inició una investigación que tardaría más de treinta años en culminar. El resultado sería un bombazo para la historia del arte, pero, cuando comenzó el minucioso proceso investigador, ningún indicio hacía sospechar aquello. Fue la intuición de un hombre prendado del retrato de una mujer.

En muchas pinturas antiguas las pistas no se encuentran delante, sino detrás, en lo que no se ve, en lo que podríamos denominar la tramoya del cuadro. Éste era uno de esos casos. En el bastidor, en el armazón de madera del lienzo, una vieja etiqueta de papel testimoniaba que la obra había sido exportada de Italia en 1911. La fecha, pero, sobre todo, el país de origen, aportó el primer y valioso dato para la subsiguiente labor detectivesca.

De nuevo, la cara oculta del cuadro resultó decisiva. En la tela

estaban estampados un anagrama y unos números. El anagrama permitió identificar con precisión al coleccionista: Gaspar Méndez de Haro y Guzmán, marqués del Carpio, embajador de España en Roma y, posteriormente, virrey de Nápoles en la segunda mitad del siglo XVII, durante el reinado de Carlos II el Hechizado, el último rey de la casa de Austria. El monarca que hasta la adolescencia no aprendió a leer y escribir pasablemente, cuyo prognatismo apenas podían disimular los pintores de la corte y que, para poder tener hijos, fue sometido a repetidos exorcismos con el pretexto de que los enemigos de España lo habían hechizado con un bebedizo mágico en una taza de chocolate.

El marqués del Carpio, amante del arte y conocido mecenas, llegó a tener una colección de mil ochocientos cuadros, todos ellos debidamente clasificados con un número. Al conservarse en los archivos históricos el listado de tan magnífica colección, los investigadores de Sotheby's cotejaron la numeración estampada en la parte trasera del lienzo del «anónimo de escuela holandesa» con dicho catálogo. Hubo suerte y se logró establecer una indudable correspondencia. La sorpresa supuso un *big bang* de alegría. El óleo se denominaba *La papisa*. Y el autor era nada menos que Diego Velázquez.

A partir de entonces, durante unos años que transcurrieron ajenos a los relojes por la lentitud del trabajo científico, se analizó con detalle el retrato, comparándolo con la obra velazqueña repartida por museos de todo el mundo para poder atribuirlo sin asomo de duda al pintor sevillano, uno de los más grandes de la historia, si no el que más.

Los investigadores consiguieron trazar el GPS histórico del cuadro, saber en qué manos estuvo desde su ejecucuón hasta 1724, año en el que desapareció, tragado por una especie de Triángulo de las Bermudas. De hecho, esa obra maestra de Velázquez, realizada durante el segundo viaje del pintor a Italia entre 1649 y 1651, se daba por perdida. Desde entonces, nada más se supo de ella. ¿Cuándo llegó a Holanda? ¿Qué tretas urdieron sus propietarios para esconderla durante la Segunda Guerra Mundial, para que no la saquearan los alemanes en su expolio artístico?

Llegado un momento, los tamtanes del mundo del arte comenzaron a sonar con el hipnótico ritmo de las películas de Tarzán. Fue a comienzos del verano de 2019.

A finales del mes de junio de dicho año, toda la prensa mundial recogió en sus páginas de tinta y papel o electrónicas que Sotheby's iba a subastar en Londres el cuadro de Velázquez denominado *La papisa*, también conocido como *La amante del Vaticano*. Leí la noticia en varios periódicos, contemplé el cuadro en la pantalla del ordenador y, abducido, seguí con interés toda la información de los medios de comunicación, incluidos los vídeos explicativos que subió a la red la casa de subastas.

Uno de esos reportajes me cautivó. Lo había emitido la BBC Newsnight. Relataba los entresijos de la investigación histórica con un toque de misterio propio de novela policíaca, aunque en este caso no existía un cadáver ni tampoco un asesino; pero sí un culpable: el olvido.

En las películas de marcianos de los años cincuenta, los malvados extraterrestres injertaban un microchip en la nuca de los terrícolas para controlar sus pensamientos, y así me sentía desde que descubrí la aparición del retrato de Olimpia Maidalchini, la cuñada del papa Inocencio X. Estaba secuestrado emocionalmente por la historia de aquel hallazgo. Una dulce corriente me arrastraba hacia esa noticia, a sabiendas de lo que me sucedería, en lo que aquello iba a desembocar.

A comienzos de julio, como cada año, me trasladé a la playa, a la Manga del Mar Menor, y lo hice, como siempre, con un cargamento de libros, una mezcla equilibrada de diferentes géneros. Desde hace años leo –o releo– más obras clásicas que contemporáneas, no sólo por el disfrute, sino porque cuanto más clásicos absorbo más moderna creo que se transforma mi escritura. Pero no me olvidaba de la inminente subasta del retrato de Olimpia.

El ambiente de las casas de subastas de lujo era como meter en una coctelera dos medidas de Wall Street, una dosis de función operística y una pizca de *glamour*. Asistir a una puja era un ritual social donde regían ciertos códigos de comportamiento. La gente vestía con elegancia y usaba los móviles para hablar continuamente o fotografiar las piezas expuestas, como turistas

en el Louvre delante de la Gioconda. Algunas personas, al igual que los políticos o los entrenadores de fútbol, se tapaban la boca con la mano al hablar por teléfono, para que no les leyesen los labios. Los cuadros eran transportados y exhibidos con delicadeza quirúrgica por parejas de operarios con guantes blancos. Allí no iban buscadores de chollos, de gangas, sino cazadores de piezas únicas, de ésas para las que se quedan cortos los adjetivos más manidos. Entre los asistentes solía haber coleccionistas particulares, pero también representantes de millonarios que deseaban permanecer en el anonimato, e incluso comisionados de corporaciones industriales. Quien dirigía las pujas desde el atril desplegaba su personalidad, mesurada o histriónica, en cuyo último caso manejaba el mazo como un director de una orquesta sinfónica.

El día elegido fue el miércoles 3 de julio. Se iban a subastar obras de Constable, Turner, Rubens y Bruegel el Joven. Aunque la estrella de la jornada era el cuadro de Velázquez.

Al día siguiente, leí la prensa con avidez, con avaricia de noticias sobre lo ocurrido en la casa de subastas de Londres. Me fui directamente a la sección de Cultura. El cuadro había sido vendido por 2 780 000 euros, 2 375 000 libras esterlinas, moneda esta última en la que se realizaban las transacciones. El comprador permaneció en la sombra, algo frecuente en los coleccionistas de altos vuelos. ¿Habría sido un jeque árabe, un magnate ruso de tez enrojecida por el abuso del vodka, tal vez un empresario chino? En cualquier caso, la obra pictórica acabaría en una caja fuerte a prueba de misiles o en las habitaciones privadas de una mansión de dimensiones cinematográficas y decoración *kitsch*.

Para los medios de comunicación, la historia acababa ahí. Para mí, empezaba.

Había sido un flechazo.

Yo era de los escritores que no buscaban los temas, sino que los temas me buscaban. Husmear en lugares recónditos tratando de encontrar un argumento original, como quien va al Rastro o a un mercadillo, no era lo mío. Las historias que me atrapaban

llegaban a mi vida en el momento inesperado –aunque siempre oportuno–, y lo hacían por diferentes canales. Al estilo de Cary Grant en *Atrapa a un ladrón*, me dedicaba a apoderarme de historias, pero nunca las que olían a naftalina, sino aquellas en las que el pasado no estaba muerto del todo.

Desde que leí la noticia sobre la reaparición del cuadro de Velázquez tuve un pálpito. Supe que el retrato de Olimpia que había estado dando tumbos durante siglos escondía una historia.

Y tenía que contarla.

Emilio Lara
Jaén, invierno de 2022